ANN PATCHETT

Bel canto

PREMIO PEN/FAULKNER 2002
PREMIO ORANGE 2002
FINALISTA DEL NATIONAL BOOK CRITIC CIRCLE AWARD 2001

DIAGONAL

En algún lugar de Sudamérica, el vicepresidente de la nación celebra en su residencia una suntuosa fiesta de cumpleaños en honor al señor Hosokawa, influyente hombre de negocios. Roxanne Coss, la soprano más admirada del momento en el mundo de la ópera, ha cautivado a la concurrencia internacional con su voz. Es una velada perfecta… hasta que una banda de terroristas armados toma como rehenes a todos los presentes. Pero lo que comienza como una situación aterradora y peligrosa va convirtiéndose en algo muy distinto a medida que entre terroristas y rehenes se forjan vínculos inesperados y personas procedentes de continentes distintos acaban por sentirse compatriotas. La amistad, la compasión y la oportunidad de vivir un amor verdadero conducen a todos ellos a olvidar el peligro que se está gestando… y que nadie puede detener.

QUÉ OPINA LA PRENSA:

«Esta tragicómica novela de Patchett, fantasía entre pistolas, Puccini y negociaciones con la Cruz Roja, apela a las promesas, siempre gloriosas, siempre inciertas, del arte, la política y el amor». *The New Yorker*

«Elegante y seductora». *The New York Times*

«La autora parte de lo que bien podría haber sido una variación sobre el argumento de *El señor de las moscas* y crea a partir de éste un "señor de las mariposas", una fábula, casi un sueño en el que el deseo de belleza y amor resulta tan irreprimible como el instinto de violencia y destrucción». *New York Magazine*

«La novela más romántica de los últimos años. Una historia extraña, apasionante, embrujadora». *San Francisco Chronicle*

«Elegante y seductora. Una novela que comienza con un beso y merece otro, sin el menor asomo de duda. Un libro que es a un tiempo un himno al arte y a la belleza, y una sutil comedia costumbrista». *The New York Times*

«Sus lectores esperan ya impacientes, porque Ann Patchett garantiza auténticos alardes de imaginación y detalle psicológico en sus novelas. La habilidad de Patchett para evocar el espíritu de un lugar […] es mágica de por sí». *Publishers Weekly*

«En esta novela Ann Patchett pone de manifiesto su profundo conocimiento del corazón». *Bookforum*

«*Bel Canto*, de Ann Patchett, debería estar en la lista de lectura de todo lector melómano. La historia es cautivadora; sus protagonistas respiran y se mueven y están vivos, y a lo largo de esta elegante novela la música fluye con tal esplendor que el lector alcanza a oírla y se rinde ante su belleza. Ann Patchett es una escritora muy especial, que ha escrito un libro muy especial». *WXQR*

«Al acercarse a las páginas finales, el corazón se le nubla a uno por

varios motivos, y en especial porque una espléndida lectura toca a su fin». *Entertainment Weekly*

«El poder de esta novela radica en la habilidad de Patchett para esbozar las sutilezas del comportamiento de sus personajes». *New York Times Book Review*

«La novela más romántica de los últimos años. Una historia extraña, apasionante, embrujadora, irremisiblemente romántica. Patchett, con cautivador ingenio y un magnífico estilo al escribir sobre el amor, ha creado una novela seductora y cargada de romanticismo». *San Francisco Chronicle*

«*Bel Canto* invita a sus lectores a explorar terrenos nuevos y desconocidos de la emotividad». *Chicago Tribune*

«Es todo un placer leer *Bel canto». Newsday*

«Gracias a la destreza narrativa de Patchett, el lector se resiste a soltar la novela hasta haber terminado con ella». *San Diego Union Tribune*

«*Bel Canto* transcurre con elegancia; captores y cautivos tropiezan a un tiempo con la más elusiva de las libertades: la libertad de ser». *New York Daily News*

«La prosa de Patchett alterna la ternura y la fuerza. Habla de música, de emociones y de penurias con tal elocuencia que despierta en el lector el deseo de ser un rehén más en la casa». *Telluride Watch*

«Un estudio provocador y ameno del poder del arte para distanciarse de la vida real y crear un mundo mejor, un mundo en el que las diferencias personales quedan barridas de un plumazo y las barreras que nos impiden ser mejores pueden saltarse sin más». *Detroit Free Press*

«Con la banda sonora apropiada, con la cantante adecuada entonando la música adecuada, todo campo de batalla puede convertirse en una utopía». *Los Angeles Times Book Review*

«*Bel Canto* significa, literalmente, "canto hermoso". La canción de

Patchett es, sin lugar a dudas, hermosa, absolutamente fascinadora». *Seattle Times*

Ann Patchett

Bel Canto

Traducción de Pablo Álvarez

Diagonal

BEL CANTO

Ann Patchett

Marzo 2003

PREMIO ORANGE 2002
PREMIO PEN/FAULKNER 2002
Finalista del
NATIONAL BOOK CRITIC CIRCLE AWARD

Título original inglés: *Bel Canto*
(HarperCollins Publishers, 2001)

© 2001 by Ann Patchett

Primera edición: marzo de 2003.

© de la traducción: Pablo Álvarez Ellacuría, 2002.
© de esta edición: Editorial Diagonal del Grup 62 s.a.
Peu de la Creu, 4, 08001 Barcelona,
e-mail: correu@grup62.com
internet: http//www.grup62.com

Fotocomposición: Víctor Igual, s.l.
Córcega 237, bajos, 08036 Barcelona.

Para Karl VanDevender

1

Cuando las luces se apagaron, el pianista la besó. Puede que estuviese volviéndose hacia ella justo antes de quedar completamente a oscuras, puede que alzase las manos. Tuvo que haber algún movimiento, algún gesto, porque todos los presentes en el salón recordarían más adelante un beso. No *vieron* un beso, hubiera sido imposible. La oscuridad que cayó sobre ellos fue súbita y completa. No sólo estaban todos los presentes seguros del beso, estaban seguros también del tipo de beso, fuerte y apasionado; a ella le tomó por sorpresa. Todos la miraban cuando se apagaron las luces. Aplaudían todavía, puestas y puestos en pie, envueltos en el estruendo de las palmas, los codos alzados. Ninguno de ellos había empezado siquiera a cansarse. Los italianos y los franceses gritaban: «*Brava*! *Brava*!», y los japoneses apartaban la mirada. ¿La hubiera besado así de haber estado iluminada la sala? ¿Tanto ocupaba ella su mente que la asió en el preciso instante de oscuridad? ¿Tan rápido había pensado? O quizá fue que todos la deseaban, todos los hombres y mujeres presentes en la sala, y por eso lo imaginaron colectivamente. La hermosura de su voz los había cautivado hasta tal punto que querían cubrir su boca con la suya, beber de ella. Quizá la música pudiera transferirse, devorarse, poseerse. ¿Cómo serían los labios que habían contenido tales sonidos?

Algunos la amaban desde hacía años. Tenían todos los discos que había grabado. Llevaban un diario en el que consignaban todos los sitios en los que la habían visto y anotaban la música, los miembros del reparto y el director. Había otros presentes aquella noche que nunca habían oído antes su nombre, gente que, de habérseles preguntado, habrían dicho que la ópera estaba compuesta de una serie de absurdos maullidos y que, puestos a escoger, hubieran preferido pasar tres horas en la silla del dentista. Esos lloraban ahora sin embozo, los mismos que tan equivocados habían estado.

La oscuridad no asustó a nadie. Apenas la percibieron.

Continuaron con sus aplausos. Quienes vivían en otros países supusieron que cosas así pasaban allí constantemente. Que la luz iba y venía. Quienes vivían en el país anfitrión sabían que así era. Además, el apagón les pareció a todos muy oportuno, dramático y correcto, como si la luz hubiese dicho: «No necesitáis la vista. Escuchad». Ninguno de ellos cayó en la cuenta de que las velas de todas las mesas también se habían apagado, quizá en el mismo instante o poco antes. La sala se inundó del agradable olor de las velas recién apagadas, un humo suave y en absoluto amenazador. Un olor que indicaba que se hacía tarde y que era hora de ir a la cama.

Continuaron con sus aplausos. Suponían que ella seguía con su beso.

Roxane Coss, soprano lírica, era el único motivo por el que el señor Hosokawa había acudido al país. El señor Hosokawa era el motivo por el que el resto de presentes habían acudido a la fiesta. No era el tipo de lugar que uno acostumbra a visitar. El motivo por el que el país anfitrión (un país pobre) ofrecía una fiesta de cumpleaños de costes desmedidos a un extranjero era que el extranjero era el fundador y presidente de Nansei, el principal imperio electrónico de Japón. Era el ferviente deseo de la nación anfitriona que el señor Hosokawa fuese magnánimo y prestase su ayuda en algunas de las múltiples áreas en las que precisaba ayuda. La ayuda podía concretarse en forma de intercambios o de formación. Quizá (y éste era un deseo tan ferviente que apenas si osaban mencionarlo) podría construirse una fábrica allí, de forma que la mano de obra barata arrojase beneficios para todas las partes implicadas. La industria podría así alejar la economía del cultivo de la hoja de coca y de la amapola y crear la ilusión de un país que daba la espalda a la materia prima de la cocaína y la heroína, lo que atraería ayuda externa y disimularía el tráfico de esas mismas drogas. Pero el plan no había arraigado nunca hasta entonces, ya que los japoneses pecaban de exceso de prudencia. Eran muy conscientes de los peligros, y de los rumores de peligros, que países como aquel entrañaban, y por eso mismo haber conseguido que el mismísimo señor Hosokawa, no un vicepresidente ejecutivo ni un político, accediese a sentarse a la mesa constituía la prueba de que podía haber una mano tendida. Y posiblemente hubiera que implorar la mano, ganársela. Quizá habría que sacarla a tirones de su profundo bolsillo. Pero la visita, la gloriosa cena de cumpleaños

coronada por la estrella de la ópera, las diferentes reuniones y viajes a posibles emplazamientos de fábricas previstos para el día siguiente, todo suponía un mundo de cambios respecto a lo alcanzado hasta entonces, y el ambiente de la sala rezumaba promesas. A la fiesta, embaucados sobre las verdaderas intenciones del señor Hosokawa, habían acudido representantes de más de una docena de países, inversores y embajadores que quizá no instasen nunca a sus gobiernos a invertir ni cinco en el país anfitrión, pero que siempre respaldarían el más mínimo movimiento de Nansei. Ahora, sus corbatas negras y vestidos de noche ocupaban la sala, y brindaban y reían.

En cuanto al señor Hosokawa, el viaje no guardaba relación con los negocios, ni con la diplomacia, ni con su amistad con el presidente, como se diría más adelante. Al señor Hosokawa no le gustaba viajar, y no conocía al presidente. Había expuesto claramente sus intenciones, o mejor, su falta de ellas. No pensaba construir una fábrica. Jamás hubiera accedido a viajar a otro país para celebrar su cumpleaños con gente a la que no conocía. No era muy dado a celebrar sus cumpleaños con gente a la que sí conocía, y decididamente no el de sus cincuenta y tres años, cifra que le parecía desprovista de interés. Seis veces había rechazado otras tantas invitaciones a aquella fiesta, hasta que el regalo prometido fue la presencia de Roxane Coss.

Y si ella estaba presente, ¿quién habría podido negarse? Tanto daban la distancia, lo poco apropiado de la situación, los malentendidos a los que daría pie, ¿quién hubiera podido decir que no?

Pero pensemos antes en otro cumpleaños, el de sus once años, el cumpleaños en el que Katsumi Hosokawa escuchó ópera por vez primera, el *Rigoletto* de Verdi. Su padre le llevó en tren a Tokio, y juntos caminaron hasta el teatro bajo un espeso aguacero. Era un veintidós de octubre, caía una fría lluvia otoñal, y las calles estaban enceradas con una finísima capa de húmedas hojas rojas. Cuando llegaron al Tokio Metropolitan Festival Hall, sus camisetas interiores estaban mojadas, pese a los abrigos y los jerseys. Los billetes que esperaban en la cartera del padre de Katsumi Hosokawa estaban húmedos y descoloridos. No tenían unos asientos especialmente buenos, pero nada les obstaculizaba la vista. En

1954, el dinero era un bien escaso: los billetes de tren y las óperas eran algo inimaginable. En otra época, se habría considerado que aquella producción era demasiado compleja para un niño, pero aquello sucedía muy pocos años después de la guerra, y los niños de entonces eran muy capaces de entender una serie de cosas que parecen imposibles para los niños de hoy. Treparon por la larga escalinata hasta alcanzar su fila de asientos, procurando no mirar hacia el vacío que se abría bajo sus pies. Fueron inclinándose y pidiendo excusas ante cada una de las personas que se levantaron para dejarles llegar hasta sus asientos, y una vez allí los bajaron y se acomodaron en ellos. Llegaban pronto, pero otros habían llegado antes, pues parte del lujo que incluía el precio del billete era el derecho a sentarse en silencio en aquel hermoso lugar y esperar. Padre e hijo esperaron, sin hablar, hasta que al fin se hizo la oscuridad y el primer hálito de música surgió de algún lugar situado por debajo de ellos. De detrás de los cortinajes salió gente diminuta, insectos casi; abrieron la boca, y sus voces doraron los muros con su deseo, con su dolor, con un amor desaforado que los llevaría a la perdición por separado.

Durante aquella representación, la ópera quedó impresa en Katsumi Hosokawa, como un mensaje escrito en la rosada cara interior de los párpados que leía mientras dormía. Muchos años después, cuando trabajaba con más ahínco que nadie en un país cuyos valores se estructuraban en torno al trabajo duro, creía que la vida, la vida de verdad, era algo que quedaba almacenado en la música. La vida de verdad permanecía a salvo en las líneas de *Eugene Onegin*, de Tchaikovsky, mientras uno se enfrentaba al mundo y cumplía con cuanto se esperaba de él. Por supuesto, sabía (aunque no acababa de comprender) que la ópera no era para todos, pero esperaba que para todos hubiese algo. Sus preciados discos, las escasas oportunidades de ver una representación en vivo; ésos eran los parámetros con los que calibraba su capacidad de amar. No a su mujer, ni a sus hijas, ni el trabajo. Nunca se le ocurrió pensar que había transferido a la ópera lo que debería llenar su vida diaria. Sí sabía que, sin la ópera, aquella parte de sí mismo se habría desvanecido. Al comienzo del segundo acto, cuando Rigoletto y Gilda cantan juntos y sus voces se entrelazan y se elevan, buscó la mano de su padre. No sabía de qué estaban hablando, ni sabía que representaban los papeles de padre e hija; sabía sólo que tenía que aferrarse a algo. La atracción que ejercían sobre él era tan fuerte

que le parecía estar a punto de precipitarse desde las alturas de su asiento.

Un amor así engendra lealtad, y el señor Hosokawa era hombre leal. Nunca olvidó la importancia de Verdi en su vida. Se encariñó con cantantes determinados, como todos hacen. Hizo colecciones especiales de Schwarzkopf y Sutherland. Creía en el genio de la Callas sobre cualquier otra. No había en sus días mucho tiempo libre, no la clase de tiempo que un interés como el suyo merece. Lo acostumbrado era que, tras almorzar con los clientes y una vez cumplimentado el papeleo, pasara treinta minutos escuchando música y leyendo libretos antes de dormirse. Ni siquiera de vez en cuando, apenas unos cinco domingos al año, encontraba tres horas consecutivas para escuchar una ópera de principio a fin. Una vez, ya cuarentón, había comido una ostra en mal estado y había sufrido una intoxicación alimentaria que le mantuvo tres días postrado en cama. Recordaba aquellos días con la misma ilusión que unas vacaciones, pues tuvo puesto *Alcina* de Haendel constantemente, incluso mientras dormía.

Kiyomi, su primogénita, fue quien le compró por su cumpleaños la primera grabación de Roxane Coss. Su padre era una persona dificilísima a la hora de buscar regalos, de modo que cuando vio el disco y un nombre que no le sonaba pensó que podría intentarlo. Pero no fue el nombre desconocido lo que la atrajo, sino el rostro de la mujer. A Kiyomi, las fotografías de sopranos le resultaban irritantes. Siempre se las veía parapetadas tras sus abanicos, o bien asomaban la cabeza por entre finos encajes. Pero Roxane Coss miraba de frente, la barbilla firme, los ojos bien abiertos. Kiyomi tomó el disco antes incluso de darse cuenta de que era una grabación de *Lucia de Lammermoor*. ¿Cuántas grabaciones de *Lucia de Lammermoor* tenía ya su padre? Tanto daba. Entregó el dinero a la chica del mostrador.

El señor Hosokawa puso el disco compacto en el reproductor y se sentó a escuchar, y aquella noche no regresó al trabajo. Fue como si volviera a ser un niño sentado en aquella galería de Tokio, con la mano grande y cálida cerrada en torno a la suya. Puso el disco en modo de reproducción continua, desechando con impaciencia todo lo que no fuera su voz. Era aquella una voz desmesurada, cálida y complicada, intrépida. ¿Cómo podía a un tiempo ser tan medida y tan desatada? Pronunció en voz alta el nombre de su hija, y ésta compareció y se quedó en el umbral del estudio. Iba a decir algo

(«¿Sí?», o «¿Qué?», o «¿Padre?»), pero antes de poder articular palabra oyó la voz, la voz de la mujer de la foto que le miraba directamente. Su padre no dijo nada, simplemente señaló con la mano abierta uno de los altavoces. Kiyomi estuvo encantada de haberlo hecho tan bien. La música era un elogio para ella. El señor Hosokawa cerró los ojos. Soñaba.

En los cinco años transcurridos desde entonces había asistido a dieciocho actuaciones de Roxane Coss. La primera vez fue una casualidad afortunada; el resto de ocasiones acudió a la ciudad en la que ella se encontraba, buscó asuntos que le llevasen allí. Presenció *La sonámbula* tres noches consecutivas. Nunca forzó una presentación, ni se consideró por encima de cualquier otro miembro del público. No creía superar a nadie en la apreciación de su talento. Más bien se sentía inclinado a creer que sólo un imbécil podría sentir algo distinto a lo que él sentía. No había nada que desear, excepto el privilegio de poder sentarse y escuchar.

Lean un perfil de Katsumi Hosokawa en cualquier revista económica. Nunca hablaba apasionadamente, por ser la pasión asunto privado, pero la ópera siempre acababa por mostrar su lado humano, que le hacía parecer más accesible. Otros presidentes de consejo aparecían pescando con mosca en arroyos escoceses o pilotando sus propias avionetas hacia Helsinki. Al señor Hosokawa le fotografiaban en su hogar, en el sofá de cuero en el que se sentaba a escuchar, a sus espaldas un equipo estéreo Nansei EX-12. Antes o después llegaba la inevitable pregunta sobre sus preferencias. Antes o después llegaba la inevitable respuesta.

Por un coste considerablemente superior al del resto de la velada (comida, servicio, transporte, flores, seguridad), pudo convencerse a Roxane Coss de que acudiese a la fiesta, al coincidir ésta con el final de su temporada en la Scala y no afectar a su presentación en el Teatro Colón de Argentina. No asistiría a la cena (nunca comía antes de cantar) pero comparecería al concluir ésta y cantaría seis arias acompañada por su pianista. Se le indicó por carta al señor Hosokawa que, de aceptar la invitación, podía expresar sus preferencias en lo tocante al repertorio, y si bien los anfitriones no podían prometer nada, sus deseos serían transmitidos a la señorita Coss para que los tuviese en consideración. Al apagarse las luces había completado el aria de *Rusalka*, la elegida por el señor Hosokawa. Con ella hubiera terminado el recital, aunque ¿quién sabe si habría podido cantar un bis, o dos incluso, de haber

permanecido encendidas las luces?

El señor Hosokawa escogió *Rusalka* en señal de respeto por la señorita Coss. Era la pieza central de su repertorio, y no supondría una preparación especial: la pieza habría estado presente en el recital incluso de no haberla solicitado. No quiso escoger algo oscuro y alambicado, como un aria de *Parténope*, con la que establecer su condición de melómano. Simplemente, quería oírle cantar *Rusalka* de cerca, en la misma habitación. «Si el alma humana sueña conmigo, ¡ojalá me recuerde al despertar!». Su intérprete se lo había escrito años atrás, traducido del checo.

Las luces siguieron apagadas. El aplauso perdió intensidad paulatinamente. La gente parpadeaba y achinaba los ojos intentando ver algo. Pasó un minuto, pasaron dos, y el grupo aún se sentía cómodo y despreocupado. Entonces, Simon Thibault, el embajador francés, a quien antes de llegar al país se le había prometido el muchísimo más atractivo destino de España (puesto que le fue concedido injustamente a otra persona en pago de un complicado favor político mientras Thibault y su familia preparaban el traslado), vio por debajo de la puerta que las luces de la cocina seguían encendidas. Fue el primero en comprender. Se sintió como si le hubieran despertado bruscamente de un profundo sueño, ebrio de licor y asado y Dvorak. Tomó la mano de su esposa, tras buscarla en la oscuridad mientras aún aplaudía, y la arrastró hacia la multitud, cuerpos oscuros que no podía ver pero entre los que se introdujo. Avanzó hacia las puertas vidriadas que según recordaba estaban al otro extremo de la sala, al tiempo que giraba el cuello intentando ver el brillo de alguna estrella. Lo que vio fue el estrecho haz de luz de una linterna, uno primero y luego otro, y sintió que el corazón se le vaciaba en el pecho, una sensación que sólo puede describirse como tristeza.

—¿Simón? —susurró su esposa.

Ya estaba tendida, sin que ninguno de ellos la hubiese visto, la red se había urdido y extendido en torno a la casa, y aunque su primer impulso, el impulso natural, fue seguir adelante e intentar desafiar sus perspectivas, la razón supo contenerle. Era mejor no llamar la atención. Mejor no ser un ejemplo. Al frente de la sala, el pianista besaba a la cantante de ópera, y el embajador Thibault envolvió a Edith, su esposa, entre sus brazos.

—Cantaré a oscuras —dijo Roxane Coss—, si alguien consigue una vela.

Con estas palabras, la sala dio un respingo y los últimos aplausos callaron al comprobar que también las velas se habían apagado. Fue el final de la velada. Para entonces, los guardaespaldas estarían dormitando en las limusinas como perrazos bien alimentados. A lo largo y ancho de la sala, los hombres echaron manos al bolsillo y encontraron sólo pañuelos doblados y fajos de billetes. Se oyó una creciente algarabía de voces, hubo un cierto vaivén y luego, como por arte de magia, volvió la luz.

Había sido una hermosa fiesta, aunque luego nadie lo recordaría. Espárragos con salsa holandesa, rodaballo con crujientes cebollitas y costillitas de apenas tres o cuatro bocados en un *demiglacé* de arándanos. Por lo general, los países en desarrollo que querían impresionar a los directivos de importantes empresas extranjeras optaban por el caviar ruso y el champán francés. Ruso y francés, ruso y francés, como si esa fuera la única manera de demostrar prosperidad. Sobre cada mesa, un alarde de orquídeas amarillas, ninguna mayor que un dedal, todas de la tierra, temblaban y oscilaban como móviles y al paso de cada invitado dibujaban una nueva disposición. El esfuerzo invertido en la velada, la ubicación de cada tallo, la elegante caligrafía de las tarjetas con los nombres, se había perdido sin ser apreciado siquiera un instante. Se habían tomado prestados cuadros del museo nacional: sobre la chimenea, una Virgen de ojos oscuros presentaba a un diminuto Cristo entre sus dedos, de rostro sabio y adulto. El jardín, que los invitados verían sólo por un instante cuando cubriesen el corto trecho desde sus coches hasta la puerta principal, o si se asomaban a las ventanas cuando aún hubiese luz suficiente, se vio limpio y recompuesto con grandes orquídeas, macizos de trepadoras y helechos esmeralda. No estaban lejos de la selva, e incluso en el jardín más domesticado las flores pugnaban por imponerse a la monotonía del césped recortado. Varios jóvenes habían estado trabajando desde primera hora de la mañana, desempolvando con sus trapos las gruesas hojas y retirando los marchitos capullos de buganvilla que se pudrían junto al seto. Tres días antes habían encalado de nuevo el muro de estuco que rodeaba la casa del vicepresidente, atentos siempre a que la aguada no cayese sobre la hierba. Cada elemento estaba previsto: saleros de cristal, *mousse* de limón, *bourbon* estadounidense. No habría baile, ni orquesta. La única música sería

la que sonase tras la cena, Roxane Coss y su pianista, un treintañero procedente de Suecia o Noruega, de finos cabellos rubios y hermosos dedos ahusados.

Dos horas antes de la fiesta de cumpleaños del señor Hosokawa, el presidente Masuda, nativo del país e hijo de japoneses, había enviado una nota de disculpa en la que explicaba que asuntos importantes que escapaban a su control le impedirían asistir aquella tarde a la recepción.

Mucho se especuló sobre esta decisión después, cuando se estropeó la velada. ¿Fue la suerte del presidente? ¿La voluntad divina? ¿Un chivatazo, una conspiración, una conjura? Por desgracia, no fue nada tan aleatorio. Estaba previsto que la fiesta comenzase a las ocho en punto y que durase hasta pasada la medianoche. La telenovela del presidente empezaba a las nueve. Entre los miembros del gabinete y los asesores del presidente era un secreto a voces que los asuntos de Estado no podían tratarse de lunes a viernes entre las dos y las tres de la tarde, ni entre las ocho y las nueve de la tarde los martes. El cumpleaños del señor Hosokawa caía en martes aquel año. Nada podía hacerse al respecto. Y nadie era capaz de concebir una fiesta que comenzase a las diez de la noche, o que hubiese terminado hacia las ocho y media para permitirle al presidente regresar a su hogar con tiempo. Alguien propuso que se grabase el programa, pero el presidente aborrecía tener que grabar. Ya sufría suficientes grabaciones cuando salía del país. Lo único que él pedía era disponer sin restricciones de unas horas concretas a la semana. La discusión a propósito del problema que planteaba la inoportuna fiesta de cumpleaños se alargó durante días. Después de mucho negociar, el presidente cedió y aseguró que asistiría a la fiesta. Horas antes de que ésta comenzase, y por un motivo evidente y no revelado, cambió irrevocablemente de opinión.

Si bien la absoluta devoción del presidente Masuda por sus programas era conocida y consentida entre sus allegados políticos, de algún modo se había conseguido que ni la prensa ni el público supiese de ella. El país anfitrión perdía la cabeza por las telenovelas, pero aun así la infatigable dedicación del presidente a su aparato de televisión podía ponerle en ridículo de tal manera que su gabinete con gusto la hubiera cambiado por una amante

indiscreta. Incluso los miembros del Gobierno de los que se sabía que seguían determinados programas no soportaban ver sus obsesiones reflejadas de manera tan patente en el jefe de Estado. Así, para muchos de los presentes en la fiesta que trabajaban con el presidente, su ausencia fue acogida con decepción pero sin mucha sorpresa. El resto de presentes hicieron preguntas: ¿ha habido una emergencia? ¿Se encuentra mal el presidente?

—Problemas en Israel —se les respondió en tono confidencial.

—Israel —susurraron todos. Quedaron muy impresionados: nunca hubieran pensado que se consultara al presidente Masuda en cuestiones concernientes a Israel.

Había una clara división entre los casi doscientos invitados de aquella velada: quienes sabían dónde estaba el presidente y quienes no lo sabían, y la situación se mantuvo hasta que ambos grupos se olvidaron de él por completo. El señor Hosokawa apenas si fue consciente de su ausencia. ¿Qué importancia podía tener un presidente la noche en la que conocería a Roxane Coss?

Vista la ausencia presidencial, el vicepresidente Rubén Iglesias se erigió en anfitrión de la velada. No era tan difícil de imaginar. Al fin y al cabo, la cena se ofrecía en su residencia. A lo largo de los cócteles, de los entrantes, de la cena y del concierto, no dejó de pensar en el presidente. Qué fácil era imaginarle como Iglesias le había visto ya un centenar de veces, sentado a oscuras en el borde de su cama en el dormitorio principal del palacio presidencial, el traje doblado sobre el brazo de una silla, las manos entrelazadas y apretadas entre las rodillas. Estaría mirando un pequeño televisor colocado sobre la cómoda, mientras su mujer seguía el mismo programa en la gran pantalla de la sala de estar. En sus gafas se reflejaría la imagen de una hermosa muchacha atada a una silla. Ésta forcejeaba y retorcía una y otra vez las muñecas hasta que la cuerda cedía y conseguía liberar una mano. ¡María era libre! El presidente Masuda se arrellanaría en su asiento y batiría palmas en silencio. ¡Y pensar que casi se lo había perdido, después de esperar durante semanas! La muchacha, mientras, echaba un vistazo rápido en derredor y se inclinaba para soltar la áspera cuerda que le ataba los tobillos.

Y de súbito la imagen de María desapareció y Rubén Iglesias alzó la vista hacia las luces de su salón, que alguien había vuelto a encender. Apenas tuvo tiempo de constatar que la bombilla de una lamparita se había fundido, porque varios hombres irrumpieron en

la fiesta desde todas las ventanas y paredes. Dondequiera que se volviese el vicepresidente, los extremos de la habitación parecían abatirse sobre él entre alaridos. Pesadas botazas y culatas de armas se abrieron paso por conductos de ventilación y tomaron al asalto las puertas. La gente se arremolinó primero para luego separarse unos de otros en un estado de pánico animal. La casa pareció alzarse como una barca atrapada en la larga cresta de una ola y volcada sobre un costado. La plata voló por los aires, entre tintineos de tenedores sobre cuchillos, y los jarrones reventaron contra las paredes. La gente resbaló, cayó, corrió, pero sólo durante un instante, hasta que sus ojos se acostumbraron a la luz y vieron lo inútil de su pugna.

Era fácil ver quién estaba al mando: los más viejos, los que gritaban órdenes. No se presentaron a sí mismos entonces, y por ese motivo se pensó en ellos durante un tiempo no con nombres sino con rasgos prominentes. Benjamín: el del herpes. Alfredo: el del bigote al que le faltaban los dos primeros dedos de la mano izquierda. Héctor: el de las gafas de montura dorada a las que faltaba una patilla. Con los generales llegaron quince soldados cuya edad oscilaba entre los veinte y los catorce años. Había entonces dieciocho invitados de más en la fiesta. Nadie supo contarlos en aquel momento. Iban moviéndose y tomando posiciones. Se desdoblaban y triplicaban al moverse por la habitación; aparecían detrás de las cortinas, bajaban por la escalera y desaparecían en la cocina. Resultaba imposible contarlos porque parecían estar en todas partes, porque eran muy parecidos: era como intentar contar abejas mientras zumban en torno a su cabeza. Vestían gastadas ropas de tonos oscuros, muchos verde mate como el de un cenagal, otros dril o negro. Sobre la ropa cargaban con una segunda capa de armamento, cananas, vistosos cuchillos en bolsillos traseros y armas de todo tipo, pistolas al cinto o enfundadas, rifles y ametralladoras acunados como bebés y blandidos como palos. Llevaban gorras de visera bien calada, pero a nadie les interesaban sus ojos, tan sólo las armas, sólo los cuchillos serrados. Más de uno contó tres personas en lugar de una con tres pistolas. Había más similitudes entre los hombres: eran delgados, fuese por la falta de alimento o por el proceso de crecimiento, y sus hombros y rodillas resaltaban bajo su ropa. Estaban también muy sucios, mucho. Incluso en la confusión del momento todos pudieron

ver que estaban tiznados, pringosos, brazos y caras y manos moteadas de barro, como si hubieran llegado a la fiesta cavando bajo el jardín y levantando luego una plancha del suelo.

Su entrada no pudo durar más de un minuto, y aun así pareció alargarse más que los cuatro platos de la cena. Hubo tiempo para que cada invitado considerase una estrategia, la revisase minuciosamente y finalmente la descartase. Los esposos hallaron a sus esposas, que habían derivado hacia el extremo opuesto de la sala, los paisanos buscaron a sus compatriotas y formaron bloques mientras hablaban velozmente unos con otros. Reinaba el consenso entre los invitados: no habían sido secuestrados por La Familia de Martín Suárez (llamada así por un niño de diez años a quien el ejército gubernamental había matado a tiros mientras distribuía octavillas para un mitin político), sino por unos terroristas mucho más famosos, La Dirección Auténtica, un grupo de asesinos revolucionarios cuya reputación se basaba en cinco años de cruenta brutalidad. Quienes conocían esta organización y el país anfitrión acabaron de convencerse, aunque ninguno lo dijo, de que acabarían todos muertos, cuando en realidad serían los terroristas quienes no sobrevivirían el incidente. En aquel momento, el terrorista al que le faltaban dos dedos y que vestía unos pantalones verdes arrugados y una chaqueta desparejada alzó su automática del cuarenta y cinco y disparó dos veces contra el techo. El yeso desmenuzado roció de polvo a varios de los invitados, y fue entonces cuando algunas mujeres gritaron, quizá por los disparos pero quizá también al sentir que algo inesperado tocaba sus hombros descubiertos.

—Atención —dijo el hombre de la pistola, en español—. Esto es un arresto. Les pedimos cooperación y atención absoluta.

Aproximadamente dos tercios de los presentes parecían asustados, pero el desperdigado tercio restante parecía a un tiempo asustado y desconcertado. Estos eran los que se inclinaban hacia el hombre de la pistola, en lugar de apartarse de él. Eran quienes no hablaban español. Cruzaron susurros rápidos con sus vecinos. Se repitió la palabra «atención» en distintos idiomas. Esa palabra era suficientemente clara.

El general Alfredo había esperado que a su comunicado siguiese un silencio tenso y expectante, pero el silencio no llegó. Los cuchicheos le hicieron disparar descuidadamente al techo; una bala alcanzó una de las lámparas, que explotó. La habitación perdió luz, y esquirlas de vidrio cayeron en cuellos de camisa y se asentaron

sobre algunos cabellos.

—*Arresto* —repitió—. ¡*Deténganse*!

Podría resultar sorprendente en primera instancia, un grupo tan numeroso incapaz de hablar la lengua del país anfitrión, pero hay que recordar que era una reunión para promover el interés extranjero, y los dos invitados de honor no hablaban diez palabras de español entre los dos, si bien «arresto» era comprensible para Roxane Coss y nada significaba para el señor Hosokawa. Se inclinaron hacia delante, como si con ese gesto pudiesen mejorar la comprensión. La señorita Coss no llegó a inclinarse demasiado, puesto que el pianista se había enrollado en torno a ella como un muro de seguridad, el cuerpo alerta, atento, dispuesto a detener cualquier bala que pudiera perderse en su dirección.

Gen Watanabe, el joven que trabajaba como intérprete del señor Hosokawa, se acercó a su jefe y tradujo las palabras al japonés.

No le hubiera servido de nada en las circunstancias actuales, pero en una ocasión el señor Hosokawa había intentado aprender italiano con una colección de cintas que escuchaba durante sus vuelos. A efectos comerciales debería de haber aprendido inglés, pero le interesaba más mejorar su comprensión de la ópera. «*Il bigliettaio mi fece el biglietto*», decía la cinta. «*Il bigliettaio mi fece el biglietto*», repetía él en silencio, para no importunar al resto de pasajeros. Pero su esfuerzo fue mínimo, y acabó por no hacer progreso alguno. El sonido de la lengua hablada le hacía añorar el de la lengua cantada, y siempre acababa por poner en su lugar el cedé de *Madame Butterfly*.

En su juventud, el señor Hosokawa había visto la gran ventaja que suponían las lenguas. De mayor, desearía haberse esforzado más en aprenderlas. ¡Esos traductores! Siempre cambiantes, a veces buenos, otros envarados como en la escuela, otros estúpidos a más no poder. Algunos no podían ni hablar su japonés nativo y a cada instante debían interrumpir la conversación para buscar una palabra en el diccionario. Los había capaces de realizar su trabajo con garantías, pero no era la clase de gente con la que el señor Hosokawa quería viajar. Otros había que le abandonaban tan pronto se había pronunciado la última palabra de una reunión, con lo que él se quedaba perdido y mudo si se hacía necesario continuar las negociaciones. Otros eran casi falderos y pretendían permanecer

junto a él durante cada comida, acompañarle en sus paseos y detallarle hasta el último momento de sus grises infancias. Las cosas que tuvo que aguantar por un poco de francés y un par de frases hilvanadas en inglés. Lo que tuvo que aguantar antes de tener a Gen.

Gen Watanabe le fue asignado en una conferencia a propósito de la distribución mundial de bienes en Grecia. Por lo general, el señor Hosokawa intentaba evitar las sorpresas que acostumbraban a depararle los intérpretes locales, pero su secretaria había sido incapaz de localizar un intérprete de griego que pudiese acompañarle de un día para otro. Durante el vuelo hacia Atenas, el señor Hosokawa no habló con los dos vicepresidentes primeros ni con los tres directores de ventas que le acompañaban. En lugar de ello, prefirió escuchar a María Callas cantando una selección de melodías griegas, pensando que aunque la reunión le resultase ininteligible, al menos habría visto el país que ella consideraba su hogar. Tras aguardar a que sellasen su pasaporte y controlasen su equipaje, el señor Hosokawa vio que un joven sostenía un cartel en el que se había escrito pulcramente «Hosokawa». El joven era japonés, lo cual, francamente, era un alivio. Era más fácil tratar con un compatriota que sabía algo de griego que con un griego que sabía algo de japonés. El intérprete era más alto de lo que acostumbran a serlo los japoneses. Tenía un cabello espeso y largo que rozaba el borde de sus gafas redondas aun cuando intentaba peinarlo con raya a un lado. Daba la impresión de ser muy joven. Era el cabello. El cabello evidenciaba a ojos del señor Hosokawa cierta falta de seriedad, aunque quizá fuera tan sólo el hecho de estar el joven en Atenas y no en Tokio lo que le daba ese aspecto poco serio. El señor Hosokawa se acercó a él y le dirigió la más ligera forma de inclinación, un gesto que afectaba sólo al cuello y los hombros y expresaba: «Ya me ha encontrado».

El joven alargó un brazo y tomó el maletín del señor Hosokawa, al tiempo que se inclinaba hasta la cintura. Se inclinó con seriedad, si bien con menos deferencia, ante los dos vicepresidentes y los tres directores de ventas. Se presentó a sí mismo como el intérprete, se interesó por la comodidad del viaje y les informó de la duración aproximada del viaje hasta el hotel y de la hora a la que comenzaría la primera reunión. En el bullicioso aeropuerto de Atenas, donde uno de cada dos hombres parecía tener bigote y una Uzi, entre el afanoso arrastrar de bolsas y la algarabía de gritos y altavoces, el

señor Hosokawa oyó algo en la voz del joven, algo familiar y sedante. No era una voz musical, y aun así le afectó como la música. Quiso que volviese a hablar.

—¿De dónde es usted? —preguntó el señor Hosokawa.

—De Nagano.

—Muy bonita, y los Juegos Olímpicos…

Gen asintió, sin aportar más información sobre los Juegos.

El señor Hosokawa se esforzó en decir otra cosa. Había sido un largo vuelo, y le parecía que durante el tiempo que había pasado en el avión había olvidado cómo empezar una conversación. En realidad creía que era tarea de Gen ayudarle a establecerla.

—Y su familia, ¿sigue allí?

Gen Watanabe se detuvo un momento, como si recordase algo. Un enjambre de adolescentes australianos pasó junto a ellos, cada uno armado con una mochila cargada a la espalda. Sus gritos y risas resonaban por la terminal. "¡Wombat!", gritó una chica, y el resto respondió: «¡Wombat! ¡Wombat! ¡Wombat!» Trastabillaron entre carcajadas, y tuvieron que sostenerse en pie unos a otros.

—Todos están allí —dijo Gen, la vista fija en la espalda de los adolescentes—. Mi padre, mi madre y mis dos hermanas.

—¿Y están casadas sus hermanas?

Al señor Hosokawa no le importaban las hermanas, pero la voz era algo que casi podía ubicar, como las notas de la obertura de… ¿de qué?

Gen le miró fijamente:

—Casadas.

La pregunta se le antojó de pronto casi inapropiada. El señor Hosokawa apartó la mirada mientras Gen se hacía cargo de su equipaje y conducía al grupo a través de las puertas corredizas hacia el sofocante calor del mediodía en Grecia. La limusina esperaba, fresca y paciente, y en ella subieron.

Durante los dos días que siguieron, todo cuanto tocaba Gen resultaba de repente mucho más fácil. Pasó a máquina las notas manuscritas del señor Hosokawa, se ocupó de combinar horarios y consiguió entradas en principio agotadas seis semanas atrás para una representación de *Orfeo ed Euridice*. En la conferencia habló en griego en representación del señor Hosokawa y sus colaboradores, habló con ellos en japonés y fue a todos los efectos inteligente, rápido y profesional. Pero no era su presencia lo que fascinaba al señor Hosokawa, era su falta de presencia. Gen era una extensión de

sí mismo, un yo invisible que se anticipaba constantemente a sus necesidades. Tenía la sensación de que Gen recordaría cuanto hubiese sido olvidado. Una tarde, en el transcurso de una reunión referida a los intereses de envío, mientras Gen reproducía en griego lo que había dicho un momento antes, el señor Hosokawa reconoció al fin la voz. Algo muy familiar, eso le había parecido. Era su propia voz.

—No tengo muchos negocios en Grecia —le dijo a Gen aquella noche frente a unas copas en el bar del Hilton Atenas. El bar estaba en la azotea del hotel y ofrecía vistas de la Acrópolis, y parecía que ésta, blancuzca y porosa en la distancia, hubiera sido construida con ese propósito: ofrecer un divertimento visual a los clientes mientras bebían.

—Me preguntaba qué otros idiomas habla.

El señor Hosokawa le había oído hablar en inglés por teléfono.

Gen hizo una lista, deteniéndose de vez en cuando para comprobar cuáles había omitido. Dividió en categorías los lenguajes en los que creía ser extremadamente competente, muy competente, competente, pasable o que sólo podía leer. Sabía más idiomas que cócteles había en la carta plastificada de la mesita. Ambos pidieron un combinado llamado Areópago. Brindaron.

Su español era excelente.

A medio mundo de distancia, en un país más extraño aún, el señor Hosokawa recordaba el aeropuerto de Atenas, los hombres bigotudos y armados que podían parecerse al que ahora sostenía la pistola. Aquel día conoció a Gen. ¿Cuánto hacía ya: cuatro años, cinco? Después de aquello, Gen regresó a Tokio para trabajar a tiempo completo para él. Cuando no había nada que requiriese traducción, Gen simplemente parecía ocuparse de las cosas antes siquiera de que la gente se diese cuenta que había que ocuparse de ellas. Gen era hasta tal punto fundamental en su actual manera de pensar que el señor Hosokawa olvidaba a veces que él no conocía los idiomas, y que la voz que otra gente escuchaba no era la suya. No entendió lo que había dicho el hombre de la pistola, y sin embargo estaba más que claro. En el peor de los casos, estaban todos muertos. En el mejor, se enfrentaban al comienzo de un largo sufrimiento. El señor Hosokawa había acudido adonde nunca debería haber asistido, había permitido que unos extraños creyeran

algo que no era cierto, y todo por oír cantar a una mujer. Miró a Roxane Coss desde el otro lado de la sala. Apenas si pudo verla, porque el pianista la tenía perfectamente encajonada entre él y el piano.

—Presidente Masuda —dijo el hombre del bigote y la pistola.

Se produjo un incómodo remoloneo entre los elegantes huéspedes; nadie quería ser el portador de las noticias.

—Presidente Masuda, salga usted.

La gente desvió la mirada, expectante, hasta que el hombre de la pistola bajó el arma y apuntó hacia los invitados, si bien parecía apuntar en especial a una mujer rubia ya cincuentona llamada Elise, una banquera suiza. Esta parpadeó un par de veces y a continuación cruzó las manos extendidas sobre el corazón, como si lo más probable fuera que disparara justo ahí. Sacrificaría gustosa sus manos si con ello ganaba un milisegundo de protección al corazón. Si bien esto arrancó algunos hipidos entrecortados de los presentes, poco más efecto tuvo. Se produjo una vergonzante pausa en la que se descartó toda posibilidad de heroísmo o incluso caballerosidad, hasta que al fin el vicepresidente del país anfitrión dio un pasito adelante y se identificó.

—Soy el vicepresidente Rubén Iglesias —dijo al hombre de la pistola. El vicepresidente daba la impresión de estar cansadísimo. Era un hombre muy pequeño, tanto en tamaño como en envergadura, a quien se había escogido para el puesto durante la campaña electoral tanto por su estatura como por sus convicciones políticas. La idea prevaleciente en el gobierno era que un vicepresidente alto haría que el presidente pareciese débil y reemplazable—. El presidente Masuda no ha podido acudir esta tarde. No está aquí.

La voz del vicepresidente sonaba pesada. Sobre él estaba recayendo gran parte del peso de la situación.

—Mentira —corrigió el hombre de la pistola.

Rubén Iglesias negó tristemente con la cabeza. Nadie deseaba más que él que el presidente Masuda estuviese allí presente, en lugar de tumbado en su cama, repasando mentalmente el episodio de la telenovela de aquella noche. El general Alfredo volteó con destreza la pistola en su mano, de forma que ahora la sostenía por el cañón y no por la culata. Tomó impulso y golpeó al presidente en el pómulo derecho, muy cerca del ojo. Se oyó un golpe sordo, mucho menos violento que el gesto al que acompañaba, al chocar la

culata contra piel y hueso, y el hombrecillo cayó derribado a tierra. La sangre no tardó en manar de un corte de tres centímetros, próximo al nacimiento del cabello. Parte de la sangre alcanzó la oreja y comenzó el viaje de vuelta al interior de su cabeza. Pese a ello todos, incluido el vicepresidente (tendido ahora semiinconsciente sobre la alfombra de su propio salón, donde escasas horas antes había luchado en broma con su hijo de tres años), sintieron gran alivio y cierta sorpresa al comprobar que no había sido tiroteado.

El hombre de la pistola contempló al vicepresidente tirado en el suelo y luego, como si la idea le hubiese gustado, ordenó a los demás presentes que se tumbasen. Para quienes no hablaban el idioma esto resultó muy claro tan pronto uno por uno el resto de invitados fue cayendo de rodillas para luego tenderse sobre el suelo.

—Boca arriba —añadió.

Los pocos que lo habían hecho mal se dieron la vuelta. Dos de los alemanes y un argentino se negaron a tumbarse hasta que los soldados les obligaron a ello a culatazos en las corvas. Los invitados ocupaban más espacio tumbados del que habían necesitado estando de pie, y para hacer frente a la necesidad de espacio algunos se tumbaron en el recibidor y otros en el comedor. Ciento noventa y un invitados se tumbaron, veinte camareros se tumbaron, siete cocineros y pinches se tumbaron. Se trajo a los tres hijos del vicepresidente y a la niñera de su dormitorio; pese a lo avanzado de la noche, todavía no se habían ido a dormir porque habían estado contemplando a Roxane Coss desde lo alto de la escalera, y también ellos tuvieron que tumbarse. Desperdigados por el suelo como alfombras yacían varios hombres y mujeres importantes y un puñado de mujeres y hombres de enorme importancia, embajadores y diplomáticos, miembros del gabinete, presidentes de banco, de grandes compañías, un monseñor y una diva de la ópera, que tumbada en el suelo se antojaba ahora muy pequeña. Poco a poco el pianista fue situándose sobre ella, intentando escudarla tras sus anchas espaldas. Ella se retorció un poco. Las mujeres que aún creían que aquello pasaría pronto y que estarían en sus camas a las dos de la mañana procuraron recoger sus vestidos bajo sus cuerpos y así reducir al mínimo las arrugas. Quienes creían que serían ejecutadas en breve se despreocuparon de los pliegues y arrugas de la seda. Una vez todos se hubieron acomodado sobre el suelo, la sala quedó sorprendentemente en silencio.

La gente estaba ahora claramente dividida en dos grupos: los que estaban de pie y los que estaban tumbados. Se impartieron instrucciones: quienes yacían en el suelo debían permanecer quietos y en silencio y quienes estaban de pie debían registrar a los yacientes en busca de armas y del presidente.

Podría pensarse que al estar en el suelo, la gente se habría sentido más vulnerable y preocupada. Podían pisarles, patearles si querían. Podían dispararles sin poder siquiera correr. Pero todos y cada uno, sin excepción, se sintieron mejor en el suelo. Ya no podían conspirar para lanzarse sobre un terrorista, ni considerar una huida a ciegas hacia la puerta. Ahora era mucho menos probable que se les acusase de hacer algo que no habían hecho. Eran como cachorros que intentan evitar una pelea al ofrecer voluntariamente cuerpo y vientre a los dientes afilados, «todo tuyo». Incluso los rusos, que pocos minutos antes planeaban entre susurros salir corriendo, sintieron el alivio que acompaña a la resignación. Más de uno de los invitados cerró los ojos. Era tarde. En la cena había habido vino y rodaballo, y unas costillitas muy ricas, y si bien es cierto que estaban aterrorizados, también lo era que estaban cansados. Las botas que circulaban a su alrededor y por encima de ellos eran viejas, y estaban incrustadas de un barro que se desprendía y marcaba senderos sobre la alfombra Savonnière de exquisito diseño (y que afortunadamente estaba bien acolchada). Las botas tenían agujeros, y podían verse algunos dedos asomados, ahora que estos estaban tan próximos a los ojos. Algunas botas habían acabado de reventar y sólo las mantenía unidas una cinta adhesiva plateada mugrienta y de bordes enrollados. Los jóvenes se inclinaron sobre los invitados. No sonreían, pero en sus rostros tampoco había nada especialmente amenazador. Era fácil imaginar cómo habría salido todo de haber estado todo el mundo de pie, si un mocito armado con varios cuchillos hubiera tenido que imponer su autoridad sobre un hombre de mayor tamaño y edad vestido con un carísimo esmoquin. Pero de este modo, las manos de los muchachos se movían rápidas de bolsillo en bolsillo, alisando perneras con los dedos bien abiertos. Con las mujeres se limitaron a un ligero roce sobre las faldas. Alguna vez pasó que un muchacho se inclinaba, dudaba un instante y acababa por levantarla. Poco encontraron de interés; era después de todo una velada festiva.

El callado general Héctor anotó en una libreta los siguientes objetos confiscados: seis navajas en otros tantos bolsillos de

pantalón, cinco cortapuros atados a cadenas de reloj, y en un bolso una pistola de cachas nacaradas apenas más grande que un peine. Al principio pensaron que era un encendedor y dispararon por error una salva mientras intentaban encenderlo; sobre la mesa del comedor quedó un estrecho agujero. Un abrecartas de mango esmaltado del escritorio, y toda clase de cuchillos y tenedores de carne de la cocina, el atizador y la pala del colgador de la chimenea y un revólver 38 Smith & Wesson de la mesilla de noche del vicepresidente, arma que el vicepresidente admitió de inmediato poseer cuando se le interrogó. Todo lo guardaron en el armario de la ropa de cama en el piso superior. Les permitieron conservar relojes, carteras y joyas. Un chico cogió un caramelo de menta del bolsito de mano de una mujer, pero primero lo levantó discretamente pidiendo permiso. Ella movió la cabeza arriba y abajo, no más de medio centímetro, y él sonrió y desenvolvió el celofán.

Uno de los chicos se quedó mirando con insistencia a Gen y al señor Hosokawa, sin apartar la vista de sus caras. Miró de nuevo al señor Hosokawa y dio un paso atrás, pisando a uno de los camareros, que dio un respingo y retiró la mano.

—General —dijo el muchacho, demasiado alto en una sala como aquella. Gen se acercó más a su patrón, para dar a entender con su cuerpo que donde iba uno iba el otro.

Sobre los acalorados y jadeantes huéspedes apareció el general Benjamín. A primera vista hubiera podido pensarse que le había tocado en suerte una enorme marca violácea de nacimiento, pero fijándose un poco más uno podía ver que lo que llevaba en la cara era algo vivo y rabioso. La brillante culebrilla del herpes comenzaba en alguna zona de sus oscuros cabellos y marcaba un tajo a lo largo de la sien que se detenía poco antes del ojo. La sola vista de la infección producía en todos simpatía y conmiseración. El general Benjamín siguió el camino marcado por el dedo del muchacho y también él observó detenidamente al señor Hosokawa.

—No —le dijo al muchacho. Pareció que se daría la vuelta, pero se detuvo y le dijo de pasada al señor Hosokawa:

—Pensaba que era usted el presidente.

—Pensaba que era usted el presidente —dijo Gen en un susurro, y el señor Hosokawa asintió. Un hombre japonés con gafas y entrado en la cincuentena; había media docena más desperdigados por allí.

El general Benjamín bajó su rifle hasta el pecho de Gen y apoyó sobre él el cañón, como si fuera un bastón. La boca no era mucho más grande que los corchetes de su camisa, y marcaba claramente un punto de presión.

—No se habla.

Gen articuló sin pronunciar la palabra «traductor». El general se quedó un momento pensativo, como si le acabasen de decir que el hombre con quien había hablado era sordo o ciego. A continuación retiró el arma y se alejó. Gen se dijo a sí mismo que debía de haber alguna medicación que pudiera ayudar a aquel hombre. Al respirar hondo notó un ligero dolor punzante en la zona donde había estado apoyada el arma.

No muy lejos de allí, junto al piano, dos muchachos echaron mano de sus armas y fueron pinchando al pianista hasta que éste estuvo más junto a Roxane Coss que sobre ella. Le había resultado imposible tumbarse sobre su cabello, atado en un elaborado moño sobre la nuca. Subrepticiamente se había ido quitando las horquillas, que ahora descansaban sobre su estómago en un pulcro montoncito, donde cualquiera podía hacerse con ellas y usarlas como armas, si es que les daba por ahí. Su pelo, largo y ondulado, envolvía ahora su cabeza, y los jóvenes terroristas fueron a contemplarlo sin pudor; algunos osaron incluso tocarlo, no con la profunda satisfacción de una caricia, sino con el menor de los roces de un dedo sobre las puntas rizadas. Al inclinarse podían además oler su perfume, diferente al del resto de mujeres que habían inspeccionado. De algún modo, la cantante de ópera había conseguido reproducir el aroma de las minúsculas florecillas blancas que habían visto en el jardín de camino a los conductos del aire. Incluso aquella noche, lastradas sus mentes por la posibilidad de la muerte o la liberación, habían percibido el olor de aquellas florecillas acampanadas que crecían junto al muro de estuco, y ahora, al encontrar el aroma tan cercano en los cabellos de aquella hermosa mujer, se les antojó un augurio, una señal afortunada. La habían oído cantar mientras esperaban acurrucados en los conductos del aire acondicionado. Cada uno tenía una tarea, e instrucciones muy específicas. Había que cortar las luces tras la sexta canción, ya que nadie les había explicado nunca el concepto de un bis. Tampoco les había explicado nadie lo que era la ópera, o

lo que significaba cantar más allá de ese canto informal que cada uno susurra distraídamente mientras acarrea leña o saca agua del pozo. Nadie les había explicado nada. Incluso los generales, que habían estado antes en la capital y habían recibido una educación, contuvieron el aliento para escucharla mejor. Los jóvenes terroristas que aguardaban en el aire acondicionado eran gente simple, y creían en las cosas simples. Cuando una chica de su pueblo tenía una voz bonita, las viejas decían que se había tragado un pájaro, y de eso intentaban convencerse a sí mismos mientras contemplaban las horquillas amontonadas sobre la gasa color pistacho de su vestido: «Se ha tragado un pájaro». Pero sabían que no era cierto. Pese a su ignorancia, pese a su desconocimiento del mundo, sabían que nunca había habido un pájaro tal.

De la corriente continua de muchachos destacó uno que se acuclilló junto a ella y le tomó la mano. La sostuvo con cuidado, apenas si apoyó su palma contra la suya, de modo que pudiera apartarse de él cuando quisiera; pero no lo hizo. Roxane Coss sabía que cuanto más sostuviese su mano, más se enamoraría de ella, y si la amaba era probable que intentase salvarle del resto y de él mismo. Este chico en particular parecía extraordinariamente joven y delicado bajo la visera de su gorra; una miríada de sedosas pestañas negras se apilaba sobre sus párpados. Una bandolera de balas cruzaba su estrecho pecho, y su cuerpo se doblaba bajo el peso de éstas. De una bota sobresalía el mango de madera de un primitivo cuchillo de cocina, y una pistola amenazaba con caer de su bolsillo. Roxane Coss pensó en Chicago, y en las heladas noches de finales de octubre. Si este chico hubiese vivido una vida completamente diferente, en otro país distinto, bien podría haber salido la semana siguiente a pedir caramelos por las casas disfrazado con otros niños, aunque fuese demasiado mayor. Podría haberse disfrazado de terrorista, con viejas botas de jardinero, usando tiras de cartón ondulado como cananas en las que cada hueco estaría relleno con el lápiz de labios de su madre. El chico no quería mirarle, sólo a la mano. La estudiaba como si fuera algo separado de su persona. En cualquier otra circunstancia la habría apartado de un tirón, pero dado el extraordinario rumbo que había tomado la velada dejó quieta la mano y permitió que el examen continuara. El pianista alzó la cabeza y fulminó con la mirada al muchacho, quien devolvió la mano de Roxane Coss a su regazo y se alejó.

Dos hechos: ninguno de los invitados estaba armado; ninguno de ellos era el presidente Masuda. Se enviaron grupos armados de muchachos a los distintos rincones de la casa, al sótano, al ático, a los confines del muro, para comprobar si entre la confusión había logrado ocultarse. Pero una y otra vez llegó la misma respuesta: allí no estaba. A través de las ventanas abiertas llegaba el estruendoso zumbar de los insectos. En el salón de la residencia vicepresidencial todo era silencio. El general Benjamín se acuclilló junto al vicepresidente, quien sangraba profusamente sobre el pañuelo que su esposa, que estaba tendida junto a él, sostenía contra su cabeza.

—¿Dónde está el presidente Masuda? —preguntó el general, como si descubriesen por vez primera su ausencia.

—En su casa. —Tomó el pañuelo ensangrentado de su esposa y le indicó con un gesto que se alejase.

—¿Por qué no está aquí esta noche?

Lo que el general estaba preguntando era si tenían un espía en su organización, si alguien había avisado al presidente del ataque. Pero el vicepresidente estaba aturdido por el golpe, y resentido, y el resentimiento es primo hermano de la verdad.

—Quería ver su telenovela —dijo Rubén Iglesias, y su voz, en aquella sala silenciosa y obediente, llegó a oídos de todos—. Quería ver si liberaban a María esta noche.

—¿Por qué se nos informó de que estaría aquí?

El vicepresidente contestó sin dudar y sin remordimientos.

—Accedió primero a asistir, y luego cambió de opinión.

Pudo oírse un incómodo encogerse de cuerpos sobre el suelo. Quienes no lo sabían quedaron tan asqueados como quienes lo habían sabido desde un principio. Rubén Iglesias había acabado con su carrera política en aquel preciso instante. Para empezar, nunca había habido gran aprecio entre Masuda y él, y ahora Masuda se ocuparía de arruinarle. Un vicepresidente trabaja duro porque cree que algún día heredará el cargo, como la propiedad pasa de padres a hijos. Y así había apretado los dientes, se había hecho cargo de las tareas más penosas, de los funerales ceremoniales, de las visitas a zonas afectadas por seísmos. Había asentido con interés durante los interminables discursos del presidente. Pero aquella noche no creía ya que llegase a presidente. Aquella noche creía que le fusilarían junto a algunos de los invitados, o junto a todos, incluso a sus hijos, y si así había de ser, quería que el mundo supiese que Eduardo Masuda, un hombre apenas un centímetro más alto que él, estaba

en casa viendo la televisión.

Los sacerdotes católicos, hijos de los misioneros asesinos españoles, gustaban de contar a la gente que la verdad les haría libres, y en aquel caso concreto tenían razón. El general llamado Benjamín había amartillado su arma y se disponía a dar ejemplo enviando al vicepresidente al otro mundo, pero la historia de la telenovela le obligó a detenerse. Por mucho que le disgustase saber que los cinco meses de planificación invertidos en el intento de secuestro del presidente habían sido en vano, y que ahora debía cargar con doscientos veintidós rehenes tendidos sobre el suelo, creyó en todo momento la historia del vicepresidente. Nadie hubiera podido inventar algo así. Era demasiado mezquino, demasiado ruin. El general Benjamín no tenía problemas en matar, ya que su propia experiencia le había enseñado que la vida no era más que insoportable dolor. Si el vicepresidente hubiera dicho que el presidente tenía la gripe, le hubiera disparado. Si hubiera dicho que el Presidente había tenido que ausentarse por urgentes cuestiones de seguridad nacional, le hubiera disparado. Si hubiera dicho que todo había sido una trampa y que el presidente nunca había tenido la intención de asistir a la fiesta, bang. Pero María… Incluso en la selva, donde son escasos los televisores, y la electricidad caprichosa, y la recepción inexistente, la gente hablaba de María. Incluso Benjamín, a quien nada interesaba excepto la liberación de los oprimidos, había oído hablar de María. El programa se emitía a media tarde de lunes a viernes, con un episodio especial los martes por la tarde en el que más o menos se resumía la semana para quienes tenían que trabajar durante el día. Si María debía quedar libre, no era de extrañar que sucediese un martes por la noche.

Tenían un plan, y el plan consistía en hacerse con el presidente y desaparecer en siete minutos. A estas alturas ya deberían estar fuera de la ciudad, lanzados a toda velocidad por peligrosas carreteras que debían llevarles de regreso a la selva.

A través de las ventanas brillaron estroboscópicas luces rojas que iluminaron las paredes. Una aguda sirena las acompañaba. El sonido era cargante, acusatorio. No se parecía en nada, en nada, a un canto.

2

El mundo exterior estuvo bramando toda la noche. Los coches arrancaban y frenaban entre chirridos. Las sirenas iban y venían, se encendían y apagaban y volvían a encenderse. Se levantaron barricadas de madera tras las que mantener a la gente. Era sorprendente cuánto eran capaces de escuchar ahora que estaban tumbados. Tenían tiempo de concentrarse; sí, aquello eran unos pasos apresurados, y aquello el restallar de una porra contra una mano abierta. Conocían ya el techo de memoria (azul celeste, con molduras tan recargadas que rozaban el mal gusto; espirales y ondulaciones por todas partes revestidas de oro, y tres agujeros abiertos por las balas) y por eso los invitados cerraban los ojos para aplicarse a la tarea de la escucha. Voces exageradas y distorsionadas por efecto de los altavoces gritaban instrucciones desde la calle y dirigían demandas hacia la casa. No estaban dispuestos a aceptar nada excepto una rendición incondicional e inmediata.

—Depositarán sus armas ante la puerta —clamaba la voz, alta e irreconocible, como si hubiera subido entre burbujas del fondo del océano—. Abrirán la puerta y saldrán antes que los rehenes, con las manos en la nuca. A continuación, los rehenes evacuarán la casa por la puerta delantera. Por motivos de seguridad, los rehenes deben mantener siempre las manos sobre la cabeza.

Tan pronto una voz completaba su parrafada el megáfono iba a parar a la siguiente, que empezaba de nuevo con ligeras variaciones en sus amenazas. Hubo una serie de clics y una luz blancoazulada como la leche fría atravesó la ventana del salón y los obligó a todos a achinar los ojos. ¿En qué momento habían descubierto el problema? ¿Quién había llamado a aquella gente, y cómo era posible que acudiesen tantos en tan poco tiempo? ¿Estaban siempre en los sótanos de comisaría a la espera de una noche como aquella? ¿Ensayaban lo que iban a decir? ¿Gritaban por megáfono a nadie en particular subiendo poco a poco el tono de voz? Incluso los invitados sabían que nadie iba a dejar las armas y salir por la puerta

simplemente porque así se les ordenara. También ellos entendían que cada vez que se planteaban las demandas disminuían las posibilidades de que fueran atendidas. Cada uno de los presentes se imaginó en posesión de un arma secreta, y de haberla tenido desde luego no la hubieran arrojado sobre la escalera del porche. Pasado un tiempo estuvieron tan cansados que ni siquiera deseaban que todo aquello no estuviese sucediendo, ni tampoco no haber acudido a la fiesta. Lo único que deseaban era que los hombres del exterior se fuesen a casa, apagasen los megáfonos y les dejasen pasar la noche en el suelo. De vez en cuando se producían momentos en los que nadie hablaba, y en la calma engañosa otros ruidos llegaban a la casa, el croar de ranas y langostas y el repiquetear metálico de las armas al ser cargadas y amartilladas.

El señor Hosokawa afirmaría más tarde que no pegó ojo en toda la noche, pero Gen le oyó roncar pasadas las cuatro de la mañana. Era un ronquido suave y sibilante, como el viento al pasar bajo una puerta, y reconfortó a Gen. Los resoplidos fueron generalizándose por la habitación a medida que la gente daba cabezadas de diez o veinte minutos, pero incluso dormidos se atuvieron a las órdenes y permanecieron boca arriba. El pianista se había desprendido de la chaqueta de su traje tan lentamente que casi dio la impresión de no moverse, y haciendo una pelota de ella creó una almohada sobre la que Roxane Coss pudo recostar la cabeza. Las botazas embarradas no dejaron de pasar a su lado y sobre ellos en toda la noche.

Cuando los invitados se tumbaron en el suelo la noche anterior se produjeron momentos de enorme tensión, que sirvieron de distracción de lo que podía acabar sucediendo, pero a la mañana siguiente el miedo había agarrotado todas las bocas. Habían permanecido despiertos sopesando las alternativas, que no eran halagüeñas. La áspera sombra de la barba había aparecido durante la noche, y el maquillaje de muchas se había corrido con el llanto. Chaquetas y vestidos estaban arrugados, los zapatos apretaban. El suelo había magullado espaldas y caderas, y la rigidez se había apoderado de los cuellos. Todos los yacientes sin excepción necesitaban ir al excusado.

Al sufrimiento que compartía con el resto, el señor Hosokawa añadía el peso terrible de la responsabilidad. Toda aquella gente había acudido a su cumpleaños. Al aceptar una invitación y crear falsas expectativas había puesto en peligro la vida de todos los asistentes. Varios empleados de Nansei estaban presentes, entre

ellos Akira Yamamoto, director de desarrollo, y Tetsuya Kato, vicepresidente primero. También los vicepresidentes de la Banca Sumitomo y del Banco de Japón, Satoshi Ogawa y Yoshiki Aoi, estaban allí, pese a las repetidas peticiones personales del mismo señor Hosokawa de que no acudieran. El país anfitrión había contactado también con ellos para explicar que preparaban una fiesta de cumpleaños para su principal cliente, y que por supuesto no querrían perderse su cumpleaños. El embajador japonés había efectuado la llamada. Ahora yacía sobre el felpudo de la entrada.

Pero el rehén que más apenaba al señor Hosokawa (y al pensarlo sabía que no estaba bien situar una vida por encima de otra) era Roxane Coss. Había sido atraída a aquella jungla inhóspita para cantar en su presencia. Cuánta vanidad por su parte haber creído que era un regalo adecuado. Escuchar sus grabaciones era suficiente. Había sido más que suficiente poder verla en el Covent Garden, en el Metropolitan. ¿Qué le hizo creer que sería mejor por estar cerca de ella y poder oler su perfume? No había sido mejor. A fuer de ser honesto, la acústica del salón no había ayudado a resaltar su voz. Le había incomodado la agilidad extrema de su boca, y la lengua rosada y húmeda que podía ver claramente cuando la boca se expandía. La hilera inferior de dientes no era recta. Había sido un honor, pero no compensaba el daño que podía comportar para ella, para todos. Intentó incorporar la cabeza un par de centímetros para verla. Estaba casi a su lado, ya que había estado en primera línea mientras cantaba. Tenía ahora los ojos cerrados, aunque supuso que no dormía. No era una mujer especialmente hermosa, si uno la observaba desapasionadamente, tendida como estaba ahora en el suelo del salón. Sus rasgos parecían demasiado grandes para su rostro, la nariz demasiado larga, la boca demasiado ancha. Los ojos, desde luego, eran más grandes y redondos de lo normal, pero nadie podría encontrar ningún defecto en sus ojos. Le recordaban el azul de las flores de *rindo*[1] que crecían junto al lago Nagano. Sonrió al pensarlo, y quiso darse la vuelta para compartir el pensamiento con Gen. En lugar de ello siguió contemplando a Roxane Coss, cuyo rostro había estudiado incansablemente en programas y libretos de cedés. Tenía los hombros caídos. El cuello podría ser algo más largo. ¿Un cuello más largo? ¿En qué estaba pensando? No importaba. Nadie podía observarla objetivamente, de todos modos. Incluso a quienes la veían por vez primera, antes de abrir siquiera la voz para cantar, les

parecía radiante, como si su voz no bastase para abarcar su talento y éste brotase como luz de su piel. En aquel momento sólo podía verse la espesura y el lustre de sus cabellos, el rosa pálido de sus mejillas y manos. El pianista captó la cabeza erguida del señor Hosokawa, y éste la devolvió de inmediato al suelo. Los terroristas habían empezado a indicar a algunos invitados que se levantasen y les siguiesen. Al señor Hosokawa le resultó fácil fingir que había alzado la cabeza por este motivo.

Hacia las diez de la mañana comenzaron los susurros. No era difícil cruzar algunas palabras con el estruendo que entraba por las ventanas y el continuo ir y venir de invitados de camino al recibidor. Aquello fue lo que dio pie a los cuchicheos. Al principio, todos creyeron que se los llevarían e irían ejecutándolos en grupos, posiblemente en el jardín posterior de la casa. Victor Fyodorov jugueteó con la cajetilla de tabaco que llevaba en el bolsillo y se preguntó si le dejarían fumar un instante antes de acribillarle a tiros. Podía sentir que los goterones de sudor peinaban sus cabellos. Casi hubiera valido la pena recibir un tiro a cambio de poder fumar un cigarrillo. Un silencio tenso se adueñó de la sala mientras esperaban un informe, pero cuando el primer grupo regresó con sonrisas y ligeros cabeceos, fueron susurrándose unos a otros: «baño, retrete, WC». Corrió la voz.

Todos fueron escoltados personalmente: por cada invitado, un mugriento terrorista cargado con varias armas. Algunos se limitaron a caminar junto a los invitados, otros los aferraban del brazo en distintos grados de agresión. El chico que acompañó a Roxane Coss la tomó de la mano y no del brazo, y la sostuvo como se toman de la mano dos tortolitos en busca de un tramo desierto de playa. No era guapo, a diferencia del muchacho que le había tomado antes la mano.

Había quienes pensaban que iban a matarles, que veían una y otra vez una película en la que les hacían salir por la puerta de noche para dispararles en la nuca, pero Roxane Coss no pensaba en nada por el estilo. Puede que aquel asunto acabase mal para alguno de los demás, pero nadie iba a dispararle a una soprano. Estaba dispuesta a ser amigable, a dejar que la llevasen de la mano, pero cuando llegase el momento ella era la que escaparía. Estaba segura de ello. Sonrió al muchacho cuando éste le abrió la puerta del baño. Casi esperaba que la acompañase al interior. Cuando vio que no lo hacía, cerró con llave, se sentó en el inodoro y lloró copiosa y

entrecortadamente. Se enrolló el cabello entre los dedos y se cubrió los ojos. ¡Maldito agente, que le dijo que el dinero valía la pena! Tenía el cuello agarrotado, y tenía la impresión de estar resfriándose, pero ¿quién no se resfría durmiendo en el suelo? ¿No era ella Tosca? ¿Acaso no había saltado del castillo de Sant'Angelo noche tras noche? Tosca era más dura. Después de aquello sólo cantaría en Italia, Inglaterra y Estados Unidos. Italia, Inglaterra y Estados Unidos. Fue repitiendo las palabras una y otra vez hasta que recuperó el aliento y fue capaz de dejar de llorar.

César, el muchacho que la esperaba en el pasillo con la metralleta, no llamó a la puerta para meterle prisa, como se había hecho con otros invitados. Se recostó contra la pared y la imaginó inclinada sobre el grifo dorado para enjuagarse la boca. Podía verla enjabonándose cara y manos con las pastillitas en forma de concha. En su cabeza podía oír aún las canciones que había cantado, y para pasar el tiempo fue tarareando en voz baja los fragmentos que recordaba. *Vissi d'arte, vissi d'amore, non feci, mai male ad anima viva*! Qué raro que aquellos sonidos quedasen tan claramente grabados en su cabeza. Se estaba tomando su tiempo en el baño, pero ¿qué podía exigírsele a semejante mujer? Era una obra maestra. Nadie podía atosigarla. Cuando por fin salió del baño, su mano estaba húmeda y resultaba fresca y excitante al tacto. «*Vissi d'arte*», le hubiera gustado decirle, pero no sabía lo que significaba. Cuando la devolvió a su espacio cerca del piano, el pianista había desaparecido, pero enseguida estuvo de nuevo con ella. Tenía mucho peor aspecto que el resto de invitados. Un preocupante tinte blancuzco se había apoderado del pianista, y un rojo sanguíneo enmarcaba sus ojos. Gilberto y Francisco, dos de los chicos de mayor envergadura, estaban a su lado para sostenerle. Tuvieron que tirar con ambas manos de él para arrastrarle a su sitio. Al principio dio la impresión de que había intentado huir por la puerta o la ventana y había sido reducido, pero cuando lo devolvieron a su puesto, las rodillas se le doblaron como si fueran dos hojas de cuaderno sobre las que se hubiese intentado sostener el peso de su cuerpo. Cayó casi desmayado al suelo. Los terroristas dieron algún consejo o información a Roxane en español, pero ella no hablaba español.

Se incorporó un poco, sin saber si le estaría permitido, y le estiró las piernas. Era un hombre grande, no corpulento pero alto, y le costó trabajo desenredar la antinatural postura de sus miembros. Al

principio creyó que se estaba haciendo el muerto. Había oído que algunos rehenes intentaban a veces hacerse pasar por ciegos para facilitar su liberación, pero nadie podía darle a su rostro un tinte semejante a propósito. Cabeceó atontado de lado a lado cuando le sacudió. Uno de los camareros, que estaba cerca de ella, le ayudó a colocarle los brazos paralelos al cuerpo; al caer habían quedado atrapados bajo la espalda.

—¿Qué le ha ocurrido? —susurró ella. A su lado pasaron dos botas embarradas. Roxane se estiró junto al pianista y tomó su muñeca entre los dedos.

Finalmente, el pianista se movió y gimió quedamente, y se volvió para mirarla, parpadeando rápidamente como si intentase sacudirse de encima un sueño profundo y extraordinario.

—No le va a pasar nada —le dijo a Roxane Coss. Pero incluso con los labios azulados apretados contra su cara, la voz llegaba distante, agotada.

—Pedirán rescate —le dijo el señor Hosokawa a Gen. Ambos contemplaban ahora a Roxane y su pianista; más de una vez pensaron que éste había muerto, pero entonces volvía a moverse o a gemir.

—La política de Nansei es pagar todo rescate. Lo pagarán por nosotros dos.

Podía hablar con la más queda de las voces, un sonido inferior incluso al de un susurro, pese a lo cual Gen podía entenderle perfectamente.

—También pagarán por ella. Es lo apropiado. Está aquí por mi culpa.

Tampoco el pianista debía verse obligado a permanecer allí, sobre todo si estaba enfermo. El señor Hosokawa suspiró. En realidad, de un modo u otro todos los presentes estaban allí por su culpa, y se preguntó a cuánto ascendería un rescate de tales características.

—Me temo que he sido yo quien ha provocado todo esto.

—No es usted el que lleva las armas —dijo Gen. Resultaba reconfortante el sonido de japonés, en tonos tan quedos que no podían oírse a un palmo—. A quien buscaban anoche era al presidente.

—Ojalá le hubieran cogido —dijo el señor Hosokawa.

Al otro extremo de la sala, cerca del reborde dorado de un sofá de brocado, Simon y Edith Thibault estaban cogidos de la mano. No se habían reunido con el resto de franceses, sino que se mantuvieron aparte. Era evidente que formaban pareja, casi como hermano y hermana, con aquellos ojos azules y el cabello oscuro y liso. Estaban tendidos en el suelo del salón con tanta dignidad y desparpajo que no parecían dos personas obligadas a yacer a punta de pistola, sino más bien dos personas que se habían cansado de estar de pie. Mientras el resto de presentes yacía rígido y temeroso, los Thibault estaban recostados, la cabeza de ella sobre el hombro de él, su mejilla apoyada sobre la coronilla de ella. Apenas pensaba en los terroristas, sino en lo llamativo de que el cabello de su esposa oliera a lilas.

En París, Simon Thibault había amado a su esposa, si bien no siempre con fidelidad ni demasiada atención. Llevaban veinticinco años casados. Habían tenido dos hijos, vacaciones un mes al año junto al mar con sus amigos, distintos empleos, numerosos perros, grandes Navidades en familia con sus parientes más ancianos. Edith Thibault era una mujer elegante, en una ciudad con tantos miles de mujeres elegantes que en el transcurso de los años a menudo la olvidó. Pasaban entonces días enteros en los que no pensaba en ella. No se detenía a pensar qué estaría haciendo, ni si era feliz, no ya Edith como tal, sino Edith, su esposa.

Entonces, como consecuencia de una serie de promesas gubernamentales retiradas, se vieron enviados a aquel país, al cual los dos se referían siempre como «*ce pays maudit*», «este maldito país». Ambos aceptaron el cargo a disgusto y con estoicismo, pero a los pocos días de su llegada sucedió algo absolutamente inesperado: la encontró de nuevo, como quien encuentra algo que no era consciente de haber perdido, como una canción memorizada en la juventud y luego olvidada. De repente, con absoluta claridad, pudo verla tal como la había visto a los veinte años; no en su físico, ya que en todos los aspectos le resultaba más hermosa ahora, pero recuperó la sensación de un corazón desbocado, de un flujo indomable de deseo. A veces la encontraba en casa, cortando papel nuevo para forrar los estantes o tumbada boca abajo sobre la cama mientras escribía cartas a sus hijas, que seguían sus carreras universitarias en París, y se quedaba boquiabierto. ¿Había sido siempre así, sin que él se diese cuenta? ¿Lo había sabido alguna vez y lo había olvidado luego? En aquel país de caminos de tierra y

arroz amarillo descubrió que la amaba, que él era ella. Quizá no hubiese sucedido de haber sido embajador en España. Sin aquellas circunstancias especiales, lejos de aquel horrible lugar en concreto, posiblemente no se habría dado cuenta jamás de que el único amor de su vida era su esposa.

—No parecen tener prisa por matar a nadie —susurró Edith Thibault a su marido, sus labios rozándole la oreja.

Hasta donde el ojo alcanza no hay más que arena blanca y aguas de un azul brillante. Edith se adentra en el océano para nadar, se vuelve hacia él, con las olas lamiendo sus muslos. «¿Te traigo un pez?», grita, y luego desaparece zambulléndose bajo una ola.

—Después nos separarán —dijo Simon.

Ella se aferró fuertemente a su brazo y le tomó de la mano.

—Que lo intenten.

Un año antes había asistido a un seminario obligatorio en Suiza en el que se discutieron los pasos a seguir en caso de captura de la embajada. Simon supuso que las reglas serían las mismas para el asalto de una cena. Sacarían a las mujeres. Luego… Se detuvo. Lo cierto es que no recordaba lo que venía a continuación. Se preguntó si, cuando se llevaran a Edith, ella podría darle algo que conservar, quizá un pendiente. «¡Qué rápido nos conformamos con tan poco!», pensó Simon Thibault.

Lo que empezó como algunos islotes de susurros precavidos se había convertido en un murmullo continuo a medida que la gente regresaba del baño. Después de ponerse de pie y estirar las piernas ya no se sentían tan obedientes. Poco a poco, la gente empezó a conversar dubitativamente; primero fue un rumor, y luego se alzó del suelo un diálogo que creció hasta que la sala se convirtió en una recepción en la que todo el mundo yacía en el suelo. Al final, el general Alfredo se vio obligado a abrir otro agujero en el techo de un disparo, y aquello puso fin a la algarabía. Algún chillido agudo y luego el silencio. Menos de un minuto después del disparo alguien llamó a la puerta.

Todos se giraron para mirar hacia la entrada. Durante las demandas, el ir y venir de gente, el ladrido de los perros y el zumbido de los helicópteros sobre sus cabezas, nadie había llamado a la puerta, y todos los de la casa se pusieron en tensión, como sucede cuando se está en casa y no se desea ser molestado. Los

jóvenes terroristas se miraron unos a otros, al tiempo que respiraban profundamente y colocaban los dedos en el arco vacío de los gatillos, como indicando que estaban dispuestos a matar a alguien. Los tres generales se reunieron para conferenciar, y tras un par de indicaciones se formó una hilera de jóvenes a ambos lados de la puerta. Entonces, el propio general Benjamín sacó su pistola y, empujando al vicepresidente con la puntera de su bota, le conminó a levantarse y a abrir la puerta.

Era lógico pensar que quienquiera que estuviese al otro lado de la puerta estaba decidido a entrar y disparar, y si aquel era el caso era mejor sacrificar a Rubén Iglesias. Este se levantó del nido que había formado junto a la chimenea con su mujer y sus tres hijos, dos niñas de ojos despiertos y un pequeñuelo cuya cara estaba congestionada y sudorosa por el esfuerzo de un sueño tan profundo. Esmeralda, la niñera, estaba junto a ellos. Era norteña, y no tenía empacho en mirar de hito en hito a los terroristas. El vicepresidente no apartó los ojos del techo, pensando que la última bala había afectado a alguna cañería. Sería el colmo tener que hacer frente a un problema así. El lado derecho de su rostro, que cambiaba y crecía cada hora que pasaba, se había hinchado con un color carnoso y amarillento, y el ojo derecho estaba cerrado por completo. La herida no había dejado de sangrar. Dos veces había tenido que cambiar de servilleta. De niño, Rubén Iglesias había rezado de rodillas durante horas pidiéndole a Dios que le concediese una mayor estatura, don que hasta entonces le había negado a todos los miembros de su numerosa familia. «Dios sabe lo que ha de darte», le dijeron los curas, desprovistos de todo interés, y habían tenido razón. Su corta estatura le había convertido en el segundo hombre más importante del gobierno, y muy probablemente le había salvado de una lesión más seria, ya que el golpe le había alcanzado en una superficie bastante dura del cráneo, y no en la relativamente delicada articulación de la mandíbula. Su cara servía de recordatorio de que no todo había ido a pedir de boca la noche anterior, otra buena noticia para los del exterior. Cuando el vicepresidente se levantó, agarrotado y dolorido, el general Benjamín apoyó el estilizado cañón del rifle entre sus omoplatos y fue dirigiéndolo hacia delante. Su propia aflicción, sensible a toda situación de estrés, había abierto pústulas diminutas en cada una de las terminaciones nerviosas, y en aquellos momentos ansiaba una compresa caliente casi tanto como ansiaba

la revolución. Volvieron a llamar a la puerta.

—Ya voy —dijo Rubén Iglesias, no a la puerta sino al hombre a sus espaldas—. Ya sé donde está la puerta.

Sabía que su vida probablemente tocaba a su fin, y el saberlo le daba una temeridad que le resultaba muy útil.

—Despacio —ordenó el general Benjamín.

—Despacio, claro, despacio, dígamelo usted. Como nunca he abierto una puerta… —rezongó el vicepresidente, y abrió la puerta a su ritmo, que no fue ni muy rápido ni muy lento.

El hombre que esperaba en el porche era muy rubio, y había peinado pulcramente sus cabellos casi blancos con raya en medio. La camisa blanca, combinada con el pantalón y la corbata negros, le hacían parecer un honesto representante de alguna religión americana. Uno podía imaginar que había renunciado a la chaqueta del traje por el calor, o bien para mostrar el brazalete de la Cruz Roja que llevaba en el brazo. A Rubén Iglesias le hubiera gustado invitar a aquel hombre a entrar y alejarse de los rigores del sol. Ya la frente y las mejillas se le habían empezado a enrojecer. El vicepresidente miró más allá de él, más allá del sendero y de su jardín, o mejor dicho de lo que había llegado a considerar su jardín. La casa, en realidad, no era suya, como no lo eran el césped, el personal de la casa, las camas ni las esponjosas toallas. Todo había llegado junto con el cargo, y a su partida se haría una comprobación del inventario. Sus posesiones habían sido almacenadas, y durante un tiempo había deseado que permaneciesen allí mientras él y su familia completaban la inevitable transición hacia la mansión presidencial. A través de la estrecha rendija del portón principal vio una airada multitud de agentes de policía, personal de seguridad y periodistas. Desde un árbol restalló un flash.

—Joachim Messner —dijo el hombre, al tiempo que tendía su mano—. Soy miembro de la Cruz Roja Internacional.

Hablaba en francés, y cuando el vicepresidente le miró inseguro repitió la frase en un español mediocre.

Su actitud era tan serena, tan aparentemente inconsciente del caos que les rodeaba, que bien podría estar efectuando una colecta dominical. La Cruz Roja aparecía siempre para ayudar a las víctimas de terremotos e inundaciones, la misma gente ante quienes se enviaba al vicepresidente Iglesias para que les reconfortara y evaluara los daños. Rubén Iglesias estrechó la mano del hombre y

levantó un dedo, indicándole que debía esperar.

—La Cruz Roja —dijo a la vista de armas desplegada a sus espaldas.

De nuevo conferenciaron los tres generales, y se acordó que podía permitírsele el paso.

—¿Está seguro de querer entrar? —preguntó el vicepresidente en inglés, con voz muy queda. Su inglés era imperfecto, seguramente a la par con el español de Messner—. Nada garantiza que luego pueda salir.

—Me dejarán salir —dijo, y entró—. El problema es que hay demasiados rehenes. De momento no necesitan ninguno más.

Echó un vistazo a los terroristas y volvió a concentrarse en el vicepresidente.

—No tiene buena cara.

Rubén Iglesias se encogió de hombros para indicar que se lo tomaba con filosofía, y que después de todo había recibido de la parte amable de la pistola, pero Messner interpretó que no había entendido la pregunta.

—Hablo inglés, francés, alemán e italiano —dijo en inglés—. Soy suizo. Hablo un poco de español.

Mostró dos dedos separados un centímetro entre sí, para indicar que el español que sabía cabría entre ambos.

—Esta no es mi región. Estaba de vacaciones, ¿qué le parece? Las ruinas me tenían fascinado. Soy turista, y me llaman para trabajar.

Joachim Messner parecía perfectamente despreocupado, como un vecino que viene a pedir algunos huevos y se demora charlando.

—Debería traer un traductor si vamos a hablar en español. Tengo uno fuera.

El vicepresidente asintió, pero en realidad no había entendido ni la mitad de lo que había dicho Messner. Comprendía algo el inglés, pero sólo cuando se pronunciaban las palabras una a una y no le habían golpeado en la cabeza con una pistola. Le pareció entender algo de un traductor. Incluso si no lo había, le hubiera gustado uno.

—Traductor —le dijo al general.

—Traductor —dijo el general Benjamín, y escudriñó el suelo, a partir de un vago recuerdo de la noche anterior—. ¿Traductor?

Gen, que por naturaleza era servicial pero no heroico, se quedó quieto un instante, recordando la aguda presión del arma sobre su pecho. Incluso si no decía nada acabarían recordando tarde o

temprano que él era el intérprete.

—¿No le importa? —le preguntó en un susurro al señor Hosokawa.

—Vaya —dijo éste, y tocó a Gen en el hombro.

Hubo un momento de silencio y Gen Watanabe alzó cauteloso una mano.

El general Alfredo le hizo señas de que se acercara. Gen, como la mayoría de los hombres, se había quitado los zapatos, y se agachó ahora para volver a ponérselos, pero el general chasqueó los dedos con impaciencia. Gen, avergonzado, se abrió paso entre los invitados en calcetines. Le parecía grosero pasar por encima de alguien. A medida que avanzaba iba disculpándose en voz baja. «*Sorry, perdonare, pardon me*».

—Joachim Messner —dijo el hombre de la Cruz Roja en inglés, al estrechar la mano de Gen—. Inglés, francés… ¿Tiene alguna preferencia?

Gen negó con la cabeza.

—Francés, pues, si no tiene inconveniente. ¿Se encuentran bien? —preguntó Messner en francés. Su rostro era un curioso compendio de colores. El azul intenso de los ojos, el blanco de su piel, roja donde el sol había quemado mejillas y labios, el cabello amarillo, del color del maíz blanco que Gen había visto en Estados Unidos. Eran todos colores primarios, pensó Gen. Cualquier comienzo era posible con una cara como aquella.

—Estamos bien.

—¿Han sido maltratados?

—Español —dijo el general Alfredo.

Gen tradujo y repitió, mirando al vicepresidente, que se encontraban bien. El vicepresidente no parecía estar bien en absoluto.

—Dígales que ejerceré de intermediario.

Messner reflexionó durante un instante y repitió la frase bastante bien en español. Luego sonrió a Gen y le dijo en francés:

—No debería ni intentarlo. Acabaré diciendo algo mal y se nos echarán encima los problemas.

—Español —dijo el general Alfredo.

—Dice que tiene problemas con el español.

Alfredo asintió.

—Lo que queremos, evidentemente, es la liberación incondicional de todos los rehenes sanos y salvos. De momento nos

conformaremos con algunos de los extras.

Messner echó un vistazo a sus pies, a la alfombra de elegantes invitados y camareros enchaquetados que retorcían las cabezas para verle. La imagen resultaba antinatural.

—Es demasiada gente. Ya debe de habérseles acabado la comida, o se les acabará esta noche. No hacen falta tantos. Propongo que liberen a las mujeres, al personal, a quienes estén enfermos y a aquellos de los que pueda prescindir. Empezaremos por ahí.

—¿Y a cambio? —dijo el general.

—A cambio, comida suficiente, almohadas, mantas, cigarrillos. ¿Qué necesitan?

—Tenemos varias demandas.

Messner asintió. Se mostraba serio pero cansado, como si aquella fuera una conversación que sostuviese diez veces al día antes del desayuno, como si una de cada dos fiestas de cumpleaños acabasen en un lío semejante.

—Estoy seguro de ello, y de que serán escuchadas. Lo que le estoy diciendo es que esto —extendió un brazo para dejar claro que se refería a la gente estirada por el suelo— es insostenible para cualquiera. Deje que se marchen los extras, la gente a la que no necesita, y se verá como un gesto de buena voluntad. Así se mostrará como un hombre razonable.

—¿Quién ha dicho que somos razonables? —le preguntó el general Benjamín a Gen, que transmitió la pregunta.

—Tienen la propiedad bajo control desde hace doce horas y no hay muertos. No hay muertos, ¿verdad? —le dijo Messner a Gen. Gen negó con la cabeza y tradujo la primera mitad de la frase—. Tal como yo lo veo, eso es ser razonable.

—Dígales que nos traigan al presidente Masuda. Vinimos a por el presidente, y si nos lo entregan dejaremos libre a todo el mundo. —Hizo un amplio gesto que abarcó toda la sala—. ¡Mire a toda esa gente! No sé ni cuantas personas hay aquí. ¿Doscientas? ¿Más? No me dirá que no es razonable cambiar doscientas personas por una.

—No le entregarán al presidente —dijo Messner.

—Vinimos a por él.

Messner suspiró y asintió con seriedad.

—Y yo vine de vacaciones. Está visto que nadie va a obtener lo que quiere.

Rubén Iglesias se había mantenido constantemente al lado de Gen, escuchando pasivamente la conversación como si no le

interesase lo que de ésta pudiera resultar. Era el cargo político más alto presente en la sala, y pese a ello nadie veía en él a un líder, ni a un rehén de valor parecido al del presidente. De habérsele preguntado al ciudadano medio de aquel país desprovisto de medios de comunicación quién era el vicepresidente, con toda seguridad se habría encogido de hombros y habría seguido su camino. Los vicepresidentes no eran más que comodines, gente a quien enviar en lugar de la persona deseada. Eran reemplazables, intercambiables. Nunca se luchó ni se ganó una guerra a partir de las palabras inspiradas de un vicepresidente, y nadie era más consciente de ello que el vicepresidente del país anfitrión.

—Déjeles ir —dijo Rubén con calma a los generales—. Este hombre tiene razón. Masuda nunca entrará aquí.

Tenía gracia, pero en aquel momento pensaba: «Aquí, en esta casa, en mi casa». Masuda siempre había dejado de lado a Rubén. No conocía a sus hijos. En las fiestas oficiales nunca le pedía un baile a la esposa de Rubén. Una cosa era querer a un hombre del montón a su lado durante la carrera presidencial, y otra muy distinta sentarlo a su mesa.

—Yo sé cómo funcionan estas cosas. Denles a las mujeres, a los superfluos, y les estarán demostrando que son gente con la que se puede trabajar.

Cuando el asalto al First Federal Bank dos años atrás, no habían cedido nada, ni un cliente ni un empleado. Habían ahorcado al director de la sucursal en el pórtico, a la vista de los medios de comunicación. Todos recordaban cómo había acabado aquello: con todos los terroristas fusilados contra los muros de mármol. Lo que Rubén quería decirles era que aquellos asuntos nunca salían bien. Nadie conseguía nunca huir con el dinero y un puñado de camaradas liberados de una prisión de seguridad máxima. Se trataba ahora de dilucidar cuánto tiempo costaría agotarles, y cuánta gente iba a morir en el proceso.

El general Benjamín levantó un dedo y lo apoyó en la sanguinolenta servilleta que el vicepresidente sostenía contra su rostro. Rubén lo soportó bastante bien.

—¿Te hemos preguntado?

—Es mi casa —dijo presa de una ligera náusea a consecuencia del dolor.

—Vuelve al suelo.

Rubén quería tenderse, de modo que se dio la vuelta sin decir

nada. Casi se sintió triste cuando Messner lo detuvo tomándole de un brazo.

—Alguien tiene que coser ese corte —dijo Messner—. Voy a llamar a un médico.

—Ni médico, ni sutura —dijo el general Alfredo—. Nunca ha sido una cara bonita.

—No puede dejar que sangre así.

El general se encogió de hombros.

—Sí puedo.

El vicepresidente escuchaba. No podía hablar en su defensa. Y lo cierto era que pensar en agujas ahora que el dolor ya se había instalado, junto con el dolor de cabeza y la presión ardiente que sentía tras los ojos… Pues no estaba muy seguro de no preferir que los terroristas ganasen aquella disputa en concreto.

—No seguiremos adelante si este hombre se desangra.

La voz de Messner mantuvo la calma, para resaltar la seriedad de su afirmación.

«¿Desangrarme?», pensó el presidente.

El general Héctor, que no había aportado gran cosa a la conversación, pidió a la niñera que subiera a su cuarto y trajese su costurero. Dio dos palmas, como el maestro que pide atención a sus alumnos, y ella subió entre tumbos, pues se le había adormecido el pie izquierdo. Tan pronto se hubo ido, su hijo Marco, un crío de apenas cuatro años, se echó a llorar, porque pensaba que la muchacha era en realidad su madre.

—Ponga orden —dijo con voz grave el general Héctor.

Rubén Iglesias volvió su rostro inflamado hacia Messner. Un costurero no era lo que tenía planeado. No era un botón desprendido, ni un dobladillo que hubiese que acortar. No estaban en la jungla, ni él era un hombre primitivo. Dos veces en su vida le habían dado puntos, y las dos veces sucedió en un pulcro hospital en el que los instrumentos estériles esperaban en bacinillas plateadas.

—¿Hay un médico por aquí? —le preguntó Messner a Gen.

Gen no lo sabía, pero repitió la pregunta por la sala en varios idiomas.

—Debemos haber invitado a algún médico —dijo Rubén Iglesias, si bien con la creciente presión en las sienes no era capaz de recordar nada.

Esmeralda, la muchacha, bajaba ya la escalera con una caja de

mimbre sujeta bajo el brazo. No hubiera llamado la atención entre tantas mujeres vestidas de noche. Era una chica de campo con uniforme, falda y blusa negras, cuello y puños blancos, y una trenza larga y gruesa como el puño de un niño que se balanceaba sobre su espalda a cada paso que daba. Pero en aquel momento todos los presentes en la sala la miraban; admiraban su agilidad de movimientos, su aparente despreocupación, como si aquel fuese un día como cualquier otro y sólo tuviese un instante para echar un remiendo. Sus ojos eran inteligentes, y mantenía la cabeza alta. De improviso, a toda la sala se le antojó tan hermosa como la escalera de mármol por la que caminaba. Gen repitió sus llamadas de «doctor, doctor», pero el vicepresidente sintió el impulso de llamarla por su nombre: «Esmeralda».

Ninguno de los yacientes en el suelo levantó una mano, y se llegó a la conclusión de que no había médicos en la sala. Pero no era cierto. El doctor Gómez estaba tumbado al fondo, casi en el comedor, y su mujer le pinchaba insistentemente las costillas con dos uñas rojas muy esmaltadas. Años atrás había renunciado a sus prácticas para convertirse en administrador del hospital. ¿Cuándo fue la última vez que cosió a nadie? En sus días de ejercicio había sido pulmonólogo. Desde luego, no había atravesado la piel con una aguja desde sus días de residente. Posiblemente estuviese tan cualificado para ello como su mujer, que al menos continuaba haciendo labores de *petit point*. Podía ver, sin dar siquiera una puntada, cómo se desarrollaría todo: Habría una infección, seguro; no traerían los antibióticos necesarios; más tarde habría que reabrir la herida, drenarla, recoserla. Sobre la misma cara del vicepresidente. La sola idea le hacía estremecer. No saldría bien. La gente le culparía. Más adelante se haría público. Un doctor, jefe de hospital, había matado a un hombre, aun cuando no fuera culpa suya. Notó que le temblaban las manos. Estaba tumbado, y aun así las manos le temblaban contra el pecho. ¿Cómo iba a coserle la cara a nadie con esas manos? ¿Para qué? ¿Para dejarle una cicatriz que los marcase a ambos? Y además estaba la chica que bajaba por la escalera con el costurero, con el aspecto de ser la esperanza personificada. ¡Era un ángel! Nunca había sido capaz de encontrar chicas de aspecto tan despierto que quisieran trabajar en las plantas del hospital, chicas capaces de mantener pulcro el uniforme.

—Levántate —le conminó su mujer—. o te levanto la mano yo.

El doctor cerró los ojos y negó suavemente con la cabeza, de

modo que no llamase la atención. Lo que tuviese que pasar, pasaría. La sutura no iba a salvarle la vida al vicepresidente, ni le mataría tampoco. Ya estaban jugadas las cartas, y no quedaba nada por hacer salvo esperar a ver qué sucedía.

Esmeralda le entregó el costurero a Joachim Messner, pero no se alejó. En lugar de ello, levantó la tapa, forrada con un estampado acolchado de rosas, sacó una aguja del acerico y un carrete de hilo negro y enhebró la aguja. Cortó el hilo de un delicado mordisco e hizo un pequeño nudo en un extremo. Los hombres, incluidos los generales, la observaban como si estuviese realizando algo maravilloso, algo mucho más allá de agujas e hilos, que ellos no hubieran sido capaces de llevar a cabo. Luego, Esmeralda echó mano al bolsillo de su blusa y sacó un botellín de alcohol en el que insertó la aguja y la zambulló repetidas veces. Esterilización. Y no era más que una chica de campo. Nadie hubiera podido ser más cuidadoso. Ella sacó la aguja sosteniéndola por el nudo del hilo y se la tendió a Joachim Messner.

—Ah —dijo éste, sosteniendo el nudo entre el índice y el pulgar.

Hubo un conato de discusión. Primero pensaron que ambos podrían seguir de pie, y luego que sería mejor si el vicepresidente se sentaba, y por fin que lo mejor sería que se tendiese junto a una lámpara, donde daba mejor la luz. Los dos hombres remoloneaban, cada uno más asustado que el otro. Messner se enjuagó tres veces las manos en alcohol. Iglesias pensaba que casi hubiese preferido que le golpeasen otra vez con la pistola. Se tumbó en la alfombra, alejado de su mujer y sus hijos, y Messner se inclinó sobre él; al hacerlo se tapó a sí mismo la luz, tuvo que echarse hacia atrás y llevar la cabeza del vicepresidente de lado a lado. Este intentaba obligarse a pensar en cosas agradables, y pensó en Esmeralda. Era verdaderamente extraordinaria la forma en que había afrontado la situación. Quizá su esposa le había explicado el concepto de las bacterias, y la necesidad de mantener limpias las cosas. Era afortunado de tener a una mujer así al cuidado de sus hijos. La sangre ya no manaba, pero supuraba aún, y Messner se detuvo para enjuagarla con una servilleta. Dadas las circunstancias, la algarabía de mensajes que entraban por las ventanas, el constante ir y venir de sirenas, los rehenes tirados por el suelo, los terroristas somnolientos y armados con pistolas y cuchillos, hubiera podido pensarse que a nadie le importaba lo que pudiera sucederle a la mejilla de Rubén Iglesias, y sin embargo todos estiraban el cuello

como tortugas para ver qué sucedía a continuación, para ver la primera puntada de la aguja.

—Le quedan cinco minutos —dijo el general Alfredo.

Joachim Messner pellizcó la piel con la mano izquierda y con la derecha insertó la aguja. Pensando que un gesto rápido sería más eficaz, calculó mal la dureza del material y clavó la aguja hasta el hueso. Ambos hombres pegaron un respingo, menor que un chillido, y Messner extrajo con dificultad la aguja, con lo que las cosas volvieron al punto en el que estaban. Con la salvedad de que ahora de la punzada brotaba una gotita de sangre.

Nadie le había pedido que acudiese, pero allí estaba Esmeralda limpiándose las manos. Tenía una expresión en el rostro que el vicepresidente había visto ya cuando trataba con sus hijos. Habían intentado hacer algo ellos solos, habían fracasado, y ya estaba bien. Tomó la aguja y el hilo de manos de Messner y volvió a hundirlos en el alcohol. Messner se apartó con verdadero alivio. No le importaban sus intenciones ni su cualificación, no hizo más que observarla cuando se inclinó junto a la luz.

Rubén Iglesias pensó que su rostro era hermoso, al estilo beatífico de las santas, aun cuando ella no sonreía exactamente. Se sentía agradecido por aquellos serios ojos castaños que estaban ahora a pocos centímetros de los suyos. No quiso cerrar los ojos, por grande que fuese la tentación. Sabía que nunca volvería a ver tanta atención y compasión concentradas en su cara, incluso aunque consiguiese sobrevivir a aquella odisea y cumpliese cien años. Cuando la aguja se acercó a él, se mantuvo quieto, y aspiró el aroma campestre de sus cabellos. Se sintió como un botón descosido, como unos pantalones de niño extendidos sobre su regazo mientras los zurcía por la tarde. No estaba tan mal. No era más que otra cosa que Esmeralda debía remendar, algo necesitado de reparación. La pequeña aguja dolía. No le gustaba verla pasar frente a su ojo. No le gustaban los tirones al final de cada puntada: le hacían sentirse una trucha en el sedal. Pero se sentía agradecido por poder estar junto a aquella muchacha a la que veía todos los días. La veía en el jardín junto a sus hijos, sentada sobre una manta y bajo un árbol, sirviéndoles té en tazas desportilladas, Marco sobre su regazo y las dos niñas, Rosa e Imelda, sosteniendo sus muñecas. La veía retroceder por el pasillo, «Buenas noches», «Buenas noches», dice, «No más agua», «A dormir», «Cierra los ojos», «Buenas noches». Ella callaba en su concentración, y pese a ello la sola idea

de su voz bastaba para relajarle y aunque le estaba doliendo sabría que lo echaría en falta cuando se acabase, cuando su cadera no se apoyase ya contra su cintura. Al fin terminó e hizo otro nudo. Se inclinó hacia él como en un beso y cortó el hilo, y los labios no tuvieron más remedio que rozar la costura. Él pudo oír el rápido cortar de los dientes, la desconexión de aquello que les unía, y luego ella se incorporó. Le pasó la mano por la cabeza, en recompensa a lo que había sufrido. La guapa Esmeralda.

—Muy valiente —dijo.

Quienes estaban suficientemente cerca para verles sonrieron y suspiraron. Qué magnífico trabajo había hecho: había tendido una vía ferroviaria de regulares puntadas negras a lo largo de su cara. Era lo que podía esperarse de una chica educada para coser. Marco se arrebujó en brazos de Esmeralda cuando ella se reunió con los niños. Apretó la cabeza contra su pecho y aspiró con fuerza su aroma. El vicepresidente, a su vez, no se movió: el dolor y el placer habían entrado en conflicto, y prefirió perder el conocimiento. Cerró los ojos como si le hubiesen dado un anestésico de verdad.

—Ustedes dos —dijo el general a Messner y Gen—. Vayan a tumbarse. Tenemos que deliberar.

Se valió del arma para indicar un lugar no muy alejado en el suelo.

Messner no intentó retomar la negociación.

—Yo no me tumbo —dijo, pero en su voz había un cansancio tal que hubiera podido pensarse que en realidad lo deseaba—. Esperaré fuera. Volveré en una hora.

Acto seguido, dirigió una cortés inclinación de cabeza a Gen, abrió la puerta y salió. Gen se preguntó si se atrevería a hacer lo mismo, a explicar que esperaría fuera. Pero Gen sabía que él no era Messner. No había manera de explicarlo satisfactoriamente, pero era como si no se ganase nada con pegarle un tiro a Messner. Parecía alguien a quien le hubiesen disparado todos los días de su vida y estuviese harto de ello. Gen, en cambio, tenía aún los puntos de sutura en la mente, y se sentía decididamente mortal. Mortal y leal, y por eso regresó a su lugar junto al señor Hosokawa.

—¿Qué han dicho? —preguntó éste.

—Creo que dejarán salir a las mujeres. No está decidido aún, pero creo que lo prefieren. Dicen que somos demasiados.

Estaba rodeado de personas, algunas apenas a seis centímetros. Se sintió como si recorriese la línea Yamanote camino de la estación

central de Tokio a las ocho de la mañana. Se aflojó la corbata.

El señor Hosokawa cerró los ojos y sintió que la calma se extendía sobre él como una suave sábana.

—Bien —dijo. Roxane Coss quedaría libre, saldría con tiempo para cantar en Argentina. Pasados unos pocos días olvidaría el miedo causado por aquel suceso. Seguiría su desarrollo a través de la seguridad de un periódico. Contaría la historia en reuniones sociales, y dejaría boquiabierta a la gente. En Buenos Aires cantaría Gilda durante la primera semana. Le pareció una coincidencia perfecta. Ella canta Gilda, y él vuelve a ser un niño con su padre en Tokio. La contempla desde el gallinero, desde muy lejos, y pese a ello la voz es tan clara y delicada como cuando estaba suficientemente cerca de ella como para tocarla. Sus ademanes, su maquillaje son perfectos en la distancia. Canta junto a Rigoletto, su padre. Le dice a su padre que le quiere mientras en los asientos de general el niño Katsumi Hosokawa toma a su padre de la mano. La ópera se alza sobre los tapices y los vasos a medio acabar de pisco se agrían en el salón, se aleja de cumpleaños específicos y planificaciones industriales. Sube y sube, y sobrevuela el país anfitrión hasta que al fin se posa en escena, donde alcanza su plenitud, distante y hermosa. La orquesta entera le apoya ahora, alcanza las voces, las eleva, y la hermosa voz de Roxane Coss canta el papel de Gilda para el pequeño Katsumi Hosokawa. Su voz hace que vibren los huesecillos de su oído. La voz se instala en su interior, se convierte en él mismo. Está cantando para él y otras mil personas. Es anónimo, es un igual, es amado.

Tumbados sobre el suelo en esquinas opuestas estaban dos clérigos de la Santa Iglesia Católica. Monseñor Rolland estaba tras el sofá frente al que se habían tendido los Thibault, pues pensó que sería mejor permanecer alejado de las ventanas en caso de que se produjese un intercambio de disparos. En tanto que líder de su grey, tenía la responsabilidad de mantenerse a salvo. El clero católico había sido en numerosas ocasiones blanco de los levantamientos políticos, no había más que mirar los periódicos. El sudor había empapado sus vestiduras. La muerte era un misterio sagrado. En manos de Dios estaba decidir cuándo debía acaecer. Pero él tenía importantísimos motivos para vivir. En opinión de todos, Monseñor tenía garantizado el puesto de obispo tan pronto el provecto obispo

actual dejase la plaza vacante con su muerte. Después de todo, había sido monseñor Rolland quien atendió a las reuniones y avaló los pactos que debían abrir nuevos senderos para la Iglesia. Nada había de cierto en el mundo, ni siquiera el catolicismo en aquellas selvas azotadas por la pobreza. No había más que ver la creciente ola de mormones, rebosante de dinero y de misionarios. ¡Tenían la audacia de enviar misioneros a un país católico! Como si fueran salvajes dispuestos a la conversión. Tendido en el suelo, la cabeza recostada en un cojincillo del sofá que había logrado agenciarse antes de caer al suelo, seguía notando el dolor en las caderas, y pensó que cuando todo aquello hubiese acabado tomaría un baño largo, muy largo, y después pasaría tres días enteros en su mullido lecho. Por supuesto, no había que olvidar el aspecto positivo del asunto: suponiendo que nadie hiciese locuras y se le liberase con la primera ola de rehenes, aquel secuestro podría muy bien acabar de sellar el destino de Monseñor. La publicidad del secuestro bastaría para hacer un mártir incluso de quien escapó ileso.

Y exactamente así hubiera sucedido de no haber sido por un joven sacerdote tumbado sobre el frío mármol del recibidor. Monseñor Rolland se había encontrado ya con el padre Árguedas: había estado presente en su ordenación dos años atrás, pero no lo recordaba. El país no sufría precisamente por falta de jóvenes deseosos de tomar los hábitos. Con su cabello corto y oscuro y sus severas camisas negras, los curitas eran tan indistinguibles unos de otros como los niños en una primera comunión. Monseñor Rolland no era ni siquiera consciente de que el padre Árguedas estaba en la sala, puesto que no le había visto durante toda la velada. ¿Y por qué estaba invitado el joven sacerdote a la recepción en casa del vicepresidente?

El padre Árguedas había cumplido veintiséis años y ejercía de tercer párroco al otro extremo de la ciudad, encendiendo cirios, asistiendo en la comunión, y en general empleado en tareas no más dignas que las de un monaguillo con experiencia. En los escasos momentos que no pasaba amando a Dios a través de la plegaria ni sirviendo con sus actos a su parroquia, acudía a la biblioteca de la universidad y escuchaba ópera. Se sentaba en el sótano, protegido por las alas de un viejo habitáculo de madera, y escuchaba las grabaciones a través de unos enormes auriculares negros demasiado prietos, que le causaban dolor de cabeza. La universidad no era especialmente boyante, y la ópera no era una prioridad en los

presupuestos, de modo que la colección se componía de pesados elepés en lugar de discos compactos. Si bien prefería determinadas piezas, el padre Árguedas escuchaba de todo y sin prejuicios, desde *La flauta mágica* hasta *Trouble in Tahiti*. Cerraba los ojos y fingía cantar palabras que no comprendía. Al principio renegaba de quienes los usaron antes que él, de quienes dejaron marcas de sus dedos sobre los discos, o los rayaron, o peor incluso, de quienes simplemente se los llevaron, de forma que *Lulú* no tuviese tercer acto. Pero entonces recordaba que era sacerdote y se arrodillaba sobre el cemento del sótano de la biblioteca.

Demasiado a menudo en aquellas sesiones sentía que su alma se henchía con un gozo, una sensación a la que no sabía dar nombre pero que le desasosegaba. ¿Deseo? ¿Amor? Durante su estancia en el seminario se propuso renunciar a la ópera, del mismo modo que otros jóvenes se habían propuesto renunciar a las mujeres. Le parecía que una pasión así debía de ser pecaminosa, y más aún en un sacerdote. Desprovisto de pecados reales o interesantes que confesar, ofreció su imaginado pecado de ópera un miércoles a media tarde, como su mayor sacrificio ante Cristo.

—¿Verdi o Wagner? —preguntó la voz al otro lado de la rejilla.

—Ambos —dijo el padre Árguedas, pero cuando se recuperó de la sorpresa que le había causado la pregunta cambió su respuesta—. Verdi.

—Eres joven —replicó la voz—. Vuelve en veinte años y cuéntamelo de nuevo, si Dios permite que siga yo aquí.

El joven sacerdote se esforzó en reconocer la voz. Estaba seguro de conocer a todos los sacerdotes de la catedral de San Pedro.

—¿No es pecado?

—El arte no es pecado. No siempre es bueno. Pero no es pecado.

La voz se detuvo un instante, y el padre Árguedas se metió un dedo en la cinta negra del alzacuello para intentar airear el calor de la camisa.

—Eso sí, algunos libretos… Vaya, intenta concentrarte en la música. La música es la verdad de la ópera.

El padre Árguedas recibió una mínima penitencia rutinaria y recitó las tres plegarias en ofrenda de su alegría. No tendría que renunciar a su amor. De hecho, a partir de entonces cambió de opinión y decidió que una belleza semejante debía de estar en consonancia con Dios. La música era vehículo de alabanza, de eso estaba seguro, y aunque las palabras a menudo se centraban en los

pecados del hombre, ¿acaso no había explorado el mismísimo Jesús los mismos temas? Cuando le acometía el desasosiego, le bastaba con no leer los libretos para rectificar la situación. Había estudiado latín en el seminario, pero se negó a utilizarlo como puente hacia el italiano. En estos casos Tchaikovsky era particularmente útil, ya que el ruso se le escapaba por completo. Por desgracia, había ocasiones en las que el deseo acechaba en la música y no en las palabras. No saber francés no mantenía a un cura a salvo de *Carmen. Carmen* le provocaba sueños. Con todo, la mayoría de las veces conseguía convencerse de que hombres y mujeres cantaban con tanto esplendor porque cantaban sobre el amor por Dios que sentían en sus corazones.

Aliviado por el confesor, el padre Árguedas no intentó esconder su amor por la música. A nadie parecían importarle sus intereses, mientras no le apartasen de sus deberes diarios. Puede que no fuese un país particularmente moderno, ni particularmente religioso, pero la época era moderna. La gente de la parroquia le tenía cariño al joven sacerdote, y apreciaban el incansable vigor con el que desempolvaba los bancos, la costumbre que tenía de arrodillarse ante los cirios durante una hora antes de la misa. Entre la gente que apreciaba su labor estaba una mujer, Ana Loya, la prima favorita de la mujer del vicepresidente. También ella se interesaba por la música, y prestaba con generosidad sus discos al padre Árguedas. Cuando oyó el rumor de que Roxane Coss cantaría en la fiesta, Ana llamó por teléfono a su prima para preguntarle si podría asistir también un joven sacerdote. Por supuesto, no tenía que invitarle a la cena; podía esperar en la cocina. Por poder, podía quedarse en la cocina mientras Roxane Coss cantaba, pero le estaría muy agradecida sólo con que pudiera estar en la casa, en el jardín incluso. Una vez, durante un ensayo especialmente mediocre del coro de la iglesia, el padre Árguedas le había confesado que nunca había escuchado una ópera cantada en vivo. El gran amor de su vida tras Dios vivía en el negro vinilo. Ana había perdido un hijo, más de veinte años atrás. El niño se ahogó en una acequia cuando tenía tres años. Tuvo muchos otros hijos, y a todos los quiso, y nunca hablaba del hijo que perdió. En realidad, sólo pensaba en aquel niño cuando veía al padre Árguedas. Repitió la pregunta por teléfono a su prima: ¿podría el padre Árguedas acudir a oír a la soprano?

Era diferente como no podía haber imaginado que lo fuera, como si la voz fuera algo visible. Desde luego era algo perceptible, incluso desde su puesto al final de la sala. Vibraba en los pliegues de su sotana y rozaba la piel de sus mejillas. Nunca, ni una sola vez, había pensado que existiese una mujer semejante, tan cercana a Dios que la voz divina brotase de ella. Cuánto habría tenido que sumergirse en sí misma para conjurar aquella voz. Era como si la voz surgiese del centro mismo de la Tierra, y el esfuerzo y tesón de su voluntad la hubiesen forzado a atravesar roca y arena, y el parqué de la casa, hasta alcanzar sus pies; entonces la poseía, la elevaba, cálida, y salía al fin del lirio de su garganta, directa hacia Dios y el cielo. Era un milagro, y lloró por haber sido testigo.

Incluso ahora, después de más de doce horas pasadas en el suelo de mármol de la entrada, después de que el frío le hubiese calado en los huesos, la voz de Roxane Coss sobrevolaba aún sobre su cabeza. De no haberle ordenado que se tumbase, muy posiblemente habría pedido permiso para hacerlo. Necesitaba tiempo para descansar, y tanto mejor que fuese sobre un suelo de mármol. El suelo le recordaba siempre a Dios. De haberse tendido sobre una alfombra mullida, habría perdido quizá la compostura. Se alegraba de haber pasado aquella noche en un mar de sirenas y altavoces porque le permitieron permanecer despierto y pensar, y también de haberse perdido la misa y la comunión matutinas (y por esto pedía perdón), porque así podía pasar más tiempo allí. Cuanto más tiempo permaneciese allí, tanto más se alargaría el momento, como si su voz resonase aún en aquellas paredes. Ella seguía allí, después de todo, tendida donde no podía verla, pero tampoco tan, tan lejos. Rezó por que pasase una noche confortable, y por que alguien pensase en ofrecerle uno de los sillones.

A la preocupación por Roxane Coss, el padre Árguedas añadía la preocupación por los jóvenes bandidos. Muchos se habían recostado de pie contra las paredes, las piernas separadas, apoyados sobre los rifles que hacían las veces de bastones. La cabeza se les echaba entonces hacia atrás, y caían dormidos durante diez segundos, hasta que se les vencían las rodillas y caían sobre sus rifles. El padre Árguedas había acompañado a menudo a la policía en el levantamiento de cadáveres de suicidas, y a menudo daba la impresión de que todo había empezado en aquella misma posición, con los dedos de los pies apoyados contra el gatillo.

—Hijo —susurró a uno de los muchachos que custodiaba a la

gente del recibidor, en su mayoría camareros y cocineros tumbados sobre el frío suelo, la gente de menor categoría. Siendo como era joven, a menudo se sentía incómodo llamando «hijo» a los feligreses, pero aquel chico, pensó, era de los suyos. Se parecía a sus primos. Era idéntico a todos los chicos que salían de la iglesia a la carrera tan pronto habían comulgado, con la hostia blanca y redonda aún sobre la lengua—. Ven aquí.

El muchacho miró al cielo, como si estuviese oyendo aquella voz en sueños. Fingió no escuchar al sacerdote.

—Hijo —repitió el padre Árguedas—. Ven aquí.

El chico bajó la mirada y el asombro se plasmó en su cara. ¿Cómo podía uno no responder a un cura? ¿Cómo podía uno no ir cuando le llamaban?

—¿Padre? —susurró a su vez.

—Ven aquí —gesticuló más que habló el sacerdote, y palmeó con la mano el suelo, con poco más que un tamborileo de los dedos a su lado. La gente no estaba apretujada sobre el suelo de mármol. A diferencia de lo que sucedía en la sala alfombrada, había allí espacio de sobra para tumbarse, y cuando uno ha estado encorvado sobre un rifle toda la noche, un amplio suelo de mármol resulta tan tentador como un colchón de plumas.

El chico miró nervioso más allá de la esquina, donde los generales conferenciaban.

—No está permitido —dijo. Era indio, el muchacho. Hablaba la lengua del norte, la que el padre Árguedas hablaba con su madre y sus tías.

—Yo digo que está permitido —dijo, no con autoridad, sino con compasión.

El chico reflexionó un momento, y luego volvió la cabeza hacia el techo, como si estudiase la intrincada moldura que lo rodeaba. Se le llenaron los ojos de lágrimas, y tuvo que parpadear desesperadamente para contenerlas. Llevaba despierto muchísimo tiempo, y las puntas de sus dedos temblaban aferradas al frío cañón de su arma. No era ya capaz de distinguir donde acababan sus dedos y dónde empezaba el metal verdeazulado.

El padre Árguedas suspiró y lo dejó correr, de momento. Más tarde volvería a hablar con el muchacho, para hacerle saber que había espacio para descansar, y perdón para cualquier pecado.

La muchedumbre tendida en el suelo bullía con necesidades. Algunos debían regresar al baño. Se oían murmullos sobre medicaciones. La gente quería levantarse, ser alimentada, echar un trago de agua para quitarse el mal sabor de boca. Esta inquietud les envalentonó, pero no olvidaban otro dato: habían pasado casi dieciocho horas, y aún no había muerto nadie. Los rehenes habían empezado a creer que quizá no les matarían. Cuando una persona quiere conservar la vida, acostumbra a no mencionar que quiere otras cosas. Sólo cuando la vida parece asegurada se siente con libertad suficiente para quejarse.

Victor Fyodorov, moscovita, venció su propia resistencia y encendió un cigarrillo, pese a que teóricamente todos los encendedores y cerillas habían sido requisados. Sopló el humo directamente hacia el techo. Tenía cuarenta y siete años, y llevaba fumando con regularidad desde los doce; siguió fumando incluso cuando venían mal dadas, cuando había que decidir entre el tabaco y la comida.

El general Benjamín chasqueó los dedos y uno de los subalternos se apresuró a confiscarle el cigarrillo a Fyodorov, pero éste se limitó a inhalar. Era un hombre grande, incluso tumbado, incluso sin otra arma que el cigarrillo. Tenía todo el aire de ir a ganar la pelea.

—Inténtalo —le dijo al soldado en ruso.

El muchacho, que no entendía lo que le acababan de decir, no estaba seguro de cómo actuar. Intentó mantener el pulso firme cuando sacó la pistola y la apuntó hacia Fyodorov con aire poco convencido.

—¡Es el colmo! —dijo Yegor Ledbed, otro ruso amigo de Fyodorov—. ¡Nos van a matar por fumar!

Qué maravilla de cigarrillo. Era muchísimo más placentero fumar cuando no se había fumado en todo el día. Uno podía entonces apreciar el sabor, el tinte azul del humo. Podía uno relajarse en el agradable aturdimiento reminiscente de la infancia. Era casi motivo suficiente para dejar de fumar, y así experimentar el placer de comenzar de nuevo. El cigarrillo de Fyodorov estaba a punto de quemarle los dedos. Lástima. Se incorporó, sobresaltando al soldadito con su envergadura, y aplastó la colilla contra la suela de su zapato.

Para deleite del vicepresidente, Fyodorov guardó la colilla en el bolsillo de su chaqueta, y el muchacho devolvió con torpeza la pistola al cinto y se alejó de allí.

—¡No podré soportarlo otro minuto! —gritó una mujer, pero cuando miraron nadie estuvo seguro de quién había hablado.

Dos horas después de que Joachim Messner saliera, el general Benjamín convocó al vicepresidente y le obligó a abrir la puerta y hacer señas a Messner de que entrara.

¿Era posible que Messner hubiera pasado todo el tiempo esperando tras la puerta? Sus delicadas mejillas parecían más requemadas que antes.

—¿Todo bien? —le preguntó en español al vicepresidente, como si hubiera pasado las dos horas al sol perfeccionando sus conocimientos de la lengua.

—Muy pocos cambios —dijo el vicepresidente en inglés, en un intento por ser cortés. Conservaba aún vestigios del anfitrión que debería estar siendo.

—Su cara, no está mal. Ella hizo un buen trabajo con… —se esforzó por encontrar la palabra— la aguja —dijo al fin.

El vicepresidente se llevó los dedos a la cara, pero Messner le contuvo.

—No se toque.

Echó un vistazo a la sala.

—¿Sigue aquí el caballero japonés?

—¿A dónde iba a ir? —preguntó Messner.

Messner observó los cuerpos tumbados a sus pies, todos aún calientes y respirando acompasadamente. Desde luego, había visto cosas peores.

—Voy a avisar al intérprete —dijo el vicepresidente a los generales, que apartaron la mirada como si no hubieran notado que Messner había entrado. Al fin, uno de ellos alzó la vista e hizo un gesto desganado con las cejas que Rubén interpretó como «Muy bien, ve».

No llamó a Gen, sino que dio un rodeo por toda la sala para llegar hasta él. Era una oportunidad de estirar las piernas, y de hacer inventario de los presentes. La mayoría reaccionaban con una mezcla de respingo y sonrisa al verle. El lado malo de su cara, sin hielo, se estaba hinchando horriblemente. Los puntos estaban tirantes ya, apenas capaces de mantener su cara íntegra. Hielo. No es que pidiese penicilina. Había hielo en cantidad por toda la casa. Tenían dos congeladores, uno al lado de la nevera de la cocina y otro en el sótano, para las provisiones. Tenían también en la cocina una máquina que no hacía otra cosa en todo el día excepto escupir

hielo en un armarito de plástico. Con todo, sabía que no era santo de devoción de los generales, y que una petición así podía costarle el cierre del otro ojo. ¡Qué agradable sería plantarse de pie frente a la nevera con la mejilla apoyada en el fresco metal blanco de la puerta! Ni siquiera le haría falta el hielo, aquello sería suficiente.

—Monseñor —saludó, al tiempo que pasaba junto a éste—. Lo siento mucho. ¿Está usted cómodo? ¿Sí? Bien, bien.

Era una casa hermosa, y una hermosa alfombra sobre la que sus huéspedes se habían reunido. ¿Quién hubiera podido pensar que un día él estaría viviendo en una casa así, con dos congeladores y una máquina que sólo hacía hielo? Había sido un espectacular golpe de suerte. Su padre se había dedicado a cargar equipajes en carritos, primero para el ferrocarril y luego para las compañías aéreas. Su madre crio a ocho hijos, al tiempo que vendía verduras y aceptaba encargos de costura. ¿Cuántas veces se había contado ya su historia? Rubén Iglesias había sabido abrirse camino. ¡Fue el primero de su familia en acabar la secundaria! Trabajó de bedel para pagarse la carrera de derecho. Después vino una fulgurante carrera como abogado, y fue dando los pasos correctos en la resbaladiza escalera de la política. Su historia y su estatura le hacían un compañero de candidatura muy apetecible. En la historia, empero, no se mencionaba que había sabido casarse bien, con la hija de uno de los socios principales del bufete, a la que dejó embarazada durante una fiesta navideña, y cómo la ambición de su esposa y los padres de ésta le habían empujado hacia delante. Aquella era decididamente una historia menos interesante.

Uno de los invitados, estirado junto a la silla tapizada de amplio respaldo, le hizo una pregunta en un idioma que a Rubén le pareció alemán. El vicepresidente le dijo que no sabía.

Gen, el intérprete, estaba muy cerca del señor Hosokawa. Susurró algo al oído de éste, y el señor Hosokawa cerró los ojos y asintió de manera casi imperceptible. Rubén se había olvidado casi del señor Hosokawa. «Cumpleaños feliz, caballero», pensó para sí. Supongo que aquel año no se construiría ninguna fábrica. No muy lejos de ellos estaban Roxane Coss y el pianista. El aspecto de ella, si aquello era posible, era ahora incluso mejor que la noche anterior. Llevaba el pelo suelto, y su piel resplandecía, como si hubiese estado esperando aquella oportunidad para descansar.

—¿Qué tal está? —le preguntó ella en inglés, y se llevó la mano a la mejilla para indicar su preocupación por el estado de su herida.

Quizá porque no había comido nada, quizá por el cansancio o por la pérdida de sangre o porque se adivinaba ya la infección, Rubén estuvo seguro en aquel instante de que iba a desmayarse, y dejó caer la cabeza sobre el pecho hasta que pasó el mareo. Poco a poco alzó los ojos para mirar a los de ella, que ahora parecía preocupada.

—Estoy bien —musitó. En aquel momento vio al pianista, que no parecía encontrarse bien en absoluto. Le pareció que si Roxane Coss era capaz de compadecerle, mejor sería que se fijase también en el hombre que yacía junto a ella. Su palidez había adquirido un tinte ceniciento, y aunque tenía los ojos abiertos y su pecho se movía débilmente, había una quietud general en el cuerpo que al vicepresidente no le pareció saludable en absoluto.

—¿Y él? —dijo suavemente, al tiempo que le señalaba.

Ella miró el cuerpo a su lado como si lo viera por vez primera.

—Dice que tiene la gripe. Creo que está muy nervioso.

Aun hablando en el más quedo de los susurros, el sonido de su voz resultaba electrizante, incluso cuando no estaba del todo seguro de lo que había dicho.

—¡Intérprete! —llamó el general Alfredo.

Rubén habría querido ponerse en pie y ofrecer su mano a Gen, pero éste, que era más joven, se incorporó antes y fue hacia el vicepresidente para ayudarle. Tomó a Rubén del brazo, como si éste hubiese perdido de pronto la vista, y le condujo a lo largo de la sala. Qué fácil era desarrollar cariños en aquellas circunstancias, y a qué atrevidas conclusiones podía llegarse: Roxane Coss era la mujer a la que siempre había amado; Gen Watanabe era su hijo; su casa ya no era su casa; su vida, tal como la conocía, su vida política había muerto. Rubén Iglesias se preguntó si todos los rehenes de todo el mundo se sentían más o menos igual.

—Gen —dijo Messner, y le estrechó sombrío la mano, como si le ofreciese el pésame—. El vicepresidente debería recibir medicinas.

Lo dijo en francés, y Gen tuvo que traducirlo.

—Hemos perdido mucho tiempo discutiendo las necesidades de un estúpido —dijo el general Benjamín.

—¿Hielo? —propuso Rubén, su mente de improviso inmersa en los placeres del hielo, de las cumbres nevadas de los Andes, de los encantadores patinadores olímpicos que veía por televisión, muchachitas adornadas con pulseritas de gasa transparente en sus bracitos de muñeca. Había empezado a arder, y las hojas plateadas de los patines lanzaban al aire chispas de hielo azul. Quería que le

enterrasen en hielo.

—Ismael —dijo impaciente el general a uno de los muchachos—, ve a la cocina. Consigue hielo y una toalla.

Ismael, uno de los jovencitos que sostenían la pared, pequeño, con las peores botas de todos, pareció contento. Quizá estuviese orgulloso de haber sido seleccionado para la tarea, quizá quisiese ayudar al vicepresidente, quizá quisiese curiosear por la cocina, en la que con toda seguridad habría restos de galletitas y canapés a medio derretir.

—Nadie les lleva hielo a los míos cuando lo necesitan —dijo con amargura el general Alfredo.

—Seguro que no —convino Messner, escuchando a medias la traducción de Gen—. ¿Han alcanzado algún consenso?

—Dejaremos que se lleve a las mujeres —dijo el general Alfredo —. No tenemos interés en herir a las mujeres. Los trabajadores también pueden irse, y los curas, y todo el que esté enfermo. Después de eso haremos una lista de los que quedan. Puede que después salgan algunos más. A cambio queremos provisiones.

De la pechera sacó una hoja de papel cuidadosamente doblada y la sostuvo entre los tres dedos de su mano izquierda.

—Esto es lo que necesitamos. La segunda hoja debe ser leída ante la prensa. Son nuestras exigencias.

Alfredo estaba seguro de que el plan saldría mucho mejor. Después de todo, era su primo quien había trabajado en la instalación del aire acondicionado en la casa y había conseguido robar una copia de los planos.

Messner tomó las hojas y las observó durante unos instantes; luego se las entregó a Gen para que las leyese. Gen se sorprendió al descubrir que le temblaban las manos. No era capaz de recordar ninguna ocasión en la que estar traduciendo le afectase tanto.

—En nombre del Pueblo, la Familia de Martín Suárez ha tomado como rehenes…

Messner alzó una mano para que Gen se detuviese.

—¿La Familia de Martín Suárez?

El general asintió.

—¿No La Dirección Auténtica? —Messner hablaba ahora en voz baja.

—Usted mismo dijo que éramos gente razonable —dijo el general Alfredo, la voz alterada ante tamaño insulto—. ¿Qué se cree? ¿Cree que La Dirección Auténtica estaría hablando con usted?

¿Cree que dejarían marchar a las mujeres? Ya me conozco a la D. A. Los de la D. A. ejecutan a los que no les sirven. ¿A quién hemos ejecutado? Estamos intentando hacer algo por la gente, ¿es que no lo entiende?

Dio un paso hacia Messner, y éste creyó haberlo interpretado correctamente, pero Gen se interpuso hábilmente entre los dos.

—Estamos intentando hacer algo por la gente —dijo Gen, hablando con lentitud y énfasis. La segunda parte de la frase era irrelevante, de modo que la omitió.

Messner se disculpó por su error. No había sido intencionado. No eran La Dirección Auténtica. Tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le escapase una sonrisa.

—¿Cuánto tardará el primer grupo en ser liberado?

El general Alfredo no podía hablar todavía con él. Aún le rechinaban los dientes. Incluso el general Héctor, que era el que menos tenía que decir, escupió sobre la alfombra. Ismael regresó con dos trapos cargados de hielo, indicativos de la gran abundancia existente en la cocina. El general Benjamín tiró de un manotazo uno de los sacos, y los diamantes de hielo rebotaron y se deslizaron por la alfombra. Todos los que estaban cerca se hicieron con los cubitos y se los metieron en la boca. Ismael, asustado, se apresuró a entregar la bolsa restante al vicepresidente con una inclinación de cabeza. Rubén devolvió la inclinación, pensando que sería mejor no atraer sobre su persona más atención de la estrictamente necesaria, visto que haría falta muy poca provocación para llevarse otro culatazo en la cara. Se llevó el hielo a la herida, y respingó con el dolor y el profundo placer del frío.

El general Benjamín carraspeó y recuperó la compostura.

—Los separaremos ahora —dijo. Habló primero con la tropa—. Estad alerta. En guardia.

Los muchachos, recostados contra la pared, estiraron las piernas y se llevaron las armas al pecho.

—Todo el mundo de pie —dijo.

—Les ruego atención —dijo Gen en japonés—. Es momento de incorporarse.

Los terroristas se oponían a que se hablase, pero hicieron una excepción con Gen. Repitió la frase en todas las lenguas que se le ocurrieron. La repitió en lenguas de las que estaba seguro que eran innecesarias, como serbocroata y cantonés, simplemente porque hablar resultaba reconfortante y nadie intentaba impedírselo. Para

empezar, «levántense» no es un mensaje que deba traducirse. La gente se comporta en ocasiones como las ovejas. Cuando algunos empiezan a levantarse, el resto les imita.

Se sentían torpes y entumecidos. Algunos intentaron calzarse de nuevo los zapatos, otros lo olvidaron. Alguno daba ligeras pataditas al suelo para desentumecer una pierna dormida. Estaban nerviosos. Todos habían creído que lo que de verdad deseaban era ponerse en pie, y ahora que se habían incorporado se sentían inseguros. La impresión general era que las transiciones eran malas y no buenas, y que ponerse en pie aumentaba las posibilidades de recibir un disparo.

—Que las mujeres vayan al extremo derecho de la sala, y los hombres al izquierdo.

Gen fue repitiendo la frase en distintos idiomas, sin estar seguro de qué países estaban allí representados y quien precisaba un intérprete. Su voz estaba cargada de la sedante monotonía de los avisos por megafonía de estaciones y aeropuertos.

Pero los hombres y mujeres no se separaron rápidamente. Se aferraron unos a otros. Parejas que durante años no se habían abrazado, que quizá nunca se habían mostrado en público de aquella manera, se echaron el uno en brazos del otro. Era una fiesta que simplemente había durado demasiado. La música se había detenido, y el baile también, y aun así las parejas seguían entrelazadas, expectantes. La única pareja extraña era la formada por Roxane Coss y el pianista. Ella resultaba tan pequeña en sus brazos que casi parecía una niña. No quería que pareciese que él la sostenía, pero de haberse fijado alguien habría visto que en realidad era ella quien le mantenía a él en pie. Él la envolvía casi con su cuerpo, y la expresión de su rostro delataba a una mujer incapaz de soportar el peso que había caído sobre ella. El señor Hosokawa percibió sus dificultades (porque la había estado observando, puesto que al estar su mujer a salvo en Tokio no tenía a quien abrazar), se hizo cargo del pianista y se echó el cuerpo de aquel gigante sobre los hombros, como se hace con los abrigos cuando ya no refresca. El señor Hosokawa también tuvo dificultades, pero no fueron nada comparadas con el alivio que inundó el rostro de Roxane Coss.

—Gracias —dijo ella.

—Gracias —repitió él.

—¿Se ocupará usted de él? —En aquel momento, el pianista alzó la cabeza y cargó parte de su peso sobre sus propios pies.

—Gracias —repitió con ternura el señor Hosokawa.

Otros hombres, solteros, camareros la mayoría, todos deseosos de haber separado al gringo moribundo de los hombros de ella, se adelantaron para ayudar al señor Hosokawa, y entre todos cargaron con aquel hombre, que desprendía un olor acre y cuya rubia cabeza se balanceaba como si le hubieran roto el cuello. El señor Hosokawa se volvió para observarla, angustiado al pensar que se quedaba sola. Casi le pareció que ella le observaba, pero en realidad miraba a su pianista, desmayado en brazos del señor Hosokawa. Alejado de ella, era fácil ver lo enfermizo de su aspecto.

En aquel momento de apasionadas despedidas, el señor Hosokawa se dio cuenta de improviso que nunca se había planteado siquiera llevar consigo a su esposa a aquel país. No le había contado nada sobre la invitación. Le dijo que iba a asistir a una reunión de negocios, no a una fiesta de cumpleaños celebrada en su honor. El acuerdo tácito era que la señora Hosokawa permanecía siempre en casa con sus hijas. No viajaban juntos. Ahora podía verse que su decisión era la correcta. Había mantenido a su esposa alejada de todo peligro. Había sabido protegerla. Con todo, no pudo evitar preguntarse cómo se hubieran sentido de haberse encontrado entonces juntos. ¿Se hubieran sentido tan tristes cuando les obligasen a separarse?

Durante lo que pareció muchísimo tiempo pero que no fue más de un minuto, Edith y Simon Thibault no dijeron nada. Luego se besaron y él le dijo: «me gusta pensar en ti afuera». Podría haber dicho cualquier cosa, y no hubiera importado. Estaba pensando en sus primeros veinte años de casados, años en los que la había amado sin entenderlo realmente. Aquella sería su penitencia por todos aquellos años malgastados. Su amada Edith. Ella se quitó entonces la pañoleta de seda que llevaba sobre los hombros. A él se le había olvidado pedírsela. Era de un azul maravilloso, el azul usado en la vajilla de los reyes, el de la pechera de las aves de aquel paraíso dejado de la mano de Dios. Lo apretujó hasta formar con él una bolita y lo depositó en el cuenco de su mano.

—No hagas tonterías —le dijo, y por ser la última cosa que le pedía le juró que no las haría.

En lo general, la separación de los rehenes transcurrió con civismo. No hubo que separar a nadie a punta de pistola. Cuando intuyeron que el tiempo de verdad se acababa, hombres y mujeres se separaron, como si una complicada danza estuviese a punto de

comenzar; en ella, se reunirían y separarían y e irían cambiando de pareja para finalmente tener de nuevo a la propia entre los brazos.

Messner sacó un fajo de tarjetas de su cartera y entregó una a cada uno de los generales y a Gen, y otra, atento siempre, al vicepresidente, y dejó el resto en un platillo sobre la mesita del café.

—Ahí tienen mi número de móvil —dijo—. Sólo yo. Si quieren hablar conmigo, llamen a ese número. De momento van a mantener abiertas las líneas telefónicas de la casa.

Todos miraron desconcertados sus tarjetas. Era como si les estuviese invitando a almorzar, como si no comprendiese la gravedad de la situación.

—Puede que les haga falta algo —dijo Messner—. Quizá quieran hablar con alguien de fuera.

Gen realizó una ligera reverencia. Debería haberse inclinado desde la cintura, para demostrar su respeto por haber entrado allí, por arriesgar su vida, pero sabía que nadie lo entendería. El señor Hosokawa se acercó entonces, tomó una tarjeta del platillo, estrechó la mano de Messner y ejecutó una profunda reverencia, con la cara directamente dirigida al suelo.

Después de aquello, los generales Benjamín, Alfredo y Héctor fueron a donde esperaban los hombres y separaron del grupo a los trabajadores, camareros, cocineros y personal de limpieza, y los llevaron junto a las mujeres. Su intención última era la liberación del pueblo trabajador, y no pensaban tomarlos rehenes. Preguntaron si había alguien gravemente enfermo, e hicieron que Gen repitiese la pregunta en varios idiomas. Aunque cualquiera habría imaginado que todos alegarían un corazón débil, el grupo se mantuvo bastante callado. Un puñado de ancianos dio un paso adelante, un guapo caballero italiano mostró un brazalete médico y fue a reunirse con su esposa. Sólo un hombre mintió, y su mentira no fue descubierta: el doctor Gómez explicó que años atrás había tenido problemas renales, y que debía acudir sin falta a diálisis. Su esposa se negó a mirarle, avergonzada. El más enfermo de todos, el pianista, parecía demasiado confuso para hacer la petición, y se le sentó sobre una silla donde nadie pudiera olvidarle. También los sacerdotes obtuvieron permiso para marcharse. Monseñor Rolland hizo la señal de la cruz sobre quienes debían permanecer, un bonito gesto, y se alejó luego, pero el padre Árguedas, que no tenía ningún asunto urgente que atender, pidió permiso para permanecer en la

casa.

—¿Quiere quedarse? —dijo el general Alfredo.

—Les hará falta un sacerdote —dijo.

Alfredo sonrió un poco, toda una novedad.

—Créame, preferirá usted irse.

—Si la gente sigue aquí hasta el domingo, necesitarán a alguien que cante misa.

—Rezaremos por nuestra cuenta.

—Con todo respeto, señor, —dijo el sacerdote, bajando la vista —, yo me quedo.

Y aquello zanjó la cuestión. Monseñor Rolland no pudo hacer nada más que ser testigo de la escena. Ya estaba junto a las mujeres, y lo vergonzoso del asunto le llenó de una rabia homicida. Le hubiera gustado estrangular al curita con una mano, pero ya era tarde. Ya estaba salvado.

El vicepresidente debería haber podido abandonar la casa, pero no se molestó ni en preguntar. En lugar de ello, febril y aferrado a la bolsa de hielo derretido que sostenía contra su cara, se le obligó a salir hasta el pesado portalón del jardín para anunciar la liberación a la prensa. Apenas si estuvo un instante con su esposa, una buena mujer que había consagrado su vida al bienestar del vicepresidente y su carrera y no había dicho nada al verle tirarla por la borda. No estuvo ni un segundo con sus dos hijas, Imelda y Rosa, que tan bien se habían portado, tumbadas de costado todo el día, jugando un complicado juego de dedos que él no fue capaz de reconocer. No le dijo nada a Esmeralda porque no había palabras con las que darle las gracias. Temía por ella. Si le mataban a él, ¿conservaría su trabajo? Esperaba que así fuera. Tenía una espalda recta, preciosa, y era paciente con los niños. Les había enseñado a pintar animales sobre piedrecitas, y a partir de aquellas piedrecitas habían creado mundos muy elaborados. Conservaban muchas de ellas en los dormitorios. Antes o después conseguiría escabullirse e iría a buscarlas. Su esposa aferraba con tal fuerza a su hijo que éste acabó llorando a causa de la presión de sus manos. Temía que intentasen llevarle con los hombres, pero Rubén le acarició los dedos para tranquilizarla.

—Nadie va a llevárselo —dijo. Besó a Marco en la cabeza, besó sus sedosos y olorosos cabellos de bebé. Luego fue hacia la puerta.

Estaba mejor preparado para aquella tarea que el presidente Masuda. El presidente era incapaz de decir nada que no estuviese

escrito. No era estúpido, pero carecía de espontaneidad. Además, era huraño y tenía un orgullo equivocado, y no habría aguantado el mangoneo. Habría dicho alguna inconveniencia y le habrían matado, y en consecuencia habrían acabado todos muertos. Por primera vez pensó que era mejor que Masuda se hubiese quedado en casa viendo la telenovela, porque Rubén sí sabía ser servicial y atento, y al serlo salvaría las vidas de su esposa e hijos, y la de su bella niñera, y la de la famosa Roxane Coss. Aquella tarea que le habían encomendado se ajustaba incluso a sus funciones como vicepresidente. Messner salió a reunirse con él en los escalones de la entrada. El día se había nublado, pero el aire era magnífico. La gente al final del sendero bajó sus armas, y las mujeres salieron, entre destellos de los vestidos a la luz del atardecer. De no haber sido por la policía y los fotógrafos, alguien que pasase por allí podría haber pensado que se celebraba una fiesta, y que todas las parejas habían reñido y las mujeres habían decidido marcharse pronto y solas. Todas lloraban, y el pelo les colgaba lleno de enredones. El maquillaje estaba echado a perder, y sostenían el vuelo de los vestidos en un puño. La mayoría llevaba los zapatos en la mano, o los había dejado atrás, y las losas del sendero arruinaron sus medias, aunque ninguna se dio cuenta. A su espalda debería haberse alzado un buque a punto de hundirse, o un edificio en llamas. Cuanto más se alejaban de la casa, más lloraban. Los pocos hombres, los trabajadores, los enfermos, salieron tras ellas, con aire impotente ante una tristeza de la que no eran causantes.

3

Una aclaración: todas las mujeres menos una fueron liberadas.

Estaba en mitad de la cola. Como el resto de las mujeres, tenía la vista puesta en el salón y no en la puerta de salida, y miraba el suelo sobre el que había dormido una noche que parecieron varios años. Iba mirando a los hombres que no saldrían, a ninguno de los cuales conocía siquiera. Excepto al caballero japonés en cuyo honor se celebraba la fiesta, y desde luego tampoco lo conocía, pero le había ayudado con el pianista, y por eso le buscó y le dedicó una sonrisa. Los hombres se removían en su grupo, tristes y nerviosos en su extremo de la habitación. El señor Hosokawa correspondió a su sonrisa de forma breve y digna e inclinó la cabeza. A excepción del señor Hosokawa, ninguno de los hombres pensaba entonces en Roxane Coss. La habían olvidado ya, como habían olvidado la altura vertiginosa de sus arias. En aquel momento observaban a sus esposas mientras salían al luminoso atardecer, conscientes de que probablemente no volverían a verlas. El amor que sentían se clavó en sus gargantas y cerró el paso del aire. Así vieron marcharse a Edith Thibault, a la esposa del vicepresidente y a la hermosa Esmeralda.

Roxane Coss estaba casi en la puerta, quizá media docena de mujeres más allá, cuando el general Héctor se adelantó y la tomó del brazo. No fue un gesto particularmente agresivo. Podría no querer más que acompañarla a algún lugar, o quizá quería que fuese a la cabeza de la hilera.

—Espere —dijo, y señaló la pared en la que debía quedarse sola junto a un enorme cuadro de Matisse, peras y melocotones en un cuenco. Era uno de los dos únicos lienzos de Matisse existentes en el país, y constituía un préstamo del museo de arte para la fiesta. Roxane, confusa, buscó con la mirada al intérprete.

—Espere —dijo Gen suavemente en inglés, intentando que la palabra sonase benigna. «Espere», después de todo, no significaba que nunca fuese a irse, sólo que su partida se retrasaría.

Roxane asimiló la palabra y pensó en ella por un instante. Incluso al oírla en inglés dudaba de que aquello fuese lo que había querido decir. De niña había esperado. En la escuela había formado colas de espera para las audiciones. Pero lo cierto era que en los últimos años nadie le había pedido que esperase para nada. La gente le esperaba a ella. Ella no esperaba. Y todo aquello, la fiesta de cumpleaños, el ridículo país, las armas, el peligro, la *espera* que todo aquello llevaba aparejada constituía una burla. Apartó el brazo con rudeza, y el tirón hizo que las gafas del general le resbalasen de la nariz.

—Mire —le dijo al general Héctor, porque no estaba dispuesta a soportar el tacto de su mano—, ya está bien.

Gen abrió la boca para traducir, y luego lo pensó mejor. Además, ella aún estaba hablando.

—Vine a este país a cumplir un trabajo, a cantar en una fiesta, y lo hice. Se me obligó a dormir en el suelo con toda esta gente, a la que usted retiene por algún motivo, y también lo hice. Pero se acabó.

Señaló la silla sobre la que se encogía el pianista.

—Está enfermo. Tengo que estar junto a él —dijo, aunque sonó como el menos convincente de sus argumentos. Derrumbado sobre su silla, los brazos colgantes como banderas en un día de calma chicha, parecía más muerto que enfermo. No levantó la cabeza al hablar ella. La cola había dejado de avanzar, incluso las mujeres libres de marchar se pararon para observarla, pese a no saber lo que estaba diciendo. Fue en aquel momento de incertidumbre, en la pausa que precedía a la traducción, donde Roxane Coss vio el momento de salir. Avanzó claramente hacia la puerta, que estaba abierta, a la espera. El general Héctor estiró un brazo para interceptarla y, al no poder tomar su brazo, la agarró del pelo. Un cabello como el suyo hacía de una mujer un blanco fácil. Era como estar unida a varias cuerdas suaves.

Tres cosas acontecieron entonces en rápida sucesión: primero, Roxane Coss, soprano, lanzó un agudo grito en el que pareció combinarse la sorpresa y el dolor cuando el tirón le dobló el cuello; a continuación, todos los invitados a la fiesta (a excepción del pianista) dieron un paso adelante, dejando bien a las claras que aquel era el momento de la insurrección; por último, los terroristas, de edades comprendidas entre los catorce y los veintiún años, amartillaron las armas que portaban, y el enorme chasquido

metálico les hizo detenerse a todos como en un fotograma. Y así quedó la sala, a la espera, detenido el tiempo, hasta que Roxane Coss sin alisarse siquiera el vestido ni atusarse el cabello, se dio la vuelta y se colocó junto a un cuadro que, en honor a la verdad, era una obra menor.

Después de aquello, los generales discutieron en voz baja, e incluso los soldados de a pie, los pequeños bandidos aguzaron el oído intentando oír lo que decían. Sus voces se entremezclaban. Pudo oírse la palabra «mujer», y luego «nunca» y «acuerdo». Y entonces uno de ellos dijo en voz baja y confusa: «Podría cantarnos». Al tener las cabezas juntas, no hubo forma de saber quién lo dijo. Quizá lo dijeran todos ellos, todos nosotros.

Había peores razones para mantener cautiva a una persona. A una persona se la retiene por el valor que pueda tener, por aquello por lo que puede cambiarse en un trueque, dinero o libertad o alguien a quien se quiere más. Toda persona puede ser moneda de cambio cuando se tienen los medios para retenerla. Por tanto, retener a alguien por su canto, porque lo que se desea es el sonido de su voz, ¿no viene a ser lo mismo? Los terroristas, perdida la esperanza de obtener lo que venían buscando, decidieron quedarse con todo lo demás, con algo que no habían sabido en toda su vida que deseaban hasta que se acurrucaron en el oscuro y estrecho conducto de aire acondicionado: ópera. Decidieron quedarse con aquello por lo que vivía el señor Hosokawa.

Roxane esperó sola junto a la pared, cerca de los brillantes frutos, y lloró en su frustración. Los generales empezaron a alzar el tono de voz a medida que las mujeres primero y el servicio después fueron abandonando la sala. Los hombres miraban furibundos, y los jóvenes terroristas mantenían alzadas las armas. El pianista, que se había amodorrado en la silla, se incorporó y consiguió levantarse, y con ayuda del personal de cocina salió de la sala, sin darse cuenta de que su compañera se quedaba atrás.

—Mejor así —dijo el general Benjamín, dando un gran rodeo por la zona cubierta antes de rehenes—. Ahora se puede respirar.

Desde dentro podían oírse los aplausos y celebraciones con que se recibía a los rehenes excarcelados. Del otro lado del muro del jardín se alzó el brillante chasquido de las cámaras de los fotógrafos. En la confusión, el pianista regresó hasta la puerta principal, que nadie se había molestado en atrancar de nuevo. La abrió con tal violencia que golpeó con ella contra la pared y el

pomo dejó una marca en la madera. De no haberle conocido, habrían disparado contra él.

—Roxane Coss no ha salido —dijo en sueco. Tenía la voz pastosa y las consonantes se enredaban en sus dientes—. ¡No ha salido!

La pronunciación del pianista era tan confusa que incluso Gen tuvo dificultades para reconocer el idioma. Casi todo el sueco que conocía era el de las películas de Bergman. Lo había aprendido en la universidad, cotejando los subtítulos con los sonidos. En sueco, sólo sabía conversar sobre cuestiones sombrías.

—Está aquí —dijo Gen.

La furia del pianista pareció restituirle la salud, y por un momento la sangre regresó a sus mortecinas mejillas.

—¡Todas las mujeres quedan libres!

Agitó las manos en el aire, como si intentase espantar a los cuervos de un maizal; sus labios, cada vez más azules, brillaban con la espumilla de la saliva. Gen transmitió la información en español.

—Aquí, Christopf —dijo Roxane, y saludó ligeramente con la mano, como si apenas se hubieran separado un instante durante la fiesta.

—Tómenme a mí, y no a ella —aulló el pianista, al tiempo que sus rodillas oscilaban peligrosamente y amenazaban con dar con él en el suelo. Era una magnífica y trasnochada oferta, y sin embargo todos sabían que nadie le quería a él, sino a ella.

—Sáquenlo de aquí —dijo el general Alfredo.

Dos de los muchachos se adelantaron, pero el pianista, a quien nadie creía capaz de huir en su misterioso y raudo estado de deterioro, se zafó de ellos y fue a sentarse en el suelo junto a Roxane Coss. Uno de los muchachos apuntó su arma al centro de la rubia cabeza.

—No le des a ella por error —dijo el general Alfredo.

—¡¿Qué está diciendo?! —imploró Roxane Coss.

Gen se lo dijo, muy a su pesar.

Por error. Así es como moría la gente en situaciones como aquella. Nada de mala fe, simplemente una bala desviada un par de centímetros. Roxane maldijo hasta al último de los presentes en la sala mientras contenía el aliento. Morir por culpa de la escasa puntería de un terrorista mal preparado no era exactamente como había previsto acabar sus días. La tenue respiración del pianista alcanzó entonces una velocidad demente. Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra su pierna. El último arranque de pasión había sido

demasiado para él. Con la misma rapidez se quedó dormido.

—Por amor de Dios —dijo el general Benjamín, y al decirlo cometió uno de los mayores errores de toda una operación consistente en una serie ininterrumpida de errores—, que se quede donde está.

En cuanto pronunció estas palabras, el cuerpo del pianista cayó hacia delante y vomitó una espumilla amarillenta. Roxane intentaba de nuevo estirar las piernas, sin nadie que le ayudase en esta ocasión.

—Por lo menos que alguien le arrastre hacia fuera —dijo, cargada de odio—. ¿No ven que está enfermo?

Cualquiera podía ver que estaba muy, muy enfermo. Tenía la piel fría y húmeda, y del color de la carne del pescado en mal estado.

Gen planteó la demanda, pero ésta fue rechazada.

—Sin presidente, pero con una cantante de ópera —dijo el general Benjamín—. A mí me parece una mierda de trato.

—Ella vale más con el pianista —dijo el general Alfredo.

—Por él no sacaríamos ni un dólar.

—Nos la quedamos —dijo el general Héctor con voz queda, y la cuestión de las cantantes de ópera quedó zanjada. Si bien Héctor era el menos propenso a hablar, tenía atemorizados a todos los soldados. Incluso los otros dos generales procuraban ser cuidadosos.

Todos los rehenes, incluido Gen, estaban en el lado de la sala más alejado de donde Roxane Coss y su pianista se recostaban contra la pared. El padre Árguedas dijo una oración y se acercó a ayudarles. Cuando el general Benjamín le ordenó que regresase a su lado de la sala, sonrió y asintió como si el general estuviese bromeando, y en ese sentido no cometiese un pecado. Al sacerdote le tenía asombrado el batir de su corazón, y el miedo que se había apoderado de sus piernas y las hacía vacilar. No era miedo a recibir un disparo, por supuesto, no creía que fuesen a dispararle, y si lo hacían… pues se habría acabado todo. El miedo provenía del aroma de las florecillas acampanadas, y de la cálida luz amarilla de sus cabellos. Las cosas de aquel tipo no le habían afectado desde los catorce años, cuando entregó su corazón a Cristo y dejó atrás aquellas preocupaciones. Y ¿por qué, en medio de tanto miedo y confusión, en el peligro de muerte para tantas vidas, sentía la vertiginosa euforia de la buena suerte? ¡Una buena suerte inimaginable! Haber entablado amistad con Ana Loya, prima de la

esposa del vicepresidente; que ella hubiese hecho en su favor aquella petición extravagante, que hubiesen tenido a bien dejarle estar al fondo de la sala para escuchar, por primera vez en su vida, ópera en vivo, y no sólo eso, sino cantada por Roxane Coss, quien en opinión de todos era la más importante soprano de la época. A él le hubiera bastado con su presencia en el país. El honor que hubiera sentido, tendido en su camastro en el sótano de la rectoría, al saber que ella pasaría una noche en la misma ciudad en que él vivía, ya habría sido un regalo maravilloso. Pero que se le hubiera permitido verla, y luego el destino (que bien podía ser portador de espantos, pero ante todo era, como todo destino, voluntad de Dios) le hubiera llevado a estar allí para acudir en su ayuda y atender al pianista de lánguidos miembros, y oler las flores, y ver su suave y pálida piel desaparecer tras el cuello de su vestido color pistacho… Pudo ver que varias horquillas seguían sujetas sobre su nuca, para evitar que el cabello le cayese sobre los ojos. Qué regalo; no era capaz de pensar en ello de otra manera. El padre Árguedas creía que aquella voz procedía de Dios, y si así era, en aquel momento se encontraba de pie junto al amor de Dios. Y el batir de su pecho y el temblor de sus manos eran perfectamente apropiados. ¿Cómo podía su corazón no estar lleno de amor estando tan cerca de Dios?

Ella le sonrió, una sonrisa amable pero ajustada a las circunstancias.

—¿Sabe usted por qué me retienen? —susurró.

Al oír su voz sintió la primera ola de decepción. No por ella, eso nunca, sino por sí mismo. Inglés. Todos le habían dicho que era importante aprender inglés. ¿Cómo decían los turistas? «¿Have a nice way?» Pero ¿y si aquella era una respuesta inapropiada? ¿Y si resultaba molesto? Podía servir para pedir algo, un carrete de fotos, o una dirección, o dinero. Rezó. Finalmente, lleno de tristeza, dijo la única palabra de la que estaba seguro.

—Inglés.

—Ah —dijo ella, asintiendo con aire compasivo, y volvió a centrar su atención en el trabajo.

Una vez hubieron dispuesto al pianista de forma que al menos pareciese estar cómodo, el padre Árguedas tomó su propio pañuelo y limpió las marcas de vómito. Jamás se le hubiera ocurrido arrogarse conocimiento médico alguno, pero lo cierto era que pasaba buena parte de su tiempo visitando a los enfermos, y que el sacramento que más a menudo administraba era el viático, y la

experiencia le dictaba que aquel hombre que tan maravillosamente había tocado el piano estaba más necesitado del viático que de la unción de los enfermos.

—¿Católico? —le preguntó a Roxane Coss, al tiempo que tocaba el pecho del pianista.

Ella no tenía ni idea de si el hombre que tocaba el piano para ella tenía alguna relación con Dios, y mucho menos a través de qué confesión la practicaba. Se encogió de hombros. Aquello al menos si podía transmitírselo al sacerdote.

—¿Católica? —preguntó entonces, simplemente por curiosidad, y la señaló educadamente.

—¿Yo? —dijo, tocando el extremo del vestido—. Sí. Sí. Católica.

Dos palabras simples, pero se sintió orgullosa de responder en español.

Él sonrió al oírle. En cuanto al pianista, si se estaba muriendo, si era católico… Eran dos interrogantes muy grandes. Pero en lo tocante al descanso eterno del alma, era mejor pecar por exceso de precaución. Si administraba por error los últimos sacramentos a un judío que más tarde se recuperaba, ¿qué daño habría hecho? No habría hecho más que ocupar parte del tiempo de un prisionero político que además estaba inconsciente. Dio unas palmaditas sobre la mano de Roxane. ¡Era como la mano de un niño! Suave y pálida, de puntas redondeadas. Llevaba en un dedo una piedra verde, del tamaño de un huevo de codorniz, rodeado de diamantes. Normalmente, cuando veía anillos así deseaba que fuesen donados para los pobres, pero aquel día se sorprendió imaginando el placer que supondría deslizar aquel anillo sobre su dedo. La idea era poco apropiada, de eso estaba seguro, y notó que una película de humedad se apoderaba de su frente. Y no tenía pañuelo. Se disculpó y fue a hablar con los generales.

—Ese hombre de ahí —dijo el padre Árguedas, en voz queda—, creo que se está muriendo.

—No se muere —dijo el general Alfredo—. Está intentando sacarla de aquí. Está fingiendo que se muere.

—Creo que no. El pulso, el color de la piel… —Se volvió para mirar sobre su hombro y buscar, más allá del piano de cola y de los enormes ramos de lirios y rosas dispuestos para una fiesta que hacía tiempo que había acabado, al pianista, su enorme cuerpo desparramado sobre el borde de la alfombra—. Hay cosas que no se pueden fingir.

—Él decidió quedarse. Le sacamos por la puerta y volvió a entrar. Esa no es la actitud de un moribundo.

El general Alfredo apartó la mirada. Se frotó la mano. Diez años hacía ya que había perdido los dedos, y aún le dolían.

—Vuelva a donde se le ha ordenado que espere —dijo al sacerdote el general Benjamín. Estaba disfrutando un instante de falso alivio al ver salir a la mitad de la gente, como si así se hubiese solucionado la mitad de sus problemas. Sabía que no era cierto, pero igualmente quería disfrutarlo en paz. La sala parecía abierta de par en par.

—Quisiera tomar algo de aceite de la cocina para la extremaunción.

—Nada de cocinas —dijo el general Benjamín, negando con la cabeza. Encendió un cigarrillo para mostrarse grosero con el joven sacerdote. Hubiera preferido que el cura y el pianista hubiesen salido cuando se les ordenó que lo hiciesen. La gente no debería tener la oportunidad de decidir si quiere seguir retenida. Tenía muy poca experiencia en la grosería con sacerdotes, y el cigarrillo le servía de muleta. Sacudió la cerilla y la dejó caer sobre la alfombra. Hubiera querido arrojarle el humo a la cara, pero no pudo.

—Puedo hacerlo sin el aceite —dijo el padre Árguedas.

—Nada de extremaunciones —dijo el general Alfredo—. No se está muriendo.

—Sólo he pedido permiso por el aceite —dijo respetuoso el sacerdote—, no para otorgar la extremaunción.

Todos los generales quisieron detenerle, abofetearle, ordenar a uno de los soldados que lo devolviese a su puesto a punta de escopeta, pero ninguno se vio con ánimos. Aquello era obra del poder de la Iglesia, o quizá del poder de la cantante de ópera, acuclillada entonces sobre quien todos pensaban que era su amante. El padre Árguedas regresó junto a Roxane Coss y su pianista. Ella le había desabrochado la camisa y había apoyado la oreja contra su pecho. Su cabello se desparramaba sobre el cuello y los hombros de aquel, de una manera que, de haber estado consciente, le hubiera deleitado, pero no consiguió reanimarle. El padre Árguedas se arrodilló junto a él y comenzó el rito de la extremaunción. Puede que fuese más solemne cuando uno tenía la casulla y la estola, cuando había óleo con el que ungir, o velas, pero una plegaria simple daba a veces la sensación de ser más cercana a Dios. Deseó que el pianista fuese católico. Quería que su alma encontrase

refugio en Cristo cuanto antes.

—Dios Padre de todo consuelo, por medio de Tu Hijo has querido sanar las dolencias de los enfermos y nos enviaste al Espíritu Santo para perdonar nuestros pecados; por el sacramento de la Iglesia quiera Dios concederte perdón y descanso.

El padre Árguedas sintió un arrebato de ternura por aquel hombre, un vínculo de amor casi asfixiante. Había tocado para ella. Había escuchado su voz día tras día, y la voz le había dado forma. Musitó con absoluta sinceridad a su oreja, blanca como el yeso: «Te absuelvo de tus pecados». Y en verdad perdonaba al pianista por cuanto pudiese haber hecho. «En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo».

—¿Extremaunción? —dijo Roxane Coss, al tiempo que tomaba entre las suyas la mano húmeda y exánime que había tocado incansablemente para ella. No conocía la lengua, pero los rituales del catolicismo son siempre reconocibles. Aquella no podía ser buena señal.

—Por medio del sagrado misterio de nuestra redención, quiera Dios librarte de todo castigo en esta vida y en la vida futura. Así abra las puertas del Paraíso y te admita en la gloria eterna.

Roxane Coss parecía aturdida, como si el hipnotizador ya hubiese oscilado el reloj pero no hubiese chasqueado aún los dedos.

—Era un magnífico pianista —dijo. Le hubiera gustado unirse a la oración, pero lo cierto es que ya no recordaba las plegarias. Añadió—: Era muy puntual.

—Roguemos al señor que acoja a nuestro hermano en su misericordia y le conceda el descanso con esta sagrada unción.

El padre Árguedas se llevó el pulgar a la lengua porque necesitaba algo húmedo y no se le ocurrió otra cosa. Marcó la frente del pianista y dijo:

—Por este óleo sagrado, así el Señor en su amor y piedad te conceda la gracia del Espíritu Santo.

Roxane podía ver a las monjas encorvadas sobre ella mientras aprendía sus oraciones. Podía ver de nuevo sus oscuros rosarios de palosanto colgados del cinto, podía oler el café en sus alientos y un tenue rastro de sudor en la tela de sus hábitos. Las hermanas Joan, Mary Joseph y Serena. Las recordaba a todas, pero ni una palabra de las oraciones.

—A veces encargábamos café y bocadillos después de los ensayos —dijo, aunque el sacerdote no podía comprenderla y el

pianista no oía ya su voz—. Y cómo hablábamos entonces.

Él le había hablado de su infancia. Era sueco, ¿o noruego? Había hablado de lo fríos que eran allí los inviernos, y también contó que, por haberse criado allí, nunca se dio cuenta de ello. Su madre no le dejaba participar en ningún juego de pelota porque le preocupaban sus manos, después del dinero que había gastado en lecciones de piano.

El padre Árguedas ungió las manos del pianista y dijo:

—Así Dios Nuestro Señor, que quita el pecado, te salve y te acoja.

Roxane tomó entre sus dedos el fino cabello rubio. Parecía anémico. Daba la impresión de pertenecer a alguien que no seguiría mucho tiempo en aquel mundo. Lo cierto es que había acabado odiando un poco al pianista. Durante meses habían trabajado amigablemente juntos. Sabía lo que se hacía con la música. Tocaba con pasión, pero no intentaba nunca eclipsarla. Era callado y reservado, y eso a ella le gustaba. Nunca intentó saber más de él. Nunca pensaba en él lo suficiente como para preguntarse si debería. En algún momento se decidió que le acompañaría en aquel viaje. Tan pronto las ruedas del avión dejaron la pista de aterrizaje, el pianista se aferró a su mano y le reveló el irremisible amor con el que se veía obligado a vivir. ¿No lo sabía ella acaso? Todos aquellos días junto a ella, todos aquellos días oyéndola cantar… Se inclinó sobre su asiento e intentó recostar la cabeza contra su pecho, pero ella se lo quitó de encima. Así estuvieron las dieciocho horas de vuelo. Así siguieron en la limusina de camino al hotel. Él lloraba e imploraba como un niño. Pasó revista a todos los vestidos que había lucido en cada ensayo. Afuera, una muralla impenetrable de hojas y enredaderas se extendía a ambos lados del coche. ¿Hacia dónde iban? El pianista deslizó un dedo hasta tocar el borde de su falda y ella lo apartó de un manotazo.

Roxane agachó la cabeza y cerró los ojos, y juntó las manos con los mechones de cabello aún entre ellas.

—Una oración puede ser simplemente algo bonito —había dicho la hermana Joan. Era su preferida, la más joven, y casi guapa. En su escritorio guardaba chocolatinas—. No siempre se trata de las cosas que quieres. Pueden ser las cosas que aprecias.

La hermana Joan le pedía a menudo a Roxane que cantase ante los niños antes de la asamblea matinal, «Con flores a María, que madre nuestra es», incluso en lo peor de los inviernos de Chicago.

—Siempre quería oír cosas de Chicago, yo me crie en Chicago —susurró—. Quería saber cómo había sido crecer en un teatro de la ópera. Una vez dijo que ahora que estaba en Italia ya nunca podría marcharse. Decía que no podría volver a soportar los crudos inviernos del norte.

El padre Árguedas levantó la vista, ansioso por saber lo que estaba diciendo. ¿Era una confesión, una plegaria?

—Puede que haya sido algo que comió —dijo Roxane—. Puede que fuera alérgico a algo en la comida. Quizá estaba ya enfermo antes de venir aquí.

Desde luego, no era el hombre que ella había conocido.

Los tres se quedaron un instante en silencio, el pianista con los ojos cerrados, la cantante y el sacerdote con la vista fija en aquellos ojos. Entonces, a Roxane Coss se le ocurrió algo, y sin dudarlo rebuscó en sus bolsillos y extrajo una cartera y un paquete de caramelos de menta. Rebuscó en la cartera y la dejó en el suelo. Allí estaba su pasaporte: de Suecia. Hundió las manos en los bolsillos del pantalón, y en aquel momento el padre Árguedas interrumpió sus plegarias para observarla. Roxane encontró una jeringuilla hipodérmica, usada y tapada, y un pequeño vial con tapa de goma, vacío a excepción de una o dos gotas que rodaban por el fondo. Insulina. Se le había acabado la insulina. Les habían prometido que estarían de vuelta en el hotel a medianoche. No había necesidad de llevar encima más de una dosis. Se incorporó, cargada con las pruebas necesarias. El padre Árguedas alzó la cabeza al verla avanzar hacia los generales.

—¡Diabético! —gritó, una palabra que tenía que ser más o menos la misma en todos los idiomas. Los términos médicos derivaban todos de una raíz latina, el tronco común que todos podían entender. Volvió la cabeza hacia la pared de los hombres, donde todos la observaban, como si aquella fuese otra noche cualquiera en la ópera y la representación prevista fuese la trágica muerte del pianista, *Il pianoforte triste.*

—Diabético —le dijo a Gen.

Gen, que había querido darle su oportunidad al clérigo, se adelantó y explicó lo que los generales, aun sin la ayuda de un intérprete, debían de haber comprendido ya: el hombre había entrado en coma diabético, y aquello significaba que en el exterior estaba la medicina que podía salvarle, si es que aún estaba vivo. Se acercaron a comprobarlo. El general Benjamín se deshizo del

cigarrillo lanzándolo contra el hogar de mármol, tan grande que en él hubieran cabido tres niños de buen tamaño. De hecho, los tres hijos del vicepresidente se habían metido en él una vez vaciado de cenizas y bien desempolvado y habían jugado a que les cocinaba una bruja. El padre Árguedas había concluido la oración formal y permaneció arrodillado junto al pianista, gacha la cabeza, orando en silencio para que aquel hombre encontrase reposo y alegría en el amor eterno de Dios, ahora que había muerto.

Cuando abrió los ojos, el sacerdote comprobó que ya no estaba solo. El padre Árguedas sonrió amablemente a los presentes.

—¿Quién podría separarnos del amor de Cristo? —dijo, a modo de explicación.

Al caer Roxane Coss al suelo, la escena fue preciosa: la tenue gasa verde de su vestido se infló como una bóveda de follaje nuevo sacudida por el viento de abril. Tomó entre sus manos aquella mano que su madre tanto había cuidado, la mano que había visto interpretar a Schumann durante horas sin cansarse jamás. La mano estaba ya fría, y los colores de su cara, que durante horas habían parecido inadecuados, resultaban ahora francamente desasosegantes, amarillo en torno a los ojos, y un tenue color lavanda se insinuaba sobre sus labios. Había desaparecido la corbata, y los corchetes de la pechera, pero seguía vestido con frac y chaleco blanco. Estaba vestido aún para una representación. Nunca, ni por un instante, pensó que fuera mala persona. Y había sido un magnífico pianista. Simplemente, no debería haber esperado hasta estar encerrados en el avión para decirle lo que sentía por ella, y ahora que había muerto no quería reprocharle ni siquiera aquello.

Los hombres habían dejado su pared y habían pasado al otro lado de la sala, y allí seguían, de pie, casi hombro con hombro con la banda de terroristas. Todos ellos le habían guardado rencor al pianista: todos habían pensado que tenía suerte de tocar tan bien el piano, que era una osadía la forma en que la había protegido a ella del resto de ellos. Pero cuando murió, todos notaron su pérdida. Había muerto por ella, después de todo. Incluso desde el otro lado de la sala, en idiomas que seguramente no comprendían, habían podido seguir con claridad la historia. Él nunca le había explicado

que era diabético. Había preferido quedarse, antes que pedir la insulina que hubiera podido salvarle la vida. El pobre pianista había sido su amigo. Era uno de ellos.

—¡Ya ha muerto un hombre! —dijo el general Benjamín alzando las manos. Su propia enfermedad reaccionó ante esas palabras y el dolor fue como si agujas ardientes estuviesen cosiendo las terminaciones nerviosas de su cara.

—Como si nunca hubiesen muerto hombres —dijo indiferente el general Alfredo. Él había estado a punto de morir más veces de las que recordaba: ¡un balazo en el estómago que casi lo liquida! Dos dedos perdidos a tiros seis meses después, y un año atrás, la bala que le atravesó limpiamente un lado del cuello.

—No hemos venido a matar a esta gente. Estamos aquí para capturar al presidente y marcharnos.

—El presidente no está —le recordó Alfredo.

El general Héctor, que no se fiaba de nadie, se agachó y apoyó dos dedos contra la yugular del muerto.

—Quizá deberíamos pegarle un tiro y sacar su cuerpo. Para que sepan cómo las gastamos.

El padre Árguedas, que hasta entonces había seguido con sus plegarias, alzó la vista y la clavó en los generales. La idea de disparar contra su recién muerto camarada indignó a los rehenes hispanoparlantes. Quienes todavía no sabían que Roxane Coss no conocía el idioma pudieron cerciorarse entonces, ya que se mantuvo en la misma posición, la cabeza entre las manos, la falda desparramada en un círculo a su alrededor, mientras los generales discutían la profanación.

Un alemán, Lothar Falken, que sabía el suficiente español para hacerse una vaga idea de lo que estaba sucediendo, se acercó a Gen y le pidió que tradujese.

—Dígales que no funcionará —dijo—. La herida no sangrará. Si quieren pueden pegarle un tiro en la frente, pero aun así se darán cuenta pronto de que no murió de un disparo.

Lothar era vicepresidente de Hoechst, una compañía farmacéutica, y muchos años atrás se había licenciado en biología en la universidad. La muerte le había afectado especialmente, porque la insulina constituía la mayor parte de las ventas de la compañía. Eran, incluso, los principales productores de dicha sustancia en Alemania. En la oficina la tenían por todas partes, muestras gratuitas de insulina de todas clases, listas para ser

regaladas, frigoríficos repletos de un sinfín de tintineantes viales para quien los quisiera. Había acudido a la fiesta porque pensó que si Nansei planeaba instalar una planta de electrónica en el país, también él podía considerar la producción *in situ*. Y ahora tenía frente a sí a un hombre muerto por falta de insulina. Ya no podía salvarle la vida, pero al menos sí podía evitarle la indignidad de que le matasen de nuevo.

Gen transmitió la información, e intentó escoger palabras que hiciesen que el asunto sonase más truculento, ya que tampoco él quería que le pegasen un tiro al pianista.

El general Héctor desenfundó su pistola y la observó pensativo.

—Eso es ridículo —dijo.

Roxane Coss alzó la mirada.

—¿A quién va a disparar? —le preguntó a Gen.

—A nadie —le aseguró Gen.

Roxane pasó los dedos por sus párpados en línea recta.

—Hombre, no va a limpiar la pistola. ¿Van a empezar a matarnos ahora?

Su voz sonaba aburrida, práctica, como para indicar que tenía un horario que cumplir y necesitaba saber cómo estaban las cosas.

—Será mejor que le diga la verdad —le susurró el vicepresidente a Gen en español—. Si hay alguien capaz de detener esto, creo que es ella.

No debería ser responsabilidad de Gen decidir qué era lo mejor para ella, ni qué decir o no decir. No la conocía. No sabía cómo reaccionaría ante algo así. Pero entonces ella le asió por el tobillo, como cualquier otro le hubiera podido asir de la muñeca durante una discusión. Miró aquella famosa mano cerrada en torno a su pernera y se sintió confuso.

—¡Inglés! —exigió.

—Se están planteando dispararle —confesó Gen.

—Está muerto —dijo, por si no habían acabado de comprenderlo —. ¿Cómo se dice «*dead*» en español? *Dead.*

—«Difunto» —dijo Gen.

—¡Difunto!

Su voz se insinuó entonces en registros más altos. Se puso en pie. En algún momento había cometido el error de quitarse los zapatos, y en una sala llena de hombres aquella mujer bajita resultaba especialmente pequeña. Incluso el vicepresidente le sacaba varios centímetros. Pero en cuanto cuadró los hombros e

irguió la cabeza fue como si se forzase a crecer, como si, tras años de aparecer a lo lejos en un escenario, hubiese aprendido a proyectar no sólo su voz sino toda su persona, y la rabia que la inundaba la propulsó hasta empequeñecer a los demás.

—A ver si entienden esto —les dijo a los generales—. Todas las balas que vayan contra él me darán a mí primero.

Se sentía muy mal por el pianista. Había pedido a la azafata que le buscase otro asiento, pero el vuelo iba lleno. Había sido bastante cruel con él en el avión al intentar que se callase.

Señaló con el dedo a Gen, quien a regañadientes tradujo lo que había dicho.

Los hombres que les rodeaban en el pasillo asintieron al oírlo. ¡Cuánto amor! ¡Él había muerto por ella, y ahora ella moriría por él!

—Tienen retenida a una mujer, a una norteamericana, que es la única de quien todo el mundo ha oído hablar, y si me matan, créanme que… ¿Lo recuerda todo? —le dijo al intérprete—. La ira de Dios caerá sobre ustedes y los suyos.

Aunque Gen fue traduciendo palabra por palabra cuanto dijo, todos los presentes en la sala comprendieron lo que decía sin su ayuda, del mismo modo que le hubieran entendido cantando a Puccini en italiano.

—Sáquenlo de aquí. Arrástrenlo a los escalones de la entrada, si hace falta, pero dejen que los de ahí fuera le envíen a casa de una pieza.

Un ligero sudor perlaba la frente de Roxane Coss, dándole el aura de una Juana de Arco ante la pira. Cuando por fin terminó de hablar tomó aire, infló por completo sus impresionantes pulmones y volvió a sentarse. Volvió la espalda a los generales y se inclinó para recostar la cabeza contra el pecho del pianista. Reclinada contra aquel pecho inmóvil consiguió recuperar la compostura. Le sorprendió descubrir el consuelo que encontraba en el cadáver, y se preguntó si era justo que le pudiese gustar ahora que había muerto. Cuando se sintió de nuevo dueña de sí le dio un beso para subrayar su actitud. Los labios del pianista colgaban fláccidos y fríos estirados sobre la rígida resistencia de los dientes.

El señor Hosokawa se adelantó desde un punto indeterminado del centro del grupo del grupo, echó mano al bolsillo y le tendió su pañuelo, limpio y planchado. Qué raro era, pensó, verse tan limitado, tener tan poco que ofrecer; sin embargo, ella tomó el

pañuelo como si fuera lo que más hubiese estado deseando y lo apretó contra sus ojos.

—Retrocedan, todos —dijo el general Benjamín, intentando evitar otra emotiva conversación. Fue a sentarse en una de las sillas junto a la chimenea y encendió un cigarrillo. No había nada que hacer. No podía golpearla como debería hacer: seguramente se desataría una revuelta en la sala, y no estaba seguro de que los miembros más jóvenes de su ejército no disparasen en su favor. Lo que no entendía era por qué sentía él pena por el pianista. Alfredo tenía razón, no era el primer hombre que moría. Casi cada día pensaba que la mitad de las personas que había conocido estaban muertas. La cuestión estaba en que la gente a la que había conocido había sido asesinada, masacrada en una inmensa variedad de formas que le impedían conciliar el sueño por las noches, y aquel hombre, el pianista, simplemente se había muerto. Por algún motivo, no parecía que las dos cosas fuesen lo mismo. Pensó en su hermano, encarcelado, muerto a todos los efectos, sentado día tras día en un agujero frío y oscuro. Se preguntó si su hermano conseguiría sobrevivir un poco más, quizá un día o dos, hasta que se cumpliesen sus demandas y pudiese ser liberado. La muerte del pianista le había consternado. La gente podía morir sin más si no se llegaba a tiempo. Apartó la mirada de su cigarrillo.

—Apártense de ahí —dijo al grupo, y todos se echaron atrás. Incluso Roxane se levantó y dejó el cadáver, como le ordenaban. Parecía cansada. El general ordenó a su tropa que regresase a sus puestos. Los invitados debían sentarse y esperar.

Alfredo fue hacia el teléfono y lo descolgó dubitativo, como si no estuviese muy seguro de lo que debía hacer. El arte de la guerra no debería incluir teléfonos móviles, hacían que todo pareciese menos serio. Palpó uno de los muchos bolsillos de sus pantalones de combate, sacó la tarjeta de visita y llamó a Messner. Le dijo que había habido una enfermedad, no, una muerte, y que tenían que negociar la salida del cadáver.

Sin el acompañante, todo era diferente. Podría pensarse que la frase debería haber sido: «Sin los ciento diecisiete rehenes de más, todo fue diferente», o «Una vez los terroristas dijeron que no estaban allí para matarles, todo fue diferente». Pero no era cierto. Todos sintieron la pérdida del pianista: incluso los hombres que

recientemente habían enviado a sus mujeres y amantes al exterior en todo el esplendor de sus vestidos de noche pensaban en el muerto. No le habían conocido en absoluto. Muchos daban por supuesto que era norteamericano. Allí estaban, produciendo insulina como quien no quiere la cosa, y un hombre había muerto sin ella por seguir junto a la mujer a la que amaba. Todos se preguntaron si hubieran hecho lo mismo, y todos decidieron que había muchas probabilidades de que no. El pianista encarnaba una temeridad en el amar que no habían experimentado desde la adolescencia. Lo que ninguno comprendía es que Roxane Coss, que lloraba ahora sobre el pañuelo del señor Hosokawa, nunca había estado enamorada de su pianista, y que cuando éste intentó expresar sus sentimientos resultó ser un tremendo error. El amor que sacrifica la propia vida con tanta facilidad, con tanta estupidez, es siempre el amor no correspondido. Simon Thibault no moriría jamás en un estúpido gesto hacia Edith. Al contrario, recurriría a todas las cobardes artimañas a su alcance para asegurarse de que pasaban juntos el resto de sus vidas. Pero desprovistos de la información necesaria, nadie entendía lo que había sucedido. Y lo único que atinaban a pensar era que el pianista había sido un hombre mejor, valiente, capaz de amar con mayor plenitud que ellos.

La situación se había destensado bastante. Los enormes centros de flores distribuidos por la sala empezaban a marchitarse, y un reborde parduzco casi imperceptible enmarcaba ya los pétalos de las rosas blancas. El champán abandonado a medio beber sobre las mesas estaba tibio y desbravado. Los jóvenes guardias estaban tan cansados que algunos se durmieron contra la pared y se deslizaron hasta el suelo sin despertar. Los invitados permanecieron en la sala, cuchicheando a veces pero generalmente en silencio. Se arrebujaron en los sofás y durmieron. No pusieron a prueba la paciencia de los guardias. Tomaron los cojines del sofá y los extendieron por el suelo, en una escena que recordaba a la noche anterior, pero mucho mejor. Sabían que debían quedarse en la sala, mantener la calma y evitar movimientos bruscos. Nadie se planteó escabullirse por la ventana del baño, ni siquiera cuando iban al excusado sin escolta, quizá como consecuencia de un tácito pacto entre caballeros. Algo envarados, habían presentado sus respetos al cadáver del pianista, su pianista, y ahora debían hacer honor al ejemplo que les había legado.

Cuando entró Messner, lo primero que quiso hacer fue ver a Roxane Coss. Sus labios parecían ahora más delgados, más serios, y sin darse cuenta habló en alemán. Gen se levantó pesadamente de su asiento y se acercó a ellos para traducir lo que se estaba diciendo. Los generales señalaron a la mujer, tumbada sobre un sillón, la cara oculta aún tras el pañuelo.

—Y ahora saldrá conmigo —dijo, no preguntó, Messner.

—¿Va a venir el presidente? —preguntó el general Alfredo.

—Se espera de ustedes que permitan que ella vuelva a casa junto al cadáver.

Aquel no era el Messner que habían conocido. La vista de una sala llena de rehenes obligados a tumbarse en el suelo, el magullado vicepresidente, los chicos armados, todo aquello le agotaba, pero le enfurecía también. Estaba furioso, y no tenía nada excepto una crucecita roja alrededor del brazo para protegerse contra una habitación repleta de armas.

Su ira pareció inspirar una paciencia infinita en los generales.

—Los muertos —explicó Héctor—, nada saben de quién se sienta junto a ellos.

—Dijeron *todas* las mujeres.

—Entramos por los conductos del aire acondicionado —dijo el general Benjamín, y después, tras una pausa, añadió una frase muy descriptiva:

—Como topos.

—Necesito saber si puedo confiar en ustedes —dijo Messner. A Gen le hubiera gustado poder imitar el peso de su voz, la forma en que incidía sobre cada palabra, como una baqueta suave sobre un tambor—. Si me dicen algo. ¿Quieren que les crea?

—Hemos liberado al servicio, a los enfermos y a todas las mujeres menos a una. Quizá ella tiene algo que les interesa. Quizá, si hubiéramos retenido a otra, no les hubiera importado tanto.

—¿Quieren que les crea?

El general Benjamín lo consideró algunos instantes. Levantó la mano, como para acariciarse la mejilla, pero cambió de opinión.

—No estamos en el mismo bando.

—Los suizos nunca tomamos partido —dijo Messner—. Estamos sólo en el bando de los suizos.

Ninguno de los generales tenía nada más que decirle a Messner, a quien no le hizo falta confirmación alguna para constatar que el pianista yerto a sus pies estaba efectivamente muerto. El sacerdote

había cubierto el cadáver con un mantel, y allí se quedó. Messner salió por la puerta sin contemplaciones y regresó una hora después con un ayudante. Trajeron consigo una camilla plegable del estilo de las que se ven en las ambulancias, cargada de cajas y bolsas, y tan pronto las hubieron descargado Messner y su ayudante bajaron la camilla e intentaron cargar al grandullón. Al final fue necesaria la ayuda de varios de los terroristas más jóvenes. Con la muerte, el cuerpo había ganado en densidad, como si cada recital, cada práctica diaria e interminable hubiera vuelto en aquellos momentos finales y se hubiese instalado sobre su pecho como una barra de plomo. Cuando el cuerpo y las cinchas estuvieron en posición, y las manos delicadas asomaron inertes bajo el mantel, se lo llevaron. Roxane Coss volvió la cabeza, como si observase los cojines del sillón. El señor Hosokawa se preguntó si estaría pensando en Brunilda, si no desearía ahora un caballo que la arrastrase al fuego en pos del cadáver de su amado.

—No me parece bien que hayan traído así la comida —le dijo el vicepresidente al desconocido sentado a su lado, si bien estaba hambriento, y sentía curiosidad por el contenido de las bolsas—. Creo que, siquiera por respeto, podrían haber hecho dos viajes.

La luz del crepúsculo se filtraba por las altas ventanas de la sala y dibujaba pesados rayos de oro sobre el suelo. Era una estancia preciosa, pensó Rubén, y no era mala hora para estar en ella. Raro era el día que regresaba a casa antes del anochecer, y a menudo no podía siquiera pasar por casa, por estar de viaje en representación del presidente. El hielo de la toalla se había derretido casi por completo, y la manga de su almidonada chaqueta estaba empapada por el incesante gotear del hielo brazo abajo. Aun así, sentir el frescor y la humedad de la toalla contra la hinchazón de la cara le hacía bien. Se preguntó dónde dormirían aquella noche su mujer y sus hijos, si el presidente y su esposa les invitarían a su hogar en un gesto publicitario o si deberían dormir protegidos en un hotel. Deseó que fuese a casa de su prima Ana. Ana al menos sabría consolarla, al menos podría entretener a los niños y sabría escuchar a las niñas mientras éstas contaban su secuestro. Tendrían que dormir de dos en dos en camas supletorias y en sofás plegables, pero eso no era importante. Mejor sería aquello que la gélida habitación para invitados de los Masuda, donde indudablemente Esmeralda se vería obligada a dormir con el servicio.

Al otro lado de la sala, frente al enorme ventanal, Gen y el señor Hosokawa se habían sentado separados del resto de sus compatriotas. Era aquella una complicada forma de cortesía, según la cual los demás no podían unirse a ellos a menos que se les invitase. Incluso en aquellas desacostumbradas circunstancias prevalecía el orden social. El señor Hosokawa no estaba de humor para tener compañía.

—Era un magnífico pianista —le dijo a Gen—. Y he escuchado a unos cuantos.

De todos los presentes en la sala, el señor Hosokawa era el único que conservaba puestas la chaqueta y la corbata. De algún modo había conseguido mantener su traje bastante libre de arrugas.

—¿Quiere que se lo diga? —preguntó Gen.

—¿El qué?

—Lo del pianista.

El señor Hosokawa miró a Roxane Coss, cuyo rostro seguía oculto tras la cortina de sus cabellos. Pese a que había varios hombres sentados en su sofá, era evidente que estaba sola. El sacerdote estaba cerca de ella, pero no con ella. Tenía los ojos cerrados, y sus labios musitaban en silencio las palabras de una oración.

—Oh, estoy seguro de que lo sabe. —Y luego añadió, dubitativo —: Estoy seguro de que todo el mundo se lo ha dicho.

Gen no insistió. Esperó. No le correspondía a él asesorar al señor Hosokawa. Sabía que el secreto estaba en esperar y dejarle sacar sus propias conclusiones.

—Si no tiene la impresión de estar molestándola —dijo al fin—, quizá pueda ofrecerle mi pésame. Dígale que pienso que el pianista era un hombre valiente y de talento.

Miró a Gen directamente, algo desacostumbrado entre los dos.

—¿Y si soy responsable de su muerte? —dijo.

—¿Cómo sería eso posible?

—Era mi cumpleaños. Estaban aquí por mí.

—Vinieron a trabajar —dijo Gen—. No le conocen.

El señor Hosokawa, el día después de su quincuagésimo tercer cumpleaños, envejeció súbitamente. Había cometido un error al aceptar un regalo semejante, y aquello parecía estar quitándole años de vida.

—Aun así, dígale, dígale que siento un enorme pesar.

Gen asintió, se puso en pie y cruzó la sala. Era una estancia

enorme. Incluso pasando por alto el gigantesco vestíbulo de un extremo y el comedor del otro, la sala seguía siendo cavernosa: tres áreas independientes amuebladas con sofás y sillones, salitas dentro de una gran sala. El mobiliario había sido apartado durante el recital, y luego reagrupado de cualquier manera a medida que los invitados fueron acomodándose en ellos. De haber habido un mostrador de recepción, el conjunto hubiera sido muy similar al de un enorme recibidor de hotel. «Si hubiera un pianista…», pensó Gen, pero se detuvo de inmediato. Roxane Coss estaba sola, pero no muy lejos de ella se había apostado un joven terrorista que sostenía el arma contra el pecho. Gen había visto antes a aquel chico. Era el que había tomado la mano de Roxane Coss cuando estaban todos tumbados en el suelo. ¿Por qué recordaba que había sido aquel en concreto, si el resto se confundían en su mente? Algo tenía que ver su cara, que era delicada, se diría que inteligente, y que le distinguía del resto. Gen se sintió incómodo por haberlo pensado siquiera. Entonces el chico alzó la mirada y vio que Gen le observaba. Se miraron por un instante y luego ambos apartaron la vista. Gen sintió una extraña comezón en el vientre. Intentó acallarla hablando con Roxane Coss. Ella no le asustaba tanto como el muchacho.

—Discúlpeme —le dijo a la cantante. Apartó al muchacho de su mente. Gen jamás se habría acercado a ella por propia iniciativa. Jamás habría reunido el valor suficiente para expresarle su simpatía y su pena, del mismo modo que el señor Hosokawa nunca hubiera osado hablarle, aun si su inglés hubiese sido perfecto. Pero juntos se movían con facilidad por el mundo, dos mitades de valor que unidas daban un todo atrevido.

—Gen —dijo ella. Sonrió con tristeza, los ojos enrojecidos y húmedos todavía. Se levantó del sofá y le cogió la mano. De todos los presentes en la sala, el suyo era el único nombre del que estaba segura, y le daba seguridad poder decirlo en voz alta—. Gen, gracias por lo de antes, gracias por detenerles.

—Yo no detuve a nadie.

Negó con la cabeza. Le había sorprendido oír su nombre salir de sus labios. Sorpresa también el modo en que sonaba. Sorpresa el tacto de su mano.

—Bueno, hubiera sido todo ininteligible si no hubiese estado usted allí para explicarles lo que decía yo. No hubiera sido más que otra mujer que chilla.

—Dejó las cosas muy claras.

—Y pensar que querían dispararle…

Le soltó la mano.

—Me alegro —empezó Gen, pero se detuvo e intentó imaginar por qué podría alegrarse—. Me alegro de que su amigo haya encontrado reposo. Estoy seguro de que su amigo será enviado pronto a casa.

—Sí —dijo ella.

Ambos, Gen y Roxane, imaginaron al pianista regresando a casa, arrellanado en un asiento de ventanilla en un avión, contemplando las nubes arracimadas sobre el país anfitrión.

—El señor Hosokawa me ha pedido que le ofrezca sus condolencias. Me ha pedido que le transmita que su pianista era un hombre de gran talento. Fue un honor para nosotros oírle tocar.

Roxane asintió.

—Tiene razón, ¿sabe? —dijo—. Christopf era muy bueno. Supongo que la gente generalmente no se fija en los acompañantes. Su jefe es muy amable.

Tendió la mano abierta hacia Gen.

—Me dio su pañuelo —apenas una banderita blanca arrugada en la palma de la mano—. Me temo que lo he arruinado. No creo que lo quiera ya.

—Por supuesto, él desea que lo conserve usted.

—Vuelva a decirme su nombre.

—Ho-so-ka-wa.

—Hosokawa —dijo ella, y asintió—. Era su cumpleaños.

—Sí. También él está muy abatido por todo esto. Tiene un gran sentido de la responsabilidad.

—¿Porque era su cumpleaños?

—Porque usted y su amigo vinieron a actuar ante él. Tiene la impresión de que si está usted aquí atrapada es por su culpa, y que quizá su amigo…

De nuevo se detuvo Gen. No tenía sentido ser tan explícito. Tan de cerca, su rostro parecía joven, casi infantil, de ojos claros y largos cabellos. Pero sabía que era al menos diez años mayor que él y se acercaba ya a los cuarenta.

—Dígale al señor Hosokawa de mi parte… —se detuvo para atar con una horquilla el pelo que le caía sobre la cara—. ¡Qué demonios! No estoy tan ocupada para no decírselo yo misma. ¿No habla inglés? Bueno, traducirá usted. Es usted el único de los

presentes que ahora mismo tiene trabajo. ¿Hay alguna lengua que no hable?

Gen sonrió sólo de pensar en la interminable lista de lenguajes que desconocía.

—De la mayoría no sé ni palabra —dijo. Se puso en pie, y Roxane Coss le pasó la mano por el brazo para cruzar la sala, como si fuese a desmayarse. Era una posibilidad. Había tenido un día muy duro. A lo largo y ancho de la sala, los hombres se irguieron e interrumpieron sus conversaciones para contemplarla mientras el espigado traductor japonés cruzaba la extensión de la sala con la soprano a su lado. Qué raro resultaba, y qué bonito, ver su mano asomada al borde del puño de su chaqueta, sus dedos pálidos casi tocando la muñeca.

Cuando el señor Hosokawa, que había estado intentando mirar para otro lado, se dio cuenta de que Gen llevaba a Roxane Coss hacia él, sintió que el rubor se apoderaba de su cara y cuello, y se puso en pie para aguardar su llegada.

—Señor Hosokawa —dijo Roxane, y le tendió la mano.

—Señorita Coss —dijo él, e hizo una reverencia.

Roxane Coss se sentó en un sillón y el señor Hosokawa en otro. Gen acercó un tercer asiento, más pequeño, y esperó.

—Gen me ha dicho que se siente usted en parte responsable de todo esto —dijo ella.

El señor Hosokawa asintió. Habló con ella con total franqueza, como hablan dos personas que se conocen de toda la vida. Pero ¿cuánto era «toda la vida»? ¿Aquella tarde? ¿Aquella velada? Los secuestradores habían cambiado los relojes, y nadie sabía ya llevarla cuenta del tiempo. Aquella era la mejor ocasión para ser impropio y franco, porque el peso de su conciencia empezaba a sofocarle. Le explicó que había rechazado numerosas invitaciones del país anfitrión, pero que había accedido a acudir cuando le dijeron que ella estaría allí. Le confesó que nunca había tenido intención de ayudar a aquel país. Le contó que era un gran admirador de su trabajo y nombró las ciudades en las que la había visto actuar. Le dijo que era en parte responsable de la muerte del pianista.

—No —dijo ella—. No. Yo canto en muchísimos sitios. Venir a cantar a una fiesta privada como ésta fue algo desacostumbrado. Si

he de ser sincera, la mayoría no pueden permitírselo, pero no ha sido la primera vez. No vine porque fuese su cumpleaños. Disculpe que se lo diga así, pero no recordaba siquiera quién cumplía años. Además, por lo que tengo entendido, esta gente no le quería a usted, querían al presidente.

—Pero yo soy el desencadenante de todo —dijo el señor Hosokawa.

—¿Y no lo fui yo? —dijo ella—. Me planteé rechazarlo. Lo rechacé varias veces hasta que me ofrecieron más dinero.

Se inclinó hacia delante, y Gen y el señor Hosokawa adelantaron también sus cabezas.

—No me malinterpreten. Soy muy capaz de buscar culpables. Ésta es una situación en la que es evidente que rodarán cabezas. Pero usted simplemente no tiene la culpa.

En aquel momento, los miembros de LFDMDS podrían haber abierto las puertas, podrían haber arrojado las armas al suelo para anunciar que todos eran libres, y el señor Hosokawa no se hubiera sentido más aliviado que cuando supo que Roxane Coss le perdonaba.

Varios soldados se le acercaron con las bolsas que Messner había traído en la camilla plegable del pianista y distribuyeron bocadillos y latas de refrescos, porciones de pastel envueltas en celofán y botellines de agua. La comida al menos parecía ser abundante, y cuando cada uno cogió un bocadillo el chico agitó la bolsa para instarles sin palabras a que cogiesen más. O puede que ellos recibiesen más porque estaban sentados con Roxane Coss.

—Me parece que me quedaré a cenar —dijo, al tiempo que desembalaba el papel como si fuese un regalo. Entre las gruesas rebanadas de pan había un trozo de carne rojiza, con salsa y pepinillos. El jugo goteó sobre el papel que había alisado sobre su regazo. Ambos hombres esperaron a que comenzase ella, pero no tuvieron que esperar mucho. Ella comía como si estuviese muerta de hambre.

—Hay gente a la que le encantaría tener una foto de esto —dijo, levantando el bocadillo—. Suelo tener mucho cuidado con lo que como.

—Es en los momentos extraordinarios cuando se hacen excepciones —dijo el señor Hosokawa, y Gen tradujo. Le gustó ver que comía, y que la pena no le había afectado al punto de poner en peligro su salud.

Gen, por su parte, examinó el grasiento pedazo de carne (¿de qué animal?) envuelto en pan y se preguntó cuánta hambre tenía realmente. Tenía hambre. Se volvió para ocultarse a Roxane Coss y el señor Hosokawa, para evitarles sus labios cubiertos de grasa anaranjada. Pero antes de tener oportunidad de comer siquiera la mitad de su bocadillo, uno de los chicos, el que llevaba una gorra verde de béisbol, fue a buscarle. Empezaba a poder distinguir a los muchachos. Este llevaba en la gorra una chapa redonda del Che Guevara, otro llevaba un cuchillo cruzado sobre el pecho, otro llevaba un escapulario barato del Sagrado Corazón firmemente atado al cuello con un cordel. Algunos eran muy grandes, otros chiquitos, a un par de ellos les había salido la primera pelusilla en el mentón y otros sufrían de acné. El chico al que Gen había visto con Roxane tenía un rostro como el de una Madona de rasgos delicados. El chico que fue a buscarle le dijo, en un español rudimentario y casi ininteligible, que los generales requerían su presencia.

—Discúlpenme —dijo en inglés y en japonés, y envolvió el resto de su comida y lo guardó discretamente tras uno de los sillones, con la esperanza de encontrarlo allí cuando regresara. Tenía ganas en especial de comer pastel.

El general Héctor usaba un lápiz para tomar notas en una libreta amarilla. Era extraordinariamente meticuloso al escribir.

—¿Nombre? —preguntó el general Alfredo a un hombre sentado en un diván cercano a la chimenea.

—Oscar Mendoza.

El hombre sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la boca con él. Estaba terminándose un trozo de pastel.

—¿Documentación?

El señor Mendoza sacó su cartera y mostró un permiso de conducir, una tarjeta de crédito, fotos de sus cinco hijas. El general Héctor anotó la información. El general Benjamín recogió las fotografías y las examinó.

—¿Profesión?

—Contratista.

Al señor Mendoza no le hizo gracia que tuviesen su dirección. Vivía a menos de diez kilómetros de allí. Había previsto presentar una oferta para construir la fábrica que, según le habían dicho, el

señor Hosokawa pensaba instalar allí. En lugar de ello, había dormido en el suelo, se había despedido de su mujer y de su ristra de hijas por un tiempo incierto, y debía contar con la posibilidad de recibir un tiro.

—¿La salud?

El señor Mendoza se encogió de hombros.

—Bastante buena, supongo. Estoy aquí.

—¿Pero lo sabe? —El general Benjamín intentaba recordar el tono que el médico había adoptado cuando, años atrás, visitó la ciudad para tratarse el herpes—. ¿Tiene algún síntoma?

El señor Mendoza puso la misma cara que si le hubieran preguntado por el funcionamiento del mecanismo de su reloj de pulsera.

—No sabría decirle.

Gen llegó hasta ellos y esperó a que los generales terminaran con sus preguntas, destacables sólo por las confusas respuestas que obtuvieron. Estaban intentando liberarse de más rehenes. Intentaban discernir quién podía morírseles. La muerte del pianista les había puesto nerviosos. La muchedumbre del exterior, que durante un tiempo había estado callada, había vuelto a sus cánticos tan pronto vieron el cadáver cubierto con un mantel blanco. "¡A-se-si-nos! ¡A-se-si-nos!», cantaban. Desde la calle llegaba una algarabía ininterrumpida de mensajes y peticiones amplificados por el megáfono. El teléfono sonaba sin cesar con las llamadas de supuestos mediadores. Pronto, todos los terroristas tendrían que recibir permiso para dormir. Los generales discutían en una jerigonza endiablada que Gen no podía comprender. El general Héctor zanjó la discusión sacando la pistola y disparando contra el reloj que había colgado sobre la chimenea. Había demasiadas personas que vigilar, incluso con el gentío reducido a la mitad. Fueron de hombre en hombre, anotando nombres y respuestas. Gen colaboraba con quienes no entendían español. Después de todo, tenían puestas sus esperanzas en los extranjeros. En gobiernos extranjeros dispuestos a pagar rescates. Los generales habían tenido que replantear la misión fallida. Ya que no habían conseguido al presidente, debían al menos obtener algo que compensase sus esfuerzos. Habían planeado hablar con todos los rehenes para calibrarlos y establecer su importancia, para ver cuáles serían más interesantes a la hora de sacar a camaradas de sus prisiones y de obtener dinero para la causa. Pero el proceso de interrogación

carecía de método. Al preguntársele, los invitados minimizaban su propia importancia.

—No, no dirijo la compañía, no exactamente.

—Simplemente soy miembro de un consejo muy numeroso.

—Un cargo diplomático no es lo que parece. Me lo consiguió mi cuñado.

Nadie estaba dispuesto a mentir, pero todos jugueteaban con la verdad. La toma de notas les ponía nerviosos.

—Toda información será contrastada por nuestros compañeros en el exterior —repetía una y otra vez Alfredo, y Gen lo tradujo al francés, al alemán, al griego y al portugués, poniendo cada vez mucho énfasis al decir «*sus* compañeros en el exterior», algo que un intérprete jamás debería hacer.

Durante la entrevista con un danés a quien se consideraba posible inversor en el inexistente proyecto de Nansei, el general Benjamín, ardiéndole la parte superior derecha de la cara, se volvió hacia Gen.

—¿Desde cuándo eres tan listo? —dijo en tono acusatorio, como si hubiera en la casa una reserva secreta de inteligencia y Gen la estuviese acaparando.

Gen se sentía cansado, no listo. Tenía hambre. El sueño comenzaba a arrullarle. Tenía ganas de recuperar su resto de bocadillo.

—¿Cómo dice? —preguntó. Podía ver al señor Hosokawa y a Roxane Coss sentados en silencio, incapaces de hablar porque el intérprete estaba ocupado con la cháchara de los generales.

—¿Dónde aprendiste tantos idiomas?

Gen no tenía ganas de contar su historia. ¿Seguía el bocadillo tras su asiento? ¿Y el pastel? Se preguntó si se contaría entre los liberados y concluyó tristemente que con toda seguridad no.

—Universidad —dijo, y volvió la vista hacia el hombre al que estaban interrogando.

Cuando hicieron las listas de quienes saldrían y quienes permanecerían en la casa, Gen debería haber estado el primero en la lista de liberados. No tenía valor monetario, ni peso específico alguno. Era tan asalariado, tan trabajador por cuenta ajena como los que habían picado cebolla para la cena. Pero cuando se trazaron las listas, su nombre no figuraba en ninguna parte. Era como si hubiese escapado a sus reflexiones. Por supuesto, no hubiera abandonado la casa sin el señor Hosokawa. Hubiera elegido

quedarse, como el joven sacerdote, pero a todo el mundo le gusta que le pregunten. Ya estaba bien entrada la tarde cuando concluyeron las entrevistas y se tomó la decisión. Las lámparas se encendieron a lo largo de la sala. Gen fue el encargado de hacer copias de las listas. De algún modo, se había convertido en el secretario de aquel embrollo.

Al final, e incluyendo al intérprete (él mismo tuvo que añadir su nombre), se decidió que conservarían a treinta y nueve rehenes. La cifra final fue de cuarenta, ya que el padre Árguedas rehusó de nuevo abandonar la casa. Con quince soldados y tres generales, se acercaban lo suficiente a la proporción de dos rehenes por vigilante que habían decidido que era la más razonable. Considerando que el plan original preveía dieciocho terroristas para secuestrar a un presidente, el nuevo cálculo se les antojaba lo máximo que podían afrontar. De haber podido habrían dosificado la liberación de los rehenes superfluos, los habrían retenido otra semana más para luego soltarlos con cuenta gotas, en grupos de pocos, a cambio del cumplimiento de sus exigencias; hubiera sido lo mejor. Pero los terroristas estaban cansados. Los rehenes tenían necesidades y quejas. Se convirtieron en un puñado de niños inquietos, a quienes había que chistar, mimar y entretener. Hubieran preferido que se fuesen.

El vicepresidente no podía controlarse. Empezó a recoger los vasos y a equilibrarlos sobre una enorme bandeja de plata; sabía que la doncella guardaba una en el aparador del comedor. Le siguieron, pero no llegaron a detenerle cuando entró en la cocina, y aprovechó para apoyar un instante la mejilla contra la puerta del congelador. Regresó con una bolsa verde de la basura y empezó a recoger los envoltorios de los bocadillos. No había migas en los papeles, sólo manchas grasientas de tono anaranjado. Todos tenían hambre. Recogió las latas de muebles y alfombras, aun cuando técnicamente el mobiliario y las alfombras no le pertenecían. Había sido feliz en la casa. Siempre había sido un lugar luminoso al que regresar: sus hijos reían y correteaban por los pasillos con sus amigos, las guapas criadas indígenas enceraban los suelos a gachas, pese a la existencia de un encerador eléctrico en el trastero, y el perfume de su esposa le envolvía mientras ésta se sentaba frente a su tocador para cepillarse el pelo. Tenía que intentar devolver una apariencia familiar a la situación, siquiera para hacerlo todo más llevadero.

—¿Está cómodo? —preguntaba a sus huéspedes mientras sacudía las miguitas con la palma de la mano—. ¿Lo soporta todo bien?

Le hubiera gustado escamotear sus zapatos bajo los sofás. Hubiera querido devolver la silla de seda azul al otro extremo de la habitación, a su lugar original, pero el decoro se lo impedía.

Hizo otra excursión a la cocina, en busca de un paño húmedo, con la esperanza de poder restañar lo que parecía zumo de uva de los nudos de la alfombra Savonnière. Vio en el extremo más alejado de la sala a la soprano sentada junto al japonés que el día anterior había cumplido años. Tenía gracia, pero con el dolor de cabeza era incapaz de recordar sus nombres. Cuchicheaban el uno con el otro, y de vez en cuando ella se reía y él asentía complacido. ¿No se acababa de morir su marido? El japonés tarareaba algo, y ella escuchaba, asentía y entonces, con voz muy queda, cantaba. Qué sonido tan dulce. Resultaba difícil apreciar lo que cantaba, pues se mezclaba con el constante guirigay de los atronadores mensajes que entraban por la ventana. No podía oír más que las notas, la clara resonancia de su voz, como cuando era niño y corría colina abajo junto al convento, y por un instante podía oír el canto de las monjas, y recordó que así era mejor, pasar corriendo en lugar de detenerse y esperar y escuchar. Al correr, la música volaba hacia él, se convertía en el viento que le echaba para atrás los cabellos y en el avanzar de sus pies sobre el asfalto. Sintió lo mismo entonces al oírle cantar tenuemente mientras él limpiaba la alfombra. Era como oír el canto con que un pájaro responde al otro, cuando sólo se puede oír la respuesta y no la quejosa llamada original.

Cuando de nuevo llamaron a Messner, éste se presentó de inmediato. Rubén Iglesias, Vicepresidente y botones, fue enviado para abrirle la puerta. El pobre Messner parecía más cansado y abrasado por el sol con cada día que pasaba. ¿Cómo eran de largos los días? ¿Fue hoy cuando el pianista murió? ¿Hacía sólo una noche que sus ropas habían estado limpias, y comido costillitas, y habían escuchado el aria de Dvorák? ¿O era Dvorák lo que se bebía en vasitos minúsculos tras la cena? ¿Tan poco tiempo hacía que la sala había estado llena de mujeres, y de la dulce gasa de sus vestidos, de joyas y peinetas enjoyadas y bolsitos de satén diseñados en forma de peonías? ¿Hacía sólo un día que se había limpiado la casa,

ventanas y alféizares; que se habían descolgado y lavado las pesadas cortinas y ornamento; que se había forzado un orden inmaculado porque el presidente y el famoso señor Hosokawa, quien muy bien podría querer construir una fábrica en el país, le habían pedido que la fiesta se celebrase en su casa? Si tan importante era la fiesta, ¿por qué no el palacio presidencial? ¿Por qué, sino porque había sabido todo el tiempo que no tenía intención de acudir?

—Creo que se le está infectando —dijo Messner, y con la punta de sus pálidos dedos tocó la ardiente fiebre de Rubén. Abrió su teléfono móvil y solicitó antibióticos en una mezcla de inglés y español—. No sé de qué tipo —añadió—. Lo que le den a alguien con la cara machacada.

Puso la mano sobre el micrófono del teléfono y le preguntó a Rubén:

—¿Alguna…? —Se volvió hacia Gen—. ¿Cómo se dice *allergies*?

—Alergia.

Rubén asintió febril con la cabeza.

—Cacahuetes.

—¿De qué está hablando por teléfono? —le preguntó el general Benjamín a Gen.

Gen le explicó que sobre medicación para el vicepresidente.

—Nada de medicamentos. No hemos autorizado los medicamentos —dijo el general Alfredo. ¿Qué sabía el vicepresidente aquel de infecciones? La bala que llevaba en las tripas… Eso sí que era una infección.

—La insulina por supuesto que no —dijo Messner, y cerró de golpe el móvil.

Alfredo fingió no haberle oído. Se afanaba con sus papeles.

—Aquí están las listas. Estos son los que nos quedamos. Estos, los que dejamos que se marchen.

Puso las hojas amarillas ante Messner.

—Estas son nuestras exigencias. Las hemos actualizado. No habrá más liberados hasta que se hayan cumplido todas nuestras peticiones. Como usted dice, hemos sido muy razonables. Ahora le toca al gobierno ser razonable.

—Se lo diré —dijo Messner, mientras recogía los papeles y los guardaba en un bolsillo.

—Hemos sido muy concienzudos en lo tocante a la salud —dijo Alfredo.

Gen, súbitamente agotado, levantó la mano un instante para

detener el diálogo mientras intentaba recordar cómo se decía «concienzudo» en inglés. Al fin se acordó.

—Todos cuantos precisen atención médica serán liberados.

—¿Incluido él? —Messner señaló con la cabeza al vicepresidente, quien, perdido en el confuso mundo de su fiebre, no prestaba atención a cuanto se decía.

—A él nos lo quedamos —dijo el general Alfredo con sequedad —. No conseguimos al presidente. Algo tenemos que tener.

Había otra lista, además de la de Demandas (dinero, liberación de prisioneros, un avión, transporte hasta el avión, etc.). Aquella era la lista que lo ralentizaba todo, la lista de necesidades menores e inmediatas. Los detalles no eran interesantes, y ciertas cosas debían llegar antes de que saliese el exceso de rehenes: almohadas cincuenta y ocho, mantas cincuenta y ocho, cepillos dentales cincuenta y ocho, fruta (mangos, plátanos), cigarrillos (veinte cartones con filtro, veinte sin filtro), bolsas de caramelos (de todo tipo, excepto regaliz), tabletas de chocolate, mantequilla en barra, periódicos, un hornillo… La lista parecía no tener fin. Dentro de la casa imaginaron a los del exterior lanzados a una gran caza del tesoro, en busca de todo lo necesario en plena noche. Habría gente aporreando escaparates y despertando a tenderos, a quienes se obligaría a encender las luces principales del negocio. Nadie quería esperar a la mañana siguiente y arriesgarse a que alguien cambiase de idea.

Cuando se condujo a los restantes invitados al comedor para oír las listas de rehenes y liberados, reinaba una gran excitación. Aquello era como la lotería, como un juego de sillas musicales en las que la gente era premiada o castigada aleatoriamente, y todos se alegraron de tener la oportunidad de jugar, incluso quienes, como el señor Hosokawa y Simon Thibault, sabían que no tenían ninguna opción de regresar a casa; también ellos se unieron al resto de hombres, el corazón de todos latiendo desbocado. Todos estaban convencidos de que Roxane Coss sí sería liberada entonces: la idea de retener a una mujer resultaría embarazosa, conflictiva. La echarían de menos, la echaban de menos ya, pero todos deseaban que se fuera.

Fueron cantando los nombres y ordenándoles que fueran a la derecha o a la izquierda, y si bien no indicaron cuál de los dos lados

quedaría en libertad, resultaba bastante claro. Podría haberse adivinado quiénes se iban a quedar sólo con fijarse en el corte del esmoquin. Un gran muro de oscuridad se alzó frente a los hombres que intuían ya su sino y les separó de la alegría del resto. De un lado, los hombres considerados de menor importancia iban a regresar junto con sus mujeres, dormirían entre las sábanas de sus propios lechos, se reencontrarían con sus hijos y perros y recibirían el afecto húmedo e incondicional de su afecto. Pero treinta y nueve hombres y una mujer al otro lado de la sala empezaban a comprender que estaban atrincherados, que aquella era la casa en la que vivirían a partir de ahora, que habían sido secuestrados.

4

El padre Árguedas le explicó a Gen, y éste a su vez al señor Hosokawa, que lo que veían durante las horas que pasaban asomados a la ventana se llamaba «garúa» y era algo entre niebla y llovizna que colgaba, gris y algodonoso, sobre la ciudad en la que se veían obligados a permanecer. No era ya que no pudiesen ver la ciudad; no podían ver nada. Bien podrían haber estado en Londres, o París, o Nueva York, o Tokio. Bien podrían estar asomados a un campo de heno, o a un atasco de tráfico. No podían ver nada. Ni un rasgo definitorio de la cultura o el colorido local. Bien podrían estar en cualquier lugar en el que el mal tiempo persistiese durante periodos indeterminados de tiempo. De vez en cuando llegaban desde el muro instrucciones atronadoras, pero incluso éstas parecían ir a menos, como si las voces no siempre pudiesen atravesar la niebla. La garúa era una presencia constante aunque irregular desde abril hasta noviembre, y el padre Árguedas les dijo que tuvieran buen ánimo, ya que octubre estaba a punto de acabar y entonces regresaría el sol. El joven sacerdote les sonrió. Era casi guapo hasta que sonreía, pues su sonrisa era demasiado ancha, y tenía los dientes torcidos y cruzados, lo que le daba cierto aire desequilibrado. Pese a las circunstancias de su cautiverio, el padre Árguedas se mantuvo animoso, y encontraba a menudo motivos para sonreír. Daba la impresión de no ser un rehén, sino alguien contratado para conseguir que los rehenes se sintiesen mejor. Era una tarea que llevaba a cabo con enorme dedicación. Se abrió de brazos y plantó una mano sobre el hombro del señor Hosokawa, y otra sobre el de Gen, y a continuación inclinó levemente la cabeza y cerró los ojos. Quizá orase, pero si así era no forzó a los otros a unirse a él.

—Ánimo —dijo, antes de continuar su ronda.

—Buen muchacho —dijo el señor Hosokawa, y Gen asintió, y ambos volvieron a mirar por la ventana. El sacerdote no debería de haberse preocupado por sus sentimientos con respecto al clima. El

clima no les afectaba. La garúa era congruente, mientras que un cielo despejado no lo hubiera sido. Mirando entonces por la ventana era imposible distinguir el muro que separaba el jardín de la calle. Era difícil reconocer siquiera las sombras de los árboles y distinguirlos de los arbustos. Hacía que la luz diurna pareciese crepuscular, del mismo modo que los focos ubicados al otro lado del muro convertían la noche en día, el día eléctrico y falso en que se juegan los partidos de béisbol. En resumidas cuentas, lo que podía verse a través de la ventana durante la garúa era la propia garúa; ni día, ni noche, ni estación, ni lugar. El día ya no avanzaba de forma normal, lineal, sino que cada hora transcurría hasta comenzar de nuevo, y cada momento era vivido una y otra vez. El tiempo, tal y como lo habían conocido todos, no existía ya.

Por eso, retomar la historia una semana después de la fiesta de cumpleaños del señor Hosokawa se antoja una solución tan buena como cualquier otra. La primera semana no fueron más que detalles, de todas formas, el tedio de aprender una nueva vida. Al principio, todo fue muy estricto. Las armas estaban siempre apuntadas, las órdenes eran emitidas y obedecidas, la gente dormía en hilera sobre la alfombra del salón y solicitaba permiso para las cuestiones más personales. Y luego, poco a poco, los detalles empezaron a desdibujarse. La gente se levantaba por cuenta propia. Se cepillaban los dientes sin pedir primero permiso, hablaban sin que su conversación fuera interrumpida. Acabaron yendo a la cocina a hacerse un bocadillo cuando tenían hambre, utilizando el dorso de las cucharas para untar la mantequilla porque los cuchillos seguían confiscados. Los generales sentían un especial cariño por Joachim Messner (aun cuando no le hicieran partícipe de dicho cariño) y se empeñaron no sólo en que él estuviese al frente de las negociaciones sino también en que él fuese el único que llevase las provisiones a la casa, él quien cargase cada caja desde la puerta del jardín hasta lo alto de la escalera de entrada. De modo que Messner, cuyas vacaciones habían acabado tiempo atrás, era quien llevaba el pan y la mantequilla hasta su puerta.

El tiempo apenas si era capaz de hacer avanzar la segunda manecilla del reloj, y pese a ello, ¡cuánto habían conseguido ya! ¿Hacía sólo una semana? Pasar de tener las armas aguijoneando espaldas a tenerlas casi todas en un armario trastero debería haber costado al menos un año, pero los captores sabían ya que los rehenes no iniciarían insurrección alguna, y los rehenes, a su vez,

sabían, o estaba casi seguros, de que los terroristas no les dispararían. Por supuesto, aún había guardias. Dos muchachos patrullaban por el jardín y otros tres daban vueltas por la casa, con las armas apuntando como un bastón de ciego. Los generales continuaban dando órdenes. Uno de los chicos, de vez en cuando hincaba el cañón de su arma en un rehén y le obligaba a moverse al otro lado de la sala, sin más motivo que el placer de verle moverse. De noche había centinelas, pero hacia las doce todos habían caído dormidos. Ni siquiera se despertaban cuando las armas escapaban de entre sus dedos y rebotaban contra el suelo.

La mayoría de invitados a la celebración de cumpleaños del señor Hosokawa pasaban el día deambulando de ventana en ventana, jugando a veces una mano de cartas o leyendo una revista, como si el mundo se hubiese convertido en una gigantesca estación de tren en la que todo se hubiese retrasado hasta nuevo aviso. Era la ausencia de tiempo la que tenía confundidos a todos. El general Benjamín había encontrado un lápiz propiedad de Marco, el hijo pequeño del vicepresidente, y cada día marcaba un grueso trazo azul sobre la pared del salón, seis líneas verticales y luego una cruzada sobre ellas para indicar el paso de una semana. Imagino a su hermano Luis en reclusión, obligado a rascar con las uñas las líneas en la pared para recordar los días. Por supuesto, en una casa había métodos mucho más tradicionales de llevar la cuenta del tiempo. Había unos cuantos calendarios, una agenda y un plan de horarios junto al teléfono de la cocina, y muchos de ellos tenían relojes de pulsera que daban tanto la fecha como la hora. Y si alguno de aquellos métodos fallaba, no había problema en encender la radio o la televisión y oír qué día era al tiempo que oían las noticias sobre sí mismos. Pero, con todo, el general Benjamín pensaba que el método tradicional era el mejor. Sacó punta al lápiz con un cuchillo de monte y añadió otra raya a la colección sobre la pared. A Rubén Iglesias aquello le reventaba. Hubiera sido muy severo con el castigo para sus hijos si ellos hubieran cometido una barbaridad semejante.

Todos, sin excepción, eran hombres muy poco hechos al concepto de tiempo libre. Los más ricos acostumbraban a quedarse en sus oficinas hasta bien entrada la noche. Sentados en los asientos traseros de sus coches, dictaban cartas a sus secretarias mientras sus choferes les conducían a casa. Los jóvenes y pobres trabajaban igual de duro, aunque en labores muy diferentes. Siempre había leña que

cortar, o boniatos que recolectar a golpes de azada. Luego estaba la instrucción en el manejo de armas, las carreras, el camuflaje. En aquel momento, una enorme indolencia se había apoderado de ellos, y se sentaban para observarse unos a otros, los dedos tamborileando sin cesar sobre los brazos de sus asientos.

Pero en aquel vasto océano de tiempo, el señor Hosokawa no parecía capaz de preocuparse por el rumbo de Nansei. Mientras contemplaba el clima nunca se preguntó si su secuestro había afectado al curso de las acciones. No le importaba quién tomaba ahora las decisiones desde su puesto. La empresa que había sido toda su vida, su vástago, quedó olvidada, con el mismo descuido con el que perdemos a veces una moneda. Del bolsillo de la pechera de su esmoquin sacó un cuadernillo de espiral y, tras consultar la ortografía correcta con Gen, añadió «garúa» a su lista. El incentivo era clave. Tanto daba las veces que el señor Hosokawa hubiese escuchado en Japón sus cintas de italiano: no recordaba nada de ellas. En cuanto escuchaba aquellas hermosas palabras, «*dimora», «patrono*», las olvidaba de inmediato. Pero tras apenas una semana de cautividad, ¡cuánto español había aprendido! «*Ahora*», «*Sentarse», «Ponerse de pie», «Sueño*»; y «*Requetebueno*», que significaba «muy bien», pero dicho siempre con rudeza y condescendencia, de forma que quien lo escuchaba sabía no que había hecho algo bien, sino que era demasiado estúpido para que nadie esperase grandes cosas de él. Y no sólo debía hacer frente al idioma, también estaban todos los nombres que había que aprender, los de los rehenes y los de los captores, cuando podía conseguirse que alguno revelara su nombre. Aquella gente provenía de tantos países que no había trucos fáciles de asociación, ni punto de apoyo alguno sobre el que basarse. La sala estaba llena de gente a la que no conocía y debería conocer, aun cuando todos sonreían y se dedicaban inclinaciones de cabeza. Tendría que esforzarse más en presentarse a todos ellos. En Nansei, se propuso aprender los nombres de tantos empleados como fuera posible. Memorizó los nombres de los empresarios a los que había invitado, y los de sus esposas, por las que siempre preguntaba y a las que nunca conoció.

El señor Hosokawa no había llevado una vida sedentaria. A medida que levantaba su empresa seguía aprendiendo. Pero el de ahora era un aprendizaje diferente. Era el aprendizaje de la infancia «¿Puedo levantarme?» «¿Puedo sentarme?» «Gracias». «Por favor». ¿Cómo se decía «manzana»? ¿Y «pan»? Y recordaba lo que le decían

porque, a diferencia de lo que sucedía con las cintas de italiano, en este caso la memoria lo era todo. Podía ver ahora hasta qué punto había dependido de Gen en el pasado, cuánto dependía de él en ese momento, aunque ahora a menudo sus preguntas debían esperar mientras Gen interpretaba para los generales. Dos días atrás, el vicepresidente Iglesias había tenido la amabilidad de darle al señor Hosokawa el cuadernillo y un bolígrafo de un cajón de la cocina.

—Tenga —dijo—, considérelo un regalo atrasado de cumpleaños.

En el cuadernillo, el señor Hosokawa anotó el alfabeto y le pidió a Gen que escribiese los números del uno al diez, y se había propuesto añadir cada día nuevas palabras en español. Las escribía una y otra vez, con letra muy pequeña, porque aunque en aquel momento tenía papel en abundancia, podía imaginar que llegaría un momento en el que debería tener cuidado con semejantes cosas. ¿Cuándo había sido la última vez que había escrito algo? Empezó a anotar sus pensamientos, a registrarlos, a transmitirlos. En aquella simple repetición, en el redescubrimiento de la caligrafía, el señor Hosokawa encontró consuelo. Empezó a pensar de nuevo en el italiano, y se le ocurrió que quizá le pediría a Gen que le enseñase también una o dos palabras de aquel idioma cada día. Había dos italianos en el grupo, y cuando les oía hablar se veía a sí mismo esforzándose por entenderles, como si estuviese escuchando una conexión telefónica defectuosa, ¡sentía tanto aprecio por el italiano…! Y por el inglés. Le gustaría mucho ser capaz de hablar con la señorita Coss.

Se sentó y tamborileó con la punta del lápiz sobre el cuadernillo. Demasiado ambicioso. Si intentaba aprender demasiadas palabras se quedaría sin nada. Diez palabras de español al día, diez sustantivos aprendidos de memoria y un verbo conjugado por completo, era con toda seguridad lo máximo que podía aprender si de verdad quería recordar cada palabra y conservarla de un día para otro.

«*Garúa*». A menudo, cuando el señor Hosokawa se sentaba frente a la ventana, reflexionaba sobre la gente al otro lado del muro, la policía y los militares, que a aquellas alturas tendían a utilizar más el teléfono que los megáfonos. ¿Estarían permanentemente calados? ¿Pasaban el día sentados en coches, bebiendo café? Los generales estarían sentados en los coches, supuso, mientras los chicos armados, los soldados de a pie, mantendrían la posición de firmes mientras la lluvia corría alegremente por sus nucas.

Aquellos soldados no serían mucho mayores que los niños que patrullaban el salón de la residencia del vicepresidente, aunque quizá en el ejército hubiese una edad mínima de ingreso. ¿Qué edad tenían exactamente aquellos niños? Los de aspecto más adulto, al pasar bajo la luz de las lámparas, resultaban no ser más viejos, sino simplemente de mayor tamaño. Deambulaban por la sala tropezando con las cosas, desacostumbrados al cuerpo del que recientemente disponían. Aquellos chicos al menos tenían nuez y un puñado de pelos entremezclados con los granos rebeldes. Los que de verdad eran los más jóvenes resultaban precisamente por ello los más aterradores. Su pelo tenía el peso y el brillo del cabello de los bebés. Tenían la piel fina y los hombros estrechos de los niños. Estiraban sus manitas sobre las culatas de sus rifles e intentaban permanecer impasibles. Los rehenes observaban a los terroristas, y cuanto más los miraban más jóvenes les parecían. ¿Eran aquellos los mismos hombres que habían irrumpido en la fiesta, las mismas bestias feroces? Ahora dormían amontonados sobre el suelo, las bocas abiertas, los brazos retorcidos. Dormían como adolescentes. Dormían con una especie de concentración olvidada por los adultos de la sala décadas atrás. A algunos les gustaba ser soldados. Seguían cargando con sus armas. Amenazaban a los adultos de vez en cuando con empujones y miradas de odio. En aquellos momentos, los niños armados se antojaban mucho más peligrosos que los adultos. Eran caprichosos, irracionales, pendencieros. El resto pasaba el tiempo estudiando los detalles de la casa. Saltaban sobre las camas y se probaban los trajes de los armarios. Tiraban una y otra vez de la cadena de los retretes por el simple placer de ver el remolino de agua. Al principio se impuso la regla de no comunicarse con los prisioneros, pero incluso aquella norma empezaba a relajarse. A veces hablaban con los rehenes, especialmente si los generales estaban ocupados discutiendo. «¿De dónde eres?» era su pregunta favorita, aunque las respuestas pocas veces les decían algo. Finalmente, Rubén Iglesias fue a su despacho y volvió con un gran atlas para poder explicarse sobre un mapa, y cuando pareció que aquello no aclaraba las cosas envió a un guardia al cuarto de su hijo para que trajese un globo terráqueo, un bonito planeta verdeazulado que giraba alegremente sobre un eje estático.

—París —dijo Simon Thibault, señalando su ciudad—. Francia.

Lothar Franken les mostró Alemania, y Rasmus Nilson puso el

dedo sobre Dinamarca. Akira Yamamoto, a quien no le interesaban los juegos, se apartó de ellos, y fue Gen quien les mostró Japón. Roxane Coss cubrió el territorio de los Estados Unidos con la palma de la mano y con una uña señaló el punto que representaba a Chicago. Los muchachos llevaron el globo al siguiente grupo de personas, quienes, incluso cuando no entendían la pregunta, conocían el juego. «Esto es Rusia», decían. «Esto es Italia». «Esto es Argentina». «Esto es Grecia».

—¿De dónde eres? —le preguntó el llamado Ismael al vicepresidente. Consideraba al vicepresidente «su» prisionero porque él era quien le había llevado hielo de la cocina cuando recibió la herida. Seguía llevándole hielo a Rubén tres o cuatro veces al día sin que nadie se lo pidiera. Aquello aliviaba algo al vicepresidente, ya que la mejilla se le había infectado y seguía hinchada.

—De aquí —dijo el vicepresidente, señalando el suelo.

—Enséñame.

Ismael puso ante él el globo.

—Aquí. —Rubén dio un par de pataditas en el suelo—. Esta es mi casa. Vivo en esta ciudad. Soy del mismo país que tú.

Ismael miró a su amigo. Había sido más fácil convencer a los rusos de que jugasen.

—Enséñame.

De modo que Rubén tuvo que sentarse en el suelo con el muchacho e identificar el país anfitrión, que en aquel caso era liso y rosa.

—Vivimos aquí.

Ismael era el más menudo de todos ellos, casi un niño, con blanquísimos dientes de leche. A Rubén le entraban ganas de llevarlo a su regazo y quedárselo.

—Tú vives aquí.

—No, no sólo yo —dijo Rubén. ¿Dónde estarían sus hijos? ¿Dónde estarían durmiendo?—. Los dos, tú y yo.

Ismael suspiró y se puso en pie, disgustado con la cabezonería de su amigo.

—No sabes jugar —dijo.

—No sé jugar —dijo Rubén, y se fijó en el lamentable estado de las botas del muchacho. La suela derecha iba a desprenderse en cualquier momento—. Ahora escúchame. Sube la escalera, ve al dormitorio más grande que encuentres y abre todas las puertas

hasta que encuentres un armario lleno de vestidos de señora. En ese armario hay un centenar de pares de zapatos, y si buscas bien encontrarás unas zapatillas de tenis que quizá te valgan. Puede que haya hasta botas.

—No puedo ponerme zapatos de señora.

Rubén negó con la cabeza.

—Las botas y las zapatillas de tenis no son de señora. Sólo las tenemos ahí guardadas. Ya sé que no tiene sentido, pero hazme caso.

—Es ridículo que estemos aquí sentados —dijo Franz von Schuller.

Gen tradujo al francés para Simon Thibault y Jacques Maitessier y luego al japonés para el señor Hosokawa. Había allí otros dos alemanes. El grupo estaba reunido frente a la chimenea, bebiendo zumo de pomelo. Era todo un lujo, el zumo de pomelo. Mejor que cualquier whisky escocés. La acidez se les quedaba marcada en la lengua y les hacía sentir vivos. Aquel era el primer día que lo tomaban.

—Esta gente son aficionados. Los de dentro y los de fuera.

—¿Y qué propone? —dijo Simon Thibault. Thibault llevaba la pañoleta azul de su mujer anudada al cuello, y la visión de la misma hacía que la gente no tomase en cuenta su opinión en asuntos serios.

Pietro Genovese se les acercó y pidió a Gen que tradujese la conversación también para él. Sabía hablar algo de francés, pero alemán no.

—Ni siquiera han escondido las armas —dijo Von Schuller, bajando la voz, aunque nadie parecía comprender el alemán. Esperaron a Gen.

—O sea, que salimos a la calle a tiros. Como en la tele —dijo Pietro Genovese—. ¿Eso es zumo de pomelo?

Daba la impresión de que la conversación le aburría, pese a haberse incorporado a ella recientemente. Él construía aeropuertos. A medida que la industria de un país se expande, también sus aeropuertos se expanden.

Gen alzó la mano.

—Un momento, por favor. —Estaba interpretando aún del alemán al japonés—. Nos harían falta una docena de intérpretes y el arbitrio de las Naciones Unidas antes de tomar la decisión de actuar

contra un niño con un cuchillo —dijo Jacques Maitessier en voz alta, y sabía de qué estaba hablando: había sido embajador de Francia ante las Naciones Unidas.

—No he dicho que todos tengan que estar de acuerdo —dijo Von Schuller.

—¿Lo va a intentar sólo? —preguntó Thibault.

—Caballeros, un poco de paciencia, por favor —Gen intentaba traducirlo todo al japonés. Aquella era su principal responsabilidad. No trabajaba en beneficio de la comunidad, aunque todos parecían haberlo olvidado. Trabajaba para el señor Hosokawa.

Las conversaciones en más de dos idiomas le resultaban extrañas, poco fiables. Era como hablar con la boca llena de algodón y novocaína. Nadie era capaz de esperar su turno y recordar sus ideas. Aquellos eran hombres que no estaban acostumbrados a esperar, ni a hablar con concisión. Preferían explayarse, explotar cuando era preciso. Pietro Genovese fue a ver si en la cocina había más zumo. Simon Thibault se alisó la pañoleta con el dorso de la mano y le preguntó a Jacques Maitessier si le apetecía una mano de cartas.

—Mi mujer me mataría si me involucrase en un asalto al poder —dijo en francés.

Los tres alemanes hablaron apresuradamente entre sí, y Gen no intentó siquiera entender lo que decían.

—Nunca me canso de este clima —le dijo el señor Hosokawa a Gen cuando regresaron junto a la ventana. Permanecieron en silencio unos instantes, hombro con hombro, mientras vaciaban sus mentes de otros idiomas.

—¿Piensa alguna vez en la rebelión? —preguntó Gen. Pudo ver su reflejo. Estaban muy cerca del vidrio. Dos hombres japoneses, los dos con gafas, uno más alto y veinticinco años más joven que el otro, pero en aquella sala, en la que la gente tan poco tenía en común, Gen pudo ver por vez primera lo mucho que se parecían.

El señor Hosokawa mantuvo la vista fija en su reflejo, o quizá observaba la garúa.

—Antes o después ocurrirá algo —dijo—. Y no habrá nada que podamos hacer para impedirlo.

Su voz se ensombreció al pensarlo.

Los soldados se pasaban el día explorando la casa, comiendo los

pistachos que encontraron en la despensa, olisqueando la loción de manos perfumada del cuarto de baño. La casa ofrecía un sinfín de curiosidades: armarios del tamaño de algunas casas que habían visto, dormitorios en los que nadie dormía, alacenas en las que no se guardaban más que rollos de papel de colores y cintas. Una de sus habitaciones favoritas era el despacho del vicepresidente, que estaba al final de un largo pasillo. Tras los pesados cortinajes, las ventanas acababan en dos banquetas tapizadas, el tipo de asiento en el que uno puede estirar las piernas y contemplar el jardín durante horas. El despacho tenía dos sofás de cuero, y dos sillas de cuero, y todos los libros estaban encuadernados en cuero. Incluso los complementos de escritorio, el vaso de los lápices y los bordes del secante eran de cuero. El cuarto tenía el olor confortable y familiar de las vacas al sol.

Había un televisor en el cuarto. Algunos de ellos habían visto antes un televisor, una caja de madera con una pieza curva de vidrio que le reflejaba a uno de forma muy peculiar. Siempre, siempre estaban rotos. Era la esencia de los televisores. Había rumores, cuentos chinos acerca de lo que un televisor había hecho en un tiempo, pero ninguno los creía porque ninguno lo había visto. El chico al que llamaban César acercó el rostro a la pantalla, estiró los labios con dos dedos engarfiados sobre la comisura de la boca y disfrutó el espectáculo. El resto le observaba. Puso los ojos en blanco y sacó la lengua. Luego se sacó los dedos de la boca, cruzó las manos sobre el pecho y empezó a imitar una canción que recordaba haber oído cantar a Roxane Coss la noche que pasaron agazapados en los conductos del aire acondicionado. No acertaba del todo con las palabras, pero el sonido se aproximaba, y afinaba mucho. No se estaba burlando, mejor sería decir que cantaba, y que cantaba muy bien. Cuando no consiguió recordar cómo seguía la canción, se detuvo bruscamente y efectuó una profunda reverencia. Se dio la vuelta y siguió haciendo muecas ante el televisor.

Fue Simon Thibault quién lo encendió. No había pretendido hacer nada. Había entrado en la habitación porque oyó el canto. Supuso que alguien había puesto un disco antiguo y hermoso, y sintió curiosidad. Entonces vio al muchacho y su espectáculo y pensó que sería divertido ver qué pasaba cuando la imagen saltase de repente donde hasta entonces había estado su cara. Simon tomó el mando a distancia, equilibrado sobre el brazo de un sillón de cuero de aspecto muy confortable, y pulsó el botón de encendido.

Gritaron. Aullaron como perros. Berrearon los nombres de sus compatriotas, «¡Gilberto! ¡Francisco! ¡Jesús!», con voces que bien podían indicar fuego, asesinatos, la entrada de la policía. Aquello vino acompañado del chasquido metálico de los seguros de las armas y de las carreras del resto de soldados y de los tres generales, que tiraron a Simon Thibault contra una pared y le abrieron el labio.

«Nada de tonterías», había dicho Edith, sus labios rozándole la oreja. ¿Pero qué podía entenderse por tontería? ¿Encender la televisión?

Uno de los chicos que habían llegado a todo correr, Gilberto, puso la boquilla de su rifle contra la garganta de Thibault y le hincó la pañoleta de seda contra la suave piel que rodea la tráquea. Le inmovilizó así como a una mariposa clavada con alfileres a un tablero de corcho.

—Televisión —consiguió decir Thibault con gran dificultad.

Y efectivamente, en el abarrotado despacho Simon Thibault había dejado de ser el centro de atención. Con la misma velocidad con la que se había convertido en una amenaza, en una estrella, apartaron sus armas de él y le dejaron caer desmadejado de miedo al suelo. Todos observaban el televisor. Una atractiva mujer de cabellos oscuros sostenía prendas de ropa sucias ante la cámara con cierto disgusto antes de introducirlas en la lavadora. Usaba un lápiz de labios rojo brillante, y las paredes del fondo eran amarillas.

—Esto es todo un desafío —dijo en español. Gilberto se acuclilló para observarla.

Simon Thibault tosió y se frotó la garganta.

Por supuesto, los generales habían visto antes un televisor, aunque no desde que años atrás se internaron en la selva. También ellos estaban en la sala. Era un magnífico televisor en color, de veintiocho pulgadas. El mando a distancia había caído al suelo, y el general Alfredo lo recogió y empezó a pulsar los botones para cambiar de canal: un partido de fútbol; un hombre encorbatado leyendo tras su escritorio; una chica cantando en pantalones plateados; una docena de cachorros en una cesta. Con cada nueva imagen llegaba una nueva ronda de excitación, un «¡Ah!» colectivo.

Simon Thibault salió de allí sin ser visto. No recordaba siquiera el canto de César.

Casi todos los días, los rehenes deseaban que aquella historia acabase. Echaban de menos sus países, sus esposas, su privacidad.

Otros días, sin embargo, no deseaban más que alejarse de aquellos niños, de sus rabietas y modorras, de sus juegos y apetitos. ¿Qué edad podían tener? Cuando se les preguntaba, a veces mentían y decían que veinticinco años, y otras se encogían de hombros, como si no tuviesen ni la menor idea de lo que significaba la pregunta. El señor Hosokawa sabía que él era muy mal juez en lo tocante a los niños. En Japón, a menudo veía a personas de no más de diez años al volante de un coche. Sus propias hijas le enfrentaban constantemente a una imposibilidad matemática: tan pronto correteaban por la casa en pijamas estampados con la inexpresiva figura de Hello Kitty como anunciaban que tenían una cita y que vendrían a recogerlas a las siete. Él creía que sus hijas no tenían edad de tener citas y, sin embargo, para los estándares del país tenían edad suficiente como para ser miembros de una organización terrorista. Intentó imaginárselas con sus clips de margaritas y sus calcetines blancos cortos raspando el marco de una puerta con la punta de una navaja.

El señor Hosokawa no era capaz de imaginar a sus hijas en otro sitio que no fuera acurrucadas en la cama de su madre, esperando llorosas su regreso mientras seguían las noticias. Sin embargo, y para sorpresa de todos, dos de los soldaditos resultaron ser chicas. La identidad de una fue revelada de manera muy simple: hacia el duodécimo día se quitó la gorra para rascarse la cabeza y apareció una trenza. Cuando acabó de rascarse no se molestó en enroscarla de nuevo en su sitio. No daba la impresión de creer que su condición de chica fuese un secreto para nadie. Se llamaba Beatriz. No tenía problema alguno en decírselo a quien se lo preguntase. No era la suya una cara bonita, y sus modales no eran delicados, y había pasado sin problemas por un chico. Estaba tan dispuesta a disparar como cualquiera de ellos, y sus ojos seguían turbios incluso cuando ya no era necesario. Aun así, y pese a su extraordinaria vulgaridad, los rehenes la contemplaron como si fuera algo raro e imposible, una polilla sobre un campo nevado. ¿Cómo podía haber una chica entre ellos? ¿Cómo era posible que no se hubiesen dado cuenta? La otra chica no fue tan difícil de identificar. La lógica dictaba que si había una chica bien podía haber más, y todos buscaron inmediatamente con la mirada al chico reservón que nunca respondía a sus preguntas y que desde el principio les había parecido poco natural, demasiado guapo y nervioso. La raíz del pelo marcaba un pico sobre la frente, y convertía la cara en un perfecto

corazón. La boca era suave y redonda. Los ojos estaban siempre entrecerrados, como si sus espesas pestañas fuesen una carga exagerada. El suyo era un olor diferente al del resto de los chicos, un olor cálido y dulce, y tenía un cuello largo y suave. Era el que parecía perdidamente enamorado de Roxane Coss y dormía en el suelo del pasillo frente a su puerta, interponiendo su cuerpo para evitar que ninguna corriente se colase por debajo de la puerta. Gen observó a aquel chico que tanto le había desasosegado, y la inquietud que arrastraba consigo abandonó su pecho.

—Beatriz —dijo Simon Thibault—. Ese chico de ahí. ¿Es tu hermana?

Beatriz rio por lo bajo y sacudió la cabeza.

—¿Carmen? ¿Mi hermana? Está loco.

Al oír su nombre, Carmen alzó la vista desde el otro lado de la sala. Beatriz había dicho su nombre. No había manera de guardar un secreto en el mundo. Carmen dejó caer la revista que había estado ojeando (era italiana, con profusión de fotografías de estrellas de cine y de la realeza. El texto, indudablemente, contenía información importante sobre los aspectos más íntimos de su vida, y ella era incapaz de leer. La habían encontrado en el cajón de la cómoda junto a la cama en la que dormía la esposa del vicepresidente). Carmen tomó su revólver y se fue hacia la cocina: cerró la puerta, y nadie quiso seguir a una adolescente claramente irritada y armada. No había a dónde ir, y todos supusieron que antes o después acabaría saliendo. Todos querían volver a observarla, verla sin la gorra, tener tiempo para concentrarse en ella como mujer, pero todos estaban dispuestos a esperar. Si aquel iba a ser el entretenimiento de la tarde, que una de las terroristas se tomase a sí misma rehén durante unas cuantas horas, el suspense desde luego era mejor que obstinarse en contemplar la llovizna.

—Debería haber sabido que era una chica —le dijo Rubén a Óscar Mendoza, el contratista que vivía a pocos kilómetros de allí. Óscar se encogió de hombros.

—Tengo cinco hijas en casa. Nunca vi una chica en la sala.

Se detuvo un instante para reconsiderar lo dicho y se acercó al vicepresidente.

—Sólo he visto una chica en esta habitación, no sé si me entiendes. Una mujer. Sólo puede haber una mujer en esta sala.

Indicó con un gesto de la cabeza el extremo de la sala en el que se sentaba Roxane Coss. Rubén asintió.

—Por supuesto —dijo—. Por supuesto.

—Creo que nunca habrá mejor oportunidad que ésta para decirle que la quiero —Óscar se frotó el mentón con la mano—. No me refiero necesariamente ahora. No tiene por qué ser hoy, aunque bien podría ser hoy. Los días se hacen tan largos que quizá hacia la hora de la cena sea el momento adecuado. Uno nunca lo sabe hasta que llega el momento, ¿verdad? Hasta que se encuentra en la situación precisa.

Era un hombre corpulento, de más de metro noventa, y ancho de hombros. Había conservado sus fuerzas porque aunque ahora era contratista no se le caían los anillos por cargar planchas o colocar uralitas. De ese modo constituía un magnífico ejemplo para los hombres que trabajaban para él. Óscar Mendoza tenía que encorvarse para susurrar al oído del vicepresidente.

—Pero lo haré mientras estemos aquí. Acuérdate de lo que te digo.

Rubén asintió. Hacía días que Roxane Coss había renunciado a su vestido de noche, y ahora lucía unos pantalones elásticos pardos que pertenecían a su mujer, así como su chaquetilla de punto preferida, una rebeca de fina alpaca que le había regalado en su segundo aniversario de boda. Él mismo pidió que un guardia le acompañase a su dormitorio. Fue en persona hasta el armario y bajó con la chaqueta para ofrecérsela a la soprano.

—¿Tiene usted frío? —le preguntó, y luego le pasó con gentileza la prenda sobre los hombros. ¿Era aquello traición, rendir tan rápidamente un jersey que su mujer adoraba? La ropa aunaba para él a las dos mujeres de un modo extraordinariamente agradable: su hermosa huésped vestía las ropas de la esposa a la que tanto añoraba, y el perfume de su mujer permanecía aún en las costuras de la rebeca, de forma que cuando pasaba junto a ella olía a ambas mujeres. Como si aquello no fuese suficiente, Roxane se había calzado las zapatillas caseras de Esmeralda, la niñera, porque los zapatos de su esposa eran demasiado pequeños. Había sido una delicia abrir el minúsculo y meticuloso armarito de Esmeralda.

—¿Vas a decirle que la amas? —preguntó el contratista—. Estamos en tu casa. Por supuesto, respeto tu derecho a actuar antes que yo.

Rubén consideró la respetuosa invitación de su invitado.

—Es una posibilidad —dijo.

Intentaba no mirar fijamente a Roxane. No lo conseguía.

Imaginó cómo se sentiría tomándola de la mano mientras le proponía mostrarle las estrellas desde el amplio mirador de piedra que envolvía la parte trasera de la casa, en el supuesto de que les hubiesen permitido salir al exterior, claro está. Después de todo, era el vicepresidente: quizá aquello la impresionase. Al menos no era una mujer alta. Era un hada, una Venus de bolsillo. Menos mal.

—Quizá no sea lo correcto, dada mi situación aquí.

—¿Y qué es lo correcto? —dijo Óscar. Su voz sonaba alegre, despreocupada—. Lo más probable es que acaben matándonos. Si no los de dentro, los de fuera. Habrá un tiroteo. Habrá un terrible error, puedes estar seguro. Los de ahí fuera no pueden permitir que parezca que no hemos sido maltratados. Para ellos es importante que acabemos muertos. Piensa en la gente, en las masas. No pueden recibir un mensaje equívoco. Tú eres hombre de gobierno. Sabes más de estas cosas que yo.

—Es algo que sucede, sí.

—Entonces ¿qué sentido tiene no decírselo? Yo, por lo menos, quiero estar seguro de que en mis últimos días hice el esfuerzo. Voy a hablar con ese joven japonés, con el intérprete. Cuando llegue el momento, cuando sepa lo que quiero decir. A una mujer como esa no puede uno abordarla precipitadamente.

A Rubén le cayó bien el contratista. Si bien nunca antes se habían encontrado, el hecho de vivir ambos en la misma ciudad les hizo sentirse vecinos, luego viejos amigos, y finalmente hermanos.

—¿Qué sabes de mujeres como ella?

Óscar rio y apoyó una mano sobre el hombro de su hermano.

—Mi pequeño vicepresidente —dijo—. Hay tantas cosas que sé…

Eran baladronadas, claro, pero en aquel lugar las baladronadas parecían apropiadas. Aun cuando había perdido todas las libertades a las que estaba acostumbrado, un nuevo conjunto de libertades reducidas mantenían encendida una llamita en su interior: la libertad de pensar obsesivamente, el derecho a recordar con todo lujo de detalles. Alejado de su esposa y de sus cinco hijas, no había riesgo de contradicción o corrección, y sin aquel lastre se vio capaz de soñar sin sufrir una revisión constante. A lo largo de su vida había sido un buen padre, pero Óscar consideraba ahora su vida como la de un niño. Una hija era una batalla entre padres y chicos, que los padres luchaban con gallardía y perdían siempre. Sabía que, una tras otra, perdería a sus hijas, en el mejor de los casos

honorablemente, ante el altar, y más probablemente en un coche aparcado frente al océano. En su época, el propio Óscar había hecho olvidar sus mejores instintos a más de una chica mordisqueándoles insistentemente la base del cuello, allí donde el cabello crece en mechoncitos vellosos. En ese sentido, las chicas se parecían mucho a un gatito: tan pronto se les asía de la base del cuello se dejaban hacer. Entonces él les sugería cosas, todo lo que podrían hacer juntos, las maravillosas y oscuras exploraciones en las que él podría ser su guía. Su voz se deslizaba como una droga por sus oídos, hasta que lo olvidaban todo, hasta que olvidaban sus propios nombres y se volvían y se entregaban, sus cuerpos dulces y delicados como mazapán.

Oscar se estremeció al pensarlo. Ahora se aprestaba a ser de nuevo un chico, y podía ver la cola de muchachos frente a su puerta, todos dispuestos a mitigar la pena de sus hijas por el secuestro de su padre. «Pilar, todo esto debe de ser terrible para ti. Isabel, no puedes vivir encerrada. Teresa, tu padre no querría verte sufrir así. Mira, te he traído unas flores (o un pájaro, o una madeja de lana, o un lápiz de colores, tanto daba).» ¿Tendría su esposa el sentido común de cerrar la puerta? Nunca, nunca podría imaginar que aquellos chicos pudiesen hacerles nada a sus niñas. Creería sus mentiras como tiempo atrás había creído las suyas, cuando ella era joven y él la visitaba mientras su padre yacía vencido por el cáncer. ¿Cómo se le ocurría ponerse a perseguir a una cantante de ópera? ¿Y quiénes eran aquellas dos chicas, Beatriz y Carmen? ¿Qué estaban haciendo allí? ¿Dónde estaban sus padres? Probablemente cayeron acribillados en alguna revolución rural. ¿Qué podían hacer chicas como aquellas, sin padre, para mantener a raya a los hombres? La casa entera estaba llena de chicos, muchachos desagradables, hoscos, de cabellos grasientos y uñas reconcomidas, ansiosos por tocar unos pechos.

—Tienes mala cara —le dijo el vicepresidente—. Tanto hablar de amor te está sentando mal.

—¿Cuándo saldremos de aquí? —preguntó Óscar. Se sentó en el sofá y hundió la cabeza entre las rodillas, como si estuviese mareado.

—¿Salir? Pensaba que nos iban a tirotear.

—He cambiado de opinión. Nadie va a matarme. Puede que yo mate a alguien, pero nadie va a matarme a mí.

Rubén se sentó a su lado y apoyó la mejilla sana contra el

hombro de su amigo.

—No me quejo de las inconsistencias. Además, este plan me gusta más. Vamos a imaginar que sobrevivimos.

Se incorporó de nuevo.

—Espérame aquí. Iré a la cocina a por algo de hielo. No sabes lo bien que puede llegar a sentirse uno con algo de hielo.

—¿Toca usted el piano? —le preguntó Roxane Coss a Gen.

No la había visto venir. Estaba vuelto de espaldas a la sala y contemplaba la garúa desde el mirador. Había aprendido a relajarse mientras la contemplaba, ya no forzaba la vista. Empezaba a creer que podía distinguir contornos. El señor Hosokawa miraba expectante a Gen, claramente deseoso de saber lo que ella decía, y durante un instante Gen no supo si contestar primero o traducir la pregunta, que después de todo le habían hecho a él. Tradujo y luego respondió que no, que lamentaba tener que decir que no tocaba el piano.

—Pensé que quizá sabría —dijo—. Parece usted saber muchas cosas. —Se volvió hacia su compañero—. ¿Qué me dice del señor Hosokawa?

El señor Hosokawa negó tristemente con la cabeza. Hasta su captura, había visto su vida como una serie de éxitos y logros. Ahora se deba cuenta de que era una larga serie de fracasos: no hablaba inglés, ni italiano, ni español. No tocaba el piano. Nunca había intentado siquiera tocar el piano. Ni Gen ni él habían tomado ni una sola lección.

Roxane Coss dejó vagar la vista por la sala como si buscase a su pianista, pero éste estaba ya a un mundo de distancia, y su tumba cubierta por una fina capa de escarcha escandinava.

—Me repito una y otra vez que esto se acabará pronto, que simplemente me he tomado unas vacaciones. —Miró a Gen—. No es que piense que esto sean unas vacaciones.

—No, claro.

—Llevamos en este lugar miserable dos semanas. Nunca he pasado una semana sin cantar, a menos que estuviese enferma. Voy a tener que practicar pronto.

Ella bajó la cabeza hacia ellos, y ambos se inclinaron para escucharle.

—La verdad es que no quiero cantar aquí. No quiero darles el

gustazo. ¿Creen que valdría la pena esperar un par de días más? ¿Creen que nos habrán dejado marchar para entonces?

Echó otro vistazo a la sala para ver si había un par de manos especialmente delicadas recogidas sobre algún regazo.

—Alguien tiene que haber aquí que toque —dijo Gen, reacio a mencionar el otro asunto.

—El piano es muy bueno. Yo sé tocar un poco, pero no sé cantar a la vez. No sé por qué, pero no creo que intenten secuestrar a otro pianista por mí.

Se dirigió entonces al señor Hosokawa.

—No sé qué hacer cuando no canto. No tengo ningún talento para las vacaciones.

—Yo me siento exactamente igual —dijo él, la voz más tenue a cada palabra—, cuando no puedo escuchar ópera.

Roxane sonrió al oírle. En el resto podía apreciar el miedo, el súbito acceso de pánico. No había nada malo en sentir pánico, dadas las circunstancias; ella misma había llorado varias veces hasta quedar dormida. Pero el pánico no parecía afectar al señor Hosokawa, o al menos se las arreglaba para no mostrarlo. Y cuando estaba junto a él ella tampoco sentía pánico, aunque no hubiera sido capaz de explicar por qué. Cuando estaba junto a él, era como si abandonase la crudeza de la luz y se refugiase en un lugar tranquilo y oscuro, como si se envolviese en el pesado terciopelo de las cortinas y nadie pudiese verla.

—Debería ayudarme a encontrar un pianista —le dijo—, y entonces nuestros problemas se habrán resuelto.

Nada quedaba ya de su maquillaje. Durante los primeros días se tomó la molestia de ir al baño y utilizar el pintalabios que llevaba en el bolso. Luego se recogió el pelo con una goma, y empezó a vestir la ropa de otra persona, una ropa que no acababa de quedarle bien. El señor Hosokawa pensaba que era más encantadora con cada día que pasaba. Más de una vez quiso pedirle que cantara, pero no lo hizo, porque precisamente cantar para él le había causado todos aquellos problemas. No osaba invitarla a jugar a las cartas, ni preguntarle por su opinión sobre la garúa. No la frecuentaba en absoluto, de modo que Gen tampoco lo hacía. Ambos descubrieron incluso que, a excepción del clérigo, a quien no podía entender, el resto de hombres, deseosos como estaban de hablar con ella, habían decidido dejarla sola en una especie de muestra de respeto, de modo que tuvo que pasar sentada y sola

hora tras hora. A veces lloraba; otras, hojeaba libros o dormitaba en el sofá. Era un placer verla dormir. Roxane era la única prisionera con el privilegio de disponer de un dormitorio y un guardia para sí; este último dormía ante su puerta, aunque nadie estaba muy seguro de si era para asegurarse de que no saliera o de que nadie entrara. Una vez supieron que el guardia era Carmen, empezaron a preguntarse si al pegarse a una persona importante no estaría en realidad intentando mantenerse a salvo.

—Quizá el vicepresidente toque —sugirió el señor Hosokawa—. Tiene un hermoso piano.

Gen partió en busca del vicepresidente, que estaba dormido en un sillón, con la mejilla sana caída sobre un hombro, la mejilla herida al aire, roja y azul y cubierta aún con las puntadas de Esmeralda. La piel empezaba a cubrirlas. Iba a ser necesario quitárselos.

—Discúlpeme —susurró Gen.

—¿Hum? —dijo Rubén con los ojos cerrados.

—¿Toca usted el piano?

—¿Piano?

—El que hay en el salón. ¿Sabe usted tocarlo?

—Lo trajeron para la fiesta —dijo Rubén, intentando no acabar de despertarse. Había estado soñando con Esmeralda: estaba de pie frente al fregadero y pelaba patatas—. Había otro antes aquí, pero se lo llevaron porque no era lo suficientemente bueno. Era bueno, claro, mi hija aprende con él, pero no era bueno para ellos —dijo, la voz adormilada—. Ese piano no es mío. En realidad, ninguno de los dos es mío.

—¿Pero sabe usted tocarlo?

—¿El piano? —Rubén acabó por mirarle y se enderezó el cuello.

—Sí.

—No —dijo, y sonrió—. ¿Verdad que es una lástima?

Gen estuvo de acuerdo en que lo era.

—Creo que debería quitarse los puntos.

Rubén se tocó la cara.

—¿Le parece que están listos?

—Creo que sí.

Rubén sonrió, como si fuese mérito suyo que la piel hubiese vuelto a crecer. Fue al encuentro de Ismael para pedirle que trajese la bolsita de la manicura del cuarto de baño. Con un poco de suerte no habrían confiscado las tijeras de las uñas.

Gen siguió en solitario su búsqueda de un nuevo pianista. No era una cuestión que requiriese una especial habilidad lingüística, ya que «piano» era «piano» en muchos idiomas. Seguramente Roxane Coss podría haberse hecho entender con un poco de mímica, pero se quedó junto al señor Hosokawa, y juntos contemplaron la nada que la ventana les ofrecía.

—¿Tocan ustedes? —fue preguntando Gen, primero a los rusos, que fumaban en el comedor. Le observaron con ojos entrecerrados por entre el humo azul y negaron con la cabeza.

—Dios mío —dijo Victor Fyodorov, llevándose las manos al corazón—, qué no daría yo por saber tocar. Díganles a los de la Cruz Roja que envíen un profesor, y yo aprenderé para ella.

Los otros dos rusos rieron y dejaron caer sus cartas.

—¿Piano? —preguntó Gen al siguiente grupo. Fue avanzando por la casa, preguntando a cada invitado, evitando a sus captores, dando por supuesto que las lecciones de piano eran algo imposible en la selva. Gen imaginó lagartos sobre los pedales, las teclas combadas por la humedad, plantas trepadoras aferradas a las pesadas patas de madera. Manuel Flores, un español; Etienne Boyer, francés, y el argentino Alejandro Rivas dijeron que sabían tocar un poco, pero no leían música. Andreas Epictetus dijo que de joven había tocado bastante bien, pero que hacía años que no tocaba un piano.

—Mi madre me hacía practicar todos los días —dijo—. El día que me fui de casa junté toda la música en el patio trasero y le prendí fuego mientras ella miraba. No he vuelto a tocar un piano desde entonces.

El resto le dijeron que no, que no sabían. Unos cuantos hicieron mención de un par de lecciones tomadas, o de los progresos de sus hijos. Sus voces fueron amontonándose, y de cada esquina de la sala llegaba la misma palabra, «piano», «piano», «piano». A Gen le daba la impresión de que nunca antes se había tomado como rehenes a un grupo de hombres más incultos (y se incluía en la generalización). ¿Qué habían estado haciendo todos durante años para no molestarse en aprender un instrumento tan importante? Todos hubieran deseado saber tocar, si no en el pasado sí ahora. Ser capaces de tocar para Roxane Coss.

Y entonces Tetsuya Kato, un vicepresidente de Nansei a quien Gen conocía desde hacía años, sonrió y se acercó al Steinway sin decir palabra. Era un hombrecillo menudo, de cincuenta y pocos

años y cabellos canosos que rara vez hablaba, según Gen podía recordar. Se decía de él que era muy bueno con los números. Llevaba las mangas de la camisa enrolladas por encima de los codos, y hacía tiempo que había renunciado a la chaqueta, pero se sentó con gran formalidad en la banqueta. Quienes estaban en el salón le observaron mientras alzaba la tapa del teclado y pasaba los dedos sobre las teclas, desentumeciéndolas. Aún había quien hablaba sobre el piano: podían oírse las voces de los rusos en el comedor. Entonces, sin pedir siquiera un momento de silencio, Tetsuya Kato empezó a tocar. Comenzó con Chopin, el Nocturno *opus* 9 en mi bemol mayor n.° 2. Era la pieza que más a menudo le corría por la cabeza desde que llegó a aquel país, la que tocaba en silencio sobre el borde de la mesa del comedor cuando nadie miraba. En casa, leía la partitura y pasaba las páginas. Ahora estaba seguro de haber conocido la música de memoria desde el principio. Podía ver las notas frente a él. Y las seguía con absoluta fidelidad. Nunca en su vida se había sentido más cercano a Chopin, a quien adoraba como a un padre. Sentía los dedos extraños tras dos semanas sin tocar, como si la piel que los cubría fuese nueva. Al tocar las teclas pudo oír el claqueteo de dos semanas de uñas largas. Las mazas afelpadas tañeron suavemente las cuerdas y la música, incluso para quienes nunca la habían oído antes, tenía el aire de un recuerdo. En toda la casa, terroristas y rehenes se detuvieron a escuchar, y sintieron en sus corazones un gran alivio. Tenían las manos de Tetsuya Kato una delicadeza tal que más parecían descansar sobre el teclado, a veces aquí, a veces allá. Entonces de su mano derecha empezaban a brotar notas como agua, tan altas y nítidas que uno sentía la tentación de levantar la tapa y buscar las campanillas. Kato cerró los ojos e imaginó que estaba en casa, ante su propio piano. Su esposa dormía. Sus hijos, dos jóvenes solteros que aún vivían con él, dormían también. Para ellos, la música de Kato había llegado a ser como el aire, algo de lo que dependían pero que habían dejado de notar tiempo atrás. Mientras tocaba el piano de cola, Kato podía imaginarles dormidos e introdujo aquella imagen en el nocturno, la respiración regular de sus hijos, la mano de su esposa cerrada sobre la almohada. Toda la ternura que sentía por ellos encontró expresión en las teclas. Las pulsaba como si no quisiera despertarlas. Era el amor y la soledad que todos ellos sentían, que ninguno de ellos se atrevía a manifestar. ¿Había tocado tan bien el pianista? Era imposible recordarlo: su talento radicaba

en ser invisible, en realzar a la soprano, pero ahora los presentes en el salón de la mansión del vicepresidente escuchaban hambrientos a Kato, y nada en todas sus vidas les había satisfecho tanto.

La mayoría de los presentes no le conocían. La mayoría no recordaba siquiera haberle visto hasta entonces, de modo que, en cierta manera, era como si hubiera llegado del exterior para tocar ante ellos. De entre quienes sí le conocían, ninguno sabía que tocaba el piano, que seguía recibiendo clases y practicaba una hora cada mañana antes de tomar el tren que le llevaba a la oficina. Para Kato había sido importante tener otra vida, una vida secreta. En aquel momento, el secretismo no le pareció en absoluto importante.

Se reunieron todos ante el piano, Roxane Coss y el señor Hosokawa y Gen y Simon Thibault y el sacerdote y el vicepresidente y Óscar Mendoza y el pequeño Ismael y Beatriz y Carmen, que abandonó su arma en la cocina y se unió al resto. Todos los rusos estaban allí, y los alemanes que planeaban una revuelta, y los italianos, que lloraban, y dos griegos de mayor edad que el resto. Allí estaban los muchachos, Paco, Renato, Humberto y Bernardo, y el resto, los grandes pedazos de carne adolescente que parecían ablandarse con cada nota. Incluso los generales acudieron. Todos estaban allí, hasta que en la sala hubo cincuenta y ocho personas, y cuando concluyó, Tetsuya Kato inclinó la cabeza ante los aplausos. De no haberse dado la necesidad de un pianista, muy difícilmente se hubiera sentado aquella tarde a tocar, si bien había contemplado el piano como muchos otros contemplaban la puerta de la calle. Hubiera preferido no atraer la atención sobre sí mismo, y de no haber tocado la historia le hubiera pasado completamente por alto. Pero surgió la necesidad, una petición específica, y dio un paso al frente.

—Muy bien, muy bien —dijo el general Benjamín, contento de que el pianista perdido hubiera podido ser reemplazado.

—Muy bien hecho —dijo el señor Hosokawa, orgulloso de que un hombre de Nansei fuese capaz de hacer frente a la tarea. Había conocido a Kato durante veinte años. Conocía a su esposa, y los nombres de sus hijos. ¿Cómo era posible que no supiese lo del piano?

Durante un momento la sala estuvo en silencio, y luego Carmen, que tan poco tiempo hacía que era una mujer para ellos, dijo algo en un idioma del que ni siquiera Gen estaba seguro.

—Bis —le dijo el sacerdote.

—Bis —dijo Carmen.

Kato se inclinó ante Carmen, y ésta sonrió. ¿Cómo podían haberla tomado nunca por uno de los chicos? Incluso con la gorra encasquetada seguía siendo preciosa. Sabía que la gente la miraba, y cerró los ojos, incapaz de volver a la cocina, como hubiera preferido, incapaz de dejar la sinuosa curva del costado del piano. Apoyada contra el piano, podía sentir la vibración de las cuerdas en la cadera. Nadie se había inclinado nunca ante ella de aquel modo. Nadie había hecho caso a sus peticiones. Y desde luego nadie había tocado nunca música para ella.

Kato tocó otra pieza, y otra, hasta que todos los presentes olvidaron lo mucho que deseaban estar en cualquier otro lugar. Cuando realmente acabó y no pudo atender las peticiones de más bises porque las manos le temblaban de puro cansancio, Roxane Coss le estrechó la mano e inclinó la cabeza, con lo que se estableció un pacto en virtud del cual en el futuro ella cantaría y él tocaría.

5

Gen era un hombre ocupado. Le hacía falta al señor Hosokawa, que quería otras diez palabras y su correcta pronunciación para su libreta. Le hacía falta a los restantes rehenes, que querían aprender a decir: «¿Ha terminado ya con el periódico?» en griego, o en alemán, o en francés, o bien que les leyera el diario si no sabían español. Messner le necesitaba cada día para traducir las negociaciones. Y en especial le hacía falta a los generales, que muy convenientemente le tomaban por el secretario, y no por el traductor, del señor Hosokawa. Se apropiaron de sus servicios. Les gustó la idea de tener un secretario, y pronto empezaron a despertar a Gen en plena noche para ordenarle que tomara papel y lápiz y luego dictarle la última lista de exigencias al gobierno. Gen tenía la impresión de que no sabían muy bien lo que querían. Si bien el plan original era secuestrar al presidente para derrocar al gobierno, no se habían molestado en pensar mucho más allá. Ahora lanzaban vagas proclamas exigiendo dinero para los pobres. Repescaron los nombres de todas las personas de las que sabían que estaban encarceladas, que a Gen se le antojó una lista interminable. Ya entrada la noche, ebrios de poder y generosidad, exigían la liberación de todo el mundo. Fueron más allá de los prisioneros políticos. Se acordaron de los ladrones de coches que habían conocido de jóvenes, de los ladronzuelos, de los robagallinas, de un puñado de traficantes de drogas que no eran mala gente una vez que se les conocía a fondo.

—No te olvides de él —dijo Alfredo con un golpe sobre el hombro de Gen—. No te puedes hacer ni idea de lo mucho que ha sufrido ese hombre.

Apreciaban la aseada caligrafía de Gen, y cuando descubrieron una máquina de escribir en el despacho del vicepresidente quedaron admirados de su capacidad de escribir a máquina. A veces, a media transcripción, Héctor le ordenaba: «¡En inglés!». Y luego Alfredo, «¡En portugués!». Era asombroso poder curiosear sobre su hombro

mientras él continuaba escribiendo en un idioma distinto. Era como disponer de un fascinante juguete. A veces, cuando ya era muy tarde, Gen lo escribía todo en sueco, sin diéresis, intentando distraerse, pero ya no era capaz. Por lo que Gen había visto, sólo dos de los rehenes no eran extraordinariamente ricos e importantes: él mismo y el sacerdote, y los dos eran los únicos que se veían obligados a trabajar. Por supuesto, el vicepresidente trabajaba también, pero no porque nadie se lo hubiese ordenado. Parecía convencido de que la comodidad de sus invitados seguía siendo responsabilidad suya. Se pasaba el día sirviendo bocadillos y recogiendo vasos. Lavaba los platos y barría, y dos veces al día fregaba el suelo de los servicios. Con un trapo enrollado a la cintura pasó a ocupar las tareas de un amable conserje de hotel. A veces preguntaba: ¿le apetece un té? Otras: no le molesto demasiado si paso el aspirador bajo el sillón, ¿verdad? Todos le tomaron cariño a Rubén. Todos habían olvidado ya que era el vicepresidente del país.

Rubén Iglesias transmitió un mensaje a Gen mientras éste esperaba a que los generales decidiesen qué querían anunciar a continuación: se le necesitaba junto al piano. Roxane Coss y Kato tenían una serie de cosas que discutir. ¿Era posible liberar a Gen de sus responsabilidades en aquel momento? Todos estaban de acuerdo en mantener contenta a la soprano, en la esperanza de oírla cantar de nuevo, de modo que dejaron que Gen fuera. Gen se sintió como el escolar al que se pide que abandone el aula. Recordó su pulcro plumier, sus cuadernos, la suerte de tener un pupitre junto a la ventana por la ubicación de su nombre en la lista alfabética. Había sido un buen estudiante, y aun así recordaba que siempre deseaba desesperadamente abandonar el aula. Rubén Iglesias le tomó del brazo.

—Supongo que los problemas del mundo tendrán que esperar —susurró, y rio de forma que nadie pudiera oírle.

El señor Hosokawa estaba frente al piano junto con Kato y Roxane. Era un placer oír hablar tanto sobre la ópera en japonés, poder seguir en japonés la conversación de Roxane Coss. Había una diferencia entre escuchar lo que le decía a él y lo que decía cuando hablaba con otra persona sobre música. Se podían aprender muchas cosas escuchando conversaciones ajenas. Mucho de lo que había aprendido lo había oído por casualidad: casi siempre medias frases oídas al entrar en la sala. Desde la captura, el señor Hosokawa sentía la frustración de los sordos. Pese a todo el esfuerzo que ponía

en aprender español, rara era la ocasión en la que reconocía una palabra. Toda su vida había deseado más tiempo para escuchar, y cuando por fin tuvo tiempo no había nada que escuchar, sólo el rumor de unas voces que no entendía y el ocasional berrido de la policía al otro lado del muro. El vicepresidente tenía un equipo de música, pero sus gustos parecían limitarse a la música local. Todos sus cedés eran de bandas que tocaban silbatos y tambores primitivos. Esta música le causaba dolor de cabeza al señor Hosokawa. A los generales, por el contrario, les servía de inspiración, y se negaban a exigir nuevos discos.

Pero en aquel instante el señor Hosokawa acercó su asiento al piano y escuchó. Todos estaban en el salón, terroristas y rehenes, deseosos de que alguien convenciese a Kato de volver a tocar o mejor aún, de que Roxane Coss cantase. Carmen parecía especialmente decidida a observar a Roxane. Se consideraba la guardaespaldas personal de Roxane: era responsabilidad suya. Se situó en una esquina y contempló impertérrita al grupo. Beatriz chupeteó un rato el extremo de su trenza mientras conversaba con los chicos de su edad. Parecía que en el futuro inmediato no iba a haber música, y ella y unos cuantos de la pandilla fueron a ver la televisión.

Sólo al señor Hosokawa y a Gen se les pidió que se sentasen con los intérpretes principales.

—Me gusta cantar escalas por la mañana —dijo Roxane—. Después del desayuno. Prepararemos algunas canciones. Bellini, Tosti, Schubert. Si es usted capaz de tocar Chopin, será capaz de tocarlas también.

Roxane rozó el teclado con sus dedos y puso las manos al comienzo de *Die Forelle*, de Schubert.

—Si conseguimos la música —dijo Kato.

—Si hemos conseguido comida podemos conseguir partituras. Haré que mi representante llene una caja y nos la envíe. Dígame qué le hace falta.

Roxane miró en derredor en busca de una hoja de papel y el señor Hosokawa se apresuró a sacar su agenda y un bolígrafo del bolsillo interior de su chaqueta. La abrió por una hoja en blanco hacia el final y se lo entregó.

—Ah, señor Hosokawa —dijo Roxane—. El cautiverio sería algo muy distinto sin usted.

—Seguro que ha recibido mejores obsequios que una libreta y

un bolígrafo —dijo el señor Hosokawa.

—La calidad del obsequio depende de la sinceridad de quien lo entrega. También es importante que el regalo sea algo que quien lo recibe desea de verdad. Hasta ahora me ha dado usted su pañuelo, su agenda y su bolígrafo. Las tres cosas que necesitaba.

—Lo poco que tengo es suyo —dijo, con una sinceridad que no se correspondía con la jovialidad que aparentaba—. Mis zapatos, si los quiere. Mi reloj.

—Tendrá que quedarse algo para poder sorprenderme más adelante.

—Roxane arrancó una hoja de la libreta y se la devolvió—. Continúe con sus estudios. Si seguimos aquí el tiempo suficiente podremos prescindir de los servicios de Gen.

Gen tradujo y añadió:

—Me habré quitado el trabajo a mí mismo.

—Siempre puede regresar con ellos a la selva —dijo Roxane, mirando de reojo a los generales, que pasaban su tiempo libre contemplándola—. Parece que quieren ofrecerle un empleo.

—Yo nunca le dejaría marchar —dijo el señor Hosokawa.

—A veces —dijo Roxane, y por un instante tocó la muñeca del señor Hosokawa—, esas cosas quedan fuera de nuestro control.

El señor Hosokawa le sonrió. Le mareaba la naturalidad de su conversación, la facilidad con que pasaban el tiempo juntos. No quería ni imaginarse qué hubiera pasado de no haber tocado Kato el piano. Habría sido uno de los griegos, o un ruso. Entonces se habría visto excluido de nuevo, obligado a escuchar inglés traducido a griego y griego traducido a inglés, en la certeza de que Gen, su intérprete, no tendría tiempo de repetirlo todo en japonés. Kato indicó que le gustaría algo de Fauré, si no era mucha molestia, y Roxane se echó a reír y dijo que en aquellos momentos nada era demasiada molestia. ¡Magnífico Kato! Apenas parecía ser consciente de la presencia de ella. No tenía ojos más que para el piano. Había sido siempre un trabajador infatigable, y ahora era el héroe del momento. Cuando todo aquello acabase le esperaba un suculento aumento de sueldo.

Messner llegó como tenía por costumbre a las once de la mañana. Dos de los jóvenes soldados le cachearon en la entrada. Le obligaron a quitarse los zapatos y los inspeccionaron en busca de armas diminutas. Le palparon las piernas y cachearon la cara interior de sus brazos. Era una costumbre ridícula, nacida no tanto

de la sospecha como del tedio. Los generales se las veían y se las deseaban para mantener el espíritu de combate de sus soldados. Cada vez más a menudo, los adolescentes se despatarraban sobre el sofá de cuero del despacho del vicepresidente y miraban la televisión. Se daban largas duchas y se cortaban el pelo unos a otros con unas elegantes tijeras de plata que habían encontrado en el escritorio. Los generales se vieron obligados a doblar las guardias nocturnas y los servicios de vigilancia. Pusieron a sus soldados a patrullar la casa por parejas y enviaron a otros dos a recorrer el perímetro del patio bajo la lluvia. Al salir llevaban los rifles cargados y en alto, como si fuesen dispuestos a cazar conejos.

Messner se sometía con paciencia al proceso. Abría su maletín y se descalzaba. Ponía los brazos en cruz y se abría de piernas para que sus manitas rebuscasen por su cuerpo como mejor les apeteciese. Una vez, uno de ellos le cosquilleó las costillas y Messner bajó el brazo, furioso.

—¡Basta! —dijo. No había visto nunca un grupo de terroristas tan poco profesional. Para él constituía un verdadero misterio que hubieran conseguido siquiera tomar la casa por asalto.

El general Benjamín le dio un pescozón a Renato, el muchacho que había hecho cosquillas a Messner, y le quitó el arma. Nada le hubiera gustado más que un mínimo de orden militar.

—Eso no es necesario —dijo en tono cortante.

Messner se sentó en un sillón y volvió a atarse los zapatos. Todos ellos le irritaban. Hacía tiempo que aquel viaje debería haber caído en el olvido: las fotos reveladas, compartidas con los amigos y guardadas en un álbum. Debería estar de regreso en su carísimo apartamento de Ginebra, frente a las magníficas vistas, rodeado del mobiliario moderno danés que con tanto cuidado había ido coleccionando. Debería estar recogiendo el correo de manos de su secretaria, por la mañana. En lugar de ello se puso a trabajar y preguntó qué tal le iba al grupo. Había estado practicando su español, y aunque seguía teniendo cerca a Gen, tanto por la sensación de seguridad como para que ampliase su vocabulario, era capaz de llevar por su cuenta una conversación informal.

—Empezamos a cansarnos de todo esto —dijo el general, pasándose las manos por la cabeza—. Queremos saber por qué su gente no es capaz de decidirse. ¿Tenemos que empezar a matar rehenes para atraer la atención?

—A ver, para empezar, no son mi gente. —Messner tensó el

nudo de los zapatos—. Y no es mi atención la que debería buscar. No mate a nadie por mí. Tiene usted toda mi atención. Hace una semana que debería haberme ido a casa.

—Hace una semana que todos deberíamos habernos ido a casa —suspiró el general Benjamín—. Pero antes tenemos que ver libres a nuestros hermanos.

Para el general Benjamín, por supuesto, aquello incluía tanto a sus correligionarios como a su hermano carnal, Luis. Luis, que había cometido el crimen de distribuir panfletos a favor de una protesta política y estaba ahora enterrado vivo en una prisión. Antes del arresto de su hermano, Benjamín no era general. Había sido maestro de escuela. Vivía en el sur del país, cerca del océano. No había tenido nunca problemas de nervios.

—Ésa es la cuestión —dijo Messner, al tiempo que echaba un vistazo a la sala y hacía un rápido recuento de los presentes.

—¿Y hay progresos?

—Ninguno, que yo sepa.

Echó mano de su maletín y sacó un fajo de papeles.

—Esto es para ustedes. Sus demandas. Si hay algo más que quieren que pida…

—La señorita Coss —dijo el general Benjamín, señalándola con el pulgar—. Quiere algo.

—Por supuesto.

—Siempre hay algo para la señorita Coss —dijo el general—. Secuestrar mujeres es muy distinto de secuestrar hombres. Hasta ahora no lo había pensado. Para nuestra gente, la libertad. Para ella, otra cosa, seguramente vestidos.

—Veré qué puedo hacer —dijo Messner, e hizo una inclinación de cabeza, pero no se levantó inmediatamente para marcharse—. ¿Puedo conseguirle algo a usted?

No señaló nada directamente, pero le preocupaba el herpes, que cada día parecía extender su rojo grosero otro centímetro sobre la cara del general, y pronto hundiría sus dedos en las aguas claras de su ojo izquierdo.

—Nada pido.

Messner asintió y se excusó. Prefería a Benjamín a los otros dos. Le parecía un hombre razonable, inteligente incluso. Aun así, se esforzaba en evitar todo sentimiento de afecto, por él o por cualquiera de ellos, terroristas y rehenes. El afecto a menudo impedía llevar a cabo el trabajo de la mejor manera posible.

Además, Messner sabía cómo acostumbraban a acabar aquellas historias. Lo más aconsejable era no involucrarse emocionalmente.

Pero las reglas no eran aplicables a Roxane Coss. Casi cada día había algo nuevo que necesitaba, y aunque a los generales poco les preocupaban las peticiones del resto de rehenes, las suyas sí se apresuraban a complacerlas. A Messner le daba un vuelco el corazón siempre que ella solicitaba algo, como si fuera a él a quien quisiese ver. Un día era hilo dental, al otro una bufanda, otro unos caramelos de hierbas para la tos, fabricados, para orgullo de Messner, en Suiza. Los restantes rehenes hablaban ahora con Roxane cuando necesitaban algo. Ella pedía calcetines de hombre y revistas de vela sin inmutarse.

—¿Conoce las buenas noticias? —dijo Roxane.

—¿Hay buenas noticias?

Messner intentó comportarse racionalmente. Intentó comprender qué es lo que tenía aquella mujer. Allí, a su lado, podía observar el punto en el que sus cabellos se dividían. Era como todos ellos, ¿o no? Excepto por el color de los ojos, quizá.

—El señor Kato toca el piano.

Al oír su nombre, Kato se levantó de la banqueta del piano y le dedicó una reverencia a Messner. No habían sido presentados. Todos los rehenes sentían una profunda admiración por Messner, tanto por sus maneras tranquilas como por su habilidad casi mágica de entrar y salir por la puerta a su antojo.

—Al menos podré volver a practicar —dijo Roxane—. Si hay una remota posibilidad de salir de aquí algún día, quiero ser capaz de seguir cantando.

Messner dijo que esperaba tener oportunidad de asistir a los ensayos. Durante un incómodo instante Messner sintió algo no muy distinto a la envidia. Los rehenes estaban allí a todas horas, de modo que si ella decidía cantar a primera hora de la mañana o a media noche, ellos la oirían. Él se había comprado un reproductor portátil de cedés y tantas grabaciones suyas como supo encontrar. Por las noches se tumbaba en la habitación de un hotel de dos estrellas pagado por la Cruz Roja Internacional y le escuchaba cantar *Norma* y *La somnámbula*. Él estaría tumbado en su incómodo lecho, la mirada fija en las grietas del techo, y mientras ellos se reunirían en el magnífico salón de la residencia del vicepresidente y ella cantaría *Casta diva* para ellos.

Ya estaba bien, pensó Messner.

—Siempre he ensayado en privado —dijo Roxane—. No creo que nadie tenga derecho a oír mis errores. Pero no creo que tenga mucho sentido intentar organizar aquí algo parecido. Difícilmente puedo enviarlos a todos al ático.

—Desde el ático la oirían.

—Les obligaría a taparse los oídos con algodón.

Roxane tuvo que reírse, y Messner se sintió conmovido. Todo en la casa se había vuelto más soportable desde que había aparecido un nuevo pianista.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Si Gen se había convertido en secretario, Messner había pasado a ser el chico de los recados. En Suiza, era miembro de un equipo de arbitraje de elite. A sus cuarenta y dos años había desarrollado una extraordinaria carrera en la Cruz Roja. Hacía casi veinte años que no empaquetaba alimentos ni cargaba mantas hacia zonas inundadas. Ahora se pasaba el día buscando bombones con aroma de naranja por toda la ciudad, y pidiendo a un amigo en París que le enviase una costosa crema facial que venía en un tubito negro.

—Necesito música —dijo, y le entregó la lista—. Llame a mi representante y pídale que envíe esto cuanto antes. Dígale que lo traiga él en persona si cree que habrá algún problema. Lo quiero todo para mañana.

—Puede que tenga que darle un poco más de tiempo —dijo Messner—. Ya es de noche en Italia.

Messner y Roxane hablaban en inglés, y Gen traducía discretamente su conversación al japonés. El padre Árguedas se acercó al piano, no porque quisiera interferir sino porque ansiaba saber qué estaban diciendo.

—Gen —susurró—, ¿qué necesita?

—*Sheet music* —contestó Gen, y luego recordó que le habían hecho la pregunta en español—. Partituras.

—¿Sabe Messner con quién tiene que hablar? ¿Sabe a quién acudir?

A Gen le caía bien el sacerdote, y no quería mostrarse brusco, pero era evidente que el señor Hosokawa y Kato deseaban saber lo que se estaba diciendo, y estaba perdiendo el hilo de la conversación en inglés.

—Van a contactar con gente en Italia.

Gen dio la espalda al padre Árguedas y retomó su tarea.

El sacerdote dio un par de tirones en la manga de Gen. Gen alzó

la mano para pedirle que esperase.

—Pero es que sé dónde está la música —insistió el sacerdote—. A menos de tres kilómetros de aquí. Conozco a una persona, profesor de música y diácono de nuestra parroquia. Me presta sus discos. Tiene toda la música que pueda hacerles falta.

Había empezado a alzar la voz. El padre Árguedas, que había dedicado toda su vida a hacer buenas obras, buscaba casi histérico nuevas maneras de hacer el bien. Ayudaba a Rubén con la colada, y por la mañana doblaba todas las mantas y las apilaba pulcramente junto con las almohadas a lo largo de la pared, pero ansiaba poder ofrecer ayuda y apoyo más profundos. No podía evitar pensar a veces que en vez de reconfortar a la gente les exasperaba, y lo único que quería, lo único que le importaba, era resultar de ayuda.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Roxane.

—¿Qué es lo que ha dicho? —le preguntó Gen al sacerdote.

—La música está aquí. Podrían llamar. Manuel les traería todo lo que les pueda hacer falta. Si hubiera algo que él no tuviese, y no se me ocurre qué pudiera ser, él se encargaría de conseguírselo. No tienen más que decir que es para la señorita Coss. Ni siquiera eso tienen que decir. Es un buen cristiano. Si le dicen que les hace falta, por la razón que sea, les aseguro que les ayudará.

Sus ojos destellaban de pura agitación. Alzó las manos a la altura del pecho, como si intentase ofrecerles su propio corazón.

—¿Tendrá Bellini? —preguntó Roxane tras escuchar la traducción—. Necesito canciones. Necesito partituras enteras de ópera. Rossini, Verdi, Mozart.

Se acercó al sacerdote y pidió lo imposible, sin más.

—Offenbach.

—¡Offenbach! *¡Les contes d'Hoffmann!*

La pronunciación francesa del sacerdote no era buena, pero sí inteligible. El nombre lo había visto sólo escrito sobre el disco.

—¿Cree que lo tendrá? —le preguntó a Gen.

Gen repitió la pregunta y el sacerdote replicó:

—He visto sus partituras. Llámenle, se llama Manuel. Me sentiría muy honrado de hacer la llamada, si me lo permiten.

Al estar el general Benjamín encerrado en el piso superior con una compresa caliente apretada contra la inflamación de la cara, Messner presentó la petición ante los generales Alfredo y Héctor, quienes la aprobaron con indiferencia.

—Para la señorita Coss —explicó Messner.

El general Héctor asintió y le despachó con un gesto, sin mirarle siquiera. Cuando Messner estaba a punto de salir de la habitación, el general Alfredo ladró: «¡Sólo una llamada!», pensando que no habían demostrado suficiente autoridad al acceder tan rápidamente. Estaban en el despacho, viendo la telenovela favorita del presidente. María, la protagonista, le estaba diciendo a su amante que ya no le amaba, con la esperanza de que éste, desesperado, abandonase la ciudad y quedase así a salvo de su propio hermano quien, enamorado de María, planeaba asesinarle. Messner se detuvo un momento en el umbral para ver llorar a la muchacha televisiva. Su pena era tan convincente que le resultó difícil apartar la mirada.

—Llame a Manuel —dijo al bajar al salón. Rubén fue a la cocina y regresó con un listín telefónico, y Messner le dio al sacerdote su teléfono móvil y le mostró cómo usarlo.

Al tercer timbrazo hubo respuesta.

—¡Aló!

—¿Manuel? —dijo el sacerdote—. ¿Hola, Manuel?

Sintió que la emoción le ahogaba. ¡Alguien fuera de la casa! Era como ver un fantasma de su vida pasada, una sombra plateada que avanzaba hacia el altar por el pasillo central de la iglesia. Manuel. Apenas llevaba dos semanas de cautiverio, pero al oír la voz el sacerdote se sintió como si hubiera estado muerto para el mundo.

—¿Quién es? —dijo, suspicaz, la voz.

—Soy su amigo, el padre Árguedas.

Los ojos del sacerdote se cuajaron de lágrimas: alzó una mano para separarse de la gente y se fue a un rincón, entre los lustrosos pliegues de los cortinajes. Al otro lado de la línea reinaba el silencio.

—¿Es una broma?

—Manuel, no, soy yo el que llama.

—¿Padre?

—Estoy en… —dijo, pero desfalleció—. Estoy retenido.

—Lo sabemos todos, padre. ¿Está usted bien? ¿Le tratan bien? ¿Le dejan llamar por teléfono?

—Estoy bien. Estoy muy bien. Lo de la llamada, no, es una circunstancia especial.

—Decimos misa a diario por usted. —Ahora era la voz de su amigo la que temblaba—. Vine a casa a almorzar. Acabo de llegar. Si hubiera llamado cinco minutos antes no me hubiera encontrado en casa. ¿Está usted a salvo? Se oyen cosas terribles.

—¿Dicen misa por mí?

El padre Árguedas se enrolló la cortina en torno a un puño y recostó una mejilla contra el suave tejido. Que él supiera, sólo en una misa se le había mencionado, junto con otros veintitrés, el domingo anterior a tomar los sagrados hábitos. Y pensar que toda aquella gente, la gente por la que había orado, había estado rezando por él… Pensar que Dios oía su nombre pronunciado por tantas voces.

—Que recen por todos los que estamos aquí, terroristas y rehenes.

—Ya lo hacemos —dijo Manuel—. Pero la misa se ofrece en su nombre.

—No puedo creerlo —susurró él.

—¿Tiene la música? —preguntó Roxane a Gen, y éste hizo lo propio con el clérigo. El padre Árguedas recuperó la compostura.

—Manuel. —Tosió para intentar eliminar todo rastro de emoción en su voz—. Te llamo para pedirte un favor.

—Lo que usted quiera, amigo mío. ¿Quieren dinero?

El sacerdote sonrió al pensar que, con la cantidad de hombres adinerados que había allí reunidos, alguien pudiese pensar que iban a obligarle a pedir dinero a un profesor de música.

—Nada de eso. Necesito partituras. Tenemos aquí a una cantante…

—Roxane Coss.

—Lo sabes todo —dijo, reconfortado por la preocupación de su amigo—. Necesita música para poder practicar.

—Había oído que el pianista estaba muerto. Que le habían asesinado los terroristas. Y que le habían cortado las manos.

El padre Árguedas estaba escandalizado. ¿Qué más decía la gente de ellos ahora que no estaban?

—Nada de eso. Se murió solo. Era diabético.

¿Debía defender a la gente que le retenía? Desde luego, no podía acusárseles en falso de haberle cortado las manos a un pianista.

—Aquí no se está tan mal. La verdad es que no me importa. Hemos encontrado otro pianista. Hay una persona aquí que creo que toca muy bien.

Bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Puede que hasta mejor que el primero. Ella quiere cosas muy variadas, partituras de ópera, canciones de Bellini, y Chopin para el pianista. Tengo una lista aquí.

—No hay nada que ella desee y yo no tenga —dijo Manuel lleno de confianza.

El sacerdote oyó que su amigo buscaba papel y bolígrafo.

—Eso le dije yo.

—¿Le ha hablado de mí a Roxane Coss?

—Por supuesto. Por eso puedo llamarte.

—¿Ella ha oído mi nombre?

—Quiere cantar las partituras que nos traigas —dijo el sacerdote.

—Incluso encerrado consigue usted hacer el bien —suspiró Manuel—. Qué honor. Ahora mismo se las llevo. Me saltaré el almuerzo.

Los dos hombres repasaron la lista, y luego el padre Árguedas volvió a repasarla con Gen. Cuando todo estuvo acordado, el sacerdote le pidió a su amigo que no colgase. Dudó un instante y luego le tendió el teléfono a Roxane.

—Pídale que diga algo —le dijo a Gen.

—¿Qué?

—Lo que sea. No importa. Pídale que diga los nombres de las óperas. ¿Cree que lo hará?

Gen expresó la petición, y Roxane Coss tomó el teléfono de manos del sacerdote y se lo acercó a la oreja.

—¿*Hello*? —dijo.

—¿*Hello*? —remedó Manuel.

Ella miró al sacerdote y sonrió. Siguió mirándole mientras decía los nombres por teléfono.

—*La Bohème* —dijo—. *Così fan tutti.*

—Dios mío —susurró Manuel.

—*La Gioconda, I Capuleti e i Montecchi, Madame Butterfly*.

Fue como si una luz blanca hinchase el pecho del sacerdote, un brillo cálido que llevó lágrimas a sus ojos e hizo que su corazón latiese como los desesperados golpean de noche la puerta de las iglesias. De haber sido capaz de alzar las manos para tocarla, no estaba seguro de haber podido contenerse. Pero tanto daba. La voz le tenía paralizado, la música de sus palabras, el rítmico arco de los nombres que pasaban de sus labios al auricular y finalmente al oído de Manuel, a tres kilómetros de allí. El sacerdote supo entonces que sobreviviría. Que llegaría un día en el que se sentaría a la mesa de Manuel, en la cocina de su pequeño apartamento atestado de música, y que, sin rubor alguno, reconstruirían el placer de aquel

instante concreto. Tendría que vivir, siquiera para tomar aquella taza de café con su amigo. Y mientras recordaban, mientras intentaban colocar en orden los nombres que ella había pronunciado, el padre Árguedas sabría que había sido el más afortunado de los dos, porque él era a quien ella había mirado mientras hablaba.

—Deme el teléfono —dijo Simon Thibault a Messner cuando terminaron.

—Han dicho que una sola llamada.

—Me trae sin cuidado lo que hayan dicho. Deme el maldito teléfono.

—Simon.

—Están viendo la televisión. Deme el teléfono.

Los terroristas habían retirado el cable de todos los aparatos. Messner suspiró y le entregó el aparato.

—Un minuto.

—Se lo juro —dijo Simon. Ya estaba marcando el número. El teléfono sonó cinco veces y al fin saltó el contestador automático. Era su propia voz, diciendo primero en español y luego en francés que habían salido y que devolverían la llamada. ¿Por qué no había grabado Edith el mensaje? ¿En qué había estado pensando? Se llevó una mano a la cara y arrancó a llorar. El sonido de su propia voz le resultaba casi insoportable. Cuando se detuvo, se oyó un pitido largo y sordo.

—*Je t'adore* —dijo—. *Je t'aime, je t'adore.*

Todos se habían dispersado ya y ocupaban los sillones dormitando o haciendo solitarios. Después de que Roxane Coss se marchase y de que Kato retomase la carta que estaba escribiendo a sus hijos (¡cuántas cosas podía contarles ahora!), Gen se dio cuenta de que Carmen seguía en su puesto, y de que no contemplaba ni a la cantante ni al pianista. Le estaba observando. Sintió la misma rigidez que había sentido cuando ella le miró por primera vez. Aquel rostro, que adjudicado a un chico le había parecido guapo en exceso, no parecía parpadear, ni moverse, ni tan siquiera respirar. Carmen no llevaba puesta la gorra. Sus ojos, grandes y oscuros, estaban clavados en Gen, como si apartarlos significase reconocer que sí, que le había estado mirando.

Gen, pese a su habilidad con los idiomas, no sabía a veces qué

decir cuando dependía de sus propias palabras. De haber estado allí sentado el señor Hosokawa, éste le habría dicho a Gen: «Vaya a ver qué quiere esa chica», y Gen hubiera ido y le hubiera preguntado sin mayor dilación. Alguna vez había pensado que tenía el alma de una máquina, y que sólo era capaz de moverse cuando alguien le daba cuerda. Se le daba muy bien trabajar, y se le daba muy bien estar solo. Sentado en su apartamento entre libros y cintas, aprendía idiomas del mismo modo que otros hombres engatusan a las mujeres: con labia, primero, y luego con pasión. A veces desperdigaba sus libros sobre el suelo y cogía uno al azar. Leía a Czeslaw Milosz en polaco, Flaubert en francés, Chejov en ruso, Nabokov en inglés, Mann en alemán, y luego los alternaba: Milosz en francés, Flaubert en ruso, Mann en inglés… Era como un juego, un vistoso truco de prestidigitador que ejecutaba para sí mismo, en el que el cambio constante mantenía alerta la mente, pero aquello era difícilmente comparable a acercarse a una persona que le observa a uno desde el otro lado de una sala. Quizá los generales tuviesen razón después de todo.

Carmen se había colgado de su estrecha cintura un ancho cinturón de cuero, y en el costado derecho había remetido una pistola. Su uniforme verde no estaba tan sucio como el de sus compañeros, y el desgarrón de una pernera había sido zurcido primorosamente con la misma aguja que había usado Esmeralda para recomponer el rostro del vicepresidente. Tras acabar con su tarea, Esmeralda había dejado el carrete sobre la mesa, con la aguja clavada dentro, y Carmen se apresuró a hacerse con él en cuanto tuvo oportunidad. Había estado deseando hablar con el intérprete desde que supo cuál era su cometido, pero no se le ocurría ninguna manera de hablar con él sin revelarle que era una chica. Pero Beatriz ya se había encargado de ello, y ya no había secretos, no había motivos para esperar, excepto que parecía haberse quedado pegada a la pared. Él la había visto. La estaba mirando, y no parecía que las cosas fuesen a ir más allá. Ella no podía alejarse, y él parecía igualmente incapaz de caminar hasta donde estaba ella. Muy bien podrían haber pasado una vida entera en aquella tesitura. Ella intentó recuperar la agresividad, recordar todo lo que los generales le habían enseñado durante el adiestramiento, pero una cosa era hacerse con algo por el bien del pueblo y otra muy distinta pedir algo para uno mismo. Ella nada sabía de pedir.

—Mi querido Gen —dijo Messner, pasándole un brazo por los

hombros—. Nunca le he visto sentado y solo. Debe parecerle a veces que todo el mundo tiene algo que decir y nadie sabe cómo.

—A veces —dijo Gen distraído. Le daba la impresión de que si soplase hacia Carmen, la corriente se la llevaría y flotaría como una pluma.

—Usted y yo somos las doncellas de las circunstancias —Messner le hablaba a Gen en francés, el idioma que él hablaba en casa, en Suiza—. ¿Cuál sería el equivalente masculino de «doncella»?

—*Esclave* —dijo Gen.

—Sí, claro, esclavo, pero no suena tan bien. Creo que prefiero lo de doncellas. Suena mejor.

Messner se sentó junto a Gen en la banqueta del piano y buscó el blanco de la mirada de Gen.

—Dios santo —dijo en voz baja—. ¿Eso de ahí no es una chica?

Gen le dijo que así era.

—¿De dónde ha salido? No había mujeres. No me diga que han encontrado la manera de introducir más tropas.

—Siempre ha estado aquí —respondió Gen—. Hay dos. Lo que pasa es que no nos dimos cuenta. Ésa es Carmen. La otra, Beatriz, está viendo la televisión.

—¿Qué no nos dimos cuenta?

—Parece ser que no —dijo Gen, casi seguro de que él sí lo había notado.

—Vengo del despacho.

—Pues ha vuelto a pasar por alto a Beatriz.

—Beatriz. Y ésta es Carmen. Vaya —dijo Messner, poniéndose en pie—. Pues algo grave nos está pasando a todos. Sea mi intérprete. Quiero hablar con ella.

—Su español es bueno.

—Mi español es mediocre, y conjugo mal los verbos. Levántese. Mírela. Le está observando.

Era cierto. A Carmen le había entrado tal miedo al ver que Messner se disponía a acercarse a ella que perdió incluso la capacidad de parpadear. Miraba ahora con la misma fijeza con que miran las figuras de los retratos. Le rezó a santa Rosa de Lima para que le concediera el mayor de los dones: que la hiciera invisible.

—Una de dos: o tiene órdenes de vigilarle, amenazada de muerte, o tiene algo que decirle.

Gen se incorporó. Era intérprete. Iría y traduciría la

conversación de Messner. Con todo, sintió en el pecho un aleteo peculiar, una sensación no muy distinta a un picor, pero localizada justo debajo de las costillas.

—Qué cosa más rara. Y nadie ha comentado nada —dijo Messner.

—Estábamos todos pensando en el nuevo pianista —dijo Gen, a quien las rodillas le temblaban más y más con cada paso que daba. El fémur, la ronda, la tibia—. Nos habíamos olvidado de las chicas.

—Supongo que fue extraordinariamente sexista por mi parte dar por supuesto que todos los terroristas serían hombres. El mundo se moderniza, después de todo. Supongo que una chica puede convertirse en terrorista lo mismo que un chico.

—Yo no puedo imaginármelo —dijo Gen.

Cuando estuvieron a dos pasos de ella, Carmen encontró fuerzas para llevarse la mano derecha a la pistola, lo cual les disuadió de inmediato de intentar acercarse más.

—¿Tiene intención de dispararnos? —dijo Messner en francés, una frase sencilla que no podía decir en español porque no sabía cómo decir «disparar», y supuso que sería mejor aprenderla cuanto antes. Gen tradujo, y su voz pareció vacilante. Carmen, los ojos abiertos de par en par, la frente húmeda, nada dijo.

—¿Está seguro de que habla español? ¿Está seguro de que habla? —le preguntó Messner a Gen. Gen le preguntó a ella si hablaba español.

—Poquito —musitó.

—No dispares —dijo Messner, jocoso, y señaló la pistola. Carmen apartó la mano y cruzó los brazos sobre el pecho.

—No —dijo.

—¿Qué edad tienes?

Dijo que tenía diecisiete años, y supusieron que decía la verdad.

—¿Cuál es tu primera lengua? —preguntó Messner.

Gen le preguntó qué hablaba en su casa.

—Quechua —contestó—. Todos hablamos quechua, pero sabemos español.

Y entonces, en un primer intento por mencionar lo que le interesaba, dijo:

—Debería saber español mejor —dijo, y las palabras sonaron como un graznido apagado.

—Tu español es bueno —repuso Gen.

La expresión de su cara cambió con la alabanza. Hubiera sido

faltar a la verdad decir que sonrió, pero sus cejas se alzaron y la cara se le levantó cosa de un centímetro, como atraída por la luz del sol.

—Intento que sea mejor.

—¿Cómo ha acabado una chica como tú liada con semejante banda? —preguntó Messner. A Gen la pregunta le pareció excesivamente directa, pero evidentemente Messner sabía el suficiente español como para darse cuenta si le hacía otra pregunta distinta.

—Trabajo para liberar a la gente —dijo ella.

Messner se rascó la nuca.

—Siempre se trata de «liberar a la gente». Nunca he sabido a qué gente se refieren, ni de qué quieren liberarles exactamente. Evidentemente, soy capaz de ver los problemas, pero lo de liberar a la gente es tan vago… Es más fácil negociar con atracadores, la verdad. Esos sólo quieren dinero. Quieren desaparecer con el dinero y ser libres, y al diablo con la gente. Es una actitud mucho más directa, ¿o no?

—¿Me lo pregunta a mí o a ella?

Messner miró a Carmen y se disculpó en español.

—He sido un grosero —le dijo a Gen—. Mi español es muy malo —le dijo a Carmen—, pero yo también intento aprender.

—Sí —convino ella. No debería estar hablando así con ellos. Los generales podrían llegar en cualquier momento. Cualquiera podría verla. Se estaba exponiendo demasiado.

—¿Te tratan bien? ¿Estás bien de salud?

—Sí —repitió ella, aunque no estaba segura de por qué preguntaban.

—La verdad es que es una niña preciosa —le dijo Messner a Gen en francés—. Tiene una cara muy llamativa. Es casi un corazón perfecto. No se lo diga. Parece de las que se mueren de la vergüenza.

Se volvió hacia Carmen.

—Si necesitas algo, dínoslo a uno de los dos.

—Sí —dijo ella, capaz apenas de formar la palabra con los labios.

—No se ven muchos terroristas tímidos —dijo Messner en francés. Permanecieron todos en silencio, como si aquel fuera un momento embarazoso en una larga y aburrida *soirée*.

—Te gusta la música —dijo Gen.

—Muy bonita —musitó ella.

—Era Chopin.

—¿Kato ha tocado Chopin? —exclamó Messner—. ¿Los nocturnos? Qué lástima habérmelo perdido.

—Chopin tocó —dijo Carmen.

—No —dijo Gen—. El hombre que tocó era el señor Kato. La música que tocó la compuso el señor Chopin.

—Muy bonita —dijo ella de nuevo, y de pronto las lágrimas afloraron a sus ojos, y sus labios se entreabrieron, no para hablar, sino para respirar.

—¿Qué sucede? —dijo Messner. Estuvo a punto de tocarle el hombro, pero se lo pensó mejor. El grandullón a quien llamaban Gilberto la llamó desde la otra habitación, y al oír su nombre fue como si le devolviesen la capacidad de moverse. Se frotó rápidamente los ojos y pasó junto a los dos hombres sin siquiera un saludo. Ambos se giraron y la vieron cruzar apresuradamente el salón, y desaparecer luego en compañía del muchacho.

—Puede que la música le estuviese afectando —dijo Messner.

Gen se quedó contemplando el espacio en el que había estado ella.

—Para una chica debe de ser muy duro —dijo—. Todo esto. Siempre que Messner se iba rondaba una tristeza por la casa que a veces podía alargarse durante horas. Todo quedaba en silencio allí dentro, y nadie prestaba atención a los tediosos mensajes que la policía seguía transmitiendo desde el otro lado del muro. «Inútil», «Rendición», «No habrá negociación». Había llegado un punto en que las palabras no eran más que un zumbido sordo, el ruido airado de los avispones al atacar un nido. Entonces creían entender cómo se sentían los presidiarios cuando acababa la hora de visitas y no les quedaba otra cosa que hacer excepto sentarse en sus celdas y preguntarse si en el exterior se había hecho ya de noche. Aún estaban todos hundidos en la depresión vespertina, pensando en todos los parientes ancianos a los que nunca iban a visitar. Cuando Messner llamó de nuevo a la puerta. Simon Thibault asomó desde debajo de la pañoleta que llevaba al cuello, y el general Benjamín apremió al vicepresidente para que abriese la puerta. Rubén se tomó un instante para quitarse el trapo de fregar que se había colgado a la cintura. Los hombres armados le hicieron gestos de que se apresurase. Era Messner, lo sabían. Únicamente Messner llamaba a la puerta.

—Qué agradable sorpresa —dijo el vicepresidente.

Messner estaba de pie en la escalinata, cargando a duras penas con una pesada caja.

Los generales habían pensado que aquella desviación de la rutina indicaba un avance, una oportunidad de dejar toda la cuestión tras de sí. Tenían tantas, tantas ganas. Cuando vieron que no era más que otra entrega, el desengaño fue cruel. No quisieron saber nada de ello.

—No es hora —le dijo el general Alfredo a Gen—. Él sabe las horas a las que se le permite acudir.

El general Alfredo se había quedado dormido en su sillón. Desde que llegaron a la residencia del vicepresidente sufría un insomnio atroz, y quienquiera que le hubiese despertado de su cabezada lo iba a pagar caro. Soñaba siempre que las balas zumbaban junto a sus oídos. Cuando se despertaba tenía siempre la camisa empapada, y el corazón le latía descontrolado, y estaba más cansado que cuando se echó a dormir.

—Me pareció una circunstancia especial —dijo Messner—. Ha llegado la música.

—Somos un ejército —dijo Alfredo con sequedad—. No un conservatorio. Vuelva mañana a su hora y discutiremos la cuestión de la música.

Roxane Coss le preguntó a Gen si aquella era la música, y cuando él le dijo que sí se puso en pie. También el sacerdote se acercó a la puerta.

—¿Son de Manuel?

—Está al otro lado del muro —dijo Messner—. Él le envía todo esto.

El padre Árguedas juntó las manos ante los labios. «Dios todopoderoso y misericordioso, qué bueno es cantar nuestro agradecimiento y nuestras alabanzas en todo momento y lugar».

—Siéntense, los dos —dijo el general Alfredo.

—Meteré esto dentro —dijo Messner, y empezó a agacharse. Era sorprendente lo mucho que podía pesar la música.

—No —dijo Alfredo. Le dolía la cabeza. Estaba hasta las narices de ceder. Tenía que haber algo de orden en todo aquel asunto, algún respeto por la autoridad. ¿No era él quien tenía la pistola? ¿No valía eso de algo? Si él decía que la caja no entraba, la caja no entraba. El general Alfredo susurró algo al oído de Alfredo, pero Alfredo se limitó a repetir lo dicho.

—No.

Roxane tiró a Gen de la manga.

—¿Pero no es mío eso? Dígaselo.

Gen preguntó si la caja pertenecía a la señorita Coss.

—¡Nada pertenece a la señorita Coss! Es una prisionera, como el resto de ustedes. No está en su casa. No tiene un servicio especial de correo de uso exclusivo. Y no recibe paquetes.

El tono de voz de Alfredo hizo que los terroristas más jóvenes se pusiesen firmes y adoptasen un aspecto feroz; a muchos no les hizo falta más que llevar las manos a sus armas.

Messner suspiró y equilibró el peso sobre sus brazos.

—Entonces volveré mañana.

Lo dijo en inglés, para Roxane, y dejó que Gen tradujese para los generales.

Aún no se había marchado, estaba apenas a punto de salir de la casa cuando Roxane Coss cerró los ojos y abrió la boca. Más adelante se daría cuenta de que había sido muy arriesgado, tanto desde la perspectiva del general Alfredo, que podía haber visto en ello un acto de insurrección, como por el cuidado necesario del instrumento de su voz. Llevaba dos semanas sin cantar, y ni siquiera había tarareado una escala de calentamiento. Roxane Coss, vestida con unos pantalones de la señora Iglesias y una camisa blanca del vicepresidente, se plantó en el centro del salón y comenzó a cantar «O *mio babbino caro*», de *Gianni Schicchi* de Puccini. Debería haber tenido una orquesta a sus espaldas, pero nadie se dio cuenta. Nadie hubiera dicho que su voz podía sonar mejor con una orquesta, ni que todo hubiera sido mejor en una sala inmaculada e iluminada con velas. No se dieron cuenta de la ausencia de flores y champán; es más, comprendieron entonces que las flores y el champán eran detalles superfluos. ¿De verdad no había estado cantando hasta entonces? Su voz no había sonado más hermosa cuando estaba entrenada y preparada. Las lágrimas brotaron por tantos motivos que sería imposible anotarlos todos. Lloraron por la belleza de la música, por supuesto, pero también por el fracaso de sus planes. Pensaron en la última vez que la habían oído cantar, y de nuevo añoraron a las mujeres que entonces estaban a su lado. Todo el amor y la añoranza de que es capaz un cuerpo se concentraron en menos de dos minutos y medio de canción, y cuando llegó a las notas más altas les pareció a todos que todo cuanto habían recibido en sus vidas y todo cuanto habían perdido se juntaba hasta

constituir un peso casi imposible de soportar. Cuando acabó, quienes la rodeaban, aturdidos y temblorosos guardaron silencio. Messner se recostó contra la pared, anonadado. Él no estaba invitado a la fiesta. A diferencia de los demás, él nunca la había oído cantar.

Roxane dio un resoplido y se cuadró de hombros.

—Dígale —dijo—, que se acabó. Que o me da la caja ahora mismo o no volverá a oír una nota más, ni de mí ni del piano, durante el resto de este fallido experimento social.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Gen.

—No voy de farol —respondió la soprano.

Gen tradujo el mensaje, y todos los ojos se clavaron en el general Alfredo. Él se pellizcó el puente de la nariz e intentó alejar el dolor de cabeza, pero no pudo. La música le había aturdido hasta casi perder el conocimiento. Ya no podía mantenerse fiel a sus convicciones. Sólo podía pensar en su hermana, que había muerto de escarlatina cuando él no era más que un niño. Aquellos rehenes eran como niños malcriados, siempre pidiendo más y más. Nada sabían de lo que significaba sufrir. Le hubiera gustado salir de la casa en aquel instante y enfrentarse al sino que le esperaba al otro lado del muro, una vida entre rejas o una bala entre los ojos. Con tan poco sueño no estaba en condiciones de tomar decisión alguna. Cualquier conclusión le parecía una locura. Alfredo se dio la vuelta y recorrió el largo pasillo hacia el despacho del vicepresidente. Al poco rato pudieron oírse las voces apagadas del telediario, y el general Benjamín ordenó a Messner que entrase, y con voz seca ordenó a sus soldados que comprobasen minuciosamente el contenido de la caja, en busca de cualquier cosa que no fuese música. Intentó que pareciese que era su decisión, que él era quien estaba al mando, pero incluso él podía ver que ya no era cierto.

Los soldados le quitaron la caja a Messner y la vaciaron en el suelo. Había allí partituras sueltas y encuadernadas, cientos de páginas cubiertas con el alfabeto de la música. Las inspeccionaron cuidadosamente, y luego las sacudieron como si entre las páginas pudiese haber dinero suelto.

—Increíble —dijo Messner—. Ya he tenido que esperar a que la policía lo hiciera ahí fuera, y ahora otra vez.

Kato se arrodilló junto a los muchachos. En cuanto terminaban de examinar una hoja, Kato se la arrebataba. Fue separando cuidadosamente a Rossini de Verdi, y juntó Chopin con Chopin. A

veces se detenía y leía una página como si fuera una carta de casa, y su cabeza oscilaba con el ritmo de la melodía. Cuando encontraba algo particularmente interesante lo llevaba ante Roxane y se lo entregaba con una profunda reverencia. Entonces no le pedía a Gen que tradujese. Todo cuanto ella necesitaba estaba allí escrito.

—Manuel le envía sus saludos —le dijo Messner al padre Árguedas—. Ha dicho que si necesitan algo más, él se ocupará de encontrarlo.

El sacerdote sabía que estaba pecando de orgullo, pero aun así estaba contentísimo de haber sido capaz de contribuir a traer la música. No podía expresarse claramente aún; la voz de Roxane le tenía aún mareado. Intentó fijarse en si las ventanas estaban abiertas. Esperaba que Manuel hubiese sido capaz de escuchar siquiera una estrofa, una nota, desde donde se encontrase en la acera. Cuántas bendiciones había recibido en su cautiverio. Nunca había sentido tan cercano el misterio del amor de Cristo, ni siquiera cuando oficiaba misa, ni cuando recibía la comunión, ni tampoco cuando fue ordenado sacerdote. Se dio cuenta entonces de que apenas empezaba a vislumbrar el verdadero alcance del camino que estaba llamado a seguir, un camino que le llevaría a avanzar a ciegas hacia un sino que nunca conseguiría entender. En el destino está la recompensa, entregar nuestro corazón a Dios es un acto magnífico más allá de toda descripción. En el momento en que uno está seguro de que todo está perdido, ¡cuánto puede ganarse aún!

Roxane Coss no volvió a cantar aquel día. Ya le había pedido bastante a su voz. Se contentó con hojear las partituras, sentada en el pequeño sofá cercano a la ventana junto con el señor Hosokawa. Cuando uno de los dos tenía algo que decir llamaban a Gen, pero era sorprendente lo poco que le necesitaban. Él era un consuelo para ella. Al carecer de lenguaje, ella creía que él estaba en todo de acuerdo con ella. Ella tarareaba un par de compases de la partitura, para que él supiese qué estaba leyendo, y entonces estudiaban juntos las hojas. El señor Hosokawa no sabía leer música, pero lo aceptaba. No hablaba la lengua del libreto, ni la de la cantante, ni la del anfitrión. Empezaba a sentirse más cómodo con todo lo que había perdido y lo que no sabía. Además, comprobó con asombro cuánto tenía: la oportunidad de estar sentado junto a aquella mujer a última hora de la tarde mientras ella leía. Su mano rozaba la de él

al disponer las hojas sobre el sillón, entre ambos, y luego la cubría mientras seguía leyendo.

Al poco tiempo Kato se les acercó. Se inclinó primero ante Roxane y luego ante el señor Hosokawa.

—¿Cree que sería correcto que tocase? —le preguntó a su patrono.

—Creo que sería magnífico —dijo el señor Hosokawa.

—¿No cree que la importunaré mientras lee?

Roxane observó atentamente mientras el señor Hosokawa fingía tocar el piano, y luego asintió.

—Sí —dijo, asintiendo con la cabeza. Tendió la mano para ver la música. Kato se la entregó.

—Satie —dijo.

—Satie.

Sonrió y asintió de nuevo. Kato se acercó al piano y tocó. No fue como la última vez que tocó, cuando nadie podía creer que hubiera habido tanto talento entre ellos sin que nadie se diese cuenta. No fue en absoluto parecido al canto de Roxane, cuando pareció que el corazón de todos ellos tendría que esperar hasta que ella acabase para poder latir de nuevo. Satie no era más que música. Podían oír su belleza sin quedar paralizados por ella. Los hombres fueron capaces de seguir leyendo, o de mirar por la ventana, mientras Kato tocaba. Roxane continuó hojeando las partituras, si bien de vez en cuando se detenía y cerraba los ojos. Los únicos en comprender la importancia de la música eran el señor Hosokawa y el sacerdote. Cada nota era distinta. Era una unidad de tiempo que se les escurría entre los dedos. Era la interpretación de sus vidas en el momento mismo en que eran vividas.

Había otra persona allí que entendía la música, pero no era una invitada. De pie en el pasillo, asomada al salón, estaba Carmen, y Carmen, pese a no disponer de palabras para expresarlo, lo entendía todo perfectamente. De niña, dormida en su jergón, nunca soñó con placeres como aquellos. Nadie en su familia, en aquella familia que había quedado al otro lado de las montañas, habría podido comprender que existía una casa hecha de ladrillos y ventanas de vidrio sellado, en la que nunca hacía demasiado frío ni demasiado calor. Ella nunca hubiera podido imaginar que en el mundo hubiera vastas alfombras tejidas, semejantes a un prado florido, ni que existiesen techos bañados en oro, ni que pudiese haber pálidas mujeres de mármol a los lados de una chimenea que sostuviesen la

repisa sobre sus cabezas. Y aquello ya hubiera sido suficiente, la música y las pinturas y el jardín por el que patrullaba con su rifle, pero es que, además, tenían comida cada día, y en tanta abundancia que a veces se echaba a perder, por más que intentase ella comérsela toda. Tenían unas enormes bañeras blancas y una provisión inagotable de agua caliente que manaba de curvas espitas plateadas. Tenían montones de toallas blancas y suaves, y almohadas, y sábanas con bordados, y tanto espacio interior que uno podía pasear sin que nadie supiera a dónde había ido. De acuerdo, los generales querían algo mejor para el pueblo, pero ¿no eran ellos el pueblo? ¿Tan malo sería realmente si no pasaba nada, si se quedaban todos juntos en aquella casa tan generosa? Carmen rezó y rezó. Se acercó al sacerdote para rezar, para que su petición tuviese una credibilidad extra. Lo que pidió en sus plegarias no era nada. Rezó para que Dios se fijase en ellos y viese lo hermoso de su existencia y les dejase en paz.

Era noche de guardia para Carmen. Hubo que esperar hasta que todos se hubieron dormido. Algunos leían con linternas, otros se removían inquietos en el gran salón donde dormían juntos. Eran como niños, levantándose siempre para beber agua o ir al baño. Pero cuando todos estuvieron dormidos se deslizó entre ellos y buscó a Gen. Estaba en su sitio de siempre, dormido boca arriba en el suelo, junto al sofá en el que dormía su jefe. Gen se había quitado las gafas y las sostenía en una mano. Tenía una cara agradable, una cara en la que se almacenaba un conocimiento milagroso. Podía ver que sus ojos se movían bajo sus párpados, pero incluso si estaba soñando el resto del cuerpo no se movía. La respiración era firme y regular. A Carmen le hubiera gustado estar en su mente. Se preguntaba si estaría abarrotada de palabras, si habría compartimentos de idiomas dispuestos cuidadosamente uno encima de otro. En comparación, su cerebro era como un armario vacío. Él podía negarse, ¿y qué habría de malo en ello? No habría perdido nada. No tenía más que preguntar. No tenía más que decir las palabras, pero aun así, sólo de pensarlo se le secaba la garganta. ¿Qué experiencia tenía ella con pianos y con imágenes de la Virgen? ¿Qué experiencia tenía ella a la hora de pedir? Carmen contuvo el aliento y se tendió junto a Gen. Era tan silenciosa como la luz al caer sobre las hojas de los árboles. Tumbada junto a él,

acercó los labios a su oreja dormida. No tenía talento para pedir, pero era un genio a la hora de guardar silencio. Durante el adiestramiento, Carmen era la que podía caminar un kilómetro sin romper ni una ramita. Carmen era capaz de plantarse a la espalda de uno y tocarle la espalda sin hacer ruido alguno. La habían enviado a ella a destornillar la tapa de los conductos del aire acondicionado porque nadie se fijaría en ella. Alzó una plegaria a santa Rosa de Lima. Le pidió valor. Tras tantas oraciones ofrecidas por el don del silencio, le pidió entonces producir sonidos.

—Gen —susurró.

Gen soñaba que estaba en una playa griega, frente al agua. Desde detrás de una duna, alguien pronunciaba su nombre.

El corazón de Carmen se agitaba en su pecho. El bombeo de la sangre retumbaba en sus oídos. Lo que escuchó al esforzarse por oír fue la voz de la santa. «Ahora o nunca —le dijo santa Rosa—. Sólo estaré contigo un momento».

—Gen.

Y ahora la voz que le llamaba se alejaba, y Gen dejó la playa para seguirla, y siguió a la voz hasta estar despierto. Siempre resultaba confuso despertar en casa del vicepresidente. ¿En qué hotel estaba? ¿Por qué estaba en el suelo? Entonces recordó y abrió los ojos, pensando que el señor Hosokawa le necesitaba. Miró hacia el sofá, pero notó una mano sobre el hombro. Cuando se dio la vuelta, allí estaba el chico guapo. El chico no. Carmen. Su nariz casi tocaba la suya. Estaba sorprendido, pero no asustado. «Qué raro que esté tumbada», fue todo lo que pensó.

El ejército había renunciado recientemente a los focos que durante tanto tiempo habían iluminado las ventanas, y ahora la noche parecía de nuevo la noche.

—¿Carmen? —dijo. Messner debería verla así, a la luz de la luna. Cuánta razón tenía al decir que su cara tenía forma de corazón.

—Silencio —le dijo ella al oído—. Escucha.

¿Pero dónde estaban las palabras? Menos mal que estaba tumbada. El ritmo de su corazón era insufrible. ¿Podía él, pese a la oscuridad, ver que estaba temblando? ¿Podía notar su nerviosismo en las vibraciones del suelo? ¿Oía quizá el crujir de la ropa contra su piel?

«Cierra los ojos —le dijo santa Rosa—. Di tu plegaria».

Y de repente el aire llenó sus pulmones.

—Enséñame a leer —dijo rápidamente—. Enséñame a hacer letras en español.

Gen la miró. Tenía los ojos cerrados. Era como si él hubiera ido a tenderse a su lado, y no al revés. Las pestañas destacaban espesas contra el rubor de sus mejillas. ¿Estaba dormida? ¿Había hablado en sueños? Hubiera podido besarla, sin moverse un centímetro de donde estaba, pero desechó de inmediato la idea.

—Quieres leer en español —repitió Gen, en voz tan baja como la suya.

Jesús, pensó ella. Sabe ser sigiloso. Sabe hablar sin hacer ruido, como yo. Tomó aliento y abrió los ojos de golpe.

—Y en inglés —susurró. Sonreía. No podía evitarlo. Había conseguido pedirle todo lo que quería.

La pequeña Carmen, que siempre mantenía las distancias: ¿quién hubiera podido adivinar que sabía sonreír? Pero al ver su sonrisa hubiera podido prometerle cualquier cosa. Apenas sí estaba despierto. O quizá no lo estaba en absoluto. ¿La había deseado sin saberlo? ¿Tanto la había deseado que ahora soñaba que estaba tendida a su lado? Las cosas que nos oculta la mente, pensó Gen. La de secretos que nos ocultamos a nosotros mismos.

—Sí —dijo—, inglés.

Tan grande era su alegría que se volvió osada. Alzó la mano y la puso sobre sus ojos. Le obligó a cerrarlos, suavemente. La mano era fría y suave al tacto. Olía a metal.

—Duerme —le dijo—. Duerme.

6

Años después, cuando la gente que pasó por aquel periodo de internamiento lo recordaba, distinguían siempre dos etapas: antes y después de la caja.

Antes de la caja, los terroristas controlaban la casa del vicepresidente. Los rehenes, aun cuando no habían sido amenazados directamente, rumiaban lo inevitable de sus muertes. Incluso si tenían la inmensa suerte de no ser ejecutados mientras dormían, habían comprendido ya cuál era su sino, antes y después de la liberación. Todos y cada uno de ellos acabarían muriendo. Por supuesto, era algo que todos sabían, pero ahora la muerte se sentaba en sus pechos por la noche y les miraba fría y hambrienta a los ojos. El mundo era un lugar peligroso, y el concepto de seguridad personal un cuento como el que se cuenta a los niños a la hora de dormir. Bastaba con tomar el desvío equivocado para que todo acabase. Pensaron en la inane muerte del primer pianista. Le echaban de menos, sí, pero con qué facilidad, con qué genio le habían reemplazado. Echaban de menos a sus esposas e hijas. Estaban vivos en la casa, ¿pero qué más daba? La muerte les estaba sorbiendo ya la vida de los pulmones. Se sentían débiles y apáticos. Aquí y allá, los presidentes de grandes compañías se desplomaban en sus sillones y dejaban vagar la vista por la ventana, y los diplomáticos hojeaban revistas sin fijarse en las fotografías. Había días en los que casi no tenían fuerzas para pasar las páginas.

Pero todo cambió en la casa cuando Messner llevó la caja. Los terroristas tenían aún las armas y bloqueaban las salidas, pero ahora Roxane Coss estaba al mando. Para ella, la mañana empezaba a las seis en punto, porque se despertaba al entrar la luz por su ventana, y una vez despierta quería trabajar. Se daba un baño y desayunaba dos tostadas y una taza de té que le preparaba Carmen, servida en una bandeja de madera amarilla escogida por el vicepresidente para aquel propósito. Ahora que Roxane sabía que Carmen era una chica, le dejaba que se sentase en la cama con ella y que bebiese de su

taza. Le gustaba trenzar el cabello de Carmen, que era negro y lustroso como una mancha de petróleo. Algunas mañanas, el peso de sus cabellos entre los dedos era lo único que tenía sentido para ella. Resultaba reconfortante imaginar que se le había retenido para trenzar el cabello de aquella muchacha. Era la Susana de Mozart. Y Carmen era la condesa Rosina. Su cabello caía, ondulado y perfecto, en largos lazos. No podían decirse nada la una a la otra. Cuando Roxane terminaba, Carmen se ponía a su lado y le cepillaba el cabello hasta que destellaba, y luego lo recogía en una trenza idéntica. De esta forma, y sólo durante el ratito que compartían durante las mañanas, eran hermanas, amigas, iguales. Eran felices cuando estaban las dos juntas. Nunca pensaban en Beatriz, que jugaba a los dados con los chicos tras la puerta de la despensa en la cocina.

A las siete de la mañana, Kato esperaba a Roxane junto al piano, recorriendo el teclado con los dedos. Ella había aprendido a desear los buenos días en japonés, «*Ohayo gozaimasu*», y Kato conocía un puñado de frases que incluían «buenos días», «gracias» y «hasta luego». Aquello constituía el conjunto de sus conocimientos de la lengua del otro, de modo que repetían «buenos días» cuando paraban para descansar o cuando se cruzaban por el pasillo antes de acostarse. Se comunicaban pasándose partituras. Si bien su relación no era ni mucho menos democrática, Kato, quien, tendido sobre la pila de abrigos en la que dormía de noche, leía la música que el amigo del sacerdote había enviado, escogía a veces piezas que él quería escuchar, o composiciones que le parecían apropiadas para la voz de Roxane. Al entregar sus sugerencias creía actuar con increíble presunción, pero ¿qué importaba aquello? Era vicepresidente de una gigantesca multinacional, un hombre de números, que recientemente se había visto ascendido a pianista. Ya no era él mismo. Era alguien a quien nunca hubiera imaginado.

A las siete y cuarto comenzaban las escalas. Aquella primera mañana aún había gente durmiendo. Pietro Genovese dormía bajo el piano, y cuando sonaron los acordes pensó que oía las campanas de San Pedro. No importaba. Era hora de trabajar. Ya habían perdido demasiado tiempo llorando en el sofá, o mirando por la ventana. Ahora había música, y un pianista. Roxane Coss había arriesgado su voz con *Gianni Schicchi*, y pudo comprobar que seguía en su sitio.

—Nos estamos apolillando —le había dicho al señor Hosokawa

el día anterior—. Todos. Estoy harta. Si me tienen que pegar un tiro, tendrán que pegármelo mientras canto.

De ese modo supo el señor Hosokawa que ella estaría a salvo, porque nadie podría disparar contra ella mientras cantase. Por extensión, todos quedaban a salvo, de modo que se arremolinaron en torno al piano para escuchar.

—Échense atrás —dijo Roxane, e hizo señas con las manos de que se alejasen—. Me va a hacer falta el aire.

Lo primero que cantó aquella mañana fue el aria de *Rusalka*, pues recordaba que era la que el señor Hosokawa había solicitado que cantase por su cumpleaños, antes de conocerle, antes de saber nada. Cuánto le gustaba aquella historia: el espíritu del agua que suspira por ser mujer y así abrazar a su amado con brazos de verdad, en lugar de frías olas. Cantaba aquella aria en casi todas sus representaciones, pero nunca hasta entonces le insufló la compasión y comprensión que puso en ella aquella mañana. El señor Hosokawa notó la diferencia en su voz, y se le saltaron las lágrimas.

—Canta el checo como si fuera nativa —le dijo a Gen.

Gen asintió. Nunca se atrevería a refutar la belleza de su canto, ni la húmeda calidez de su voz, tan adecuada para la acuosa Rusalka, pero de nada hubiera servido decirle al señor Hosokawa que aquella mujer no sabía ni palabra de checo. Cantaba la pasión de cada sílaba, pero ninguna sílaba conseguía formar palabras reconocibles del idioma. Estaba bastante claro que había memorizado fonéticamente el libreto, y que cantaba su amor por Dvorák, y por la traducción de la historia, pero también que la lengua checa le era completamente ajena. Tampoco era un crimen, después de todo. ¿Quién iba a saberlo, excepto él? No había ningún checo entre ellos.

Roxane Coss cantaba rigurosamente unas tres horas cada mañana y de nuevo a última hora de la tarde, si se sentía con fuerzas. Y durante aquellas horas nadie pensaba ni por asomo en la muerte. Pensaban en su canto y en la canción, en el dulce esplendor de su registro. Muy pronto, los días quedaron divididos en tres estados de ánimo: la anticipación de su canto, el placer de su canto y la reflexión sobre su canto.

Aun cuando el poder se les había escapado de las manos, a los generales no parecía importarles. El callejón sin salida en que se había convertido la misión les resultaba ahora menos deprimente, y a veces conseguían dormir incluso sin sobresaltos. El general

Benjamín seguía llevando la cuenta de los días en la pared del comedor. Tenían más tiempo para concentrarse en las negociaciones. Entre ellos hablaban del canto como si hubiese formado parte de su plan. Calmaba a los rehenes. Centraba a los soldados. Tenía incluso el curioso efecto de silenciar el escándalo proveniente del otro lado del muro. Era fácil imaginar que, con las ventanas abiertas, la gente de la calle podía oírles, porque tan pronto abría la boca para hablar cesaba el chirrido constante de los megáfonos; al cabo de pocos días, el megáfono no volvió a oírse. Se imaginaban cómo estaría la calle. Abarrotada de gente; nadie comía patatas fritas, ni tosía, todos se esforzaban por oír la voz que habían oído sólo en discos y en sueños. Era el concierto diario organizado por los generales, o así lo creían ellos. Un regalo para el pueblo, una distracción para el ejército. La habían secuestrado con un propósito, después de todo.

—Haremos que cante más —dijo el general Héctor en el dormitorio de invitados de la planta baja que habían convertido en cuartel general. Se estiró bajo el dosel de la cama y apoyó las botas sobre el edredón bordado de color marfil. Benjamín y Alfredo estaban sentados en unos sillones con enormes estampados de peonías a juego.

—No hay motivo para que no cante unas cuantas horas más al día. Y cambiaremos las horas para tenerlos desconcertados.

—También le diremos lo que tiene que cantar —dijo Alfredo—. Debería cantar en español. Tanto italiano… No es eso lo que queremos. Además, puede que esté enviando mensajes sin que nosotros lo sepamos.

Pero el general Benjamín, pese a su ocasional participación en estas fantasías, sabía que todo lo que obtenían de Roxane Coss era algo por lo que estar agradecidos.

—No me parece que se lo podamos pedir.

—No se lo vamos a pedir —dijo Héctor, al tiempo que se rebullía en el cojín—. Se lo vamos a ordenar.

Su voz sonaba serena y fría. El general Benjamín esperó un instante. Ella cantaba ahora, y dejó que el sonido de su voz se adueñase de él mientras pensaba la mejor manera de explicarse. «¿No es evidente? —hubiera querido decirles a sus amigos—. ¿Es que no lo oís?»

—La música es diferente, creo. Así lo veo yo. Lo hemos organizado todo perfectamente, pero si nos excedemos…

Benjamín se encogió de hombros. Alzó una mano para tocarse la cara, y lo pensó mejor.

—… Puede que nos quedemos sin nada.

—Si le pusiéramos una pistola en la sien cantaría todo el día.

—Inténtalo primero con un pájaro —le dijo el general Benjamín a Alfredo—. Ellos, al igual que nuestra soprano, son incapaces de entender la autoridad. El pájaro no entiende lo suficiente como para tener miedo, y el que sostiene el arma acaba pareciendo un lunático.

Cuando Roxane acabó de cantar, el señor Hosokawa en persona fue a buscarle un vaso de agua, fresca y sin hielo, tal y como le gustaba. Rubén Iglesias había fregado recientemente el suelo de la cocina y lo había encerado a mano y centelleaba ahora como la luz sobre la superficie de un lago. Al recoger el cazo de agua que él mismo había hervido aquella mañana, el señor Hosokawa se preguntó si podría afirmar que aquellos eran los mejores días de su vida. No podía ser, ¿verdad? Estaba retenido contra su voluntad en un país que no conocía, y cada día se veía en el punto de mira de un chiquillo armado. Su dieta se componía de bocadillos de carne reseca y refrescos, dormía en una sala con más de cincuenta hombres, y aunque disfrutaba de irregulares privilegios en la lavadora, empezaba a plantearse la necesidad de pedirle al vicepresidente un segundo par de calzoncillos de su guardarropa. Entonces, ¿a qué se debía la sensación de bienestar, el gran afecto que sentía por todos? Contempló la niebla y el mal tiempo a través de la ventana de la cocina. En su niñez no había sufrido la pobreza, pero sí mucho sacrificio: la muerte de su madre cuando él contaba diez años; la lucha de su desconsolado padre por seguir adelante hasta que se reunió con ella el año en que Katsumi Hosokawa cumplió los diecinueve; sus dos hermanas, desaparecidas en sus distantes matrimonios… No, aquella familia no le había proporcionado una felicidad mayor. Los años que pasó levantando Nansei eran como un huracán en su memoria, un viento desaforado que había arrastrado todo a su paso. Muchas noches había dormido con la cabeza apoyada en el escritorio; había olvidado vacaciones, cumpleaños, estaciones enteras. Su incansable trabajo había dado pie a una gran industria y un enorme beneficio personal, pero ¿felicidad? Era una palabra que le habría desconcertado, cuya

importancia hubiera sido incapaz de comprender, pese a que su significado era evidente.

De modo que sólo quedaba su familia, su esposa y sus dos hijas. Ellas eran la cuestión. Si no había obtenido felicidad de ellas, era la culpa suya. Su esposa era la hija de un amigo de su tío. En el país ya no se estilaban los matrimonios convenidos, pero lo cierto es que se le había buscado esposa porque a él le faltaba el tiempo para buscarla por su cuenta. Habían pasado el noviazgo sentados en casa de los padres de ella, comiendo dulces y hablando poco. Él estaba entonces ya cansado, siempre trabajando, e incluso después de casados a veces olvidaba que tenía esposa. Podía suceder que volviese a casa a las cuatro de la madrugada y se sobresaltase al verla en la cama, su negra y larga cabellera esparcida sobre la almohada. «Así que ésta es mi mujer», pensaba entonces, y se dormía junto a ella. La situación fue cambiando, evidentemente. Habían acabado por depender el uno del otro. Eran una familia. Ella era una excelente esposa, una madre excelente, y estaba seguro de haberla amado a su manera, pero ¿felicidad? No era eso lo que recordaba al pensar en su esposa. La recordaba ahora esperando a que regresase a casa tras el trabajo, sirviéndole una bebida y comprobando el correo; no vio felicidad, sino eficiencia, una eficiencia que hacía que sus vidas transcurriesen plácidamente. Era una mujer honorable y una esposa abnegada. Le había visto leer novelas de misterio, pero ella nunca las comentaba. Escribía cartas preciosas. Era un gran consuelo para las niñas. Le asaltó la duda de si la conocía en realidad. Se preguntó si alguna vez la había hecho feliz. Su propia felicidad era algo que él mantenía aparte y disfrutaba al regresar de una cena de negocios y disponer de tiempo con su estéreo. La felicidad, si no se equivocaba al usar la palabra, era algo que hasta entonces había experimentado sólo en la música. Y lo experimentaba aún en la música. La única diferencia estribaba en que ahora la música era una persona. Estaba sentada a su lado en el sofá, leyendo. Le había pedido que se sentase junto a ella. En ocasiones le tomaba de la mano, un gesto tan sorprendente y maravilloso que a duras penas conseguía respirar. Ella le preguntaba: «¿Le gusta esta pieza?», o «¿Qué le gustaría que cantase?». Era aquello algo con lo que nunca había soñado: el calor de una persona unido a la música. Sí, su voz, su voz por encima de todo, pero también estaban sus delicadas manos a tener en cuenta, y la trenza de sus cabellos caída sobre un hombro, y la piel pálida y

suave de su cuello. Y su enorme poder. ¿Había conocido alguna vez a un empresario que suscitase tanto respeto? Pero por encima de todo estaba el misterio de por qué le había escogido a él para sentarse a su lado. ¿Era posible que una felicidad semejante hubiese existido siempre en el mundo, sin que él hubiese oído jamás hablar de ella?

El señor Hosokawa procuró serenarse. Llenó el vaso y cuando regresó, Roxane estaba sentada al piano, acompañada por Gen.

—Le he hecho esperar —dijo.

Ella aceptó el vaso y esperó la traducción.

—Eso es porque el agua es perfecta —dijo—. La perfección requiere tiempo.

Gen repartía sus frases como un empleado de banca que acepta y entrega fajos de billetes sobre el mostrador de mármol. Escuchaba a medias cuanto tenían que decirse. Intentaba aún buscarle sentido a la noche anterior. La chica a la que observaba, Carmen, le había preguntado algo, y él había estado de acuerdo, pero ¿dónde estaba ahora? No la había visto en toda la mañana. Había intentado mirar discretamente por los pasillos, pero los chicos armados le devolvían siempre al salón. Había días en los que no se oponían a que los rehenes deambulasen, y otros en los que parecían pensar que el mayor placer del mundo consistía en rechazar a culatazos a la gente. ¿Dónde iba a encontrarse con ella, y cuándo? Él no había preguntado nada. Pese a sus indicaciones, no había sido capaz de volverse a dormir. No podía dejar de pensar cómo era posible que una chica así hubiese entrado por los conductos del aire acondicionado con unos criminales. Pero ¿qué sabía él? Quizá hubiese matado a gente. Quizá atracaba bancos, o tiraba cócteles Molotov por las ventanas de las embajadas. Quizá Messner tuviese razón: los tiempos cambiaban.

Beatriz se le acercó y le tocó bruscamente el hombro, interrumpiendo la conversación entre el señor Hosokawa y Roxane y sus propios pensamientos.

—¿Es ya la hora de María? —preguntó, porque no quería llegar tarde a la telenovela. Tan pronto hubo hablado se llevó el húmedo extremo de la trenza a la boca y continuó chupeteándolo. Gen se imaginó que en el estómago le crecía un pegotón de pelos enredados.

—Quince minutos —dijo, consultando su reloj. Como tantas otras cosas, el comienzo de la telenovela había pasado a ser

responsabilidad suya.

—Ven a decirme cuándo.

—¿Es por su programa? —preguntó Roxane.

Gen asintió, y le dijo a Beatriz en español:

—Te lo enseñaré en el reloj.

—El reloj me da igual —dijo Beatriz.

—Me preguntas cada día. Me preguntas cinco veces.

—A otra gente también —saltó ella—. No sólo a ti.

Sus ojillos se empequeñecieron mientras rumiaba si acababan de insultarle. Gen se quitó el reloj.

—Pon la muñeca.

—¿Se lo va a dar? —preguntó el señor Hosokawa.

—¿Por qué? —preguntó Beatriz, suspicaz.

Gen dijo en japonés:

—Estoy mejor sin él.

Y luego, a Beatriz:

—Voy a hacerte un regalo.

A ella la idea de un regalo le gustó, aun cuando no tuviese casi experiencia personal en ese aspecto. En televisión, el novio de María le había hecho a ésta un regalo, un dije de oro en forma de corazón con su fotografía dentro. Se lo colgó del cuello antes de que ella le abandonase. Pero cuando él se hubo ido, ella se lo llevó a los labios y lloró sin cesar. Un regalo le parecía un gesto magnífico. Beatriz tendió la muñeca y Gen le ató el reloj.

—Mira la manecilla grande —dijo, señalando con la uña sobre el cristal—. Cuando llegue aquí arriba, a las doce, sabrás que es la hora.

Ella estudió el reloj detenidamente. Era verdaderamente hermoso: el vidrio redondo, la correa de suave cuero, la manecilla, no más gruesa que un cabello, que recorría lenta y constantemente la esfera. A ella le pareció el mejor de los regalos, mejor incluso que el dije porque el reloj además hacía algo.

—¿Ésta? —preguntó, indicando una de las tres manecillas. Tres manecillas, qué raro.

—La de los minutos sobre las doce y la pequeña, la de las horas, sobre el uno. Es fácil.

Pero no era demasiado fácil, y Beatriz temía olvidarlo. Temía equivocarse al leerlo y acabar perdiéndose el programa. Temía equivocarse y tener que volver a preguntar: estaba segura de que Gen se burlaría de ella. Era mejor antes, cuando él le decía la hora.

Era su trabajo. Ella tenía mucho que hacer, y todos los rehenes eran unos gandules.

—No me interesa —dijo, e intentó desatar la correa.

—¿Qué problema hay? —preguntó el señor Hosokawa—. ¿No le gusta?

—Cree que es demasiado complicado.

—Tonterías.

El señor Hosokawa puso una mano sobre la muñeca de Beatriz para detenerla.

—Fíjate. Es muy sencillo.

Estiró el brazo y le mostró su propio reloj, que comparado con el de Gen era esplendoroso, un disco de oro del color de las rosas.

—Dos manos —dijo, sosteniendo las dos manos de ella—. Como tú. Muy sencillo.

—Tres manos —dijo Beatriz, señalando la única que parecía moverse.

—Eso son los segundos. En un minuto, sesenta segundos, un minuto, un círculo, y empuja la mano grande un minuto.

El señor Hosokawa explicó el tiempo, de los segundos a los minutos y las horas. No podía recordar cuándo había sido la última vez que había mirado su reloj o se había preguntado qué hora era.

Beatriz asintió. Pasó el dedo por la esfera del reloj de Gen.

—Ya es casi —dijo.

—Siete minutos más —dijo Gen.

—Iré a esperar.

Se preguntó si darle las gracias, pero no estaba segura de si era lo apropiado. Podría haberle quitado el reloj. Podría habérselo exigido.

—¿Carmen también sigue el programa? —preguntó Gen.

—A veces —contestó Beatriz—. Pero se olvida. No es fiel como yo. Hoy tiene guardia afuera, así que no lo verá, a menos que se ponga junto a la ventana. Cuando yo tengo guardia afuera estoy junto a la ventana.

Gen echó un vistazo a las puertas acristaladas al final de la sala que daban al jardín. Allí no había nadie. Sólo la garúa, y las flores que comenzaban a desbordar los parterres.

Beatriz sabía a quién estaba buscando, y se enfureció. A ella le gustaba Gen un poco, y a él debería gustarle ella, porque para eso le había hecho un regalo.

—Ponte a la cola —dijo con amargura—. Los otros chicos

también la esperan junto a la ventana. También la están buscando. Sería mejor que fueras con ellos.

Por supuesto, aquello no era verdad. La confraternización no estaba permitida entre las tropas, y ésa era una regla que nadie violaba.

—Me había preguntado algo —empezó a decir Gen, pero su voz no le sonó natural, y prefirió dejarlo. En realidad no le debía a Beatriz explicación alguna.

—Le diré que me has dado tu reloj.

Se miró la muñeca.

—Date prisa —dijo Gen—. Perderás tu sitio en el sofá.

Beatriz se fue, pero sin prisas. Se marchó como una chica que sabe exactamente de cuánto tiempo dispone.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó el señor Hosokawa a Gen—. ¿Estaba contenta con el reloj?

Gen tradujo la pregunta al inglés, para Roxane, y luego les respondió a ambos que no había manera de saber si estaba contenta o no.

—Muy inteligente por su parte regalarle el reloj —dijo Roxane —. Es menos probable que dispare sobre alguien que le ha hecho un regalo tan bonito.

¿Quién podía saber qué es lo que impide que una persona dispare sobre otra?

—¿Me disculpan, por favor?

El señor Hosokawa dejó que Gen se marchara. Antes había deseado que Gen estuviese siempre a su lado, por si necesitaba decir algo, pero empezaba a encontrarse a gusto en el silencio. Roxane buscó el teclado y le arrancó los primeros compases del *Claro de luna*. Luego tomó la mano del señor Hosokawa y pulsó de nuevo las notas, lentas, hermosas, tristes. Él fue siguiendo su ejemplo hasta que pudo tocarlo solo bastante bien.

Gen se acercó a la ventana y dejó vagar la mirada. La lluvia había cesado, pero el ambiente estaba todavía gris y pesado, como si anocheciese. Gen quiso mirar su reloj, seguro de que era demasiado pronto para el atardecer, y vio que su reloj ya no estaba. ¿Por qué estaba esperándola? ¿Porque quería enseñarle a leer? Ya tenía suficientes cosas que hacer. Todos los presentes en la sala tenían ideas necesitadas de traducción. Tenía suerte de poder estar un minuto a solas, de tener un minuto para mirar por la ventana. No le hacía falta más trabajo.

—He pasado horas frente a esta ventana —dijo un hombre en ruso—. Nunca llega nada. Se lo aseguro.

—A veces basta con mirar —dijo Gen, y mantuvo la vista al frente. Apenas había tenido oportunidad de hablar en ruso. Era la lengua que empleaba para leer a Pushkin y Turgenev. Le gustaba comprobar que era capaz de pronunciar tantas vocales ásperas, aun cuando sabía que su acento era deficiente. Debería practicar. Si uno quería verlo así, aquello era una oportunidad: una sala llena de nativos de otras lenguas. Victor Fyodorov era un hombre grande, con manos enormes y una muralla por pecho. Los tres rusos, Fyodorov, Ledbed y Berezovsky, se mostraban reservados, jugando a cartas entre ellos y fumando una cantidad al parecer inagotable de cigarrillos, de cuya procedencia nadie estaba muy seguro. Si los franceses podían entender algunas palabras de español, y los italianos recordaban algo del francés de la escuela, el ruso, como el japonés, era un idioma aislado. La más simple de las frases era recibida con miradas de incomprensión.

—Está usted siempre ocupado —dijo Fyodorov—. A veces le envidio. Le vemos siempre de aquí para allá, arriba y abajo, todos necesitan su ayuda. Seguro que usted envidia nuestra inactividad. Le gustaría disponer de tiempo a solas, ¿verdad? ¿Tiempo para mirar por la ventana?

Lo que el ruso le estaba diciendo es que lamentaba ser otra importunidad, otra frase necesitada de conversión, y que no le hubiera molestado de no ser importante.

Gen sonrió. Fyodorov había renunciado a la cortesía del afeitado y en algo más de dos semanas había conjurado una imponente barbaza. Para cuando saliesen de allí parecería Tolstoi.

—Tengo tiempo de sobras, incluso cuando estoy ocupado. Usted mismo sabe que estos son los días más largos de la historia. Mire, he renunciado al reloj. Estoy mejor sin saber la hora.

—Admirable —dijo el ruso, observando la muñeca desnuda de Gen. Se palpó la piel con un pesado índice—. Eso demuestra que usted piensa.

—Lo que quiero decir es que no piense que está malgastando mi tiempo.

Fyodorov se quitó también el reloj y lo guardó en un bolsillo, en prueba de solidaridad. Hizo rodar la mano para disfrutar su nueva libertad.

—Ahora podemos hablar. Ahora que nos hemos librado del

tiempo.

—Por supuesto —dijo Gen, pero apenas lo hubo dicho, dos figuras armadas avanzaron junto al muro del jardín. Tenían las gorras y las chaquetas caladas por la lluvia, y llevaban la vista baja, en lugar de mirar en derredor, tal y como imaginaba Gen que deberían hacer si realmente buscaban algo. Era difícil adivinar cuál de los dos era Carmen. Desde tan lejos, a través de la lluvia, volvía a ser un chico. Deseó que levantase la vista y le viese, que pensase que él la contemplaba, aunque era consciente de lo estúpido que resultaba todo. Aun así, había estado esperando para verla, y se sintió mejor, dando por supuesto que era ella y no un adolescente malhumorado más.

Fyodorov observó a Gen, y a las dos figuras del jardín, hasta que éstas hubieron pasado.

—Les observa usted —dijo en voz baja—. Muy listo. Yo soy vago. Al principio, seguía sus pasos, pero están por todas partes. Como conejos. Creo que de noche traen más.

A Gen le hubiera gustado señalar y decir: «Esa es Carmen», pero no sabía qué iba a explicar con eso. Se limitó a asentir.

—Pero no malgastemos el tiempo con ellos. Tengo mejores maneras de malgastar su tiempo. ¿Fuma usted? —le preguntó, tendiéndole una cajetilla azul de cigarrillos franceses—. ¿No? ¿No le importa?

Tan pronto encendió la cerilla, el vicepresidente apareció junto a ellos con un cenicero, o así les pareció, y lo depositó sobre una mesilla.

—Gen —dijo, con una leve inclinación—. Victor.

Repitió la inclinación, una cortesía aprendida de los japoneses, y se fue, reacio a interrumpir una conversación que no entendía.

—Un hombre magnífico, Rubén Iglesias. Casi me entran ganas de ser ciudadano de este país para poder votar por él como presidente.

Fyodorov dio una larga calada a su cigarrillo y luego expulsó lentamente el humo. Intentaba encontrar la manera adecuada de plantear su petición.

—Puede usted imaginar que hemos pasado mucho tiempo pensando en la ópera —dijo.

—Por supuesto —dijo Gen.

—¿Quién iba a decirnos que la vida fuera tan inesperada? Pensaba que a estas alturas ya estaríamos muertos, o al menos

rezando con regularidad por nuestras vidas, y en lugar de eso puedo sentarme a pensar sobre la ópera.

—Nadie hubiera podido predecirlo.

Gen se inclinó levemente hacia delante, para intentar ver a Carmen antes de que desapareciese por completo, pero ya era tarde.

—La música siempre me ha interesado mucho. La ópera en Rusia es muy importante. Ya lo sabe usted. Es algo casi sagrado.

—Puedo imaginarlo.

Hubiera deseado tener ahora el reloj. De haberlo tenido, podría haber calculado el tiempo que le llevaba volver a pasar frente a la ventana. Ella se convertiría en su reloj. Pensó en preguntarle a Fyodorov, pero era evidente que éste tenía la mente puesta en otras cosas.

—La ópera llegó tarde a Rusia. En Italia, la lengua se prestaba mejor a ese tipo de canto, pero a nosotros nos llevó más tiempo. Ya sabe usted que es una lengua complicada. Los cantantes que tenemos ahora en Rusia son magníficos. No tengo queja alguna del talento que alberga nuestra nación, pero en esta época en la que vivo sólo hay un genio verdadero. Muchos cantantes extraordinarios, muchas voces espléndidas, pero sólo un genio. Nunca ha estado en Rusia, que yo sepa. ¿No le parece que la probabilidad de verse atrapado en una casa con un genio verdadero es minúscula?

—Estoy de acuerdo —dijo Gen.

—Encontrarme aquí con ella y no ser capaz de decir nada es, pongámoslo así, desafortunado. Lo digo en serio, es frustrante. ¿Y si nos liberan mañana? No hay nada que desee más, y, sin embargo, es posible que pasase el resto de mi vida reprochándome: «no hablaste con ella. Estaba en la misma habitación que tú y no intentaste arreglártelas para decirle algo». ¿Cómo sería tener que vivir con ese pesar? La verdad es que no me preocupaba demasiado hasta que volvió a cantar. Mis propios pensamientos me mantenían preocupado, y las circunstancias, pero ahora que la música suena regularmente todo ha cambiado. ¿No le parece que lo que digo es cierto?

Y Gen tuvo que darle la razón. No había pensado en ello en aquellos mismos términos, pero era cierto. Había una diferencia.

—Y considerando que estoy retenido en un país que no conozco con una mujer a la que admiro, ¿qué probabilidades había de que estuviese presente alguien como usted, que tiene buen corazón y

habla mi lengua y la suya? Dígame ¿qué probabilidades había? ¡Una entre millones! Y ésa es, claro, la razón por la que me dirijo a usted. Quisiera contar con sus servicios como intérprete.

—No tiene por qué ser tan formal —dijo Gen—. Me alegra poder hablar con la señorita Coss. Podemos ir ahora. Le diré cuanto quiera usted que diga.

Al oír esto, el enorme ruso palideció y dio tres nerviosas caladas a su cigarrillo. Tan grandes eran sus pulmones que el pequeño cigarro se consumió casi por completo con este arranque.

—No hay por qué apresurarse, amigo mío.

—A no ser que nos liberen mañana.

Fyodorov asintió y sonrió.

—No me deja escapatoria —señaló a Gen con la colilla—. Usted está pensando. Me está diciendo que es hora de declararme.

Gen pensó que había entendido mal el verbo «declarar». Podía tener otros significados. Sabía hablar ruso, pero no era capaz de captar ciertos matices.

—Yo sólo le digo que la señorita Coss está ahí si quiere hablar con ella.

—Dejémoslo para mañana, ¿de acuerdo? Le hablaré por la mañana. —Palmeó el hombro de Gen—. Si es que somos tan afortunados. ¿Le parece bien por la mañana?

—Aquí estaré.

—Después de que haya cantado —dijo. Y luego añadió—: Pero sin atosigarla.

Gen le dijo que le parecía razonable.

—Bien, muy bien. Así tendré tiempo de preparar mis ideas. Estaré despierto toda la noche. Es usted muy bueno. Su ruso es muy bueno.

—Gracias —dijo Gen. Había pensado que quizá podrían hablar un rato sobre Pushkin. Había cosas que deseaba saber sobre *Eugene Onegin* y *La reina de picas*, pero Fyodorov se había ido ya, había vuelto a su rincón como un boxeador listo para el segundo asalto. Los otros dos rusos le esperaban, fumando.

El vicepresidente estaba en la cocina, contemplando una caja de verduras, pulpa de calabaza y oscuras berenjenas, tomates y cebollas amarillas. Le pareció mal síntoma que quienes tenían rodeada la casa empezasen a aburrirse del secuestro. ¿Cuánto

acostumbraban a durar aquellas crisis? ¿Seis horas? ¿Dos días? Después se echaba gas lacrimógeno y todo el mundo se rendía. Pero aquellos terroristas de saldo se las habían arreglado para evitar todo rescate. Quizá fuese porque había demasiados rehenes. Quizá fuera por el muro que rodeaba la residencia, o porque tenían miedo de matar accidentalmente a Roxane Coss. Por los motivos que fuesen, la situación había conseguido prolongarse más allá de las dos semanas. Era fácil suponer que ya no ocupaban la primera página de los diarios, y que habían caído al segundo o tercer puesto en los noticiarios de la tarde. La gente había seguido con sus vidas. Se había adoptado una postura más pragmática, evidenciada en la comida que tenía ante él. El vicepresidente imaginó que los rehenes eran un grupo de náufragos que observaban impotentes como el último helicóptero de rescate viraba al norte, hacia tierra firme. La prueba era la comida. Al principio eran todo platos preparados, bocadillos, estofados o pollo con arroz. Pronto se hizo necesaria cierta preparación, cuando el pan, la carne y el queso empezaron a llegar en bandejas separadas. Pero lo de ahora era algo muy distinto. Quince pollos crudos, rosados y fríos, cuyos estómagos pringaban de grasa la repisa; cajas de verduras, bolsas de judías secas, latas de manteca. Desde luego, era comida suficiente, los pollos parecían robustos, pero la cuestión era ¿cómo llevaba uno a cabo la transformación? ¿Cómo se convertía lo que tenía allí en comida? Rubén creía que le correspondía a él dar respuesta a la cuestión, pero no sabía nada de su propia cocina. No sabía dónde estaba el colador. No sabía distinguir la mejorana del tomillo. Se preguntó si su mujer sabría. Lo cierto es que se les había servido durante demasiado tiempo. Se había dado cuenta aquellas últimas semanas, mientras barría suelos y doblaba mantas. Quizá había sido útil en sociedad, pero en lo tocante a cuestiones domésticas se había convertido en poco menos que un perrito faldero. De niño no había aprendido a realizar las tareas de la casa. Nunca se le pidió que pusiese la mesa, ni que pelase una zanahoria. Su hermana le hacía la cama y doblaba su ropa. Fue necesario caer prisionero para aprender el funcionamiento de la lavadora y la secadora. Cada día había una lista interminable de tareas que requerían su atención. Incluso si hubiera trabajado sin descanso desde el momento en que se levantaba hasta el instante en el que se desplomaba rendido sobre un montón de sábanas, no habría podido mantener la casa del modo al que estaba acostumbrado. ¡Cómo brillaba su casa no hacía

tanto! Era imposible decir cuántas chicas iban y venían, desempolvando, sacudiendo, planchando camisas y pañuelos, barriendo la menor telaraña de los techos. Pulían las tiras de cobre al pie de la puerta de entrada. Se ocupaban de que la despensa estuviese repleta de pastelillos y remolacha en conserva. Dejaban a su paso por las habitaciones un rastro casi imperceptible de sales de baño (que les regalaba su esposa cada año por sus cumpleaños, un tarro grande y cilíndrico con una gran borla en la tapadera), y todo olía así a una pizca de jacinto espolvoreada de talco. Nada en la casa precisaba su atención, no debía preocuparse por nada en absoluto. Incluso a sus hijos los bañaban, peinaban y acostaban unas manos ajenas. Era perfecto, siempre, completamente perfecto.

¡Y sus invitados! ¿Qué gente era aquella que no llevaba nunca los platos al fregadero? A los terroristas al menos podía perdonarlos. Eran en su mayoría niños, y, además, se habían criado en la selva (al pensar esto recordó a su madre, que siempre que olvidaba cerrar la puerta de la entrada le decía: «¡te voy a llevar a vivir a la selva, que allí no tendrás que preocuparte de ninguna puerta!»). Los rehenes estaban acostumbrados a camareros y secretarios, y aunque tenían cocineros y doncellas lo más probable es que nunca los viesen. No sólo tenían quien se ocupase de sus hogares, sino que estos funcionaban con tanta eficiencia que ni siquiera tenían que ver las tareas.

Rubén podría haber dejado que todo se ajase, por supuesto. Después de todo, no era su casa. Podría haberse sentado a observar cómo las alfombras enmohecían con las salpicaduras de refrescos, y obviar la basura que rodeaba las rebosantes papeleras, pero él era, ante todo, el anfitrión. Le parecía que era su responsabilidad mantener cierto ambiente festivo. Pero lo que descubrió fue que, además, lo disfrutaba. No sólo lo disfrutaba, creía, con toda modestia, tener incluso cierta habilidad. Cuando se ponía de rodillas para encerar el suelo, éste brillaba en respuesta a sus esfuerzos. De todas las tareas a las que se enfrentaba la que más le gustaba era planchar. Le parecía increíble que no hubiesen confiscado la plancha. Blandida adecuadamente, estaba seguro de que sería tan mortífera como una pistola, pesada y caliente como era. Mientras planchaba las camisas de quienes las esperaban descamisados, pensaba en todo el daño que podría hacer. Evidentemente, no podría con todos (¿podía una plancha detener las balas?, se preguntaba), pero se llevaría a dos o tres por delante

antes de ser abatido. Con una plancha, Rubén podía caer luchando, y esta idea le hacía sentirse menos pasivo, más hombre. Introdujo la punta plateada de la plancha en un bolsillo, y luego recorrió con ella una manga. Lanzó nubes de agua vaporizada, y quedó empapado de sudor. El cuello, de eso se dio cuenta rápidamente, era la clave de todo.

Planchar era una cosa. Planchar estaba a su alcance. Pero en lo tocante a alimentos crudos estaba perdido, y no podía hacer más que contemplar cuanto había ante él. Decidió meter los pollos en la nevera. Había que evitar la carne recalentada, de eso estaba seguro. Luego fue a buscar ayuda.

—Gen —dijo—. Gen, necesito hablar con la señorita Coss.

—¿Usted también? —preguntó Gen.

—Yo también —respondió el vicepresidente—. ¿Por qué? ¿Hay cola? ¿Tengo que pedir la vez?

Gen negó con la cabeza y juntos fueron al encuentro de Roxane.

—Gen —dijo ella, y le tendió ambas manos, como si no le hubiese visto en varios días—. Señor vicepresidente.

Había cambiado desde la llegada de la música, o había vuelto a ser la de antes. Ahora se parecía más a la famosa soprano a quien se había traído a la fiesta por una suma exorbitante para que cantase seis arias. De nuevo irradiaba la luz que acompaña sólo a los muy famosos. Rubén siempre se sentía desfallecer cuando estaba tan cerca de ella. Llevaba puesto el jersey de su mujer, y un pañuelo de seda negra de su mujer anudado a la garganta. (¡Y cuánto quería su mujer aquel pañuelo, venido de París! Nunca lo lucía, excepto una o dos veces al año, y lo guardaba siempre en la caja original. ¡Con qué facilidad había rendido Rubén aquel tesoro a Roxane!) De improviso sintió la abrumadora necesidad de decirle lo que sentía por ella. Cuánto significaba para él su música. Consiguió controlarse centrándose en los pollos.

—Debe usted perdonarme —dijo el presidente, la voz quebrada por la emoción—. Ya hace usted demasiado por nosotros. Sus prácticas son como un regalo del cielo, aunque no puedo imaginar por qué las llama usted prácticas. Eso significaría que su canto es mejorable.

Se llevó los dedos a los ojos y sacudió la cabeza.

—No era eso lo que venía a decirle. Me preguntaba si podría importunarla con una petición.

—¿Hay algo que desee usted que cante?

Roxane acarició los bordes del pañuelo.

—Nunca me atrevería a sugerir nada. La canción que escoja usted es la canción que estaba deseando escuchar.

—Impresionante —le dijo Gen en español.

Rubén le dedicó una mirada en la que quedaba claro que no estaba interesado en apostillas.

—Necesito algo de asistencia en la cocina. Algo de ayuda. No me malinterprete usted, nunca le pediría a usted que hiciese nada, pero si pudiera usted darme algunas indicaciones para la preparación de la cena le estaría enormemente agradecido.

Roxane miró a Gen y pestañeó.

—Le ha entendido usted mal.

—No lo creo.

—Pruebe de nuevo.

El español, para los lingüistas, es como la rayuela para los triatletas. Si era capaz de arreglárselas en ruso y griego, difícilmente iba a malinterpretar una frase en español. Una frase, además, relativa a la preparación de una comida, no al estado del alma humana. El español era, después de todo, el idioma con el que trabajaba todo el día. Era lo más cercano a una lengua franca.

—Disculpe —le dijo Gen a Rubén.

—Dígale que necesito ayuda con la comida.

—¿Cocinar comida? —preguntó Roxane.

Rubén pensó en ello un instante; no quería que le ayudase a servir la comida, ni que la comiese ahora, de modo que sí, de lo que se trataba era de cocinar.

—Cocinar.

—¿Y por qué cree que sé cocinar? —le preguntó ella a Gen.

Rubén, cuyo inglés era malo pero no imposible, señaló que ella era una mujer.

—Imagino que las dos chicas no saben preparar más que platos nativos que pueden no ser del gusto de los demás —dijo por mediación de Gen.

—Esto es algo típico de los latinos, ¿verdad? —le dijo ella a Gen —. Ni siquiera me puedo sentir ofendida. Es importante recordar siempre las diferencias culturales.

Le dedicó a Rubén una sonrisa amable, pero desprovista de información.

—Me parece muy prudente —dijo Gen, y luego se dirigió a Rubén—: Ella no cocina.

—Cocina un poco —dijo Rubén.

Gen negó con la cabeza.

—Creo que no cocina en absoluto.

—No nació cantando ópera —dijo el vicepresidente—. Debe de haber tenido una infancia.

Incluso su esposa, que había nacido rica, que había sido una niña mimada y había dispuesto de todos los lujos, había aprendido a cocinar.

—Seguramente, pero imagino que había alguien que cocinaba para ella.

Roxane, ajena a este giro en la conversación, se reclinó sobre los cojines de seda dorada del sofá, alzó los brazos y se encogió de hombros. Era un gesto encantador. Y esas manos tan suaves, que nunca habían fregado un plato ni pelado una vaina.

—Dígale que la cicatriz tiene mucho mejor aspecto —le dijo a Gen—. Quiero decirle algo amable. Gracias a Dios que aquella chica seguía aquí cuando ocurrió. De otro modo me hubiera pedido también que le cosiese la cara.

—¿Quiere que le diga que no cose usted? —preguntó Gen.

—Mejor que lo sepa ahora.

La soprano sonrió de nuevo y dijo adiós con la mano al vicepresidente.

—¿Sabe usted cocinar? —le preguntó Rubén a Gen.

Gen pasó por alto la pregunta.

—Muchas veces he oído a Simon Thibault quejarse de la comida. Parece que sabe de lo que habla. Además, es francés. Los franceses saben cocinar.

—Hace dos minutos yo hubiera dicho lo mismo de las mujeres —dijo Rubén.

Pero Simon Thibault resultó ser el hombre que buscaban. Su rostro se iluminó al oír hablar de pollos crudos.

—¿Y verduras? —preguntó—. Gracias a Dios, algo que todavía no han echado a perder.

—Aquí tiene a su hombre —dijo Gen.

Juntos volvieron a la cocina, abriéndose paso por entre el laberinto de hombres y muchachos que deambulaban por el recibidor y el salón. Thibault examinó de inmediato las verduras. Sacó una berenjena de la caja y le dio vueltas entre sus manos. Casi podía ver su reflejo en la piel reluciente. Acercó la nariz a la bruñida superficie violácea. Olía a poca cosa, y, sin embargo, había

algo allí vagamente oscuro y terroso, algo vivo que le inducía a morder.

—Es una buena cocina —dijo—. Déjeme ver las sartenes.

Rubén abrió entonces los armarios y cajones, y Simon comenzó un inventario exhaustivo de batidores y cuencos, exprimidores, papel de cocina y cazuelas. Había allí ollas de todas las formas y tamaños concebibles, incluida una que debía pesar treinta kilos vacía y en la que podría haberse escondido a un niño menudo de dos años. Era una cocina acostumbrada a cenas de quinientos comensales. Una cocina preparada para alimentar a las masas.

—¿Dónde están los cuchillos? —preguntó Thibault.

—Los cuchillos están en el cinto de esos energúmenos —respondió el vicepresidente—. No sé si nos quieren descuartizar con el machete o serrarnos hasta la muerte con el cuchillo del pan.

Thibault tamborileó los dedos sobre las superficies de acero. Tenían buen aspecto, pero en París él y Edith tenían mármol. ¡Qué buen hojaldre se podía amasar sobre el mármol!

—No es mala idea —dijo—, no es mala idea. Casi prefiero que se queden los cuchillos. Gen, vaya a decirles a los generales que tendremos que cocinar, si no quieren que nos comamos los pollos crudos. Ya, ya sé que a ellos no les importa comer pollo crudo. Dígales que somos conscientes de carecer de la cualificación moral necesaria para manejar la cubertería, y que nos harán falta dos o tres guardias para cortar y rebanar. Pídales que envíe a las dos chicas, y quizá también al chico ese tan pequeño.

—Ismael —dijo Rubén.

—Ése si es un chico capaz de cargar con la responsabilidad —dijo Thibault.

Los guardias habían cambiado sus turnos, o cuando menos vio que otros dos jóvenes soldados se calaban la gorra y salían al exterior, pero Gen no vio a Carmen. Si había vuelto a entrar estaba en una zona de la casa inaccesible para los rehenes. Fue buscándola discretamente por todos los lugares a los que se le permitía entrar, pero sin suerte.

—General Benjamín —dijo, al encontrar al general repasando el periódico con unas tijeras en el comedor. Recortaba los artículos referentes a ellos, como si pudiera mantenerlos desinformados censurando el diario. La televisión estaba puesta a todas horas, pero

los rehenes eran expulsados de la sala tan pronto comenzaba el noticiario. Pese a ello, desde el pasillo conseguían oír algún que otro fragmento.

—Ha habido un cambio en los alimentos.

Pese a que Thibault era el diplomático, Gen creía estar en mejores condiciones de obtener lo que querían. Era la diferencia de temperamento. EL francés no estaba acostumbrado a ser deferente.

—¿Qué cambio es ése? —el general no alzó la vista.

—No está cocinada. Han enviado cajas de verduras y algunos pollos.

Al menos están desplumados. Al menos están muertos. Probablemente fuera solo cuestión de tiempo que la cena entrase por la puerta por su propio pie, y que la leche llegase dentro de la cálida ubre de una cabra.

—Pues cocínenla.

Recortó una tira alargada del centro de la tercera página.

—El vicepresidente y el embajador Thibault se disponen a ello, pero solicitan algunos cuchillos.

—Nada de cuchillos —dijo distraído el general.

Gen esperó un instante. El general Benjamín arrugó los artículos que había eliminado y formó con ellos un montoncito de bolitas de papel.

—Por desgracia, eso es un problema. Sé muy poco de cocina, pero tengo entendido que los cuchillos son imprescindibles en la preparación de comida.

—Nada de cuchillos.

—En ese caso, que a los cuchillos los acompañe alguien. Si pudiera usted destacar a algunos soldados que se encargasen de cortar, los cuchillos estarían controlados. Es mucha comida. Después de todo, somos aquí cincuenta y ocho personas.

El general Benjamín suspiró.

—Ya sé cuanta gente hay aquí. Le agradecería que no me lo recordara.

Alisó lo que quedaba del periódico y volvió a doblarlo.

—Dígame una cosa, Gen. ¿Juega usted al ajedrez?

—¿Al ajedrez? Sé jugar. No puedo decir que sea muy bueno.

El general juntó las yemas de sus dedos y se los llevó a la boca.

—Le enviaré a las chicas para que ayuden en la cocina —dijo. El herpes empezaba a cerrarse sobre su ojo. Estaba claro, incluso en aquella fase temprana, que el resultado sería desastroso.

—¿No podríamos tener a alguien más? Quizá Ismael. Es un buen muchacho.

—Basta con dos.

—El señor Hosokawa juega al ajedrez —dijo Gen. No debería ofrecer los servicios de su jefe a cambio de un pinche de cocina más, pero lo cierto era que el señor Hosokawa era bastante brillante en lo tocante al ajedrez. Siempre le pedía a Gen que jugase contra él en los viajes largos, y se sentía muy desilusionado cuando Gen no conseguía durar más de veinte movimientos. Pensó que el señor Hosokawa disfrutaría las partidas tanto como el general Benjamín.

Benjamín alzó la mirada, y en su rostro enrojecido e hinchado apareció reflejada la alegría.

—He encontrado fichas y tablero en el cuarto del chiquillo. Me gusta pensar que le hayan querido enseñar a jugar desde pequeño. A mí me parece un magnífico instrumento para formar el carácter. Yo mismo enseñé a mis hijos a jugar al ajedrez.

Aquello era algo sobre lo que Gen nunca había pensado: que el general Benjamín tenía hijos, que tenía un hogar, y una esposa, y una existencia ajena al grupo de los allí reunidos. Gen nunca había se había detenido a reflexionar acerca de dónde vivían. Seguramente en una tienda de campaña en plena selva, con hamacas tendidas entre las robustas ramas de los árboles. ¿O ser revolucionario era un trabajo como cualquier otro? ¿Se despedía de su esposa con un beso y la dejaba desayunando un té de coca en batín? ¿Llegaba a casa por las tardes y plantaba el tablero mientras descansaba las piernas y se fumaba un cigarrillo?

—Me gustaría mejorar mi juego.

—Bueno, quizá yo pueda enseñarle algo. La verdad es que no sé que podría yo enseñarle a usted.

El general Benjamín, junto con los soldados, sentía un enorme respeto por la habilidad de Gen con los idiomas. Suponían que si era capaz de hablar ruso e inglés y francés, muy posiblemente fuese capaz de hacer cualquier cosa.

—Se lo agradecería mucho —dijo Gen.

Benjamín asintió.

—Haga el favor de pedirle al señor Hosokawa que se pase por aquí cuando lo crea conveniente. No será necesaria la traducción. Tenga, escriba «Jaque» y «Jaque mate» en japonés. Me tomaré la molestia de aprenderlas si finalmente viene a echar una partida.

El general Benjamín cogió una de las pelotas de papel arrugado

y la volvió a alisar. Le tendió un lápiz a Gen y éste escribió las dos palabras sobre los titulares. Podía leerse: «Poca esperanza».

—Le enviaré ayuda para lo de la comida —dijo el general—. Enseguida estarán con ustedes.

Gen inclinó la cabeza. Quizá mostró más respeto del merecido, pero no había nadie allí para verlo.

Parecía que se les habían acabado todas las alternativas, encerrados como estaban en una casa con un adolescente armado y huraño frente a cada puerta. Ni libertad, ni confianza, ni siquiera para merecer un cuchillo con el que cortar un pollo. Las cosas más simples en las que habían creído, como que tenían derecho a abrir una puerta o eran libres de salir al exterior, habían resultado no ser ciertas. Pero algo sí era cierto: Gen no fue primero a ver al señor Hosokawa. Gen no le comentó nada del ajedrez. Si esperaba hasta la noche, ¿qué diferencia habría? El señor Hosokawa no sabría nunca que había retrasado la información. No había nadie en la casa que hablase español y japonés para decírselo. En el otro extremo de la sala, el señor Hosokawa estaba sentado en la banqueta de palisandro del piano. Que se quedase allí. Estaba contento de estar con ella. Ella le enseñaba algo de piano: primero eran las manos de ella las que recorrían el teclado, y luego las de él. Las notas, severas y repetitivas, creaban una música de fondo para el salón. Aún era demasiado pronto para decirlo, pero parecía más dotado para la música que para el español. Que se quedase allí de momento. Incluso desde aquella distancia, Gen podía ver cómo ella se recostaba contra él al buscar las notas más graves. El señor Hosokawa era feliz, a Gen no le haría falta ver su cara para saberlo. Sabía que su jefe era inteligente, animoso, razonable, y si bien Gen nunca hubiera pensado que fuera infeliz, tampoco hubiera dicho que obtuviera un placer particular de la vida. Así que ¿por qué disturbar aquella felicidad? Gen era muy capaz de tomar una decisión, y de ese modo el señor Hosokawa podría practicar sin interrupciones y Gen podría ir a la cocina, donde el vicepresidente Iglesias y el embajador Thibault discutían sobre salsas.

«Le enviaré a las chicas para que ayuden en la cocina», había dicho el general Benjamín.

Las palabras rondaban la cabeza de Gen como los acordes del *Claro de luna*. Fue a la cocina, y al empujar la puerta batiente alzó

ambas manos como un púgil tras una victoria sencilla.

—¡Mire eso! —anunció el vicepresidente—. Nuestro genio regresa victorioso.

—Lo estamos desperdiciando con tanto cuchillo y pinche de cocina —dijo Thibault en el buen español que había aprendido cuando creyó que sería el embajador de Francia en España—. Deberíamos enviar a este joven a Irlanda del Norte. Deberíamos enviarle a la franja de Gaza.

—Deberíamos darle el trabajo de Messner. Quizá entonces consiguiésemos salir de aquí.

—No han sido más que unos cuchillos —dijo Gen con modestia.

—¿Consiguió hablar con Benjamín? —preguntó Rubén.

—Por supuesto que habló con Benjamín —Thibault hojeaba ahora un libro de recetas del montón que tenía ante él. Pasaba los dedos a tal velocidad por la página que parecía estar leyendo en diagonal—. Ha tenido éxito, ¿no? Ya sabe que Alfredo y Héctor hubieran preferido el pollo crudo. Mejor así, para endurecer a la tropa. ¿Qué ha dicho nuestro buen camarada?

—Que nos enviará a las chicas. Dijo que no a Ismael, pero no me sorprendería que apareciese por aquí.

Gen tomó una zanahoria de la caja y la enjuagó bajo el grifo.

—A mí me golpearon en la cara con una pistola —dijo el vicepresidente en tono jocoso—, a usted le conceden personal.

—¿Qué les parece un simple *coq au vin*? —preguntó Thibault.

—Han confiscado todo el *vin* —respondió Rubén—. Siempre podemos enviar a Gen a hacer otra petición. Lo más seguro es que esté encerrado por aquí, a menos que alguien se lo haya bebido todo.

—No hay *vin* —dijo Simon Thibault, triste, como si fuera algo peligroso, como si fuera un cuchillo. Era imposible. En París, uno podía permitirse ser descuidado, podía permitir que se acabasen las reservas, porque todo cuanto pudiera uno necesitar estaba a media manzana de distancia: una caja, una botella, un vaso. Un vaso de borgoña en otoño, sentados a la mesa de la Brasserie Lipp, la luz cálida y amarillenta allí donde se reflejaba en el riel de cobre a lo largo de la barra. Edith con su jersey de cuello alto, el pelo estirado y recogido en un moño, las manos pálidas acunando la copa. Con qué facilidad podía verlo todo, la luz, el jersey, el rojo oscuro del vino tras los dedos de Edith. Cuando se trasladaron «al corazón de las tinieblas», se encargaron de que les fueran enviadas dos docenas

de cajas cada vez, vino suficiente para anegar una ciudad entera en tiempos de sequía. Thibault intentó convertir en bodega un simple y húmedo sótano de paredes de tierra. El vino francés era la base de la diplomacia francesa. Lo distribuía como quien reparte caramelos. Los invitados prolongaban su estancia en las fiestas. Se quedaban eternamente en el caminillo que conducía al portalón exterior, dando las buenas noches, pero nunca acababan de marcharse. Edith terminaba siempre por entrar en la casa y llevarles una botella a cada uno, que tenía que forzar entre sus manos reticentes. Entonces se perdían en la oscuridad, de camino a sus coches, portadores del premio.

—Esta es mi sangre —Thibault alzaba siempre su copa hacia su mujer cuando los invitados se habían ido ya—, que será derramada por ti y por ningún otro hombre.

Juntos volvían al salón y recogían las servilletas arrugadas y las pilas de platos. Hacía tiempo que la gobernanta había vuelto a casa. Aquello era un acto de intimidad, una auténtica expresión de amor. Estaban de nuevo solos. Estaban poniendo su hogar en orden.

—¿No hay algo así como *coq sans vin*?

Rubén se encorvó para ver mejor el libro. ¡Que todos aquellos libros hubiesen estado en su casa y él no los hubiera visto nunca…! Se preguntaba si le pertenecían a él o a la casa.

Thibault se echó la pañoleta de Edith sobre el hombro. Dijo algo acerca de asarlos y volvió la cabeza para seguir leyendo. Apenas había echado un primer vistazo a la página, la puerta se abrió de golpe y entraron tres, Beatriz, la más alta, la guapa Carmen y al final Ismael, cada uno con dos o tres cuchillos.

—Nos ha mandado llamar, ¿verdad? —le dijo Beatriz a Gen—. Ahora no estaba de guardia. Estaba viendo la televisión.

Gen miró el reloj de la pared.

—Ha pasado la hora de tu programa —le comunicó, intentando mantener la vista fija en ella.

—Retransmiten otras cosas —dijo—. Hay muchos programas buenos. «Que vayan las chicas». Siempre igual.

—No sólo han enviado a las chicas —dijo Ismael en defensa propia.

—Pero casi —dijo Beatriz.

Ismael enrojeció e hizo rodar el mango de madera de su cuchillo entre ambas manos.

—El general nos dijo que tuviéramos que venir a ayudar con la

comida —dijo Carmen. Hablaba con el vicepresidente. Nunca volvió los ojos hacia Gen, que tampoco la miraba, de modo que ¿por qué parecía que se miraran a los ojos?

—Os estamos muy agradecidos —dijo Simon Thibault—. Nada sabemos del uso de los cuchillos. Si se nos pusiese a cargo de algo tan peligroso como un cuchillo, en breves minutos tendríamos aquí un baño de sangre. No porque seamos asesinos, no vayáis a creer. Acabaríamos cortándonos los dedos y nos desangraríamos sobre el suelo.

—Pare —dijo Ismael, al que se le escapaba la risa. Recientemente le habían cortado el pelo y de cualquier manera. Su cabeza, cubierta antes de gruesos rizos, lucía ahora varios trasquilones. En algunas zonas se encrespaba como hierba, y en otras era liso y suave. Aquí y allá había desaparecido por completo, y se veían puntos de piel rosada, como en una cría de ratón. Le habían dicho que parecería mayor, pero lo único que parecía era un enfermo.

—¿Alguno de vosotros sabe cocinar? —preguntó Rubén.

—Un poco —dijo Carmen, sumida en la contemplación de sus pies sobre la cuadrícula blanca y negra del suelo.

—Claro que sabemos cocinar —prorrumpió Beatriz—. ¿Quién se cree que cocina para nosotros?

—Vuestros padres. Es una posibilidad —intervino el vicepresidente.

—Somos adultos. Nos cuidamos solos. No tenemos padres que nos cuiden como a niños.

Beatriz estaba enfurruñada porque se estaba perdiendo la televisión. Ella había hecho su trabajo, después de todo, había patrullado por el piso superior y había montado guardia dos horas frente a la ventana. Había limpiado y engrasado las armas de los generales y la suya propia. No era justo que la llamasen a ella a la cocina. A última hora de la tarde había un programa estupendo, una chica de chaleco estrellado y falda larga que cantaba canciones de vaqueros y bailaba con botas de tacones.

Ismael suspiró y dejó sus tres cuchillos sobre la repisa. Sus padres habían muerto. A su padre lo sacaron de casa unos hombres y nunca nadie lo volvió a ver. A su madre se la llevó una simple gripe once meses atrás. Ismael tenía casi quince años, aun cuando su cuerpo no aportara prueba alguna de ello. No era un niño, si ser un niño significaba tener padres que le preparasen la comida.

—O sea, que sabéis de cebollas —dijo Thibault, sosteniendo una.

—Más que tú —dijo Beatriz.

—Pues toma ese cuchillo tan peligroso y pica unas cuantas.

Thibault fue distribuyendo tablas de cortar y cuencos. ¿Por qué no consideraban las tablas instrumentos peligrosos? Sostenidos firmemente con ambas manos, era evidente que aquellos tablones de madera eran del tamaño adecuado para golpear a alguien en la nuca. Y ya puestos, ¿por qué no los cuencos? La terracota de tonos pastel parecía inofensiva cuando contenía plátanos, pero una vez rotos, ¿en qué se diferenciaban de un cuchillo? Con un fragmento de cerámica se podía atravesar un corazón igual de bien que con un cuchillo. Thibault le pidió a Carmen que picase ajos y cortase los pimientos en rodajas. Puso ante Ismael una berenjena.

—Pélala, quítale las semillas y córtala.

El cuchillo de Ismael era largo y pesado. ¿Quién de ellos empleaba el cuchillo de mondar en defensa propia? ¿Quién tenía el cuchillo de los pomelos? Cuando intentó retirar la piel hizo un corte de diez centímetros en la carne amarilla y esponjosa. Thibault le observó un rato y luego alzó las manos.

—Así no —dijo—. Así no habrá nada que comer. A ver, dame.

Ismael se detuvo, examinó su trabajo y le tendió el cuchillo y el vegetal herido. Se lo ofreció con la hoja vuelta hacia Thibault. ¿Qué iba a saber él de modales de cocina? Y entonces una vez Thibault lo tuvo todo en la mano, cuchillo y berenjena, con velocidad, con destreza, empezó a pelarla.

—¡Suéltalo! —gritó Beatriz. Al gritar dejó caer su propio cuchillo, la hoja cubierta aún de cebolla, y sobre el suelo se desparramó la cebolla picada como nieve húmeda y pesada. Beatriz desenfundó el arma y apuntó al embajador.

—¡Jesús! —dijo Rubén.

Thibault no comprendía qué era lo que había hecho mal. Al principio pensó que estaba enfadada porque había corregido la forma de pelar del muchacho. Pensaba que el problema era la berenjena, y por eso la soltó antes que el cuchillo.

—Baja la voz —le dijo Carmen a Beatriz en quechua—. Nos vas a meter a todos en un lío.

—Ha cogido el cuchillo.

Thibault alzó las manos desnudas y las abrió frente al arma.

—Yo le di el cuchillo —dijo Ismael—. Yo se lo di.

—Sólo iba a pelar —dijo Gen. No reconocía una sola palabra de

la lengua que empleaban.

—No debe agarrar el cuchillo —dijo Beatriz en español—. Nos lo dijo el general. ¿No escucháis?

Mantuvo el arma alzada, las pesadas cejas fruncidas. Sus ojos empezaban a lagrimear a causa de las cebollas, y todos las interpretaron mal cuando corrieron por sus mejillas.

—¿Qué te parece esto? —dijo con calma Thibault, las manos aún en alto—. Que todos se aparten de mí, y yo le enseñaré a Ismael cómo se pela una berenjena. Tú sigue apuntándome con el arma, y si te parece que voy a hacer algo raro me disparas. Dispárale también a Gen si ves que hago algo terrible.

Carmen bajó su cuchillo.

—No creo… —quiso decir Gen, pero nadie le prestaba atención. Sintió algo duro y pequeño en el pecho, como si un hueso de cereza se le hubiese alojado en el corazón. No quería que le disparasen, y tampoco quería que nadie propusiese que le disparasen.

—¿Te disparo? —dijo Beatriz. No estaba en su mano dar permiso, ¿verdad? Tampoco había tenido intención de dispararle a nadie.

—Venga —dijo Ismael, sacando su propia pistola y apuntando al embajador. Intentaba mantener la cara seria, pero sin éxito—. Yo también te dispararé si hace falta. Enséñame a pelar la berenjena. He matado a gente por menos de una berenjena.

«Berenjena», qué bonita palabra. Podría ser casi un nombre de mujer.

Thibault recuperó el cuchillo y se puso manos a la obra. Sus manos se mantuvieron firmes mientras pelaba con dos armas apuntándole. Carmen no participó. Siguió picando ajos, golpeando la tabla con su cuchillo en tajos rápidos. Thibault mantuvo la vista fija en el lustre oscuro de la piel morada.

—Es difícil hacerlo con un cuchillo tan largo. Se trata de insertarlo justo debajo de la superficie. Imagina que estás desollando un pez. Mira. De forma muy fluida. Es un trabajo delicado.

Todo el encanto de la berenjena cayó en tiras al suelo.

Había algo sedante en todo aquello, en la facilidad con que todo se desprendía.

—Vale —dijo Ismael—. Ya entiendo. Dámelo.

Dejó la pistola y extendió la mano. Thibault giró el cuchillo y le tendió el mango y otra berenjena. ¿Qué diría Edith cuando supiese

que le habían disparado por una berenjena y por encender la televisión? Puestos a morir, le hubiera gustado algo más de honor en su muerte.

—Bueno —dijo Rubén mientras se secaba la cara con un trapo —. Aquí nada es sencillo.

Beatriz se enjugó las lágrimas con la manga verde oscuro de su chaqueta.

—Cebollas —dijo, devolviendo la pistola recién engrasada al cinto.

—Me encantaría ocuparme de ellas en tu lugar si en algún momento me consideras capaz —le dijo Thibault, y fue a lavarse las manos.

Gen se quedó junto al fregadero, intentando decidir cuál era la mejor forma de plantear su pregunta. Lo dijese como lo dijese sonaba impertinente. Le habló a Thibault en francés.

—¿Por qué le ha dicho que podía dispararme? —susurró.

—Porque nunca dispararían contra usted. Les cae a todos demasiado bien. Ha sido un gesto inofensivo por mi parte. Me pareció que resultaba más convincente. Decirle que me disparase a mí… Eso sí sería un riesgo. Yo no les importo nada, y a usted le tienen en un altar. No es como si hubiera dicho que disparasen contra el pobre Rubén. Es posible que esa chica quiera matarle.

—Aun así —dijo Gen. Quería mostrarse firme en esta cuestión, pero notaba que el asunto perdía interés. A veces sospechaba que era el más débil de los rehenes.

—He oído que le regaló usted su reloj.

—¿Quién se lo ha contado?

—Todo el mundo lo sabe. Alardea de él a la menor oportunidad. ¿Iba ella a disparar contra el hombre que le regaló su reloj?

—Eso es lo que no sabemos.

Thibault se secó las manos y pasó descuidadamente un brazo en torno al cuello de Gen.

—Jamás permitiría que le disparasen, como tampoco dejaría que disparasen contra mi hermano. Le diré una cosa, Gen: cuando todo esto acabe vendrá usted a visitarnos a París. En cuanto esto toque a su fin renuncio a mi cargo y Edith y yo nos volvemos a París. Cuando se vuelva a sentir con ganas de viajar, traiga consigo al señor Hosokawa y a Roxane. Puede casarse usted con una de mis hijas si quiere, y entonces sería mi hijo y no mi hermano.

Se inclinó para susurrar a Gen al oído:

—Entonces todo esto nos parecerá divertido.

Gen aspiró el aliento de Thibault. Intentó captar algo de su valor, de su arrojo. Intentó creer que un día se reunirían todos en París, en el apartamento de los Thibault, pero no conseguía imaginárselo. Thibault besó a Gen junto al ojo izquierdo y le soltó. Partió en busca de una sartén de asados.

—Hablar en francés es de maleducados —le dijo Rubén a Gen.

—¿Por qué es maleducado el francés?

—Porque aquí todos hablan español. Ya no recuerdo la última vez que estuve en una habitación en la que todos hablaran el mismo idioma, y entonces va usted y empieza a hablar una lengua que suspendí en el colegio.

Y era cierto: cuando hablaban en español, nadie de los presentes en la cocina esperaba a la explicación, nadie se veía obligado a mirar al vacío mientras los demás cruzaban frases ininteligibles. Nadie se preguntaba con suspicacia si en realidad lo que se estaba diciendo era alguna maldad sobre ellos. De las seis personas de la cocina, el español sólo era la lengua materna de Rubén. Gen hablaba japonés, Thibault francés, y los tres de los cuchillos habían aprendido quechua en su pueblo, y luego un híbrido de español y quechua del que derivaba su español, con mayor o menor éxito.

—Puedes tomarte el día libre —le dijo Ismael al intérprete: de su cuchillo colgaba una gomosa espiral de piel—. No hace falta que te quedes.

Al oír esto, Carmen, que había estado enfrascada en el ajo que estaba picando, levantó la cabeza. El valor que tan brevemente le había acompañado la noche anterior le había faltado durante todo el día, y no había podido más que evitar a Gen, pero eso no significaba que quisiese que se fuera. Estaba convencida de que se le había enviado a la cocina por un motivo. Rezó a santa Rosa para que la timidez que se abatía sobre ella como una niebla se levantase tan de improviso como había aparecido.

Gen no tenía intención de marcharse.

—Sé hacer más cosas, aparte de traducir —dijo—. Puedo lavar verduras. Puedo remover cosas, si es que hay algo que remover.

Thibault regresó con un enorme asador en cada mano. Los puso uno tras otro sobre la cocina; cada uno de ellos cubría tres fogones.

—¿Qué es eso que oigo de irse? No estará pensando Gen en irse, ¿verdad?

—Estaba pensando en quedarme.

—¡Nadie se va de aquí! Comida para cincuenta y ocho, ¿no es eso lo que esperan? No pienso perder un par de manos, por mucho que las manos pertenezcan a nuestro muy valioso traductor. ¿Creen que vamos a hacer esto cada noche, con cada comida? ¿Creen que soy un servicio de comidas? ¿Ha cortado ya la cebolla? ¿Puedo interesarme por el estado de las cebollas, o me vas a amenazar con la pistola?

Beatriz amenazó con el cuchillo a Thibault. Tenía la cara húmeda y congestionada por las lágrimas.

—Te hubiera disparado si hubiera tenido que hacerlo, pero no lo hice. Deberías estar agradecido. Y ya he cortado las cebollas. ¿Has acabado ya conmigo?

—¿Te parece que la cena está acabada? —dijo Thibault, al tiempo que echaba aceite en las sartenes y encendía los fogones—. Ve a lavar los pollos. Gen, tráigame las cebollas. Saltéelas.

—¿Por qué va él a cocinar las cebollas? —dijo Beatriz—. Son mis cebollas. Y no pienso lavar los pollos, porque para eso no hace falta un cuchillo. Estoy en la cocina sólo para trabajar con cuchillos.

—La mataré —dijo Thibault en un francés cansado.

Gen tomó el cuenco de la cebolla y lo sostuvo contra el pecho. El momento adecuado era siempre y nunca, según como lo mirase cada uno. Podían pasar horas allí juntos, a seis baldosas el uno del otro, y no decir nada, o uno de los dos, cualquiera, podía adelantarse y empezar a hablar. Gen deseaba que ese alguien fuese Carmen, pero también deseaba que todos quedasen en libertad, y ninguno de los dos deseos parecía próximo a cumplirse. Gen entregó la cebolla a Thibault, quien la volcó sobre las sartenes, y allí chisporroteó y saltó con la misma furia que Beatriz. Agotando el poco valor que aún le quedaba, Gen se acercó al cajón contiguo al teléfono, que colgaba desnudo sin su cable de la pared. Encontró una pequeña libreta y un bolígrafo. Escribió las palabras «cuchillo», «ajo», «chica» en distintas hojas y se las llevó a Carmen mientras Thibault discutía con Beatriz sobre quién debía remover la cebolla. Intentó recordar todas las lenguas que hablaba, todas las ciudades en las que había estado, las importantes palabras de otras personas que habían pasado por sus labios. Poco era lo que se pedía así mismo, y aun así le temblaban las manos.

—Cuchillo —dijo, y dejó la primera hoja.

—Ajo.

Esta la puso sobre los ajos.

—Chica.

Le entregó a Carmen la última hoja y ella, después de contemplarla un instante, se la guardó en el bolsillo.

Carmen asintió y dijo algo parecido a «Ah», no exactamente una palabra.

Gen suspiró. Ahora iban mejor, pero no mucho.

—¿Quieres aprender?

Carmen asintió, con la vista fija en el tirador de un cajón. Intentaba ver a santa Rosa de Lima en el tirador, una mujer diminuta y vestida de azul sobre la línea curva de la barra plateada. Intentó buscar su voz en la plegaria. Pensó en Roxane Coss, cuyas manos habían trenzado sus cabellos. ¿No debería aquello darle fuerzas?

—No sé si soy buen profesor. Estoy intentando enseñarle español al señor Hosokawa. Apunta las palabras en una libreta y las memoriza. Quizá deberíamos intentar lo mismo contigo.

Tras un minuto de silencio, Carmen emitió de nuevo aquel tenue «Ah», que nada expresaba, excepto que le había oído. Era idiota. Una deficiente.

Gen se dio la vuelta. Ismael les estaba observando, pero no parecía prestar atención.

—¡Esta berenjena es perfecta! —dijo Rubén—. Thibault, ¿ha visto esta berenjena? Todos los cubos tienen el mismo tamaño.

—Se me olvidó quitarle las semillas —dijo Ismael.

—Las semillas no importan —dijo Rubén—. Las semillas también alimentan.

—¿Va usted a saltear, Gen? —preguntó Thibault.

—Un momento —dijo Gen, y levantó una mano. Le susurró a Carmen—: ¿Has cambiado de opinión? ¿Quieres que te ayude?

Y entonces a Carmen le pareció que la santa le daba una fuerte palmada en la espalda, y que la palabra que tenía alojada en la garganta salía disparada como un trozo de comida atascado en la tráquea.

—Sí —dijo, con voz entrecortada—. Sí.

—¿Practicaremos?

—Todos los días —Carmen recogió las dos palabras, «cuchillo» y «ajo», y las guardó en el bolsillo junto con «chica»—. Sé las letras. Hace tiempo que no practico. Antes las escribía todos los días, pero luego empezamos a entrenar para esto.

Gen podía imaginarla en las montañas, donde siempre hacía frío

por las noches, sentada junto al fuego, el rostro congestionado por el calor y la concentración, un mechón rebelde sobre la cara. Tenía una libreta barata y un lápiz gastado. En su imaginación él estaba junto a ella y alababa las rectas líneas de sus «T» y «H» y el delicado trazo de la «Q». Fuera podía oírse el último piar de los pájaros mientras se afanaban en llegar a sus nidos antes de la caída de la noche. Había pensado una vez que era un chico, y aquella sensación le aterrorizaba.

—Repasaremos las letras —dijo—. Empezaremos por ahí.

—¿Soy la única que trabaja aquí? —gritó Beatriz.

—¿Cuándo? —Carmen formó la palabra con los labios.

—Esta noche —dijo Gen. Apenas podía creer lo que deseaba en aquel momento. Quería estrecharla en sus brazos. Quería besar la raya que dividía sus cabellos. Quería tocar sus labios con la punta de los dedos. Quería susurrarle al oído cosas en japonés. Quizá, si tenían tiempo, podría enseñarle también japonés.

—Esta noche, en el armario de la porcelana —dijo Carmen—. Enséñame esta noche.

7

El sacerdote tenía razón en lo referente al clima, aunque el cambio llegó más tarde de lo anunciado. A mediados de noviembre, la garúa había acabado. No remitió. No fue aflojando. Se detuvo, sin más, y de un día con el aspecto empapado de un libro caído en la bañera se pasó a otro de aire fresco y limpio y extraordinariamente azul. Al señor Hosokawa le recordó el florecer de los cerezos en Kioto, y a Roxane Coss le trajo a la memoria el lago Michigan en octubre. Lo contemplaron juntos, de madrugada, antes de que ella empezase a cantar. Él le mostró dos pájaros amarillos, relucientes como crisantemos, posados en la rama de un árbol hasta entonces invisible. Picotearon un rato la corteza esponjosa y luego, primero uno y luego el otro, echaron a volar y se perdieron tras el muro. Uno tras otro, rehenes y guardianes se acercaron a las distintas ventanas de la casa, incapaces de fijarse en otra cosa. Tanta gente apoyó la nariz y las manos contra los cristales que el vicepresidente Iglesias tuvo que acudir con un trapo y una botella de amoniaco para limpiar cada ventana.

—Mire el jardín —dijo en general—. Los hierbajos son tan altos como las flores.

Podría haberse pensado que con tanta lluvia y tan poca luz, el avance de la maleza habría remitido, pero lo cierto es que todo había seguido creciendo. La maleza que rodeaba los parterres podía oler la selva a lo lejos y extendía sus raíces y lanzaba sus hojas intentando devolver el jardín del vicepresidente a su estado salvaje. Absorbió hasta la última gota de lluvia. Podrían haber sobrevivido otro año de lluvias. Si se les dejaba hacer, las malas hierbas acabarían por conquistar la casa y derribar el muro del jardín. Después de todo, el patio había sido parte de un conjunto, de una densa y retorcida extensión vegetal que llegaba hasta las arenas de la costa. El jardinero era el único que podía hacer frente a la conquista de la casa: arrancaba todo cuanto consideraba indigno, lo quemaba, y podaba el resto. Pero el jardinero estaba ahora de

vacaciones indefinidas.

El sol había asomado hacía apenas una hora, y algunas plantas habían crecido medio centímetro en el entretanto.

—Tendré que hacer algo con el jardín —suspiró Rubén, sin saber siquiera de dónde iba a sacar el tiempo, con todo lo que le quedaba por hacer en la casa. Tampoco es que fuesen a permitirle salir de la casa. Ni a dejarle que tomase lo que le hiciese falta: cizallas, desplantadoras, tijeras de podar… Todo cuanto había en la choza del jardín era un arma homicida.

Mientras abría las ventanas del salón, el padre Árguedas dio gracias a Dios por la luz y la dulzura del aire. Pese a estar dentro de la casa, con un jardín de por medio, detrás de un muro, la lluvia ya no amortiguaba los sonidos, y podía oír con claridad el ajetreo de la calle. Ya nadie gritaba mensajes desde el otro lado del muro, pero pese a ello no le costaba imaginarse una gran concentración de hombres y armas. El sacerdote sospechaba que, o bien se habían quedado sin plan de acción, o bien disponían de uno tan complejo que a ellos ya no se les tenía exactamente en cuenta. Pese a que el general Benjamín continuaba recortando de los periódicos toda mención de sus circunstancias, habían podido oír un trozo de conversación en la televisión según el cual se estaba cavando un túnel: la policía planeaba cavar un camino de entrada en la casa para acabar el asunto casi como empezó, con una serie de extraños colándose en la sala para cambiar el rumbo de sus vidas; pero nadie creía en ello. Era demasiado alambicado, demasiado parecido a una película de espías para ser verdad. El padre Árguedas se miró los pies, los baratos zapatones de cordones negros apoyados en la costosa alfombra, y se preguntó qué estaría sucediendo bajo tierra. Rezaba por una pronta liberación, por la pronta liberación de todos y cada uno de ellos, pero no rezaba para que le rescatasen a través de un túnel. No rezaba en absoluto para que le rescatasen. Sólo rogaba por la voluntad de Dios, su amor y su protección. Intentaba liberar su corazón de pensamientos egoístas, al tiempo que se mostraba agradecido por todo cuanto Dios le había concedido. Como la misa, por ejemplo. En su vida anterior (pues así pensaba ahora en ella) sólo se le permitía celebrar misa ante su parroquia cuando todos los demás estaban de vacaciones, o enfermos, e incluso entonces era la de las seis de la mañana, o la de los martes. Sus atribuciones dentro de la iglesia eran esencialmente las mismas que había tenido antes de ser sacerdote: repartir un Cuerpo de

Cristo que él no había bendecido desde el pasillo izquierdo de la iglesia, o encender las velas y apagarlas. Allí, tras larga deliberación, los generales permitieron que Messner trajese los instrumentos de la misa, y el domingo anterior el padre Árguedas celebró la misa con todos sus amigos en el salón. Los no católicos asistieron, y gente que no entendía lo que se estaba diciendo se arrodilló. Todos eran más propensos a arrodillarse cuando había algo específico que querían. Los jóvenes terroristas cerraron los ojos y hundieron la barbilla en el pecho, mientras los generales se mantuvieron al fondo de la sala. Podría haber sucedido de modo muy distinto. De haber sido asaltado por La Dirección Auténtica, en lugar de la muy razonable Familia de Martín Suárez, no se les hubiera permitido orar. La Dirección habría llevado a un rehén al tejado cada día para que la prensa lo viera y luego le habría pegado un tiro en la cabeza para acelerar las negociaciones. El padre Árguedas pensaba en todo ello por la noche, tumbado sobre la alfombra del salón. Tenían suerte, de eso no había duda. No podía interpretarse de otra manera. Si disponían de libertad para rezar, ¿no tenían entonces libertad en su sentido más profundo? Roxane cantó el *Ave María* en su misa, un acto de tal belleza (y no sentía deseo alguno de mostrarse competitivo) que ninguna iglesia hubiera podido igualarlo, ni siquiera en Roma. Su voz era tan pura, tan ligera, que traspasaba el techo y llevaba sus peticiones directamente hasta Dios. Caía sobre ellos como el aire de un aleteo, de modo que los católicos que no practicaban su fe, y los no católicos que habían asistido porque no había nada mejor que hacer, y quienes no sabían en absoluto qué estaba diciendo, y los ateos recalcitrantes a los que tampoco les hubiera importado, todos ellos salieron de allí reconfortados por la música, conmovidos, sintiendo quizá un débil latido de fe. El sacerdote contempló el muro de estuco ligeramente amarillento que les protegía de cuanto pudiera suceder en el exterior. Debía de medir tres metros de alto, y estaba cubierto de enredaderas en algunos tramos. Era un muro hermoso, no muy diferente del que quizá rodeaba el Monte de los Olivos. Puede que no resultase evidente, pero ahora entendía que un muro como aquel podía ser una bendición.

Aquella mañana, Roxane cantó Bellini, algo apropiado para el día. Cantó siete veces una canción, *Bella crudele*. Era evidente que intentaba perfeccionar algo, descubrir algo alojado en el centro mismo de la partitura que en su opinión no había alcanzado hasta

entonces. Ella y Kato se comunicaban a su manera. Ella señalaba una línea de notas. Él la tocaba. Ella tamborileaba sobre la tapa del piano. Él tocaba de nuevo. Ella cantaba la línea sin acompañamiento. Él la tocaba sin ella. Ella cantaba mientras él tocaba. Se rodeaban el uno al otro, cada uno ajeno a los sentimientos, absortos sólo en la música. Roxane cerró los ojos mientras él avanzaba por la obertura, y asintió levemente en señal de aprobación. Él acometía la partitura con enorme facilidad. No había jactancia alguna en el movimiento de sus brazos. Hacía que sonase suave y ligera, ideal para su voz. Cuando tocaba para sí mismo era otra cosa, pero cuando le acompañaba tocaba como alguien que intenta no despertar a los vecinos.

Roxane andaba tan rígida que era fácil olvidar lo bajita que era. Apoyó la mano en el piano y luego cruzó las palmas sobre el corazón. Cantó. Había decidido seguir el ejemplo de los japoneses y había dejado de llevar zapatos. El señor Hosokawa había respetado la tradición de su anfitrión y durante la primera semana de cautiverio había seguido con los zapatos puestos, pero a medida que fue pasando el tiempo se dio cuenta de que no lo soportaba. Circular calzado por la casa era de bárbaros. Resultaba casi tan indigno andar con zapatos por casa como estar secuestrado. Cuando se quitó los zapatos, Gen siguió su ejemplo, y Kato, y el señor Yamamoto, y el señor Aoi, y el señor Ogawa, y Roxane. Ella deambulaba ahora sobre un par de calcetines de deporte que le había prestado el vicepresidente, cuyos pies no eran mucho mayores que los suyos. En aquel momento cantaba en calcetines. Cuando supo exactamente cómo cantarla, la llevó hasta el final sin un amago siquiera de vacilación. Era imposible decir que su canto hubiera mejorado, pero algo había en su interpretación, algo casi imperceptible, que había cambiado. Cantaba como si estuviese salvando la vida de todos los presentes en la sala. La brisa sacudió las cortinas de la ventana durante un momento, pero no se oía nada. De la calle no llegaba sonido alguno. Nada se oía de los dos pájaros amarillos.

La mañana que acabaron las lluvias, Gen esperó hasta que se hubo cantado la última nota y fue luego a colocarse junto a Carmen. Era un momento excepcionalmente bueno para hablar sin ser observados, ya que, cuando Roxane dejó partir la última nota, todos se alejaron en un estado de semiaturdimiento. Si a alguien se le hubiera ocurrido salir por la puerta, probablemente nadie le

hubiera detenido, pero nadie pensaba en salir de allí. Cuando el señor Hosokawa fue a buscar agua, Roxane se levantó para seguirle y se colgó de su brazo.

—Ella está enamorada —le susurró Carmen a Gen. Él la entendió mal durante un instante, oyó sólo la palabra «amor». Luego se obligó a recordar la frase entera. Era algo que podía hacer. Era como si tuviese una grabadora en la cabeza.

—¿La señorita Coss? ¿Enamorada del señor Hosokawa?

Carmen asintió, con la menor de las inclinaciones de cabeza, pero él ya sabía interpretarla. ¿Enamorada?

Él había visto, y se había esforzado en ignorar, que el señor Hosokawa estaba enamorado de Roxane. Nunca se le hubiera pasado por la cabeza que el caso contrario fuese posible, y le preguntó a Carmen qué había visto.

—Todo —susurró Carmen—. La forma en que le mira, la forma en que le escoge. Siempre se sienta junto a él, y ni siquiera pueden hablar. Él es muy tranquilo. A ella le gustaría estar con él.

—¿Te lo ha dicho?

—Puede ser —Carmen sonrió—. A veces me habla por la mañana, pero no sé lo que dice.

«Claro», pensó Gen. Vio alejarse a su jefe y a la soprano.

—Me había parecido que todos estaban enamorados de ella. ¿Cómo ha podido siquiera escoger?

—¿Estás enamorado de ella? —preguntó Carmen. Ella buscó sus ojos de un modo que le hubiera parecido imposible una semana atrás. Fue Gen quien apartó la mirada.

—No —dijo—. No.

Gen estaba enamorado de Carmen. Y pese a que se encontraba con ella cada noche frente al armario de la porcelana y le enseñaba a leer y escribir, nunca se lo había dicho. Hablaban de vocales y consonantes. Hablaban de diptongos y posesivos. Ella copiaba letras en una agenda. No importaba cuántas palabras le hubiese dado, ella pedía más. De buena gana le hubiera mantenido despierto toda la noche, practicando, repitiendo, indagando. Gen vivía ahora en un confuso estado de somnolencia, nunca despierto del todo y nunca completamente dormido. A veces se preguntaba si era el amor o la falta de sueño lo que había instalado el deseo en su corazón. Trastabillaba. Se amodorraba en los sillones, y durante los pocos minutos que conseguía dormir soñaba con Carmen. Sí, era tímida, y sí, era una terrorista de la selva, pero era tan lista como cualquiera

de las chicas que había conocido en la universidad. Bastaba con fijarse en la forma en que comprendía las cosas. No necesitaba más que un mínimo de instrucción. Devoraba la información como el fuego engulle la paja, y siempre pedía más. Cada noche se deshacía de la pistola y la ponía en la vitrina de cristal, junto a la salsera azul. Se sentaba en el suelo, con la agenda apoyada sobre las rodillas y el lápiz a punto. En la universidad no había chicas como Carmen. Nunca había habido una chica como Carmen. Hacía falta mucho sentido del humor para creer que la mujer que uno ama no está en Tokio, ni en París, ni en Nueva York, ni en Atenas. «La mujer que amas se viste de chico y vive en una aldea de la selva, cuyo nombre no te está permitido conocer, aunque tampoco serviría de mucho a la hora de localizarlo. La mujer que amas deja su arma junto a una salsera cada noche para que le enseñes a leer. Entró en tu vida por los conductos del aire acondicionado, y la manera en la que la abandonará te desvela durante los pocos momentos en los que podrías dormir».

—El señor Hosokawa y la señorita Coss —dijo Carmen—. De entre toda la gente que hay en el mundo, han ido a encontrarse el uno al otro. ¿Qué posibilidades había?

—¿Y la señora Hosokawa? —preguntó Gen. No conocía mucho a la esposa de su jefe, pero la veía a menudo. Era una señora digna, de manos frescas y voz pausada. A él le llamaba señor Watanabe.

—La señora Hosokawa vive en Japón —dijo Carmen, desviando la mirada hacia la cocina—, que debe estar a un millón de kilómetros de aquí. Además, él no va a volver a casa, y aunque lo siento por la señora Hosokawa, no creo que eso signifique que el señor Hosokawa deba estar solo.

—¿Qué quieres decir con que no va a volver a casa?

Carmen esbozó la más leve de las sonrisas. Echó atrás la cabeza para que él pudiera verle la cara bajo la visera.

—Ahora vivimos aquí.

—No para siempre —dijo Gen.

—Yo creo —dijo Carmen, formando las palabras con los labios sin llegar a pronunciarlas. Se preguntaba si habría dicho demasiado. Sabía que debía toda su lealtad a los generales, pero contarle cosas a Gen no era como contárselas a cualquier otro. Gen sabía guardar un secreto, porque todo entre ellos era un secreto, el armario, la lectura. Confiaba plenamente en él. Rozó el dorso de su mano con dos dedos y se alejó de él. Él esperó un minuto antes de seguirla.

Ella caminaba en silencio, con pasos cortos y tranquilos. Nadie se fijaba en ella al pasar. Se metió en el pequeño lavabo contiguo al vestíbulo. Los jabones aromáticos de rosas se habían acabado ya, y las toallas estaban mugrientas, pero el cisne de oro seguía sobre el lavabo, y cuando se giraba una de las manijas en forma de ala, el agua brotaba de su cuello. Carmen se quitó la gorra y se lavó la cara. Intentó peinarse con los dedos. En el espejo, su rostro le pareció demasiado áspero, demasiado oscuro. En el pueblo había quien decía que era hermosa, pero ella había visto lo que era la belleza, y estaba segura de que ella nunca la poseería. Algunas mañanas, muy pocas, cuando Carmen entraba en el dormitorio de Roxane con el desayuno, la cantante seguía dormida, y entonces Carmen dejaba la bandeja y le tocaba el hombro. Roxane abría entonces sus grandes ojos claros y le sonreía, apartaba las sábanas y le hacía señas de que se tumbase junto a ella entre las cálidas sábanas bordadas. Siempre procuraba que las botas sobresaliesen de la cama. Ambas cerraban los ojos y disfrutaban cinco minutos más de sueño, después de que Roxane hubiese arropado a Carmen hasta el cuello. ¡Y qué rápido soñaba Carmen con sus hermanas y su madre! En aquellos pocos minutos de sueño acudían todas a visitarla. Todas querían verla allí, acurrucada entre los almohadones de una cama tan confortable, junto a una mujer tan inimaginable. Pelo amarillo, ojos azules, piel de rosas blancas salpicadas de rosa. ¿Quién podía no enamorarse de Roxane Coss?

—¡Gen! —dijo Victor Fyodorov cuando él se acercó a la puerta del lavabo—. ¿Cómo puede ser tan difícil encontrarle, si no hay sitio a donde ir?

—No me di cuenta…

—Su voz, esta mañana… ¿No le parece? ¡Perfección!

Gen estuvo de acuerdo.

—Bien, es el momento de hablar con ella.

—¿Ahora?

—Ahora sé que es el momento ideal.

—Le he preguntado cada día de la semana.

—Y no estaba preparado, es cierto, pero esta mañana, cuando repasó una y otra vez Rossini, supe que comprendería mis imperfecciones. Es una mujer compasiva. Hoy me he convencido.

Fyodorov se frotaba las manos como si se las estuviese lavando bajo un chorro invisible de agua. Si bien su voz sonaba tranquila, había en sus ojos una clara expresión de pánico, y el acre olor del

pánico emanaba de su piel.

—La ocasión, para mí, no es…

—La ocasión para mí —dijo Fyodorov. Y añadió en voz baja—: Perderé el valor para hablar.

Fyodorov había afeitado su espesa barba, un proceso a la vez doloroso y de lento cumplimiento, dada la escasa calidad de las cuchillas, y había dejado al descubierto la vasta extensión de su rostro, rosado y escocido. Había conseguido que el vicepresidente le planchase la ropa mientras esperaba tiritando junto a la lavadora, con una simple toalla en torno a la cintura. Se había bañado, y se había recortado el pelo de orejas y nariz con una tijera de uñas que le había sacado a Gilberto a cambio de una cajetilla de tabaco. Aprovechó para recortarse las uñas e intentó hacer algo con su cabello, pero aquella tarea resultó excesiva para las tijeras. Se había esforzado todo cuanto había podido. Aquel, definitivamente, era el día indicado.

Gen hizo una seña hacia la puerta del baño.

—Iba de camino.

Fyodorov miró por encima del hombro y luego extendió la mano como para cederle el paso a Gen.

—Por supuesto. Por supuesto, no pasa nada. Puedo esperar. El tiempo que haga falta. Tómese su tiempo. Esperaré junto a la puerta. Me aseguraré de ser el primero en la lista de nuestro traductor cuando esté listo.

El sudor se abría paso por los costados de la camisa de Fyodorov, marcando una mancha oscura sobre el rastro de manchas anteriores. Gen se preguntó si se refería a aquello cuando mencionaba que no podría esperar mucho más.

—Un instante —dijo en voz baja, y entró en el baño sin llamar.

—Me gustaría saber lo que estabais diciendo —rió Carmen. Intentó imitar las palabras y habló en un galimatías ruso que sonó como «Yo nunca crujo mesa».

Gen se llevó un dedo a los labios. El cuarto era pequeño, y muy oscuro, con paredes y suelo de mármol negro. Una de las bombillas contiguas al espejo se había gastado. Gen tendría que recordar a Rubén que tenía que pedir una nueva.

Ella se sentó sobre el lavabo.

—Sonaba muy importante. ¿Era Ledbed, el ruso?

Ahora susurraba. Gen le dijo que era Fyodorov.

—Ah, el grandullón. ¿Por qué sabes también ruso? ¿Cómo sabes

tantos idiomas?

—Es mi trabajo.

—No, no. Es porque entiendes algo, y yo también quiero saberlo.

—Sólo tengo un minuto —susurró él. Estaba muy cerca de sus cabellos, que eran más negros, más oscuros que el mármol—. Tengo que interpretar para él. Está esperando frente a la puerta.

—Podemos hablar esta noche.

Gen negó con la cabeza.

—Quiero hablar de lo que has dicho. ¿Qué quieres decir con «ahora vivimos aquí»?

Carmen suspiró.

—Ya sabes que no lo puedo contar. Pero hazte esta pregunta: ¿tan terrible sería si nos quedásemos todos en esta casa tan preciosa?

La habitación tenía un tercio del tamaño del armario de la porcelana. Las rodillas de Carmen tocaron sus pies. Con dar sólo medio paso estaría en la cómoda. A ella le hubiera gustado tomarle de la mano. ¿Por qué quería dejarla, por qué quería salir de la casa?

—Esto tiene que acabar tarde o temprano —dijo—. Este tipo de cosas no pueden seguir indefinidamente, alguien acaba interrumpiéndolas.

—Sólo si la gente hace cosas terribles. Nosotros no hemos hecho daño a nadie. Nadie es infeliz aquí.

—Todos son infelices.

Pero incluso mientras lo decía, Gen no estaba del todo seguro. Carmen bajó el rostro y contempló sus manos, cruzadas sobre el regazo.

—Ve a traducir —dijo.

—Si hay algo que quieras contarme…

Los ojos de Carmen estaban húmedos, y se esforzaba por contener las lágrimas. Qué ridículo resultaría que llorase ahora. ¿Tan terrible sería quedarse allí? ¿Estar juntos el tiempo suficiente para aprender un español perfecto, para leerlo y escribirlo, para aprender inglés y quizá algo de japonés? Pero aquello era egoísta. Eso lo sabía. Gen tenía razón en querer alejarse de ella. Ella no le ofrecía nada. Sólo ocupaba su tiempo.

—No sé nada.

Fyodorov llamó a la puerta. Su creciente nerviosismo no consiguió impedírselo.

—¿Tra-duc-too-oor? —cantó más que llamó.

—Un instante —dijo Gen a través de la puerta.

Se había acabado el tiempo, y Carmen había derramado un par de lágrimas. Les harían falta días enteros juntos. Necesitarían semanas y meses enteros ininterrumpidos para decir todo cuanto tenían que decirse.

—Quizá tengas razón —dijo él por fin.

Tal como estaba sentada ella sobre la repisa negra, frente al espejo, él podía ver al mismo tiempo su rostro y su esbelta espalda. En aquel espejo oval, enmarcado en hojas doradas, podía verse a sí mismo mientras la contemplaba. Podía ver en su cara un amor tan evidente que ella debía ya saber todo cuanto había que saber. Estaba tan cerca de ella que juntos eran dueños de cada molécula de aire en la habitación, y el aire estaba cargado de deseo, y maniobraba para juntarlos. Bastó un mínimo paso para que su cara se perdiese entre sus cabellos, y entonces los brazos de ella se cerraron sobre su espalda y estuvieron abrazados. Les había resultado tan simple llegar hasta allí, tan extraordinario había sido el alivio, que él no se explicaba por qué no la había abrazado desde el primer instante.

—¿Traductor? —preguntó Fyodorov, y en su voz había algo de preocupación.

Carmen se inclinó hacia él y le besó. No había tiempo para besos, pero quería que supiera que más adelante lo habría. Un beso entre tanta soledad era como el brazo que nos saca del agua, que nos rescata de morir ahogados y nos devuelve a la abundancia de aire. Un beso, otro beso.

—Vete —susurró.

Y Gen, que no deseaba en el mundo otra cosa excepto a aquella chica y las paredes de aquel baño, la besó de nuevo. Estaba mareado, y jadeante, y tuvo que descansar un instante sobre su hombro antes de poder salir. Carmen se bajó de la repisa y se colocó tras la puerta, la abrió y le devolvió al mundo.

—¿No se encuentra usted bien? —preguntó Fyodorov, más irritado que solícito. La espalda de la camisa colgaba ahora húmeda y pegajosa de sus hombros. ¿No sabía el traductor que aquello no iba a ser fácil para él? Con todo el tiempo que le había dedicado al asunto, para considerar primero si debía o no hablar, y una vez tomada la decisión, para decidir lo que debía decir. En su corazón el sentimiento era diáfano, pero traducir aquel sentimiento en palabras era otra cosa muy distinta. Ledbed y Berezovsky se

mostraban comprensivos, pero eran rusos. Entendían el dolor que le ocasionaba a Fyodorov el amor. A fuer de ser sinceros, también ellos sufrían de un dolor similar. No era descabellado que acabasen por encontrar el valor necesario y hablasen con el traductor para que hablase con la soprano. Cuanto más hablaba Fyodorov del deseo de su corazón, más seguros estaban todos de que era una enfermedad de la que se habían contagiado.

—Le pido disculpas por el retraso —dijo Gen. La sala que se abría ante él oscilaba incierta como el horizonte en el desierto. Se recostó contra la puerta cerrada del baño. Ella estaba allí dentro, a menos de dos centímetros de madera de él.

—No se encuentra usted bien —dijo el ruso, y ahora sí estaba preocupado. Sentía gran simpatía por el traductor—. Su voz suena débil.

—No se preocupe, me pondré bien.

—Está usted muy pálido. Tiene los ojos húmedos. Quizá si está usted enfermo de verdad, los generales le dejarán partir. Desde lo del pianista aseguran ser muy comprensivos en materia de salud.

Gen parpadeó intentando detener la oscilación del mobiliario, pero las brillantes rayas de un diván siguieron latiendo al ritmo de su sangre. Se enderezó y sacudió la cabeza.

—Míreme —dijo, incierto—, ya estoy bien. No tengo intención alguna de marcharme.

Volvió la vista hacia el sol, que se derramaba sobre los ventanales, y hacia la sombra de las hojas que se recortaban sobre la alfombra. Entonces, de pie junto al ruso, Gen entendió por fin lo que Carmen le decía. «¡Fíjate en esta habitación!» Los cortinajes y los candelabros, los almohadones suaves y mullidos de los sofás, los colores, dorado, verde, azul, cada matiz una joya. ¿Quién no querría estar en aquella sala?

Fyodorov sonrió y palmeó al traductor en la espalda.

—¡Menudo hombre está usted hecho! Dispuesto a todo por los demás. No sabe cuánto le admiro.

—Todo por los demás —repitió Gen. La lengua eslava era como el licor de pera sobre su lengua.

—¡Vayamos entonces a hablar con Roxane Coss! No tengo tiempo de lavarme otra vez. Si nos detuviéramos perdería el valor para siempre.

Gen abrió la marcha hacia la cocina, pero igual podría haber caminado solo. No pensaba en absoluto en Fyodorov, en cómo se

sentía ni en lo que deseaba decir. Gen tenía la cabeza llena de Carmen. Carmen sobre el lavabo. Siempre la recordaría allí. Años después, cuando pensaba en ella, era siempre como había estado en aquel instante, sentada sobre el mármol negro, las pesadas botas de campo remendadas con cinta adhesiva, las manos apoyadas sobre la repisa. El cabello le colgaba, suelto y lacio, con raya al medio, recogido tras las orejas. Pensó en su beso, en sus brazos en torno a su espalda, pero el mayor placer era recordar su rostro, el contorno perfecto de un corazón, sus ojos pardos, las cejas espesas, la boca redonda que tanto deseaba besar. Era fácil distraer al señor Hosokawa de sus estudios. Si le enseñaba una palabra, muy posiblemente la había olvidado al día siguiente. Disculpaba sus errores entre risas y hacía marcas diminutas junto a las palabras que había escrito mal. Carmen no. Explicarle algo a Carmen era bordarlo para siempre en los sedosos pliegues de su cerebro. Cerraba los ojos y pronunciaba la palabra, la deletreaba de viva voz y sobre el papel, y ya era suya. No hacía falta preguntarle de nuevo. Se abrían paso en la noche como si les persiguieran los lobos. Quería más de todo. Más vocabulario, más verbos. Quería que le explicase las reglas gramaticales, y las de puntuación. Quería gerundios, e infinitivos, y participios. Al final de cada lección, cuando estaban demasiado agotados para acometer otra palabra, se recostaban contra los cajones del armario y bostezaban.

—Explícame las comas —pedía ella; la vajilla se alzaba sobre su cabeza, una dorada para veinticuatro personas, otra para sesenta con una ancha línea de azul cobalto sobre el borde, cada taza colgada de un gancho.

—Es muy tarde. No tienes que aprender las comas esta noche.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y se deslizó hacia el suelo.

—Las comas cierran la oración —explicaba, y le obligaba a corregirla.

Gen cerraba los ojos, se inclinaba y apoyaba la frente sobre las rodillas. El sueño era un país para el que no tenía visado.

—Las comas —decía entre bostezos—, introducen pausas en la oración y separan ideas.

—Ah —dijo Fyodorov— está con su jefe.

Gen levantó la vista, y Carmen desapareció, y vio que estaba en la cocina con Fyodorov. El armario de la porcelana estaba a menos de dos metros. Que él supiera, nadie excepto ellos dos entraba allí. El señor Hosokawa y Roxane estaban junto al fregadero. Era

extraño: nunca hablaban entre sí y, sin embargo, siempre parecían estar en plena conversación. Ignacio, Guadalupe y Humberto estaban frente a la mesa del desayuno, limpiando las armas, un rompecabezas de piezas desconectadas de metal esparcidas sobre un periódico que esperaban a ser engrasadas. Thibault estaba sentado con ellos, leyendo libros de cocina.

—Supongo que debería intentarlo luego —dijo Fyodorov, triste —. Cuando no esté tan ocupada.

Roxane Coss no parecía ocupada en absoluto. Simplemente estaba allí, de pie, y pasaba un dedo por el borde del vaso, la cara vuelta hacia la luz.

—Deberíamos al menos preguntar —dijo Gen. Quería librarse de aquella obligación, y no tener a Fyodorov siguiéndole a todas partes, diciendo que estaba dispuesto a hablar, para a los dos minutos decidir que no lo estaba.

Fyodorov sacó un pañuelo de su bolsillo y se frotó la cara como si se hubiese tiznado.

—No hay motivo para hacerlo ahora. No vamos a ninguna parte. Nunca nos liberarán. ¿No es suficiente poder verla cada día? Ese es el mayor de los lujos. Todo lo demás es egoísmo. ¿Qué cree usted que podría yo decirle?

Pero Gen no le escuchaba. El ruso no era su mejor lengua, ni de lejos, y si la concentración le fallaba siquiera por un instante se convertía en un galimatías de consonantes, duras letras cirílicas que tintineaban como el granizo sobre un tejado de zinc. Le sonrió a Fyodorov y asintió, un gesto vago que nunca se hubiera permitido en el mundo real.

—¿No es extraordinaria esta luz? —le preguntó el señor Hosokawa a Gen cuando le vio junto a ellos—. De pronto siento hambre, y lo único que puede saciarme es la luz del sol. No deseo más que estar junto a una ventana. Me pregunto si no será la falta de vitaminas.

—Supongo que a todos nos faltan —dijo Gen—. Ya conoce al señor Fyodorov.

El señor Hosokawa se inclinó ante ambos y Fyodorov, confuso, devolvió la inclinación y la extendió a Roxane, quien se inclinó ante él, si bien en menor grado. En conjunto, parecían una bandada de gansos que hundían la cabeza en el agua.

—Desea hablar con Roxane sobre la música —dijo Gen, primero en japonés y luego en inglés. El señor Hosokawa y Roxane sonrieron

a Fyodorov, y éste se llevó el pañuelo a la boca como si fuese a morderlo.

—Iré entonces a jugar al ajedrez —dijo el señor Hosokawa, consultando su reloj—. Queremos empezar a las once. No llegaré excesivamente pronto.

—Estoy seguro de que no es necesario que se vaya —dijo Gen.

—Pero tampoco que me quede.

El señor Hosokawa miró a Roxane, y la ternura de su expresión pareció compensar todos los silencios: iba a dejarla ahora, iba a jugar al ajedrez, y si ella quería podía sentarse con ellos luego. Hubo un breve intercambio de sonrisas y luego el señor Hosokawa se perdió tras la puerta batiente. Tenía su caminar un ímpetu que él no recordaba. Caminaba con la cabeza erguida. Vestía con dignidad los raídos pantalones de esmoquin y la camisa, grisácea ya.

—Su amigo es un gran hombre —dijo ella con voz queda, contemplando el espacio en el que había estado el señor Hosokawa.

—Eso he pensado yo siempre —dijo Gen. Se sentía aún desconcertado, pese a lo que Carmen le había contado. Había reconocido la mirada que ambos habían intercambiado. Gen estaba enamorado, y era aquella una sensación tan extraña para él que le costaba trabajo creer que otros pudieran experimentarla también. Excepto Simon Thibault, por supuesto, sentado con sus libros de cocina, la pañoleta de su esposa blandida como una bandera. Todos sabían que Thibault estaba enamorado.

Roxane alzó la vista hacia la mole de Fyodorov. Su cara parecía ahora distinta. Estaba dispuesta a escuchar, a recibir un elogio profesionalmente, lista para hacer sentir a quien hablaba que lo que decía realmente significaba algo para ella.

—Señor Fyodorov, ¿no estará más cómodo sentado en el salón?

Fyodorov desfalleció bajo el peso de una pregunta directa. Pareció que la traducción le había desconcertado, y cuando Gen estaba a punto de repetirla respondió:

—Estoy a gusto donde usted esté a gusto. Me alegra estar en la cocina. Me parece una magnífica habitación, en la que no he pasado el tiempo suficiente.

En realidad, y pese a lo mucho que confiaba en Ledbed y Berezovsky, prefería declararse en una habitación en la que nadie entendiese el ruso ni el inglés. Prefería el porrazo ocasional de un cañón al golpear la mesa o los chasquidos de lengua de Thibault ante cada nueva receta que la posibilidad de que otros oyesen sus

palabras.

—Desde luego, aquí estoy bien —dijo Roxane. Tomó un sorbo de agua. Fyodorov se echó a temblar al ver aquello, el agua, los labios. Tuvo que apartar la mirada. ¿Qué quería decir? Podía escribir una carta, ¿no sería eso más apropiado? El traductor podía traducirla. Una palabra era una palabra, escrita o hablada.

—Creo que necesito un asiento —comentó Fyodorov.

Gen oyó la debilidad en su voz, y se apresuró a buscar una silla. El ruso empezó a desplomarse antes incluso de haberla traído, y Gen apenas si tuvo tiempo de detener su caída. Con una gran exhalación, que podría haber supuesto el fin de todo, el hombrón volvió la cabeza hacia el suelo.

—Dios mío —exclamó Roxane, acercándose—, ¿está enfermo?

Tomó un trapo del tirador de la nevera y lo humedeció en su vaso. Pasó la tela por la llanura rosa de su cuello. Él gimió quedamente cuando apoyó la mano contra el trapo.

—¿Sabe usted qué le pasa? —le preguntó Roxane a Gen—. Parecía perfectamente sano cuando entró. Es igual que con Christopf, el color, el desvanecimiento. ¿No será diabético? ¡Tóquele, está frío!

—Dígame qué está diciendo —susurró Fyodorov, hundido entre sus rodillas.

—Quiere saber qué le pasa —explicó Gen.

Hubo un largo silencio, y Roxane pasó los dedos por su cuello para palpar el rítmico batir de su pulso. Dos delicados dedos se alojaron tras el enorme lóbulo de una oreja.

—Dígale que es amor —dijo.

—¿Amor?

Fyodorov asintió. Su cabello era espeso y rizado, y no muy limpio. Había encanecido en las sienes, pero la coronilla, a la vista ahora de Roxane y Gen, era aún oscura, la coronilla de un hombre joven.

—Usted no había dicho nada de amor —repuso Gen, sintiéndose engañado, comprendiendo que se había puesto en una situación embarazosa.

—No estoy enamorado de usted —dijo Fyodorov—. ¿Por qué iba a hablarle de amor a usted?

—Esto no es lo que creía que iba a interpretar.

Con verdadero esfuerzo, Fyodorov consiguió incorporarse. Su piel estaba húmeda y pegajosa, y tenía el color y la consistencia de

una almeja.

—¿Qué ha venido a interpretar, pues; lo que le parezca conveniente? ¿Podremos hablar sólo del tiempo? ¿Desde cuándo es de su incumbencia decidir lo que una persona puede decir a otra?

Gen tenía que reconocer que Fyodorov tenía razón. La cuestión en aquel momento no eran los sentimientos del intérprete. No era tarea de Gen editar la conversación. No debería casi ni escuchar.

—De acuerdo —convino. Era fácil sonar hastiado en ruso—. De acuerdo.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Roxane. Ahora que se había sentado, acercó el trapo a su frente.

—Quiere saber qué está usted diciendo —le explicó Gen a Fyodorov—. ¿Quiere que le diga «amor»?

Fyodorov sonrió débilmente. Podía fingir que todo aquello no había sucedido. Aún no había pasado nada malo, simplemente un mínimo vahído. Su única esperanza era empezar desde el principio, comenzar su discurso tal y como lo había practicado un centenar de veces ante Ledbed y Berezovsky. Carraspeó.

—En mi país, soy secretario de comercio —comenzó con voz incierta—. Un cargo electo. Podría perderlo sin más.

Chascó los dedos, pero no consiguió arrancarles un gran chasquido. Estaban sudorosos, y resbalaron el uno sobre el otro sin emitir sonido alguno.

—Pero de momento es un muy buen trabajo, y estoy agradecido. Afortunado es el hombre que sabe lo que tiene cuando lo tiene.

Intentó mirarla a los ojos, pero fue demasiado para él. Sintió un retortijón en los intestinos.

Gen tradujo, e intentó no imaginar a dónde conduciría todo aquello.

—Pregúntele si se encuentra mejor —dijo Roxane—. Creo que su color está mejorando.

Apartó el trapo de su cabeza, y él pareció desilusionado.

—Quiere saber cómo se encuentra usted.

—¿Está escuchando la historia?

—Eso lo puede ver usted tan bien como yo.

—Dígale que estoy bien. Dígale esto: Rusia nunca ha tenido intención de invertir en este pobre país.

Sostuvo la mirada de Roxane Coss todo el tiempo que pudo, pero cuando no pudo más se volvió hacia Gen.

—El nuestro ya es de por sí un país pobre, y tiene muchos otros

países pobres que sustentar. Cuando llegó la invitación para esta fiesta, mi buen amigo el señor Berezovsky, magnífico hombre de negocios, me dijo que debería asistir. Me dijo que actuaría usted. Fuimos los tres juntos al colegio, Berezovsky, Ledbed y yo. Éramos buenos amigos. Ahora yo estoy en el gobierno, Berezovsky en los negocios y Ledbed… Podríamos decir que Ledbed negocia préstamos. Estudiamos juntos en San Petersburgo hace ya cien años. Ahora vuelve a ser San Petersburgo. Íbamos siempre a la ópera. De jóvenes accedíamos a las últimas filas por unos pocos rublos, en aquellos días no teníamos dinero. Pero llegaron los empleos, y tuvimos asientos, y a medida que tuvimos mejores empleos tuvimos mejores asientos. Podría usted seguir nuestro ascenso en el mundo por nuestra situación en la ópera, por lo que pagamos y más tarde, por lo que se nos ofrecía. Tchaikovsky, Mussorgsky, Rimsky-Korsakov, Prokofiev, asistíamos a todo lo que fuera ruso.

La interpretación era lenta, y había largos períodos de espera para todos los implicados.

—Rusia tiene hermosas óperas —dijo Roxane. Dejó el trapo en el fregadero y fue a buscar una silla, ya que no daba la impresión de que nadie fuese a traerle una y parecía que la historia iba para largo. Cuando fue a cogerla, César abandonó de un salto la pistola que estaba limpiando y se apresuró a ofrecerle una.

—Gracias —dijo ella en español. Eso al menos lo sabía decir.

—Lo siento —dijo Gen, aun de pie—. No sé en qué estaría pensando.

—Supongo que usted debía de estar pensando en ruso —dijo Roxane—. Eso es ya suficiente para cualquiera. ¿Tiene usted idea de a dónde quiere llegar con esta historia?

Fyodorov sonreía, mudo. Las mejillas estaban otra vez sonrosadas.

—Tengo una ligera idea.

—Pues no me lo cuente, quiero que sea una sorpresa. Creo que es la distracción de hoy.

Se recostó en la silla y cruzó las piernas, y con una mano hizo una seña para que Fyodorov continuase.

Fyodorov esperó un instante. Estaba reconsiderando por completo su posición. Después de semanas de planificación, se daba cuenta ahora de que el plan que había trazado no era el correcto. Lo que quería contarle no empezaba en el colegio. No empezaba en la ópera, si bien le había llevado a ella. La historia que quería contar

empezaba mucho antes. Comenzó de nuevo, pensando siempre en Rusia y en su niñez, en el oscuro tramo de escalera que conducía al apartamento en el que vivía con su familia. Encorvó los hombros hacia Roxane. Se preguntó en qué dirección estaba Rusia respecto de donde estaba sentado.

—Cuando yo era niño, la ciudad se llamaba Leningrado, pero eso ya lo sabe. Durante algún tiempo fue Petrogrado, pero a nadie le gustaba. Mejor hubiera sido que la ciudad conservase el nombre antiguo, o tuviese uno nuevo, pero no uno que intentase ser las dos cosas a la vez. En aquellos días vivíamos todos juntos, madre y padre, mis dos hermanos y mi abuela, que era la madre de mi madre. Era mi abuela quien tenía el libro de arte. Era algo gigantesco.

Fyodorov alzó las manos para indicar las dimensiones del libro. De creerle, el libro debía de haber sido enorme.

—Nos dijo que se lo había regalado un admirador suyo procedente de Europa cuando ella contaba quince años, un hombre al que llamaba Julian. Si era cierto, no lo sé. Mi abuela era muy dada a las historias. Para mí es un misterio no tanto cómo obtuvo el libro, sino de qué modo consiguió conservarlo durante la guerra. Que no intentase venderlo, ni utilizarlo como combustible, porque llegó una época en la que la gente lo quemaba todo; que nadie se lo arrebatase, siendo como era tan difícil de ocultar, todo ello es digno de mención. Pero cuando yo era niño, habían pasado ya muchos años desde la guerra, y ella era una mujer mayor. En aquellos días no íbamos a los museos para ver los cuadros. Pasábamos frente al palacio de invierno, un lugar maravilloso, pero nunca entrábamos. Supongo que no había dinero para ese tipo de cosas. Pero por las tardes, mi abuela sacaba su libro y nos pedía a mis hermanos y a mí que fuésemos a lavarnos las manos. No se me permitió tocar el libro hasta que tuve diez años, pero aun así me lavaba las manos, sólo por el privilegio de ver el libro. Lo conservaba envuelto en un edredón, bajo el sofá del salón en el que dormía. Le costaba cargar con él, pero no permitía que nadie le ayudase. Cuando estaba segura de que la mesa estaba limpia, apoyábamos el edredón sobre la mesa y lo desplegábamos lentamente. Entonces, ella se sentaba. Era una mujer menuda, y nosotros nos poníamos a su lado. Era muy quisquillosa con la luz de la mesa. No podía ser muy fuerte, porque tenía miedo de que los colores acabasen desvaídos, ni demasiado tenue, porque le parecía que entonces las imágenes no podían

comprenderse en su totalidad. Se ponía unos guantes blancos de algodón, sin adornos, que guardaba para aquella ocasión, y pasaba las páginas mientras nosotros las contemplábamos. ¿Puede imaginárselo? No diré que fuéramos extremadamente pobres, porque sí éramos tan pobres o tan ricos como los demás. Nuestro apartamento era pequeño, mis hermanos y yo compartíamos una cama. Nuestra familia no era distinta de las demás familias del edificio, excepto por el libro. Así de extraordinario era. Se titulaba *Obras maestras del periodo impresionista*. Nadie sabía que lo teníamos. No se nos permitía hablar de él, porque mi abuela temía que alguien podría intentar arrebatárselo. Había cuadros de Pissarro, Bonnard, Van Gogh, Monet, Manet, Cézanne, cientos de imágenes. Los colores que veíamos de noche, cuando pasaba las páginas, eran milagrosos. Debíamos estudiar cada cuadro. Ella decía que cada uno merecía toda nuestra atención. Había noches en las que sólo pasaba dos páginas, y estoy seguro de que tardé un año en ver el libro por completo. Era un libro extraordinario, creo, obra de un experto. Por supuesto, no he visto todos los originales, pero los que he visto años después tenían un aspecto muy parecido al que yo recordaba. Mi abuela nos había explicado que en su juventud hablaba francés, y nos leía el texto que acompañaba las imágenes como mejor podía. Por supuesto, se lo inventaba todo, porque las historias cambiaban. Pero no importaba. Eran historias hermosas. «Este es el campo en el que van Gogh pintó los girasoles —nos decía —; estuvo todo el día sentado al sol, bajo un cielo azul. Cuando unas nubes blancas cruzaron el cielo, las recordó para lienzos posteriores, y en éste incluyó aquellas nubes». Así es como nos hablaba mientras fingía leer. A veces leía durante veinte minutos, cuando apenas había unas pocas líneas de texto. Decía que era porque el francés era una lengua más compleja que el ruso, y cada palabra contenía el significado de varias frases. Había muchísimos cuadros que observar. Pasaron muchos, muchísimos años hasta que los hube memorizado todos. Incluso ahora podría decirle el número de pilas de heno en el campo, y la dirección desde la que la luz cae.

Fyodorov se detuvo para dar a Gen la oportunidad de ponerse a su altura. Aprovechó la ocasión para observar a la gente reunida en torno a la mesa: su abuela, ya fallecida, su padre y su madre, muertos, su hermano Dimitri, ahogado en un accidente de pesca a los veintiún años. Ya sólo quedaban dos de ellos. Se puso a pensar en su hermano Mikal, que debía de seguir la historia de su secuestro

en los noticiarios. Si acababa muriendo allí, pensó Fyodorov, Mikal estaría solo en el mundo, ya no tendría familia a la que acudir.

—Había días en los que no sacaba el libro. Decía entonces que estaba cansada. Que tanta belleza le agotaba. A veces pasaba una semana, o dos. ¡Sin Seurat! Recuerdo que me sentía frenético, tal era la dependencia que había desarrollado hacia aquellas imágenes. Pero era precisamente aquello, la espera, lo que nos hacía amar el libro con locura. Hubiera podido tener una vida, pero tuve otra gracias al libro que mi abuela protegía —dijo, la voz más calmada —. ¿No es un milagro? Se me enseñó a amar las cosas bellas. Tenía un lenguaje con el que apreciar la belleza. Ésta abarcó luego la ópera, el *ballet*, la arquitectura, y más tarde aún comprobé que lo que había visto en los cuadros podía verlo entretanto en los campos, o en un río. Podía verlo en la gente. Todo ello lo atribuyo al libro. Hacia el final de sus días no podía ya alzarlo, y me pedía a mí que fuese a buscarlo. Las manos le temblaban tanto que tenía miedo de rasgar las hojas, y nos dejaba a nosotros pasar las páginas. Mis manos eran demasiado grandes para sus guantes, pero me enseño a usarlos entre los dedos para mantenerlas limpias.

Fyodorov suspiró, como si aquel fuese el recuerdo que más le conmoviera.

—Mi hermano tiene ahora el libro. Es médico, en las afueras de Moscú. Cada pocos años nos lo intercambiamos. Ninguno de los dos puede renunciar por completo a él. He intentado encontrar otra copia, pero sin suerte. Creo que no hay otro libro igual en el mundo.

A medida que hablaba, Fyodorov había conseguido sosegarse. Hablar era lo que mejor se le daba. Notó que no tenía problemas en tomar aliento. Hasta aquel momento no había establecido la conexión entre el libro y el objetivo de su narración, y ahora se preguntaba cómo podía no haberlo visto antes.

—Para mi abuela fue una tragedia que ninguno tuviese talento para la pintura. Incluso al final de su vida, cuando yo estudiaba empresariales, me pedía que lo intentase de nuevo. Pero no era algo que yo fuese capaz de aprender. Le gustaba pensar que mi hermano Dimitri podría haber sido un gran pintor, pero era sólo porque Dimitri estaba muerto. Podemos imaginar que los muertos son cualquier cosa. Mi hermano y yo somos excelentes observadores. Hay gente para crear arte, y otros nacemos para apreciarlo. ¿No le parece? Es una especie de talento ser parte del público, tanto como

visitante de una galería como cuando se escucha la voz de la mejor soprano del mundo. No todos pueden ser el artista. Tiene que haber también quien presencie el arte, quien lo ame y aprecie el privilegio que constituye.

Fyodorov hablaba lentamente. Hacía largas pausas entre frase y frase, de modo que Gen no tenía que apresurarse, pero a causa de ello era difícil saber si había terminado de hablar.

—Es una historia preciosa —dijo Roxane al fin.

—Pero la historia tiene un colofón.

Roxane se recostó en la silla para escuchar cuál era.

—Puede que no resulte inmediatamente evidente que soy un hombre con una amplia comprensión del arte, y quiero que sepa usted que lo soy. El secretario de comercio de Rusia… ¿Qué le podría decir eso a usted? Y, sin embargo, a causa de mi pasado, me considero especialmente preparado.

De nuevo esperó Roxane para ver si la frase continuaba, y cuando pareció que no era así preguntó:

—¿Preparado para qué?

—Para amarla a usted —respondió Fyodorov—. La amo.

Gen miró a Fyodorov y pestañeó. Sintió que la sangre desaparecía de sus mejillas.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Roxane.

—Adelante —dijo Fyodorov—. Dígaselo.

Roxane llevaba el pelo firmemente recogido con una goma rosa que le habían dado, sacada del dormitorio de la hija mayor del vicepresidente. Sin maquillaje y sin joyería, sin el rostro enmarcado por los cabellos, hubiera podido pensarse que su aspecto era anodino, o incluso cansado, de no haber sabido todos de lo que era capaz. A Gen le pareció que había sido muy paciente al haber escuchado durante tanto tiempo, con la mirada siempre fija en Fyodorov, sin desviarla nunca para mirar por la ventana. Le pareció que decía mucho de su carácter que hubiese escogido al señor Hosokawa para que le hiciese compañía, habiendo como había otros hombres de menor fuste que sí hablaban inglés. Ni que decir tiene que Gen admiraba enormemente su canto. Cada día, cuando la oía cantar, se sentía profundamente conmovido, pero no la amaba. Tampoco se lo habían pedido. Ella no iba a entender que fuera eso lo que él quería decir, que él, Gen, la amaba, pero aun así le costaba. Nunca hasta entonces lo había pensado, pero ahora que lo pensaba estaba bastante seguro de que él nunca había pronunciado

esas palabras, ni las había escrito, fuese para sí mismo o para otra persona. Sus felicitaciones y cartas a su casa las firmaba con un «cuidaos mucho». Nunca había dicho a sus padres o a sus hermanas que los amaba. No se lo había dicho a ninguna de las tres mujeres con las que se había acostado a lo largo de su vida, ni a ninguna de las chicas del colegio a las que a veces había acompañado a clase. Simplemente, no se le había ocurrido decirlo nunca, y entonces, cuando por primera vez en su vida resultaba apropiado hablarle de amor a una mujer, iba a declarar el de otro hombre a otra mujer.

—¿Me lo va a decir? —dijo Roxane. Había un poco más de interés en aquella segunda pregunta. Fyodorov esperaba con las manos entrelazadas; sobre su cara se apreciaba un enorme alivio. Ya había dicho lo que le correspondía. Había llevado el asunto hasta donde había podido.

Gen tragó la saliva que se había acumulado sobre su lengua e intentó mirar a Roxane de manera profesional.

—Está preparado para amarle. Dice que la ama.

Gen puso su traducción en contexto para que sonase tan apropiada como fuese posible.

—¿Ama mi canto?

—A usted —contestó Gen. No le pareció que le hiciese falta consultar este punto con Fyodorov. El ruso sonreía.

Ahora fue Roxane quien apartó la mirada. Respiró hondo y miró por la ventana, como si aquello hubiese sido una oferta y la estuviese considerando. Cuando volvió a mirar a Fyodorov sonreía. Su cara irradiaba tanta paz, tanta ternura, que por un momento Gen pensó que ella correspondía al amor del ruso. ¿Era posible que una declaración semejante obtuviese el efecto deseado? ¿Qué ella le amase simplemente por haberla amado?

—Victor Fyodorov —dijo ella—. Una historia maravillosa.

—Gracias.

Fyodorov inclinó la cabeza.

—Me pregunto qué sería del joven europeo, de Julian —dijo ella, aunque más bien parecía que hablaba para sí misma—. Una cosa es regalarle un collar a una mujer. Viene en una cajita. Incluso un collar caro no representa muchos problemas. Pero regalarle a una mujer un libro así, cargar con él desde otro país, eso me parece extraordinario. Puedo imaginármelo en el tren, con el libro envuelto en papel.

—Si queremos creer que efectivamente existió Julian.

—No hay motivo para no creerlo. A nadie le haría daño creer la historia que ella les contó.

—Tiene usted razón. A partir de ahora lo recordaré siempre como la verdad.

Gen volvía a pensar en Carmen. Deseó que estuviese aún esperándole sentada en el mármol negro del lavabo, pero sabía que no era posible. Posiblemente había salido de patrulla, recorriendo los pasillos del segundo piso con un rifle y conjugando verbos de memoria.

—En cuanto al amor… —dijo Roxane.

—Nada hay que decir —la interrumpió Fyodorov—. Es un regalo. Sin más. Algo que ofrecerle. Si tuviera un collar, o un libro de arte, se los ofrecería. Se los regalaría como complemento de mi amor.

—Entonces es que es usted muy generoso con sus regalos.

Fyodorov se encogió de hombros.

—Puede que tenga usted razón. En otro contexto esto sería ridículo, rimbombante. En otro contexto esto no sucedería, porque usted es una mujer famosa y en el mejor de los casos yo podría estrechar su famosa mano durante un instante, mientras subía usted a su coche tras una actuación. Pero aquí la oigo cantar a usted cada día. Aquí la veo a usted cenar, y lo que siento en mi corazón es amor. No tiene sentido no hacérselo saber. Los individuos que tan amablemente nos han retenido puede que decidan ejecutarnos, después de todo. Es una posibilidad. Y si así sucede, ¿por qué debería llevarme conmigo este amor al otro mundo? ¿Por qué no entregarle a usted lo que es suyo?

—¿Y qué pasa si yo no tengo nada que darle?

Parecía interesada en el razonamiento de Fyodorov. Él negó con la cabeza.

—Qué cosas se le ocurren, después de todo lo que me ha dado. Pero la cuestión no es quién ha dado qué. Esa no es forma de pensar en los regalos. Ahora no estamos hablando de negocios. ¿Me sentiría feliz si me dijera usted que también me amaba? ¿Y que deseaba usted venir conmigo a Rusia y vivir con el secretario de comercio, asistir a cenas de estado y beber café en mi cama? Una idea encantadora, desde luego, pero quizá a mi esposa no le agradase. Cuando usted piensa en el amor, lo hace como una norteamericana. Tiene usted que pensar como una rusa. Es un punto de vista más amplio.

—Los americanos tenemos la mala costumbre de pensar como americanos —dijo Roxane con amabilidad. Después le sonrió a Fyodorov, y todos callaron unos segundos. La entrevista había concluido, y no había nada más que decir.

Por fin, Fyodorov se levantó de su silla y palmeó las manos.

—Yo al menos me siento mucho mejor. ¡Qué peso me he quitado de encima! Ahora puedo descansar. Ha sido usted muy amable al escucharme.

Le tendió la mano a Roxane, y cuando ella se levantó y le tendió la suya él se la besó, y durante un momento la apoyó contra su mejilla.

—Recordaré siempre este día, este momento, su mano. Ningún hombre podría pedir más que esto.

Sonrió y le soltó la mano.

—Un día magnífico. Y magnífico lo que me ha dado usted a cambio.

Se dio la vuelta y salió de la cocina sin decir ni palabra a Gen. Con toda la emoción había olvidado que Gen estaba allí, como suele olvidarse la gente cuando la interpretación ha transcurrido sin problemas.

Roxane se sentó en su silla y Gen se sentó donde antes se sentaba Fyodorov.

—Bien —dijo ella—. Ha sido agotador.

—Estaba pensando lo mismo.

—Pobre Gen.

Roxane ladeó la cabeza.

—Qué cosas tan aburridas tiene que escuchar.

—Esto ha sido extraño, pero no aburrido.

—¿Extraño?

—¿No le parece extraño que un completo extraño se le declare?

Pero claro, no debía de parecérselo. La gente debía de enamorarse de ella a todas horas. Debía de tener una plantilla de intérpretes para traducir todas las proposiciones de matrimonio.

—Es fácil amar a una mujer cuando no se entiende una palabra de lo que dice —dijo Roxane.

—Ojalá trajesen algunos conejos —le gritó Thibault a Gen. *Des lapins*. Tamborileaba los dedos sobre el libro de cocina—. Chicos, ¿os gusta el conejo? —les preguntó en español.

Los muchachos alzaron la vista del trabajo. Las armas volvían a estar casi montadas. Ya estaban limpias al comienzo, y ahora

estaban simplemente más limpias. Cuando uno se acostumbraba a las armas, y las armas no le apuntaban a uno, resultaban incluso interesantes, discretas esculturas para la mesita.

—Cobaya —dijo el más alto, Gilberto, quien no hacía mucho había querido dispararle durante la confusión en torno al televisor.

—¿Cobaya? —dijo Simon Thibault—. Gen ¿qué es «cobaya»?

Gen tuvo que reflexionar. Tenía la mente aun puesta en el ruso.

—Esos bichos peludos, hámsters no… —Chasqueó los dedos—. ¡Conejillos de Indias!

—Coma usted cobayas y no conejos —dijo Gilberto—. Muy tiernos.

—Oh —dijo César, cruzando las manos sobre su pistola—. Qué no daría yo por un cobaya.

Se mordisqueó los dedos al pensar en tanto placer. César tenía un problema de cutis, que parecía haber mejorado durante el encierro.

Thibault cerró el libro. En París, una de sus hijas había criado de niña un cobaya muy gordo en una enorme caja de vidrio. *Milou*, se llamaba, un pobre sustitutivo del perro que ella quería. Edith acabó dando de comer al bicho. Le daba pena que pasase día tras día solo, contemplando la vida de la familia a través del cristal. A veces, Edith dejaba que el cobaya se sentase en su pierna mientras ella leía. Allí estaba *Milou*, feliz, hecho una pelota contra la costura del vestido de Edith, la nariz inquieta.

El cobaya era el hermano de Thibault, porque éste no pedía ahora más que el privilegio que aquel había tenido, el derecho a apoyar su cabeza en el regazo de su esposa, con la cara vuelta hacia el cuello de su jersey. Y ahora Thibault tenía que imaginar al pobre animal (que había muerto hacía tiempo, pero ¿cómo y cuándo? No lo recordaba) desollado y puesto al fuego. *Milou* de cena. Cuando a algo se le ha puesto nombre, ya no puedes comértelo. Cuando has llamado «hermano» a algo, debería disfrutar de las libertades de un hermano.

—¿Cómo los cocináis?

Comenzó una discusión acerca de la mejor manera de cocinar un cobaya, y de cómo era posible leer la fortuna en sus entrañas cuando todavía estaban vivos. Gen apartó la mirada.

—La gente se ama por toda clase de razones —dijo Roxane; su desconocimiento del español le mantenía ajena a la conversación sobre cobayas asados a fuego lento en un espetón—. La mayoría de

las veces somos amados por lo que sabemos hacer, y no por quienes somos. No es tan malo que te amen por lo que haces.

—Pero la otra forma es mejor —dijo Gen.

Roxane subió los pies a la silla y se abrazó a sus piernas.

—Mejor. Me da rabia decir que es mejor, pero es verdad. Cuando alguien te quiere por lo que haces es muy halagador, pero ¿por qué puedes amarles tú a ellos? Cuando alguien te quiere porque eres como eres, tienen que conocerte, y eso significa que tú tienes que conocerles.

Roxane le sonrió a Gen.

Cuando todos hubieron salido de la cocina, primero los demás muchachos y luego Gen, Roxane y Thibault, la gente a la que consideraba adultos más que rehenes, César empezó a cantar la pieza de Rossini mientras terminaba su trabajo. Tenía la cocina para él solo durante un momento, y quería aprovechar ese desacostumbrado tiempo a solas. El sol se colaba por las ventanas y se reflejaba en su reluciente rifle, y ¡oh, cómo le gustaba oír aquellas palabras en su boca! Ella había cantado tantas veces aquella mañana que había tenido oportunidad de memorizar las palabras. No le importaba no comprender el lenguaje, él sabía lo que significaban. Las palabras y la música se fundían y pasaban a ser parte de él. Una y otra vez cantó el estribillo, susurrando casi, por miedo a que alguien pudiera oírle, burlarse, castigarle. La sensación era demasiado fuerte, y no creía poder salirse con la suya. Con todo, le habría gustado dejarse ir como ella hacía, anunciarlo a gritos, sumergirse en sí mismo para descubrir qué había dentro. Se emocionaba cuando ella cantaba los registros altos. De no haber tenido un rifle tras el que parapetarse se habría puesto constantemente en evidencia, porque su canto despertaba en él una pasión tan virulenta y doliente que su pene se erguía antes de acabar la primera línea, e iba endureciéndose a medida que la canción progresaba hasta que se sentía confuso, perdido entre el placer y un terrible dolor; la culata de su rifle le rozaba, arriba y abajo, y le acercaba al alivio. Se recostó contra la pared, mareado y electrizado. Aquellas furiosas erecciones eran por ella. Todos los chicos soñaban con subirse sobre ella, con llenar su boca con sus lenguas mientras se introducían en ella. La amaban, y en sus fantasías nocturnas y diurnas ella también les amaba. Pero para

César era más que eso. César sabía que la música se la ponía dura. Como si la música fuese algo aparte, algo que uno podía penetrar, amar, follar.

8

Junto al dormitorio de invitados había una salita en la que los generales acostumbraban a reunirse, y en aquella salita el señor Hosokawa y el general Benjamín jugaban a ajedrez durante horas. Parecía ser lo único que distraía a Benjamín del dolor del herpes. Al alcanzarle el ojo, las culebrillas se infectaron, y la infección causó una conjuntivitis, y el ojo estaba ahora horriblemente enrojecido y cubierto de pústulas. Cuanto más se concentraba en el ajedrez, más fácil le resultaba dejar a un lado el dolor. Nunca llegaba a olvidarlo, pero durante el juego al menos no era el centro de su existencia.

Durante mucho tiempo, a los rehenes sólo se les había permitido el acceso a zonas determinadas de la casa, pero las normas se habían relajado, y era posible el acceso esporádico a otras áreas. El señor Hosokawa no había sabido de la existencia de la salita hasta que se le invitó a entrar en ella para jugar. Era una habitación pequeña: una mesa de juego con dos sillas junto a la ventana, un pequeño sofá, un secreter y una vitrina repleta de libros encuadernados en cuero. Había cortinas amarillas en la ventana, una alfombra de flores azules en el suelo y un cuadro con un velero. No era una habitación excepcional en ningún sentido, pero era pequeña, y una sala pequeña, después de tres meses pasados en la vasta caverna del salón, resultaba para el señor Hosokawa un alivio enorme, semejante a la reconfortante rigidez que sienten los niños cuando los cubren de jerseys y abrigos. No pensó en ello hasta la tercera partida que jugaron, pero en Japón nadie estaba nunca en salones tan grandes, excepto en una cena de hotel o en una ópera. Le gustaba pensar que, de subirse a una silla, podría tocar el techo de la sala con los dedos. Se sentía especialmente agradecido por todo aquello que hacía que el mundo resultase cercano, familiar. Todo cuanto el señor Hosokawa había sabido o supuesto sobre el funcionamiento de la vida había resultado ser incorrecto. Donde antes había habido incontables horas de trabajo, negociaciones y compromisos, había ahora partidas de ajedrez con un terrorista por

el que sentía un inexplicable cariño. Donde antes había una familia respetable que funcionaba en todos los sentidos, había ahora gente a la que amaba y con la que no podía hablar. Donde antes había tenido unos pocos minutos de ópera en su equipo antes de acostarse, tenía ahora horas de música cada día, la calidez de una voz en toda su perfección y falibilidad, tenía a la mujer dueña de aquella voz sentada a su lado, riendo y tomándole de la mano. El resto del mundo pensaba que el señor Hosokawa sufría, y él nunca sería capaz de explicar que no había sido así. El resto del mundo. No conseguía apartarlo de su mente. La certeza de que acabaría por perder todas las bondades de que gozaba le llevaba a apreciarlas más todavía.

El general Benjamín era un buen jugador de ajedrez, pero no era mejor que el señor Hosokawa. Ninguno de ellos jugaba con reloj, y afrontaban cada movimiento como si el tiempo estuviese por inventarse. Al ser ambos de parecida habilidad y lentitud, ninguno se impacientaba con el otro. Una vez, el señor Hosokawa se tumbó en el sofá y echó una cabezada mientras esperaba su turno, y cuando despertó el general Benjamín seguía moviendo una torre arriba y abajo sobre tres casillas, cuidadoso de no soltar nunca la ficha. Tenían estrategias diferentes. El general Benjamín intentaba controlar el centro del tablero. El señor Hosokawa jugaba a la defensiva: un peón aquí, y luego el caballo. Unas veces ganaba el uno, otras el otro, y ninguno hacía comentario alguno al respecto. El juego, a decir verdad, era más tranquilo sin lenguaje. No era necesario alabar un movimiento astuto, ni rechistar ante un peligro pasado por alto. No eran capaces de recordar las palabras que Gen les había escrito, y en vez de ello tocaban primero la reina y luego el rey, una vez para indicar jaque, dos para jaque mate. Incluso el final de las partidas era muy reposado, un simple asentimiento, seguido del trajín de recomponer el tablero, de modo que al día siguiente estuviese listo para comenzar de nuevo. A ninguno de los dos se le habría ocurrido nunca dejar la habitación con las piezas desparramadas sobre la mesa, en el lado contrario del tablero.

Pese a que la casa era enorme, se mirase como se mirase, los residentes en la villa del vicepresidente no tenían privacidad, excepto Carmen y Gen, quienes se reunían en el armario de la porcelana a las dos de la madrugada para mantener en secreto sus lecciones. La ópera, la cocina y las partidas de ajedrez estaban abiertas al público. El dormitorio de invitados estaba en el mismo

lado de la casa en el que la televisión atronaba a todas horas, de modo que si uno de los terroristas buscaba entretenimiento por lo general renunciaba al ajedrez. Los rehenes, cuando se les permitía cruzar el pasillo en función de los caprichos de quienquiera que sostuviese el arma frente a la puerta, acostumbraban a quedarse unos diez o quince minutos, pero tenían suerte si llegaban a ver un solo movimiento. Estaban acostumbrados al fútbol. Intentaban considerar el ajedrez un deporte (era un juego, después de todo), pero hubieran preferido que de vez en cuando sucediese algo. La sala tenía el mismo efecto sobre los espectadores que un largo acto litúrgico, que una lección de álgebra, que un somnífero.

Dos espectadores que permanecían siempre atentos y no caían nunca dormidos eran Ismael y Roxane. Roxane acudía a presenciar la actuación del señor Hosokawa, quien, después de todo, pasaba mucho tiempo contemplando las suyas, e Ismael se quedaba porque le hubiera gustado jugar alguna vez con el general Benjamín y el señor Hosokawa, pero no sabía si estaría permitido. Todos los jóvenes terroristas procuraban saber dónde estaban los límites, y nunca pedían más de lo que podían tener. Como todos los niños, a veces insistían un poco, pero sentían mucho respeto por los generales y sabían que no debían pedir demasiado. A veces se quedaban hasta tarde viendo la televisión, pero nunca faltaban a sus guardias. No le pidieron a Messner que trajese cubetas de helado. Sólo los generales podían hacerlo, y hasta entonces sólo lo habían hecho dos veces. No se peleaban entre ellos, aunque la tentación era a veces abrumadora. Los generales castigaban las peleas con severidad, y el general Héctor se encargaba en persona de zurrar a sus soldados para enseñarles que debían aprender a colaborar entre ellos. Si había una necesidad irresistible, una discusión que sólo podía resolverse de una forma, se citaban en el gimnasio, se quitaban las camisas y tenían siempre mucho cuidado de no golpearse en la cara.

Había cosas que iban contra las normas, normas memorizadas y repetidas de carrerilla. Algunas normas —hablar con respeto a un oficial superior— se mantuvieron. Otras —no hablar nunca con los rehenes excepto para corregirles— fueron perdiendo fuerza y cayeron en desuso. No siempre estaba claro qué permitirían los generales y qué no. Ismael memorizó en silencio el tablero. No sabía los nombres de las piezas, porque nadie hablaba nunca en la habitación. En secreto planeó la forma más adecuada de abordar la

cuestión. Pensó en pedirle a Gen que lo pidiera por él. Gen conseguía que las cosas pareciesen importantes. O bien podía pedirle a Gen que se lo pidiese a Messner, que era quien llevaba las negociaciones. Pero Gen parecía muy ocupado aquellos días, y Messner, francamente, no parecía estar llevando a cabo un gran trabajo, visto que seguían allí encerrados. Lo que más le gustaría sería pedírselo al vicepresidente, el hombre a quien tenía en mayor estima y a quien consideraba un amigo, pero los generales se esforzaban por poner en ridículo a Rubén, y todo cuanto pudiese solicitar sería rechazado.

De modo que si Ismael quería algo, la única persona a la que por lógica podía recurrir era a sí mismo, y tras esperar unos días encontró el valor necesario para preguntar. Cada día era igual al anterior, y se dijo que nunca habría un buen o un mal momento para intentarlo. El general Benjamín había completado su jugada, y el señor Hosokawa estaba en la primera fase de consideración de su próximo movimiento. Roxane se había sentado en el sofá, con los codos apoyados sobre las rodillas, y las manos formando un cómodo soporte bajo su barbilla. Observaba el tablero como algo que en cualquier momento pudiese echar a correr. A Ismael le hubiera gustado poder hablar con ella. Se preguntaba si también ella estaba aprendiendo a jugar.

—Señor —dijo Ismael, con la voz helada en la garganta.

El general Benjamín levantó la vista y parpadeó. No se había dado cuenta de que estaba en la habitación. Qué chico tan pequeño. Era un huérfano a quien su tío había enrolado para la causa pocos meses antes del asalto, asegurando que todos los chicos de la familia eran pequeños hasta que pegaban un impresionante estirón, pero Benjamín empezaba a preguntarse si aquello sería verdad algún día. El de Ismael no parecía un cuerpo dispuesto a hacer nada extraordinario. Aun así, se esforzaba en mantener el ritmo de los demás y en soportar sus pullas. Y era útil contar al menos con alguien pequeño, alguien a quien poder aupar y meter por una ventana.

—¿Qué pasa?

—Señor me preguntaba si usted podría…

Se detuvo, tomó aliento y volvió a empezar.

—Me preguntaba si después, si hay tiempo, podría jugar contra el que gane —se le ocurrió que había una probabilidad del cincuenta por ciento de que el vencedor fuese el señor Hosokawa, y

que entonces la petición sería inadecuada—. O con el que pierda.

—¿Juegas al ajedrez? —preguntó el general Benjamín.

El señor Hosokawa y Roxane mantuvieron los ojos fijos en el tablero. Hubo un tiempo en el que, siquiera por cortesía, miraban a la persona que hablaba aunque no entendiesen nada de lo que estuviese diciendo. Ahora, ambos comprendían algo de español y no se molestaron en mirar. El señor Hosokawa estaba rondando el alfil del general. Roxane podía ver lo que estaba pensando.

—Creo que sí. He estado observando. Creo que ya lo entiendo.

El general Benjamín se rio, pero no fue una risa desagradable. Palmeó al señor Hosokawa en el brazo. El señor Hosokawa alzó la cabeza, empujó las gafas sobre el puente de su nariz y contempló cómo el general tomaba una de las manitas de Ismael bajo la suya y la ponía sobre un peón, y lo movía luego sobre el tablero. Les señaló luego a los tres, y todo estuvo claro. El señor Hosokawa palmeó al muchacho en el hombro.

—Jugarás contra el vencedor —dijo el general Benjamín—. Está decidido.

Ismael, sintiéndose muy afortunado, fue a sentarse a los pies de Roxane y contempló el tablero del mismo modo que ella, como si estuviese vivo. Le quedaba media partida para aprender todo lo que había que saber sobre el ajedrez.

Gen llamó con suavidad a la puerta. Messner estaba a sus espaldas. Todo en el aspecto de Messner evidenciaba cansancio excepto sus cabellos, que eran tan claros como la luz del día. Seguía vistiendo camisa blanca y corbata y pantalones negros, y al igual que los terroristas y rehenes, también su ropa empezaba a parecer ajada. Se cruzó de brazos y contempló la partida. En la universidad había formado parte del equipo de ajedrez, había viajado en autobús para jugar contra los franceses y los italianos. Le hubiera gustado jugar en aquel momento, pero de haber pasado tres horas en el interior de la casa se habría esperado de él que tuviese algo importante que comunicar cuando saliese.

El general Benjamín levantó una mano sin apartar la vista del tablero. Empezaba a notar que su alfil estaba en peligro.

Messner siguió la dirección de sus ojos. Pensó en decirle al general que en realidad, el problema no era el alfil, pero bien sabía él que Benjamín nunca le escucharía.

—Dígale que he traído la prensa de hoy —le indicó a Gen en francés. Podría haberlo dicho en español, pero sabía que el general

se habría limitado a mirarle fríamente por haber hablado en mitad de un movimiento.

—Se lo diré.

Roxane Coss levantó una mano para saludar a Messner, pero mantuvo la vista fija en el tablero, igual que Ismael, que notaba el insidioso regusto amargo del miedo avanzando por su esófago. Quizá, después de todo, no sabía jugar al ajedrez.

—¿Tiene algún plan para fugarnos de aquí? —preguntó Roxane.

—Nadie se atreve a mover —respondió Messner en tono jocoso —. Nunca había visto una posición tan ahogada.

Sintió envidia de Ismael, sentado junto a los pies de Roxane. No tenía más que mover la mano para rozarle el tobillo.

—Podrían matarnos de hambre —dijo Roxane con voz tranquila y serena, como si no quisiera interferir en el juego—. La comida no es tan mala, o al menos no tan mala como debería ser si de verdad estuviesen interesados en que pasase algo. No deben de estar muy ansiosos por liberarnos si básicamente nos dan todo lo que queremos.

Messner se rascó la nuca.

—Ah, me temo que eso es culpa suya. Si creía usted que era famosa antes de venir aquí, debería leer lo que se dice ahora de usted. Callas a su lado sería una figuranta. Si intentasen matarla de hambre, el gobierno caería derrocado en menos de un día.

Roxane le miró y pestañeó como hacía en el escenario, complacida.

—Es decir, que si consigo salir de aquí, ¿podré doblar mis precios?

—Triplicarlos.

—Dios mío —dijo Roxane, y allí estaban sus dientes, y su sola visión bastó para romperle el corazón a Messner—. ¿Se da usted cuenta de que acaba de decirle cómo derrocar al gobierno y él ni siquiera se ha enterado? Es todo lo que desea, y se le ha escapado.

El general Benjamín tenía una mano sobre el alfil. Lo balanceaba de lado a lado. Las palabras pasaban sobre su cabeza, le resbalaban como el agua sobre una roca.

Messner observó a Ismael. Dio la impresión de que el muchacho contuvo la respiración hasta que el general decidió su movimiento. De todas las negociaciones en las que había estado implicado, Messner se dio cuenta de que en aquella no le importaba en absoluto quién fuese a ganar. Pero no era del todo cierto, porque los

gobiernos ganaban siempre. Lo que pasaba es que no le hubiera importado ver que aquella gente escapaba, todos y cada uno de ellos. Le hubiera gustado que pudiesen utilizar el túnel que estaba excavando el ejército, que volviesen a los conductos del aire acondicionado y desapareciesen por los túneles de camino al frondoso campamento del que provenían. No es que fueran una banda extraordinaria, pero precisamente por ello no merecían el castigo que acabaría por caer sobre ellos. Sentía lástima por ellos, eso era todo. Nunca hasta entonces había sentido lástima por los secuestradores.

Ismael suspiró cuando el general apartó la mano del obispo y se decidió por el caballo. Era una mala jugada. Incluso Ismael pudo verlo. Se recostó contra el sofá, y cuando lo hizo Roxane le pasó una mano por los hombros, le puso la otra sobre la cabeza, y le acarició el pelo distraída. Pero Ismael apenas sí se dio cuenta. Tenía los ojos puestos en la partida de ajedrez, que acabó seis movimientos más tarde.

—Bueno, ya es suficiente —dijo el general Benjamín. Tan pronto acabó la partida, se abrieron las compuertas y pusieron en marcha el dolor. Estrechó la mano del señor Hosokawa con la breve formalidad con que lo hacían tras cada partida. El señor Hosokawa se inclinó varias veces y Benjamín hizo lo propio, una costumbre rara que se le había contagiado como un tic. Después de las reverencias se desperezó e hizo señas a Ismael de que ocupase su asiento.

—Pero sólo si el caballero quiere jugar. No le importunes. Gen, pregúntele al señor Hosokawa si no prefiere esperar a mañana para jugar.

El señor Hosokawa estaba encantado de jugar con Ismael, quien ya se había arrellanado en el asiento todavía caliente del general. Empezó a colocar las fichas.

—¿Qué me trae? —le preguntó el general a Messner.

—Más de lo mismo, si le digo la verdad. —Messner ojeó sus papeles. Un ultimátum del presidente. Otro ultimátum del Jefe de Policía—. No piensan ceder. La verdad es que ahora están incluso menos dispuestos que antes. El gobierno no está incómodo con la forma en que las cosas han ido hasta el momento. La gente empieza a acostumbrarse a la situación. Pasan por la calle y ni siquiera se detienen a mirar.

Le entregó la lista de peticiones del día mientras Gen traducía.

Había días en los que ni siquiera se molestaban en reformular sus demandas. Hacían una fotocopia y cambiaban la fecha a lápiz.

—Pues que se vayan preparando: somos los campeones de la espera. Podemos esperar toda la eternidad.

El general Benjamín fue asintiendo distraído mientras ojeaba los papeles. Luego abrió el pequeño secreter francés y sacó su propio fajo de papeles, que Gen había mecanografiado la noche anterior.

—Deles usted esto.

Messner cogió los papeles sin examinarlos. Tanto daba. Sus peticiones se habían salido de madre durante el último mes: ahora pedían la liberación de presos políticos de otros países, gente a la que no conocían, distribución de alimentos a los pobres, un cambio en la ley electoral. Esto último se le había ocurrido al general Héctor después de leer algunos de los libros de derecho del vicepresidente. Al no recibir nada, habían empezado a pedir más, en lugar de limitar sus demandas. Como de costumbre incluían amenazas, promesas de que empezarían a ejecutar a los rehenes, pero «amenazas», «promesas» y «exigencias» no eran ya más que palabras ornamentales. No tenían mayor significado, como no lo tenían los sellos y estampillas que el gobierno incluía en sus documentos.

El señor Hosokawa dejó que Ismael comenzase. El chico abrió con el tercer peón. El general Benjamín se sentó a ver la partida.

—Deberíamos hablar de esto —comentó Messner.

—No hay nada de qué hablar.

—Creo… —empezó a decir Messner. Sentía el peso de la responsabilidad. Empezaba a pensar que, si fuera un hombre más inteligente, habría encontrado ya la forma de discutir la cuestión hasta el fondo—. Hay cuestiones que debe usted considerar.

—Chist —susurró el general Benjamín, y se llevó un dedo a los labios. Indicó el tablero—. Empieza la partida.

Messner se recostó contra la pared, súbitamente agotado. Ismael apartó el dedo de su peón.

—Permita que le acompañe hasta la puerta —le dijo Roxane a Messner.

—¿Qué? —dijo el general Benjamín.

—Dice que acompañará al señor Messner hasta la puerta —dijo Gen.

El general Benjamín no se molestó en acompañarlos. Le interesaba comprobar si el chico sabía jugar.

—Dígame qué es lo que van a hacer —dijo Roxane mientras caminaban pasillo abajo. Gen se les había unido, y los tres hablaban en inglés.

—No tengo ni idea.

—Algo debe saber —dijo Roxane.

Él la miró. Cada vez que la veía se quedaba sorprendido por lo pequeña que era. De noche, en su recuerdo, era enorme, poderosa. Pero a su lado era tan pequeña que, de haber llevado puesto un abrigo, hubiera podido escamotearla fuera de la casa bajo un brazo. En su casa de Ginebra tenía la gabardina perfecta: había pertenecido a su padre, y su padre era un hombre grande. Messner la utilizaba, pese a ello, en parte por cariño a su padre y en parte porque era práctica, y cuando caminaba con ella puesta ondeaba al aire.

—Yo soy un correo, el servicio de mensajería. Traigo los papeles, salgo con papeles, me cercioro de que hay mantequilla suficiente para el pan. No me cuentan nada.

Roxane pasó un brazo bajo el suyo, no en un gesto de coquetería, sino al estilo de una heroína de novela inglesa del siglo XIX que sale a pasear con un caballero. Messner podía notar la calidez de su mano a través de la manga. No quería dejarla en el interior.

—Dígame —susurró ella—. Empiezo a perder la cuenta del tiempo. Hay veces que creo que es aquí donde vivo, que aquí es donde voy a vivir siempre. Si alguien pudiera asegurármelo, podría empezar a asentarme. ¿Me comprende usted? Si va a tardar mucho tiempo todavía quiero saberlo.

Verla cada día, esperar entre la multitud de la acera cada mañana para escucharla cantar, ¿no era aquello algo extraordinario?

—Imagino —dijo Messner con voz queda—, que aún va a pasar mucho tiempo.

Mientras caminaban, Gen les seguía como un mayordomo bien adiestrado, a un tiempo discreto y atento siempre por si se le necesitaba. Escuchaba. Messner había dicho «mucho tiempo». Pensó en Carmen, en todos los idiomas que podía aprender una chica inteligente. Quizá les hiciese falta mucho tiempo.

Cuando Rubén les vio llegar a los tres avanzó por el pasillo con rapidez, para evitar que alguno de los soldados le diese el alto.

—¡Messner! —dijo—. ¡Es un milagro! Le estaba esperando, y ha

conseguido usted escapárseme. ¿Cómo está el gobierno? ¿Me han sustituido ya?

—Imposible —dijo Messner. Roxane dio un paso atrás, para estar con Gen, y Messner notó que el aire a su alrededor se enfriaba.

—Necesitamos jabón —dijo el vicepresidente—. Jabón de todo tipo, en pastilla, en gel, para la ropa…

Messner estaba distraído. Su conversación con Roxane debería haber durado más. No necesitaban a Gen. Messner a menudo soñaba en inglés. Nunca tenían la oportunidad de estar a solas.

—Veré lo que puedo hacer.

La cara de Rubén se ensombreció.

—Tampoco le pido algo muy complicado.

—Lo traeré mañana —dijo con voz suave. ¿A santo de qué aquella ternura? Messner quería regresar a Suiza, donde el cartero que por el pasillo no le reconocía insertaba el correo siempre en el cubículo indicado. Quería sentirse anónimo, no necesitado.

—Al fin se le ha curado la cara.

El vicepresidente, consciente de lo ridículo de su enfado, y la carga que suponía para su amigo, se tocó la mejilla.

—Nunca pensé que llegaría a suceder. Es una cicatriz impresionante, ¿no le parece?

—Le convertirá en un héroe del pueblo —dijo Messner.

—Diré que me la hizo usted —repuso Rubén, buscando los claros ojos de Messner—. Una cuchillada en un bar.

Messner llegó a la puerta y alzó los brazos, y Beatriz y Jesús, los dos guardias de la puerta, le cachearon hasta que se sintió incómodo por la insistencia de las manos de Beatriz. No entendía por qué tenía que pasar otra vez por lo mismo a la salida. ¿Qué podía querer sacar de tapadillo?

—Creen que es usted el que ha robado el jabón —dijo el vicepresidente, como si hubiese leído los pensamientos de su amigo —. No se les ocurre cómo puede haber desaparecido, sobre todo porque ellos no lo han usado para nada.

—Vuelva al sofá —dijo Jesús, y se llevó dos dedos al arma. El vicepresidente tenía ganas de echar una siesta, y siguió su camino sin más comentarios. Messner salió por la puerta sin despedirse.

Roxane no dejaba de pensar. Pensaba en Messner, y en cómo parecía que hubiera preferido ser un rehén en lugar de ser la única

persona del mundo con libertad para ir y venir. Pensaba en los *Heder* de Schubert, en las arias de Puccini, en los conciertos que había perdido en Argentina y en los conciertos que estaba perdiendo ahora en Nueva York y que tanto tiempo había llevado organizar y que tan importantes le habían parecido. Pensaba en qué cantaría al día siguiente en el salón. ¿Más Rossini? Sobre todo, pensaba en el señor Hosokawa y en lo mucho que había llegado a depender de él. De no haber estado él allí, ella habría perdido la razón durante la primera semana, pero también era cierto que, de no haber sido por él, ella nunca habría visitado aquel país, ni siquiera se le habría invitado a visitarlo. Su vida hubiera continuado como el horario de un tren: Argentina, Nueva York, una visita a Chicago, y luego de vuelta a Italia. Ahora se había detenido por completo. Pensó en Katsumi Hosokawa sentado junto a la ventana, escuchando mientras ella cantaba, y se preguntó cómo era posible que amara a alguien con quien ni siquiera podía hablar. Estaba convencida de que había un motivo para todo cuanto había ocurrido: el cumpleaños, y la invitación para ser su regalo de cumpleaños, por así decirlo, y el hecho de permanecer allí atrapados tanto tiempo. ¿Cómo si no hubieran podido encontrarse? ¿Cómo si no habría podido llegar a conocer a alguien con quien no podía hablar, alguien que vivía en el otro extremo del mundo? ¿Cómo, si no disponiendo de una enorme cantidad de tiempo ocioso para sentarse juntos a esperar? Tendría que cuidar de Carmen, eso era lo primero.

—Ya conoce a Carmen —le dijo a Gen. Iban de regreso, para ver cómo progresaba la partida de ajedrez, pero ella le detuvo en mitad del pasillo, alejados de todas las puertas.

—¿Carmen?

—Ya sé que sabe quién es, pero también la conoce un poco, ¿no? Alguna vez les he visto hablando.

—Desde luego.

Gen sintió que el rubor le subía por el pecho, e impidió que lo siguiera haciendo, si es que algo así era posible.

Pero Roxane no le miraba. Tenía la mirada algo desenfocada, como si estuviese cansada. Sólo era mediodía, pero a menudo se sentía fatigada tras cantar por las mañanas. Los guardias la dejaban subir a su dormitorio sola para volver a dormir. Si Carmen no estaba de guardia, a veces la buscaba y la tomaba de la muñeca, y Carmen la seguía. Era mucho más fácil dormir cuando ella estaba

cerca. Carmen era con toda seguridad veinte años más joven que ella, pero había algo en ella, tenía algo que sosegaba a Roxane.

—Es una niña encantadora. Me trae el desayuno por la mañana. A veces abro la puerta de mi habitación por la noche y ella está dormida en el pasillo —dijo—. No siempre.

No siempre. No cuando estaba con él.

Roxane volvió a mirarle y sonrió un poco.

—Pobre Gen, está usted siempre en mitad de todo. Todos los que tienen un secreto acuden a usted.

—Estoy seguro de que hay mucho que se me escapa.

—Necesito que me haga usted un favor, como los demás. Necesito que haga algo.

Porque si Messner tenía razón, si todavía iban a pasar mucho tiempo como rehenes, entonces se lo merecía. Y si, al final de todo, acababan todos muertos, porque siempre se comentaba que el ejército los mataría a todos y culparía a los terroristas, o que los terroristas los ejecutarían en un acto de desesperación (aunque esto le resultaba más difícil de creer), entonces lo merecía aun más. Y si la tercera posibilidad llegaba a cumplirse, si los liberaban a todos sanos y salvos y todos volvían a sus vidas anteriores y olvidaban lo sucedido, entonces se lo merecía más que nunca, porque en ese caso no volvería a ver jamás a Katsumi Hosokawa.

—Encuentre a Carmen y pídale que se vaya a dormir a otro sitio. Dígale que no hace falta que me lleve el desayuno por la mañana. ¿Me hará ese favor?

Gen asintió.

Pero aquello no era suficiente. No se lo había pedido todo, porque no tenía forma de decirle al señor Hosokawa que la visitase por la noche. Quería pedirle que acudiese a su dormitorio, pero sólo había una forma de hacerlo, y era pedirle a Gen que se lo explicase en japonés; ¿y qué quería decirle exactamente? ¿Que quería que pasase con ella la noche? Y Gen tendría que pedirle a Carmen que encontrase la forma de llevar al señor Hosokawa al primer piso. ¿Y si les descubrían? ¿Qué les pasaría al señor Hosokawa, y a Carmen? Cuando uno conocía a alguien y quería encontrarse con ese alguien, lo acostumbrado era salir a cenar, a tomar una copa. Se recostó contra la pared. Frente a ella pasaron dos guardias armados, pero cuando Roxane estaba delante nunca bromeaban ni empujaban a nadie. Cuando hubieron pasado, respiró hondo y le dijo a Gen todo cuanto necesitaba. Él no le dijo que aquello era una locura. Le

escuchó como si no estuviese pidiendo nada fuera de lo común, y fue asintiendo a medida que hablaba. Quizá un traductor no fuese tan diferente de un médico o un abogado, o de un sacerdote incluso. Debía de haber un código ético que les impedía cotillear. E incluso si no estaba segura de su lealtad para con ella, sí podía estar segura de que haría todo cuanto estuviese en su mano para proteger al señor Hosokawa.

Rubén Iglesias entró en lo que aún consideraba la habitación de invitados, y que era ahora la oficina de los generales, para vaciar las papeleras. Iba de habitación en habitación cargado con una enorme bolsa verde de basura, recogiendo no sólo lo que había en los cestos sino también lo que había por el suelo: botellas de refrescos, pieles de plátano, trozos censurados de periódico. Rubén guardaba disimuladamente estos últimos en los bolsillos y los leía de noche con una linterna. El señor Hosokawa e Ismael estaban jugando al ajedrez, y se detuvo un instante en el umbral para observarlos. Estaba muy orgulloso de Ismael, que era mucho más despierto que los restantes muchachos. Rubén había comprado el tablero para enseñarle el juego a su hijo, Marco, pero tenía la impresión de que el niño era demasiado joven para aprender. El general Benjamín estaba sentado en el sillón, y al cabo de un rato miró a Rubén. El aspecto de su ojo, horriblemente infectado, le dejó sin habla.

—Ese Ismael aprende rápido —dijo el general Benjamín—. Nadie le enseñó a jugar, ¿sabe? Aprendió solo, mirando.

El logro del muchacho le había puesto de buen humor. Le recordaba la época en la que era maestro de escuela.

—Venga al pasillo un momento —le dijo Rubén con voz queda —. Quiero hablarle de un asunto.

—Pues háblelo aquí.

Rubén desvió la mirada hacia el muchacho, para indicar que aquel era un asunto privado entre hombres. Benjamín suspiró y se levantó del sillón.

—Todo el mundo tiene problemas —dijo.

Ya en el pasillo, Rubén soltó la bolsa de basura. No le gustaba hablar con los generales. Su primer encuentro había marcado unas pautas que él había seguido, pero ningún hombre decente podía fingir que no se daba cuenta de algo así.

—¿Qué le hace falta? —dijo Benjamín en tono hastiado.

—Qué le hace falta a usted —dijo Rubén. Echó mano al bolsillo y sacó un frasquito de píldoras sobre el que estaba escrito su

nombre—. Antibióticos. Mire, me dieron más de los que nunca voy a necesitar. Detuvieron la infección que tenía en la cara.

—Una suerte para usted —dijo el general.

—Y para usted. Hay muchas. Tómelas. Le sorprenderá la diferencia que significan.

—¿Es usted médico?

—No hace falta ser médico para ver una infección, créame.

Benjamín le sonrió.

—¿Y cómo sé yo que no intenta envenenarme, mi pequeño vicepresidente?

—Claro, claro —suspiró Rubén—. Tenía intención de envenenarle. Quería que los dos muriésemos juntos.

Abrió el frasco, se puso una de las píldoras en la boca y, tras demostrarle a Benjamín que la tenía en la lengua, se la tragó. Luego entregó el frasco al general.

—No le preguntaré lo que va a hacer con ellas, pero tenga, suyas son.

Después de eso, Benjamín regresó a la partida de ajedrez y Rubén recogió la basura y se encaminó a la siguiente habitación del pasillo.

Era sábado, pero al ser todos los días esencialmente idénticos, las únicas personas que le concedieron alguna importancia fueron el padre Árguedas, que abría el confesionario los sábados y planificaba la misa del domingo, y Beatriz, para quien los fines de semana eran un erial insoportable porque el programa que le gustaba, *La historia de María*, sólo lo emitían de lunes a viernes.

—Esperar es sano —le dijo el general Alfredo, quien también apreciaba el programa—. Te permite disfrutar con anticipación.

—Yo no quiero esperar —repuso ella, y pensó de repente que iba a llorar de frustración, porque la tarde se extendía ante ella tediosa e interminable. Ya había limpiado su fusil, y pasado la inspección, y no le tocaba guardia hasta la noche. Podría haber dormido la siesta, u hojeado por centésima vez una de aquellas revistas que no entendía, pero el mero hecho de pensarlo le resultaba insoportable. Quería salir de allí. Quería pasear por las calles de la ciudad, como cualquier otra chica, y que los hombres hiciesen sonar la bocina a su paso. Quería hacer algo.

—Voy a ver al cura —le dijo a Alfredo. Volvió la cara rápidamente. Llorar estaba estrictamente prohibido. Le parecía lo peor que podía hacer.

El padre Árguedas había establecido una política de «intérprete opcional» en lo tocante a la confesión. Si la gente decidía confesarse en otro idioma que no fuese español, él estaba más que dispuesto a escucharles, y daba por supuesto que a través de él los pecados eran filtrados y perdonados por Dios del mismo modo que si hubiera entendido cuanto decían. Si la gente prefería que se les entendiese, al modo tradicional, eran libres de llevar consigo a Gen si éste podía compaginarlo con sus tareas. Gen resultaba perfecto para el trabajo, pues parecía tener una habilidad natural para no escuchar las palabras que salían de su propia boca. Pero aquello no importaba ahora, porque Oscar Mendoza se confesaba en el idioma que ambos habían aprendido en su niñez. Estaban sentados en una esquina, cara a cara, en dos sillas del comedor. La gente respetaba aquel apaño y evitaban entrar en el comedor cuando veían que el sacerdote estaba allí sentado con otra persona. Al principio, el padre Árguedas planteó la idea de crear una especie de confesionario en el armario de los abrigos, pero los generales no lo permitieron. Todos los rehenes debían estar siempre a la vista, para poder controlarlos mejor.

—Ave María Purísima. Han pasado tres semanas desde mi última confesión. En casa voy todas las semanas, se lo aseguro, pero en nuestras presentes circunstancias no hay grandes oportunidades de pecar —dijo Oscar Mendoza—. Ni bebida, ni juego, y sólo tres mujeres. Incluso pecar con uno mismo es casi imposible. No hay intimidad.

—La forma en la que vivimos tiene sus recompensas.

Mendoza asintió, aunque a él no se le ocurría ninguna.

—En cambio, tengo sueños. ¿Hay algún tipo de sueños que sea pecado, padre?

El sacerdote se encogió de hombros. Disfrutaba de la confesión, de la oportunidad de hablar con la gente y aliviar en lo posible su carga. Podía contar con los dedos de una mano las veces que se le había permitido oír confesiones antes del secuestro, pero desde entonces varias habían sido las veces que había tenido a gente esperando para hablar con él. Hubiera preferido, eso sí, un poco más de pecados, siquiera porque así hubiera tenido más tiempo para hablar con la gente.

—Los sueños son cuestión del subconsciente. No es algo que esté claro. Aun así, creo que lo mejor será que me lo cuentes. Quizá entonces pueda ayudarte.

Beatriz asomó la cabeza por la puerta, y su pesada trenza se balanceó recortada contra la luz.

—¿Ha acabado ya?

—Todavía no —dijo el sacerdote.

—¿Pronto?

—Vete a jugar un rato. Te veré luego.

A jugar. ¿Es que creía que era una niña? Consultó el reloj de Gen. Pasaban diecisiete minutos de la una. Ya entendía el reloj a la perfección, aunque en ocasiones le agobiaba un poco. No podía pasar más de tres minutos sin mirar la hora, por más que se esforzase en evitarlo. Beatriz se tumbó en una alfombrilla oriental roja junto a la puerta: el padre Árguedas no la vería desde allí, y podría escuchar la confesión con toda comodidad. Se llevó la punta de la trenza a la boca. Oscar Mendoza tenía una voz tan fuerte como sus hombros, y era fácil oírle incluso cuando susurraba.

—Es más o menos el mismo sueño cada noche.

Oscar Mendoza se detuvo, porque no estaba seguro de querer contarle aquellos horrores a un cura tan joven.

—Son sueños de una violencia terrible.

—¿Contra quienes nos tienen retenidos? —preguntó en voz baja el sacerdote.

En el pasillo, Beatriz se enderezó.

—Oh, no, nada de eso. Me gustaría que nos dejasen en paz, pero no les deseo ningún mal, al menos no muy a menudo. No, los sueños que tengo se refieren a mis hijas. Vuelvo a casa. Me he escapado, o me han liberado, eso va a días, y cuando llego a casa me la encuentro llena de muchachos. Es como una academia para jóvenes. Chicos de todos los tamaños, pálidos, morenos, gorditos, delgaduchos. Están por todas partes. Me vacían la nevera, y fuman en el porche de la casa. Están en el baño, se afeitan con mis cuchillas. Cuando paso a su lado levantan la vista y me miran estúpidamente, como si todo les diese igual, y siguen con lo que estaban haciendo. Pero eso no es lo terrible. Esos chicos, lo que hacen sobre todo es… es aprovecharse de mis hijas. Forman cola frente a sus dormitorios, incluso frente al de las dos pequeñas. Es algo terrible, padre. De algunas puertas salen risas, y en otras oigo sollozos, y empiezo a matar a los chicos, uno a uno, avanzo por el pasillo y los voy quebrando como cerillas. Ni siquiera se apartan. Todos parecen muy sorprendidos cuando los agarro por la cabeza y les rompo el cuello.

A Óscar le temblaban las manos, y procuró entrelazarlas y apretarlas entre sus rodillas.

Beatriz intentó asomarse discretamente para ver si el hombrón estaba llorando. Le había parecido notar cierto temblor en su voz. ¿Esa clase de cosas soñaban otros? ¿Eso era lo que confesaban? Consultó el reloj: la una y veinte.

—Ah, Óscar, Óscar. —El padre Árguedas le dio unas palmaditas en el hombro—. Es la presión. No es pecado. Todos rezamos para que nuestra mente no piense cosas terribles, pero a veces queda fuera de nuestro control.

—Cuando sucede parece todo muy real —dijo Óscar, y añadió reticente—: En el sueño no soy infeliz. Siento rabia, pero me alegro de haberlos matado.

Aquella información era más problemática.

—Lo que tienes que hacer es aprender de ellos. Pídele a Dios fuerza, ruégale justicia. Así, cuando llegue el momento de volver a tu casa, lo harás en paz.

—Supongo que sí. —Óscar asintió lentamente, no muy convencido. Se daba cuenta ahora de que no había querido que el sacerdote le absolviera, sino que le confirmase que las cosas con las que soñaba eran imposibles. Que sus hijas estaban en casa, sanas y libres de todo acoso.

El padre Árguedas le miró atentamente. Se inclinó hacia él, la voz llena de portentos.

—Rézale a la Virgen. Tres rosarios. ¿Me oyes?

Sacó un rosario del bolsillo y lo puso entre las grandes manazas de Óscar.

—Tres rosarios —dijo Óscar y, efectivamente, la presión sobre su pecho cedió un poco cuando empezó a pasar las cuentas entre sus dedos. Salió de la sala dándole las gracias al sacerdote. Al menos, si podía rezar estaría haciendo algo.

El sacerdote se tomó unos instantes para orar por los pecados de Oscar Mendoza y cuando acabó, carraspeó y dijo:

—¿Te has divertido, Beatriz?

Ella esperó, se secó la coleta con la manga, y finalmente rodó sobre su estómago para quedar frente a la habitación.

—No sé a qué se refiere.

—No deberías escuchar.

—Usted es un prisionero —dijo ella. Pero sin mucha convicción. Nunca levantaría un arma contra un sacerdote, y por eso le apuntó

con el dedo—. Tengo todo el derecho a escuchar lo que dicen.

El padre Árguedas se reclinó en su asiento.

—Para cerciorarte de que no planeamos matarte mientras duermes.

—Exactamente.

—Entra y confiésate. Ya tienes algo que confesar. Eso lo hará todo más fácil.

El padre Árguedas faroleaba. Ninguno de los terroristas se confesaba, aunque muchos asistían a misa, y él les dejaba comulgar pese a ello. Supuso que lo de no confesarse era una norma impuesta por los generales.

Pero Beatriz no se había confesado nunca. El cura pasaba por su aldea sólo a intervalos irregulares, cuando su agenda se lo permitía. El sacerdote era un hombre muy ocupado, que atendía una amplia región de las montañas. A veces pasaban meses entre visita y visita, y cuando al fin llegaba estaba ocupadísimo, no sólo con la misa, sino también con bautismos y matrimonios, funerales, disputas territoriales y comuniones. La confesión quedaba reservada para los asesinos y los moribundos, no para muchachas ociosas que no habían hecho nada peor que pellizcar a sus hermanas o desobedecer a sus madres. Era algo para los muy adultos y los muy malvados, y Beatriz no se consideraba ninguna de las dos cosas.

El padre Árguedas levantó una mano y le habló con dulzura. Él era el único que le hablaba en aquel tono.

—Ven aquí —dijo—. Te lo pondré muy fácil.

Qué fácil fue acercarse a él y sentarse en la silla. Él le explicó que debía inclinar la cabeza, y luego puso una mano a cada lado de su cabeza y empezó a rezar por ella. Beatriz no escuchaba la plegaria. Oía sólo palabras sueltas, palabras bellas, «padre» y «bienaventurado» y «perdón». El peso de las manos sobre su cabeza era una sensación agradable. Cuando por fin, después de un tiempo que se le hizo muy largo, apartó las manos, se sintió ingrávida, libre. Levantó la cara y le sonrió.

—Ahora recuerda tus pecados —dijo él—. Lo normal es que lo hagas antes de venir a mí. Le pides a Dios valor para recordar tus pecados, y valor para deshacerte de ellos. Y cuando vengas al confesionario dices: «Ave María Purísima. Es la primera vez que me confieso».

—Ave María Purísima. Es la primera vez que me confieso.

El padre Árguedas esperó a que continuase, pero Beatriz se

limitó a sonreírle.

—Ahora cuéntame tus pecados.

—¿Qué es eso?

—Bueno —dijo él—, para empezar, escuchaste la confesión del señor Mendoza, aunque sabías que no estaba bien.

Ella negó con la cabeza.

—Eso no era un pecado. Ya le he dicho que estaba haciendo mi trabajo.

El padre Árguedas puso esta vez las manos sobre sus hombros, y ella volvió a sentir aquella maravillosa calma.

—Cuando te confiesas no puedes decir más que la verdad. A través de mí le dices la verdad a Dios, y yo nunca se lo contaré a otra persona. Todo cuanto dices queda entre tú y yo y Dios. Es un rito sagrado, y nunca, nunca, debes mentir cuando te confiesas. ¿Lo entiendes?

—Sí —musitó Beatriz. El sacerdote tenía la cara más bonita de cuantos estaban allí, más incluso que Gen, quien al principio le había gustado un poco. El resto de los rehenes eran demasiado viejos, los chicos de la tropa eran demasiado jóvenes, y los generales eran los generales.

—Reza —le dijo el sacerdote—. Esfuérzate por comprenderlo.

Y porque él le gustaba intentó forzarse a pensar en ello. Sintiendo el peso de sus manos sobre los hombros cerró los ojos y rezó, y de pronto todo le resultó muy claro. Sí, sabía que escuchar a escondidas no era lo correcto. Lo sabía, podía verlo a través de sus ojos cerrados, y aquello le hizo feliz.

—Confieso que he escuchado.

No tenía más que decirlo y ya se perdía, se alejaba de ella. Ya no era su pecado.

—¿Algo más?

Algo más. Volvió a pensar. Clavó la vista en la oscuridad de sus ojos cerrados, allí donde sabía que sus pecados se acumulaban como leña, secos y listos para arder. Había algo más, había mucho más. Empezó a verlo todo. Pero era demasiado, y no sabía qué nombre darle, ni cómo expresar en palabras tantos pecados.

—No debería haber apuntado el arma —respondió al fin, porque no había forma de buscarle pies ni cabeza. Le parecía que incluso si permanecía allí por toda la eternidad, no sería capaz de confesarlos todos. No porque estuviese dispuesta a dejar de hacer aquellas cosas. No podía. No se lo permitiría y ni siquiera quería. Había visto

sus pecados, y sabía que cometería más y más.

—Dios te perdona —dijo el sacerdote.

Beatriz abrió los ojos y miró al sacerdote.

—¿Y desaparecerán?

—Tendrás que rezar. Tendrás que arrepentirte.

—Puedo hacerlo.

Quizá aquella fuese la solución, un ciclo de pecado y arrepentimiento. Acudiría todos los sábados, incluso más a menudo, y él haría que Dios la perdonase, y entonces podría subir al cielo.

—Quiero que digas ahora tus oraciones.

—No conozco todas las palabras.

El padre Árguedas asintió.

—Podemos decirlas juntos. Puedo enseñarte a rezar. Pero Beatriz, quiero que seas amable, que seas atenta. Esa es parte de tu penitencia. Quiero que lo intentes hoy.

Carmen estaba en el salón, pero también el general Héctor y media docena de muchachos estaban allí. Cuatro de ellos jugaban a las cartas, y el resto les observaba. Habían clavado sus cuchillos sobre la mesa en la que jugaban, y aquello había estado a punto de volver loco al vicepresidente. La mesa databa de principios del siglo XIX, y había sido tallada a mano por artesanos españoles que nunca supusieron que su pulida superficie acabaría erizada de cuchillos. Gen pasó lentamente a su lado. No podía ni siquiera intentar que Carmen le mirase. Lo único que podía hacer era esperar que ella le viera y se le ocurriera seguirle. Gen se detuvo a hablar con Simon Thibault, que se había tumbado en un sofá y estaba leyendo *Cien años de soledad* en español.

—Voy a tardar una eternidad —le dijo a Gen en francés—. Quizá cien años. Por lo menos sé que tengo tiempo.

—¿Quién nos iba a decir que estar secuestrado se parecía tanto a asistir a la universidad? —comentó Gen.

Thibault se rio y pasó página. ¿Les habría oído ella hablar? ¿Le había visto salir? Entró en la cocina, afortunadamente vacía, se coló en el armario de la porcelana y esperó. Siempre que había ido al armario, Carmen ya estaba allí, esperándole. Nunca había estado allí solo, y al ver todos aquellos platos apilados sobre su cabeza sintió que su corazón se llenaba de amor por Carmen. Platos con los que dos personas podrían cenar un año sin tener que fregar jamás.

Nunca tenía un minuto a solas, un minuto en el que nadie le pidiera que dijese algo. Tenía la cabeza siempre repleta de los sentimientos de otros, y ahora que estaba a solas podía imaginar a Carmen sentada a su lado, sus piernas largas y esbeltas encogidas mientras conjugaba verbos. Ella le había pedido favores, y ahora él iba a pedirle ayuda. Juntos ayudarían al señor Hosokawa y a la señorita Coss. Normalmente habría dicho que la vida privada de su jefe no era en absoluto de su incumbencia, pero ya nadie podía pretender que aquella fuera una vida normal. No podía pensar en la señora Hosokawa, ni en Nansei, ni en Japón. Todas esas cosas habían quedado tan lejos que resultaba casi imposible creer que hubieran existido alguna vez. Ahora creía en aquel armario, en los platos y las soperas, en las pilas de platos para el pan. Creía en aquella noche. Se dio cuenta de que había buscado a Carmen en primer lugar, de que no había ido a hablar con el señor Hosokawa, quien probablemente estuviese jugando todavía al ajedrez con Ismael. No podía estar en dos lugares al mismo tiempo, y acabó sentándose, sintió el suelo frío y duro en las nalgas, una punzada de dolor en la espalda. Allí estaba, allí y en ningún otro sitio, en un país que no conocía, a la espera de la chica a la que enseñaba y amaba, esperándola para ayudar al señor Hosokawa, a quien también amaba. Ahí estaba Gen, que había pasado de la nada a amar a dos personas.

Sin su reloj, no sabía cuánto tiempo habría pasado. Ni siquiera podía hacer una aproximación. Cinco minutos le parecían una hora. *L'amour est un oiseau rebelle que nul ne peut apprivoiser, et c'est bien en vain qu'on l'appelle, s'il lui convient de refuser*. Musitó las palabras para sí. Le hubiera gustado cantarlas, pero Gen no sabía cantar.

Y entonces llegó Carmen, acalorada, como si hubiese llegado corriendo, aunque en realidad había caminado hasta la cocina con tanta lentitud como era posible hacerlo. Cerró la puerta a sus espaldas y se sentó en el suelo.

—Pensé que querías enseñarme esto —susurró, acercándose a él como si hiciese frío—. Supuse que me estarías esperando.

Gen tomó sus manos, sus diminutas manos. ¿Cómo pudo pensar nunca que fuera sólo un guapo muchacho?

—Tengo que pedirte algo.

«El amor es un ave rebelde, imposible de domar», pensó otra vez, y la besó.

Ella le devolvió el beso y tocó sus cabellos: tenían un peso y un

brillo que eran para ella fuente de continua fascinación.

—No he querido levantarme enseguida. Me pareció que debía esperar un poco antes de seguirte.

Él la besó. Tan extraordinaria era la lógica que les empujaba a besarse, tan fuerte la atracción entre los dos, que era milagroso que no sucumbiesen a cada segundo. El mundo debería, por derecho, ser un torbellino de besos en el que nos hundimos, y en el que nunca encontramos la fuerza para salir de él.

—Roxane Coss ha hablado conmigo. Me ha dicho que quiere que esta noche duermas en otro sitio, y que no le lleves el desayuno por la mañana.

Carmen se apartó de él, con una mano en el pecho. ¿Roxane Coss no quería que le llevase el desayuno?

—¿He hecho algo malo?

—No, no —contestó Gen—. Tiene muy buen concepto de ti. Me lo ha dicho.

Gen la arropó bajo su brazo, y ella acercó la cara a su hombro. De modo que así era como se sentía un hombre con una mujer. Aquello era lo que se había perdido Gen durante sus traducciones.

—Tenías razón en lo de sus sentimientos hacia el señor Hosokawa. Quiere pasar la noche con él.

Carmen alzó la cabeza.

—¿Cómo subirá?

—Roxane quiere que le ayudes.

Gen vivía una vida, y en esa vida era siempre un prisionero, y sus amigos eran los demás prisioneros, y aunque amaba a Carmen y tenía una relación cordial con algunos terroristas nunca había perdido el norte, nunca había querido unirse a la Familia de Martín Suárez. Pero para Carmen era diferente. Era evidente que ella tenía dos vidas. Por las mañanas hacía sus flexiones y pasaba la inspección. Cargaba con un arma durante sus guardias. Llevaba un cuchillo de monte guardado en la bota, y sabía cómo usarlo. Obedecía órdenes. Era, según se le había explicado, parte de la fuerza que traería el cambio. Pero también era la chica que de noche entraba en el armario de la porcelana, la que estaba aprendiendo a leer en español y que ya sabía decir unas cuantas cosas en inglés. «*Good morning*». «*I am very well thank you*». «*Where is the restaurant*?» Algunas mañanas, Roxane Coss le dejaba meterse entre las suavísimas sábanas de su cama, cerrar los ojos y fingir que aquel era su sitio. Podía fingir que era uno de los prisioneros, que

vivía en un mundo tan lleno de privilegios que no quedaba nada por lo que luchar. Pero no importaba lo bien que se llevasen las dos partes, siempre había dos partes, y cuando se pasaba de una a otra había una barrera que cruzar. Podía decirle a Gen que no podía llevar al señor Hosokawa al piso superior, y en ese caso decepcionaba a Gen, al señor Hosokawa y a la señorita Coss, que habían sido muy amables con ella; o podía decirle que sí podía, y entonces estaría faltando a todos los juramentos que había hecho a su bando, y se arriesgaría a un castigo que no quería ni imaginarse. Si Gen pudiese entenderlo, nunca se lo hubiera pedido. Para él no era más que un favor, un gesto entre amigos. Era como si sólo quisiera tomar prestado un libro. Carmen cerró los ojos y fingió estar cansada. Le rezó a santa Rosa de Lima. «Santa Rosa, guíame. Santa Rosa, permíteme ver». Apretó los ojos y rogó por la intercesión de la única santa que conocía, pero una santa es de muy poca ayuda cuando se trata de meter a un hombre casado en el dormitorio de una cantante de ópera. En ese sentido, Carmen estaba sola.

—Claro —dijo Carmen, con los ojos cerrados, la oreja apretada contra el rítmico latido del corazón de Gen. La mano de éste cayó sobre su pelo y lo acarició, una y otra vez, igual que hacía su madre cuando Carmen era una niña y tenía fiebre.

En la mansión del vicepresidente, ninguno de los invitados, incluido Rubén Iglesias, conocía tan bien la casa como los miembros de la Familia de Martín Suarez. Era parte de sus tareas diarias memorizar las ventanas, y establecer cuáles eran suficientemente anchas para atravesarlas de un salto. Calculaban las caídas y hacían estimaciones de las lesiones que éstas podrían causar. Todos conocían la longitud de los pasillos, desde qué habitaciones podía dispararse hacia el exterior y cuáles eran los accesos más rápidos al techo y el jardín. De modo que Carmen sabía perfectamente que había una escalera de uso privado tras la cocina que llevaba a las habitaciones del servicio, y que en la misma habitación en la que había dormido Esmeralda había una puerta que daba al cuarto de los niños, y que desde el cuarto de los niños podía accederse al pasillo principal del segundo piso que conducía al dormitorio de Roxane Coss. Por supuesto, había más gente que dormía en el segundo piso. Los generales Benjamín y Héctor tenían su dormitorio

en el segundo piso (el general Alfredo, que era quien peor dormía, conseguía descansar a veces en el cuarto de invitados del primer piso). Muchos de los chicos dormían en el segundo piso, y no siempre en el mismo sitio, y por eso Carmen prefería dormir en el pasillo frente a la habitación de Roxane Coss, por si alguno de los muchachos se despertaba inquieto a medianoche. La propia Carmen había seguido aquella ruta cada noche de camino al armario de la porcelana, sin que sus pies descalzos hiciesen el menor ruido sobre el suelo de madera pulida. Sabía qué listones crujían, quiénes tenían el sueño más ligero. Sabía cómo apretarse contra las sombras cuando alguien torcía la esquina de camino al baño. Sabía deslizarse sobre aquellos suelos como un patín avanza sobre el hielo. Carmen había sido adiestrada, era especialista en ser silenciosa. También era capaz de apreciar la habilidad del señor Hosokawa de guardar silencio. Gracias a Dios, Roxane no se había enamorado de ninguno de los rusos. Carmen no creía que hubiesen podido subir las escaleras sin detenerse a fumar un cigarrillo y contar a voces una historia que nadie podía entender. Gen debía llevar al señor Hosokawa al pasillo trasero a las dos en punto, y ella le conduciría hasta el dormitorio de Roxane Coss. Dos horas después le esperaría frente a la puerta para llevarle de regreso. No se dirían nada el uno al otro, pero aquella parte era fácil. Aun cuando en aquel caso fueran aliados, no hubieran sabido qué decirse.

Una vez establecido el plan, Carmen dejó a Gen para ir a ver la televisión con los demás soldados. Estaban viendo una repetición de *La historia de María*. María había ido a la ciudad a encontrar a su amante, al mismo al que antes había abandonado. Deambulaba por las bulliciosas calles con una maletita en la mano, y en cada esquina había extraños que conspiraban para arruinarla. Todos los presentes en el despacho del vicepresidente lloraban. Carmen jugó a las damas cuando acabó el programa, y ayudó con las listas de provisiones, y se ofreció voluntaria para las guardias de noche si alguien se sentía cansado. Quería ser ejemplar en su disposición y su voluntad de servicio. No quería ver a Gen, ni al señor Hosokawa, ni a Roxane Coss, por miedo a ruborizarse y delatarse a sí misma, por miedo a enfadarse con ellos por pedirle tanto.

¿Cuánto sabe una casa? No era posible que hubiera habido rumor

alguno, y, sin embargo, había una discreta tensión en el aire, un mínimo de electricidad que llevaba a los hombres a levantar la vista y no ver nada. El pescado salado con arroz que llegó con la cena no le sentó bien a nadie, y uno tras otro fueron dejando sus porciones a medio comer sobre la mesa y se alejaron. Kato empezó a tocar Cole Porter en el piano, y sobre la tarde cayó una tenue luz azulada. Quizá fuera por el magnífico tiempo que hacía, por la irritación de no poder pasear por el exterior. Media docena de hombres se acercaron a una ventana abierta e intentaron respirar el aire nocturno mientras caía la oscuridad y, flor a flor, iba cubriendo la vista del descuidado jardín. Del otro lado del muro les llegaba el sordo rumor de los motores, coches que circulaban quizá a varias calles de distancia, y durante un momento los hombres reunidos frente a la ventana recordaron que había un mundo exterior, y casi igual de rápidamente volvieron a olvidarlo.

Roxane Coss se había recogido temprano. Al igual que Carmen, tampoco ella quería estar presente una vez tomada su decisión. El señor Hosokawa se sentó junto a Gen en la butaca más próxima al piano.

—Vuelva a contármelo —dijo.

—Ella quiere verle esta noche.

—¿Eso dijo?

—Carmen le conducirá a su habitación.

El señor Hosokawa se miró las manos. Eran manos muy viejas. Las manos de su padre. Tenía las uñas largas.

—Resulta muy poco habitual que Carmen tenga que saberlo. Que lo sepa usted.

—No había otra manera.

—¿Y si resulta peligroso para la muchacha?

—Carmen sabe lo que hace —respondió Gen. ¿Peligroso? Ella bajaba las mismas escaleras cada noche para acudir al armario de la porcelana. Él nunca le pediría nada que no fuese seguro.

El señor Hosokawa asintió lentamente. Tenía la sensación de que la sala se bamboleaba, de que se había convertido en un barco en un mar ligeramente encrespado. Había dejado de pensar en lo que de verdad deseaba hacía demasiados años; quizá incluso cuando era niño. Se había obligado a sí mismo a desear sólo aquello que fuese posible obtener: una enorme industria, una familia productiva, el disfrute de la música. Y ahora, pocos meses después de su quincuagésimo tercer cumpleaños, en un país que ni siquiera

conocía, sentía el deseo en lo más hondo de sí mismo, la clase de deseo que sólo sentimos cuando lo que queremos está muy cerca de nosotros. Cuando era niño soñaba con el amor, no sólo con presenciarlo, como en la ópera, sino consentirlo. Pero aquello, había concluido, era una locura. Era querer demasiado. Aquella noche deseó cosas pequeñas, la oportunidad de tomar un baño caliente, un traje aceptable, un regalo que poder hacer, siquiera unas flores, pero entonces la habitación se inclinó del otro lado y abrió las manos, y todo aquello desapareció y no deseó nada. Se le había pedido que estuviese en su habitación a las dos en punto, y ya no habría nada que desear, nunca más.

Cuando llegó la hora de acostarse, el señor Hosokawa se tumbó boca arriba y consultó su reloj a la luz de la luna. Tenía miedo de dormirse, aunque sabía que nunca se dormiría. Le maravillaba la actitud de Gen, que respiraba acompasadamente a su lado. Lo que él no sabía era que Gen se despertaba cada madrugada a las dos en punto, con la misma regularidad con la que un bebé exige su biberón, y se escabullía del salón sin que nadie le echase en falta. El señor Hosokawa observó al turno de noche, Beatriz y Sergio, y cerró los párpados cuando se acercaron. Se detuvieron a observar a determinados miembros de su grupo. Cuchichearon entre sí y luego asintieron. Hacia la una habían desaparecido, tal y como Gen había dicho. Así era el mundo de la noche, del que nada conocía. El señor Hosokawa sentía el galopar de su pulso en las sienes, en las muñecas, en el cuello. Estiró los dedos de los pies. Era la hora. Había estado siempre dormido. Había estado muerto. Ahora, de improviso, estaba completamente vivo.

A las dos menos cinco, Gen se incorporó como si hubiera sonado una alarma. Se levantó, miró a su jefe, y juntos cruzaron el salón, apoyando los pies con cuidado entre sus amigos y conocidos. Estaban los argentinos. Estaban los portugueses. Los alemanes dormían junto a los italianos. Los rusos estaban en sitio seguro, en el comedor. Estaba Kato, sus preciadas manos cruzadas sobre el pecho, con los dedos moviéndose casi imperceptiblemente, como un perro que soñara con Schubert. Allí estaba el sacerdote, enrollado sobre un costado, ambas manos bajo la mejilla. Esparcidos entre ellos había un puñado de soldados, tumbados de espaldas como si el sueño fuese un coche y les hubiese arrollado: torcidos los cuellos, las bocas abiertas de par en par y los rifles apoyados como fruta madura en sus manos abiertas.

En el pasillo contiguo a la cocina, Carmen les esperaba, como Gen había dicho, con el pelo atado en una trenza y descalza. Ella miró primero a Gen, y él le tocó ligeramente el hombro en lugar de hablar, y todo quedó claro entre los tres. No tenía sentido esperar más, pues cualquier demora no hubiera hecho más que empeorar las cosas. A Carmen le hubiera gustado estar en aquel momento en el armario de la porcelana, con las piernas cruzadas sobre el regazo de Gen, leyendo en voz alta el párrafo de práctica que él le había escrito, pero había tomado una decisión. Había aceptado. Dijo una rápida oración a la santa, que ya no le prestaba atención, y se santiguó rápida, ligera, como si un colibrí se posara cuatro veces en su pecho. Luego dio media vuelta y avanzó por el pasillo, con el señor Hosokawa a su estela. Gen se quedó observándolos hasta que se perdieron en un recodo, y sólo entonces se dio cuenta de que lo peor era quedarse atrás.

Cuando llegaron a la escalera, un armazón estrecho y revirado de tablones baratos, suficientes apenas para que el servicio pasase de un piso a otro, Carmen se volvió y miró al señor Hosokawa. Se inclinó y se tocó el tobillo, y luego tocó el suyo y movió los pies al unísono, y él asintió al comprender. Estaba todo muy oscuro, y sería más oscuro en las escaleras. Sus plegarias nunca le habían fallado completamente. Intentó creer que aquello era sólo una lección, un retraso necesario, y pensó también que si acababan descubriéndoles no estaría siempre sola.

Lo único que podía ver el señor Hosokawa era su estrecha espalda. Intentó hacer lo que se le había dicho, poner el pie exactamente en el mismo sitio en el que su pie había estado, pero no podía dejar de pensar en que ella era mucho más pequeña. Él había adelgazado durante el cautiverio, y mientras subía las escaleras dio gracias por cada kilo que había perdido. Contuvo el aliento y escuchó. Ciertamente, eran silenciosos. Nunca había sido tan consciente de la ausencia de sonido. No había subido una escalera en todos los meses que llevaba dentro de la casa, y el mismo hecho de subirla ahora le pareció atrevido, osado. ¡Qué bien se sentía al subirlas! Qué contento estaba de tener por fin la oportunidad de arriesgarse a algo. Cuando llegaron al piso superior, Carmen abrió la puerta con la punta de los dedos, y una mínima luz iluminó su rostro, confirmación de que al menos habían dejado atrás parte del viaje. Ella se volvió para sonreírle. Era una muchacha hermosa. Era su propia hija.

Siguieron el estrecho pasillo de camino hacia el dormitorio de la niñera, y cuando ella abrió la puerta apenas se oyó la sombra de un chirrido. Ellos no habían hecho ningún ruido todavía; la puerta sí. También había alguien en la cama. No acostumbraba a suceder. La muchacha que cuidaba a los niños tenía la cama menos confortable de toda la casa, y era raro que alguien durmiese allí, pero sucedía; aquella noche había sucedido. Carmen puso una mano sobre el pecho del señor Hosokawa para que esperase un instante, hasta que la habitación hubiese olvidado el ruido que había hecho la puerta. Podía sentir el latido de su corazón con tanta claridad como si lo sostuviese en la mano. Carmen respiró hondo y esperó, y luego asintió sin volverse y dio un paso adelante. Quizá fuese difícil, pero no imposible. No era nada comparado con entrar en la mansión por los conductos de ventilación. Otras noches ya había encontrado a gente dormida en esa cama.

Era Beatriz. Se había echado a dormir a media guardia de noche. Todos lo hacían. Carmen, desde luego, lo había hecho. Era demasiado tiempo para permanecer despierto. Sergio estaría en otra habitación, sumido en un sueño pesado y culpable. Beatriz no se había tapado con la manta, y tenía las botas puestas. En sus sueños acunaba el rifle entre sus brazos como a un bebé. El señor Hosokawa intentó que sus pies avanzasen, pero ahora tenía miedo. Cerró los ojos y pensó en Roxane Coss, pensó en el amor e intentó rezar una oración al amor, y cuando abrió los ojos, Beatriz se incorporó sobre la cama y de inmediato le apuntó con su arma. Con la misma rapidez, Carmen se interpuso entre ambos. El señor Hosokawa estuvo seguro de aquellas dos cosas: Beatriz le apuntó con el rifle y Carmen se puso frente al arma. Se acercó a Beatriz, que debería haber sido su amiga, la única otra chica en una tropa de tantos hombres y la agarró con fuerza, hasta que el rifle apuntó al techo.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Beatriz. Incluso ella sabía que había que guardar silencio—. Apártate.

Pero Carmen siguió aferrada a ella. Casi se desplomó sobre ella, de tan asustada y aliviada como se sentía.

—No se lo digas a nadie —le susurró a la otra chica al oído.

—¿Le llevas arriba? Estás en un buen lío.

Beatriz forcejeó, y descubrió que Carmen era mucho más fuerte de lo que parecía. O quizá sólo fuera porque había dormido tan profundamente. Dormida durante la guardia, y quizá Carmen

pensaba delatarla.

—Chist —dijo Carmen. Hundió la nariz en los cabellos que se habían soltado de la trenza de Beatriz mientras dormía y mantuvo la presión. Durante un instante se olvidó del señor Hosokawa, y el problema inmediato fue entre ellas dos. Sintió que la espalda de Beatriz estaba todavía caliente, y notó el frío del cañón del arma apoyado contra su mejilla, y aunque no se le había ocurrido pedir ayuda, oyó que la amada voz de santa Rosa de Lima le decía: «Di la verdad».

—Está enamorado de la cantante de ópera —dijo Carmen. Ya no le importaban los secretos. Su única esperanza ahora era hacer lo que le decían—. Querían estar juntos, a solas.

—Te pueden matar por esto —repuso Beatriz, aunque supuso que no era cierto.

—Ayúdame —suplicó Carmen. Había querido pedírselo sólo a la santa, pero en su desesperación las palabras abandonaron sus labios. Beatriz creyó por un momento oír la voz del sacerdote. Le había perdonado. Le había indicado el camino de la bondad. Pensó en sus pecados, y en la oportunidad de perdonar los pecados de otros, y levantó hasta donde pudo el brazo y lo apoyó sobre la espalda de Carmen.

—¿Ella le quiere? —dijo Beatriz.

—Me lo volveré a llevar en dos horas.

Beatriz forcejeó de nuevo, y esta vez Carmen la soltó. Apenas si podía ver la cara de Carmen. En la oscuridad, no podía estar del todo segura de que fuese el señor Hosokawa. Él le había enseñado a leer la hora. Siempre le sonreía. Una vez, cuando llegaron a la puerta de la cocina al mismo tiempo, se había inclinado ante ella. Beatriz cerró los ojos y buscó en la oscuridad su propia pila de pecados.

—No se lo contaré a nadie —susurró. Y de nuevo, por segunda vez en un mismo día, sintió que se desprendía de un enorme peso.

Carmen la besó en la mejilla. Estaba llena de gratitud. Sintió por primera vez que era afortunada. Luego volvió a confundirse con las sombras. A Beatriz le hubiera gustado exigirle a cambio una promesa, que no le contaría a nadie que la había visto dormida, pero evidentemente no iba a delatarla, no podía. Beatriz se estiró en la cama, aunque no era eso lo que había querido hacer, y en un minuto había vuelto a dormirse, y la cuestión quedó zanjada tan rápidamente como había empezado.

Cruzaron el cuarto de los niños, en el que una lámpara de noche en forma de luna brillaba tenuemente desde su enchufe de la pared sobre un grupo de muñecas solitarias; pasaron otro cuarto de baño, con una bañera de mayor tamaño que algunas canoas que Carmen había visto, y salieron por fin al pasillo principal, donde la casa volvió a ser la casa que conocían, espaciosa, elegante y opulenta. Carmen condujo al señor Hosokawa hasta la tercera puerta y luego se detuvo. Allí dormía ella casi cada noche el poco tiempo que dormía. Le había llevado de la mano desde que dejaron atrás a Beatriz, y le llevaba todavía cogido de la mano. Parecía que habían recorrido un largo trecho, pero los hijos del vicepresidente podían llegar desde el dormitorio de su madre hasta la cocina, a través del cuarto de los juegos, del dormitorio de Esmeralda y de las escaleras de servicio, en menos de un minuto, aunque se les había dicho que no corriesen nunca por la casa. A Carmen le gustaba el señor Hosokawa. Le hubiera gustado poder decírselo, pero si hubiera tenido las palabras le habría faltado el valor. En lugar de ello le apretó una vez la mano y luego se la soltó.

El señor Hosokawa le dedicó una enorme reverencia, con el rostro vuelto hacia las rodillas, y mantuvo aquella postura durante demasiado tiempo, a juicio de Carmen. Luego se incorporó y abrió la puerta.

En el pasillo de aquel piso había una enorme ventana, y la luz de la luna se derramaba por la escalinata, pero Carmen no tomó las escaleras principales. Desanduvo el camino tomado, pasó por el cuarto de los niños y junto a la cama en la que Beatriz dormía. Carmen se detuvo a separar el dedo del gatillo. Apoyó el arma contra la pared y le echó un sobrecama sobre los hombros. Deseó que Beatriz decidiese no contar nada por la mañana, o mejor aún, que se despertase pensando que había sido todo un sueño. Mientras bajaba por las escaleras de la cocina, Carmen sintió otro tipo de latido. Imaginó a Roxane Coss al otro lado de la puerta, ansiosa tras la espera. Imaginó al señor Hosokawa, digno y callado, tomándola entre sus brazos. Qué dulce el tacto, qué seguridad entre sus brazos… Carmen se llevó una mano al incómodo goterón de sudor de la nuca. Guardaba silencio, pero los escalones pasaban ahora más rápido, cuatro, tres, dos, uno, y ya estaba en el pasillo, en la cocina. Frenó en seco frente al maravilloso mundo del armario de porcelana, donde Gen estaba sentado en el suelo, con un libro cerrado sobre las rodillas. Cuando él la miró ella puso un dedo

sobre sus labios. Su cara estaba radiante, las mejillas coloradas, los ojos bien abiertos. Cuando se dio la vuelta, él se puso en pie y la siguió.

¿A cuánta suerte tiene derecho una persona por noche? ¿Viene en cantidades establecidas de antemano, como la leche de una botella, y cuanto más bebes tanto menos queda? ¿O era la suerte cuestión de rachas, y el día que tienes suerte la tienes de forma ilimitada? Si lo primero era cierto, Carmen había agotado su suerte llevando al señor Hosokawa hasta el dormitorio de Roxane Coss. Pero si era cierta la segunda versión, y ella podía sentir en los huesos que así era, entonces aquella era su noche. Si tenía a todos los santos del cielo de su lado, su suerte duraría aún unas cuantas horas. Carmen tomó a Gen de la mano y le condujo a través de la cocina hasta el porche posterior, donde él no había estado nunca. Desatrancó la puerta, giró el pomo y juntos salieron a la noche.

¡Y qué noche! La luna era un foco que iluminaba lo que había sido un jardín bien cuidado; la luz de la luna se derramaba como agua sobre el estuco del muro. El aire olía a jazmines y a los lirios de la tarde, que habían acabado su tarea y esperaban cerrados al nuevo día. La hierba era alta, se alzaba por encima de sus tobillos y les rozaba las pantorrillas, y cuando caminaban producía un crujido sordo, de modo que se detuvieron a contemplar las estrellas, olvidando que estaban en mitad de un centro urbano. Difícilmente podía verse más de media docena de estrellas.

Carmen salía a todas horas. Incluso durante las lluvias había salido cada día, de guardia o simplemente para estirar las piernas, pero para Gen la noche resultaba milagrosa, y el aire y el cielo, y el suave crujir de la hierba bajo sus pies. Estaba de vuelta en el mundo, y el mundo, aquella noche, parecía un lugar incomprensiblemente hermoso. Era la suya una visión muy limitada, y pese a ello hubiera podido jurar que el mundo era hermoso.

Durante el resto de su vida, Gen recordará aquella noche de dos maneras muy distintas.

Primero, pensará en lo que no hizo.

En esta versión, toma a Carmen de la mano y la lleva hasta el portón de entrada del jardín. Al otro lado del muro hay guardias, pero también ellos son jóvenes y están dormidos, y juntos pasan a su lado y se adentran sin más en la capital del país anfitrión. Nadie sabe cómo detenerles. No son famosos, y nadie se preocupa por

ellos. Buscan el aeropuerto y encuentran un vuelo de regreso a Japón, y allí viven para siempre, juntos y felices.

Y luego recordará lo que realmente sucedió:

No se le ocurre escapar, como no se le ocurre escapar a un perro después de haber sido amaestrado para permanecer en el patio. Simplemente, se siente dichoso por la pequeña libertad de que dispone. Carmen le toma de la mano y juntos caminan hasta el lugar donde Esmeralda organizaba meriendas para los hijos del vicepresidente, un giro en el muro que crea un rincón de hierba y esbeltos árboles desde el que no puede verse la casa con claridad. Carmen le besa, y él la besa a ella, y a partir de ese momento nunca podrá separar su olor del aroma de la noche. Están de pie entre el exuberante césped, en una parte del patio cubierta por las sombras que arroja el muro, y Gen no puede ver nada. Luego, Gen recordará que su amigo el señor Hosokawa estaba dentro de la casa, en la cama con la cantante, pero durante aquella noche no piensa en ellos en absoluto. Carmen se ha quitado la chaqueta, pese a que sopla una ligera brisa. Se desabrocha la camisa mientras él cubre sus pechos con ambas manos. En la oscuridad, no son ellos mismos. Están seguros de sí. Gen tira de ella hacia el suelo, y ella tira de él hacia el suelo. Juntos desafían a la gravedad en su lenta caída hacia la hierba. Ninguno lleva zapatos, y los pantalones caen sin más, pues a los dos les vienen grandes, y aquella sensación, aquel primer lujo de piel contra piel…

A veces, Gen deja de recordar en ese momento.

Su piel, la noche, la hierba, estar fuera, y luego estar dentro de Carmen. No sabe qué más desear, porque nunca en su vida ha tenido tanto como entonces. En el mismo instante en el que podría estar llevándosela, la atrae con más fuerza hacia él. El pelo de ella se ha enredado en su cuello. Aquella noche, él piensa que nunca nadie tuvo tanto, y sólo más adelante sabrá que debería haber pedido más. Sus dedos se deslizan por los suaves espacios entre sus costillas, delicados cauces labrados por el hambre. Nota sus dientes, toma su lengua. Carmen, Carmen, Carmen, Carmen. Más adelante, intentará decir su nombre hasta la saciedad, pero nunca puede.

Dentro, la casa dormía, invitados y vigilantes, y nadie apreció la diferencia. El japonés y su amada soprano arriba, en la cama, y el traductor y Carmen bajo las seis estrellas del exterior: nadie les

echaba en falta. Sólo Simon Thibault estaba despierto, y le había despertado el soñar con Edith, su mujer. Cuando se hubo despertado por completo y pudo ver donde estaba, y recordó que ella no estaba junto a él, empezó a llorar. Intentó contenerse, pero la había visto con tanta claridad. En su sueño estaban juntos en la cama. Hacían el amor, y mientras lo hacían cada uno pronunciaba con ternura el nombre del otro. Cuando acabaron, Edith se había sentado entre el lío de sábanas y le había pasado su pañoleta azul sobre los hombros para que no pasase frío. Simon Thibault hundió la cara en la pañoleta, pero el llanto brotó más y más fuerte. No podía pensar en nada que lo detuviera, y al cabo de un rato no lo intentó siquiera.

9

Por la mañana, todo estaba en su sitio. El sol entró por la ventana y descubrió una serie de manchas irregulares sobre la alfombra. Afuera, los pájaros piaban y se arrullaban. Dos de los muchachos, Jesús y Sergio, rodearon la casa, las botas empapadas de rocío, con los rifles en alto. En casa quizá hubiesen abatido uno o dos pájaros, pero allí, disparar estaba «estrictamente prohibido excepto en caso de necesidad extrema». Los pájaros zumbaron a su alrededor, sus alas rozando casi sus cabellos. Miraron por la ventana y vieron a Carmen y Beatriz juntas en la cocina, sacando bollos de un gran envoltorio de plástico mientras hervían huevos duros en el fogón. Se miraron la una a la otra, y Carmen sonrió, y Beatriz fingió que no lo había visto, lo cual le pareció a Carmen buena señal, o al menos suficientemente buena. La sala olía a café cargado. Carmen se adentró en el armario de la porcelana y reapareció cargada con una pila de platos azules y dorados, con la palabra «Wedgwood» estampada sobre la base, porque ¿de qué servía tenerlos si no los usaban nunca?

Todo transcurría como cualquier otra mañana. Excepto que Roxane Coss no compareció junto al piano. Kato la estuvo esperando. Al cabo de un rato se levantó de la banqueta y estiró las piernas. Se inclinó sobre el piano y abordó una pieza de Schumann, una fácil que todos conocían, música para pasar el rato. Ni siquiera miraba las teclas. Era como si estuviese hablando consigo mismo, y no supiese que cualquiera podría oírle. Roxane dormía. Carmen no le había llevado el desayuno. No era algo tan espantoso. Después de todo, cantaba cada día. ¿No se merecía un descanso?

¿Pero no era extraño que también el señor Hosokawa estuviese dormido? La gente deambulaba a su alrededor, y él, tumbado en su sofá, seguía dormido, las gafas dobladas sobre el pecho, entreabiertos los labios. Nadie le veía nunca dormir. Era siempre el primero en levantarse por las mañanas. Quizá estuviese enfermo. Dos de los muchachos, Guadalupe y Humberto, que tenían guardia

en el interior aquella mañana, se asomaron por el respaldo del sofá para comprobar si respiraba todavía; respiraba, de modo que le dejaron en paz.

Las ocho y cuarto; Beatriz lo sabía porque tenía el reloj. «Demasiada jodienda», pensó, pero no le dijo nada a Carmen. Quería que Carmen pensase que lo había olvidado todo, pero no era así, ni muchísimo menos. No sabía cómo utilizar aquella información, pero la estaba disfrutando como un dinero aún por gastar. Aquella información encerraba muchas posibilidades.

La gente se había acostumbrado a las pequeñas rutinas. Tomaban café, se cepillaban los dientes, acudían al salón y Roxane Coss cantaba. Así eran las mañanas. Pero ahora contemplaban la escalinata. ¿Dónde estaba? Si no estaba enferma, ¿no debería haber bajado? ¿Era demasiado pedir un poco de consecuencia? Con todo el respeto y la adoración que le ofrendaban ellos, ¿no era normal esperar un poco de respeto a cambio? Observaron a Kato, que tenía el aspecto del hombre en la estación que mantiene la mirada fija sobre la puerta abierta del tren mucho tiempo después de que todos los pasajeros se hayan apeado. El hombre del que todos saben que ha sido abandonado antes de que él se dé cuenta. Jugueteaba con las teclas distraído, aún de pie. Empezaba a preguntarse a partir de qué momento podría sentarse y tocar sin ella. Era la primera vez que Kato tenía que preguntarse quién era él sin ella. ¿Qué pasaría cuando todo aquello acabase y no pasase días enteros sentado al piano, ni noches leyendo música? Ahora era pianista. Tenía en los dedos finos tendones azules para demostrarlo. ¿Sería capaz de volver a aquella otra vida en la que se levantaba a las cuatro de la mañana para tocar furtivamente durante una hora antes de ir a trabajar? ¿Qué sucedería cuando se reintegrase a la vicepresidencia de Nansei y volviese a ser el hombre de las cifras, el hombre sin soprano? En eso se convertiría. Recordó lo que le había pasado al primer pianista, y cómo había preferido morir antes que volver solo al mundo. El escalofriante vacío del futuro de Kato le encogió los dedos, que abandonaron las teclas sin otro sonido.

Y entonces sucedió algo muy curioso.

Otra persona empezó a cantar, una voz *a cappella* desde el otro lado de la sala, una voz preciosa, familiar. La gente estaba confusa al principio y luego, uno tras otro, los muchachos empezaron a reír, Humberto y Jesús, Sergio y Francisco, Gilberto, y otros que llegaban por el pasillo, grandes risotadas, risas que les obligaban a echarse a

los unos en brazos de los otros para sostenerse en pie, pero César siguió cantando, «*Vissi d'arte, vissi d'amore, non feci mai*», de *Tosca*. Y sí era divertido, porque estaba imitando a Roxane. Era como si, mientras los demás dormían, él se hubiese convertido en ella; su mano era la de Roxane cuando cantaba «Siempre ferviente creyente, llevé flores al altar». Era desconcertante, porque lo cierto es que César no se parecía en nada a la diva. Era un muchacho larguirucho, de cara picada y un puñado de pelajos en la cara, pero verlo era como verla a ella cuando balanceaba la cabeza y, justo en el momento en que ella lo hubiera hecho, cerraba los ojos. No parecía oír que se estaban riendo. Tenía la mirada desenfocada. No cantaba para nadie en especial. No es que se estuviese burlando de ella, más bien intentaba llenar el espacio que ella ocupaba. Habría sido burla si sólo hubiera repetido sus gestos, pero no lo era. Era su voz. La voz legendaria de Roxane Coss. Mantenía las notas, largas y claras. Buscó en el fondo de sus pulmones la fuerza, el volumen que se había negado a sí mismo mientras cantaba por lo bajo. Estaba cantando ahora una parte que era demasiado aguda para él, pero incluso así saltó y se aferró al borde de la nota. Se incorporó y la sostuvo. No tenía ni idea de lo que estaba diciendo, pero sabía que lo decía correctamente. Había prestado demasiada atención para equivocarse. Pronunciaba cada palabra con un arco perfecto de la lengua. No era soprano. No sabía italiano. Pese a ello, dio la impresión de serlo, y de saberlo, y por un instante todos le creyeron. La risa de los muchachos fue apagándose y se esfumó. Todos, invitados, muchachos, generales, todos miraban ahora a César. Carmen y Beatriz habían salido de la cocina, aguzando el oído, inseguras de si lo que sucedía era bueno o malo. El señor Hosokawa, que conocía la música mejor que todos ellos, se despertó pensando que le despertaba la música que conocía, pensando que su voz sonaba extraña, y se preguntó si es que quizá estaba cansada; después de todo, él estaba aún adormilado. Pero se despertó pensando que era la voz de ella.

No era una pieza muy larga, y cuando acabó, César apenas tomó aliento. Continuó, porque ¿y si era aquella su única oportunidad de cantar? No es que quisiera cantar, pero cuando vio que ella no iba a bajar, y que todos esperaban, las notas se amontonaron en su garganta y nada pudo hacer para retenerlas. ¡Qué maravilla era cantar! Qué delicia oír su propia voz. Continuó con un aria de *La Wally*. Podía cantar sólo las piezas preferidas de Roxane, las que

ella repetía una y otra vez. Ésas eran las únicas de cuyo texto podía estar seguro, y si falseaba las palabras, si emitía sonidos parecidos pero de significado diferente, todos sabrían que era un farsante. César no sabía que sólo cuatro personas en toda la casa hablaban italiano. Habría sido más fácil cantar algo que no asociasen con ella, porque ¿cómo no iba a salir perdiendo en la comparación? Pero no tenía elección, no tenía más repertorio del que escoger. No sabía que había canciones para mujeres y canciones para hombres, que se escribían tonadas distintas para el alcance de distintas voces. Él sólo había oído las partes de la soprano, ¿y por qué no iban a ser las suyas? No se comparaba con ella. No había comparación. Ella era la cantante. Él no era más que un muchacho que la amaba por cantar. ¿O amaba sólo el canto? Ya no podía recordarlo. Se había ensimismado demasiado. Cerró los ojos y siguió a su voz. A lo lejos oyó que el piano le seguía, conseguía alcanzarle y le guiaba. El final del aria era muy alto, y no sabía si podría conseguirlo. Era como caer, no, como zambullirse, como retorcer el cuerpo en el aire sin prestar atención a cómo aterrizar.

El señor Hosokawa estaba ahora junto al piano, soñoliento y confuso, el pelo alborotado, arrugados los faldones de la camisa. No sabía qué pensar de todo aquello. Una parte de él pensaba que debería detener al muchacho, por si estaba siendo poco respetuoso, pero todo aquello era demasiado extraordinario: además, le encantaba *La Wally*. Con todo, le causaba desasosiego ver a aquel chico con las manos cruzadas sobre el corazón, como solía hacer Roxane; lo que salía de su boca no era ella, sino algo que la recordaba mucho, como si estuviesen escuchando una grabación de escasa calidad. Cerró los ojos. Sí, había una considerable diferencia. Ya no había confusión posible, pero incluso entonces el muchacho transmitía una conmovedora sensación de amor. El señor Hosokawa amaba a Roxane Coss. Quizá el muchacho ni siquiera estaba cantando. Quizá el amor era capaz de convertir en ella el más común de los objetos.

Roxane Coss estaba entre ellos, escuchando. ¿Cómo era posible que nadie la hubiese visto bajar las escaleras? No había pensado en vestirse, y vestía sólo un pijama blanco de seda y el mantón azul de alpaca de la esposa del vicepresidente, pese a que hacía demasiado calor para ello. Caminaba descalza, y el pelo suelto pendía sobre su espalda. Las raíces de su cabello asomaban ya, después de tantos meses, y era fácil ver que éste era en realidad de un tono castaño

claro y mate, salpicado de plata. El chico estaba cantando. Su canto le había sacado de un profundo sueño. Hubiera dormido durante varias horas más, pero el canto la despertó, y ella bajó las escaleras absolutamente perpleja. ¿Una grabación? ¿*A cappella*? Pero entonces le vio, vio a César, un muchacho que hasta entonces no había hecho nada para destacar. ¿Cuándo había aprendido a cantar? Mil ideas revoloteaban por su mente. Era bueno. Era extraordinario. De haber encontrado alguien semejante talento en bruto en Milán o en Nueva York, el chico hubiera ingresado en un conservatorio en menos de nada. Hubiera sido una estrella, porque hasta ahora no era nada, no había tenido ni un minuto de adiestramiento, y ¡vaya tonalidad de canto! Menudo poder el que sacudía sus estrechos hombros. Embocaba ahora el final, un do altísimo para el que no podía estar preparado. Ella conocía la música tan bien como su propia respiración, y se abalanzó sobre él, como si fuese un niño en la carretera, como si la nota fuese un automóvil que fuese a atropellarle.

—¡Deténgase! ¡Basta!

No sabía español, pero oía aquellas dos palabras cada día.

César cortó en seco su interpretación, triste y boquiabierto, en los labios la última palabra que había cantado. Y cuando ella no le dijo: "¡Vuelve a empezar!", en sus labios se desató un mínimo temblor.

Roxane Coss le tocaba el brazo. Hablaba muy rápido, y no entendía ni media palabra de lo que le estaba diciendo. Le miró, confuso, y pudo ver que ella se sentía frustrada, asustada incluso. Cuanto mayor era su pánico, más rápido y más fuerte repetía su galimatías, y cuando él siguió sin responder ella llamó a Gen.

Pero la habitación entera les observaba, y era demasiado horrible. César sintió que ahora temblaba todo su cuerpo, y aunque ella estaba a su lado, aunque le tenía asido, él se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación. Quedaron todos en un embarazoso silencio, como si el muchacho hubiese estado desnudo al correr. Fue Kato quien primero empezó a dar palmas y los italianos, Gianni Davansate y Pietro Genovese, quienes gritaron «¡Bravo!». Entonces toda la sala empezó a aplaudir y a llamar al muchacho, pero éste se había ido, había salido al patio posterior y trepaba ahora al árbol desde el que vigilaba los acontecimientos del mundo exterior. Desde allí podía oír el sordo bullicio del interior, pero ¿cómo sabía él que no se estaban burlando de él? Quizá ella estuviese ahora haciendo

su propia imitación: fingía ser él haciendo de ella.

—¡Gen! —Roxane le tomó de la mano—. Vaya a buscarle. Consiga que alguien vaya a buscarle.

Y cuando Gen se dio la vuelta, allí estaba Carmen. Carmen siempre estaba allí, sus ojos pardos y brillantes vueltos hacia él, siempre dispuestos a ayudar, como los de una persona cuya vida hemos salvado. Ni siquiera tuvo que decir nada. Entre ellos se entendían. Se dio la vuelta y desapareció.

Al llevar tanto tiempo en un espacio tan reducido, todos sabían lo que les gustaba a los demás. Ismael, por ejemplo, seguía al vicepresidente como un perrillo. Cuando alguien quería ver a Ismael, lo más fácil era localizar al vicepresidente, y lo más seguro es que llevase al muchacho pegado a los faldones. Beatriz estaba casi siempre frente al televisor, excepto cuando una orden directa le exigía estar en cualquier otro sitio. A Gilberto le alocaban las bañeras, y en especial la del dormitorio principal, que con sólo apretar un interruptor se convertía en una caldera en ebullición (¡y qué sorpresa se llevaron la primera vez que pasó!). A César le gustaba el árbol, un robusto roble que se recostaba contra el muro, un árbol de ramas bajas y resistentes para trepar y ramas altas y anchas sobre las que sentarse con comodidad. Los demás soldados pensaban que era muy estúpido, o muy valiente, porque a veces trepaba hasta asomarse por encima del muro, donde cualquier militar podría haberle abatido como a una ardilla. A veces, los generales le pedían que subiese a observar la ciudad e hiciese un informe, y de inmediato se lanzaba a trepar por el árbol. Así que no era difícil suponer dónde fue Carmen a buscarle. Salió al patio, que le pareció un lugar completamente distinto al de la noche anterior. Dio un rodeo para pasar junto al lugar donde el muro formaba un nicho de privacidad, y efectivamente, la hierba estaba aplanada, chafada con la forma de su espalda. Sintió que toda la sangre le subía a la cabeza, y apoyó los dedos en el muro, mareada. Virgen Santísima, ¿y si alguien se daba cuenta? ¿Debería intentar disimularlo ahora? ¿Era posible mullir la hierba? ¿Se quedaría erguida? Pero entonces Carmen se dio cuenta de que pensaba volver a chafar aquella porción de hierba aquella misma noche, de que quería quebrar hasta la última hierba del jardín con las caderas, los hombros, las plantas de los pies. De haber tenido oportunidad, se habría abalanzado en aquel mismo instante sobre Gen, se habría aferrado a él con las piernas y hubiera trepado por él como por un

árbol. ¿Quién hubiera pensado nunca que un hombre así querría estar con ella? Estaba tan distraída por la certeza del amor que por un instante olvidó por qué había salido de la casa y a quién buscaba. Entonces, a lo lejos, vio una bota que colgaba del follaje como una fruta grande y fea y regresó al mundo. Carmen se acercó al roble, asió una rama y empezó a trepar.

Allí estaba César, lloroso, trémulo. A cualquier otro que hubiese intentado trepar el árbol lo habría tirado de cabeza. Le habría dado una patada en el mentón y lo habría enviado volando al suelo. Pero la cabeza que se acercaba era la de Carmen, y Carmen le gustaba. Pensó que le entendería, porque ella también amaba claramente a Roxane Coss. Ella era la más afortunada de todos: le llevaba el desayuno y podía dormir frente a su puerta (por ser Carmen tan discreta, él no sabía lo demás: que había dormido en la cama de Roxane, que le había cepillado el cabello, que había llevado al amante de Roxane a su habitación en plena noche y que disfrutaba de su confianza. De haber sabido él todo aquello, habría reventado de envidia). Y aunque nadie debía verle llorar como un niño, no era tan grave si la persona que le veía era Carmen. Antes de enamorarse de Roxane Coss, antes de llegar siquiera a la ciudad, había pensado siempre lo mucho que le gustaría besar a Carmen, besarla y más, pero se lo quitó de la cabeza después de un bofetón del general Héctor. Esas cosas estaban del todo prohibidas entre soldados.

—Es precioso cómo cantas —dijo ella.

César escondió la cara. Una ramita le rozaba una mejilla.

—Soy un tonto —dijo.

Carmen se aupó a una rama opuesta a la suya y se aferró a ella con las piernas.

—¡No eres tonto! Tenías que hacerlo. No tenías más opción.

Desde donde estaba podía ver la porción de hierba chafada. Desde allí parecía mayor, y casi redondo, como si hubieran girado en círculos, algo que le pareció posible. Podía oler la hierba en su pelo. El amor era acción. Caía sobre ti. No era una opción.

Pero César no quería mirarla. Desde donde estaba, Carmen podría haber mirado sobre el borde del muro con sólo estirarse un poco. No lo hizo.

—Roxane Coss me ha enviado a buscarte —dijo Carmen. Se había aproximado bastante a la verdad—. Quiere hablar contigo de la música. Dice que eres muy bueno.

Podía decirle eso porque ella sabía que era muy bueno, y que

por supuesto Roxane se lo diría. No sabía el suficiente inglés para comprender todo cuanto se había dicho en el salón, pero empezaba a desarrollar cierta habilidad para captar las cosas sin tener que entender todas las palabras.

—Eso no lo sabes.

—Sí que lo sé. Estaba el traductor.

—Dijo: «Deténgase». Dijo: «Basta». Ya entendí lo que dijo.

Un pájaro pasó junto al árbol, buscando donde posarse, y continuó su vuelo.

—Quería hablar contigo. ¿Qué sabe decir ella? Tienes que pedirle a Gen que te ayude. Es la única forma de entender algo.

César sorbió y se enjugó los ojos con la manga. En un mundo perfecto, Carmen no habría subido al árbol. Habría sido la mismísima Roxane Coss quien habría trepado tras él. Le habría tocado la mejilla, y hablaría un español perfecto. Cantarían juntos. La palabra que buscaba era «dueto». Viajarían juntos por todo el mundo.

—Bueno, no eres una ardilla —dijo Carmen—. No vas a pasarte la vida aquí arriba. Tendrás que bajar para hacer tus guardias, y cuando bajes te lo dirá ella en persona con ayuda del traductor. Ella te dirá lo bueno que eres y entonces te sentirás como un idiota por subir aquí a enfurruñarte. Todos quieren felicitarte. Te lo vas a perder todo.

César frotó la corteza rugosa con la mano. Carmen nunca había hablado así antes. Durante el adiestramiento que habían seguido juntos, ella era tan tímida que casi no hablaba, y ésa era una de las cosas que la hacía tan atractiva. Nunca le había oído hilvanar dos frases seguidas.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Ya te lo he dicho, el traductor.

—¿Y cómo sé yo que me dices la verdad?

Carmen le miró como si estuviese loco, pero no dijo nada. Asió la rama que quedaba por debajo de ella, dejó caer los pies y se deslizó hasta el suelo. Saltaba como una experta. Mantuvo las rodillas sueltas, y saltó en cuanto tocó la hierba. De vuelta a la casa pasó junto a una de las ventanas del gran salón. Qué raro se hacía verlo todo desde aquel lado. Se detuvo un instante junto a un arbusto, que a su llegada había estado podado primorosamente y ahora era casi tan alto como ella. Pudo ver a Gen junto al piano, hablando con Roxane Coss y el señor Hosokawa. Kato estaba con

ellos. Podía ver a Gen, la recta espalda, la tierna boca, las manos que la habían despojado primero de sus ropas y luego la habían ayudado con toda ternura a introducirse en ellas. Le hubiera gustado golpear el cristal y saludarle, pero era algo milagroso poder contemplar a la persona amada sin ser detectada, como si ella fuera una desconocida que los viese por primera vez. Podía ver su hermosura desde la perspectiva de quien no da nada por sentado. Qué hombre tan hermoso, tan brillante, y me quiere. Rezó a santa Rosa de Lima. Seguridad para Gen. Felicidad y una larga vida. Guárdale y guíale. Volvió a mirar por la ventana. Ahora hablaba con Roxane; Roxane, que tan buena había sido con ella, y Carmen la incluyó en sus oraciones. Luego humilló la cabeza por un instante y se santiguó apresuradamente, con lo que la plegaria ganó velocidad.

—No debería haberle dicho que parase —dijo Roxane. Gen lo tradujo al japonés.

—El chico no tiene a dónde ir —dijo el señor Hosokawa—. Tendrá que volver. No se preocupe usted por eso.

En Japón, a menudo le incomodaba el afecto moderno, las parejas que se cogían de la mano en público y se despedían con un beso en la estación del metro. No había podido entender nunca aquellos gestos. Siempre había creído que lo que un hombre sentía en su corazón era cuestión privada, y que debería guardarlo para sí, pero nunca hasta entonces había tenido tanto en su corazón. No había espacio para tanto amor, y le causaba un verdadero ardor en el pecho. ¡Mal de amores! ¿Quién hubiera podido creer que fuera cierto? En aquel momento no deseaba nada excepto tomarla de la mano o pasarle un brazo por los hombros.

Roxane Coss se inclinó hacia él, acercó la cabeza a su hombro durante un segundo, lo justo para rozar su camisa con la mejilla.

—Ah —dijo el señor Hosokawa con suavidad—. Para mí lo es usted todo en el mundo.

Gen le miró. ¿Debía traducir la ternura que había musitado su jefe? El señor Hosokawa tomó una de las manos de Roxane. La llevó a su pecho y la colocó sobre su corazón. Asintió. ¿Se estaba dirigiendo a Gen? ¿Le estaba diciendo que tradujese? ¿O asentía para ella? Gen se sentía terriblemente incómodo. Hubiera preferido darse la vuelta. Era una cuestión privada. Ahora sabía lo que

aquello significaba.

—Todo en el mundo —volvió a decir el señor Hosokawa, pero esta vez miró a Gen.

Y Gen se lo dijo. Intentó dulcificar la voz.

—Con el debido respeto —le dijo a Roxane—, el señor Hosokawa quiere que sepa que para él lo es usted todo en el mundo.

Recordó haberle dicho algo muy parecido traducido del ruso.

Dijo mucho de Roxane que en ningún momento mirase a Gen. Mantuvo la vista fija en los ojos del señor Hosokawa, y de él oyó las palabras.

Carmen regresó. Estaba acalorada, y todos pensaron que era por César, pero ella casi había olvidado a César. Quería estar con Gen, pero primero fue a ver al general Benjamín.

—César está subido al árbol —dijo. Empezó a decir algo más pero se contuvo. Siempre era mejor esperar.

—¿Qué está haciendo ahí arriba? —le preguntó el general. No podía evitar darse cuenta de lo guapa que se estaba poniendo aquella chica. Si hubiera sido tan guapa desde el principio nunca la hubiera dejado alistarse. Debería decirle que se escondiese el pelo bajo la gorra. Debería licenciarla tan pronto regresasen a casa.

—Está enfurruñado.

—No entiendo.

—Tiene vergüenza.

Quizá no había sido lo adecuado enviar a una chica guapa a buscarle. Cualquiera de los chicos podía haber ido a tirarle piedras hasta que se cayese. El general Benjamín suspiró. Le había impresionado oír cantar a César. Se preguntó si el talento le volvería tan tenso como a la soprano. Si tal era el caso tendría que licenciar también a César, y habría perdido a dos soldados. Mientras lo pensaba recordó dónde se encontraban, y la idea de volver a casa, o de poder decidir algo tan simple como conservar a alguien o licenciarle, se le antojaba imposible. ¿Por qué perdía el tiempo pensando en ello? ¿César se había subido a un árbol? ¿Y qué más daba?

—Déjale ahí arriba.

El general Benjamín miró por encima de Carmen al otro extremo de la habitación, que era su manera de decirle que la conversación había acabado.

—¿Puedo decírselo a la señorita Coss?

Volvió a mirarla y parpadeó. Ella era obediente, cortés. Era una lástima que las cosas no hubiesen salido mejor. Desde luego, en una revolución las chicas bonitas tenían su papel. No tenía sentido mostrarse duro con ella.

—Creo que le gustará saberlo.

Carmen, alegre, agradecida, se inclinó ante él.

Benjamín le dijo con sequedad:

—¡Salude!

Carmen saludó, con la cara tan seria como cualquier soldado, y salió corriendo.

—César está en el árbol —dijo Carmen. Se colocó entre el señor Hosokawa y el señor Kato. Estaba frente a Gen, y desde allí no sentía la tentación de colgarse de su manga frente a todos. Le gustaba el sonido de su voz mientras interpretaba.

—¿No quiere entrar? —preguntó Roxane. Sobre sus ojos azules había una sombra de púrpura. Carmen nunca la había visto tan cansada, excepto los primeros días.

—Oh, ya entrará. Es sólo que le da vergüenza. Cree que se portó como un tonto. Piensa que usted cree que es un idiota por intentar cantar.

Miró a su amiga Roxane Coss.

—Yo le dije que usted no piensa eso en absoluto.

Gen tradujo sus palabras al inglés y al japonés. Tanto los hombres como Roxane Coss asintieron. Las palabras de Carmen traducidas al japonés tenían un sonido precioso.

—¿Podrías preguntarle al general si se me permite salir? —le preguntó Roxane a Carmen—. ¿Crees que sería posible?

Carmen le escuchó. Estaba incluida. Todos pensaban que era la persona más indicada para presentar la petición. Le preguntaban su opinión. Era más de lo que podía creer: de toda la gente que había en la sala, entre tanto dinero, educación y talento, todos pensaban que era la indicada. Quiso decirle a Roxane Coss con su mejor educación que no, que nunca les dejarían salir, pero que estaba muy agradecida de que se lo hubiesen preguntado a ella. Aunque tampoco hubiera sabido cómo expresarlo en inglés. Los generales no escuchaban su conversación, Héctor y Alfredo habían incluso abandonado la habitación, a los demás muchachos no les interesaba en absoluto, y sólo Beatriz escuchaba. Carmen podía verla por el rabillo del ojo. Quería confiar en Beatriz. Ella había confiado en Carmen. Y además, ahora no hacían nada malo.

—Dígale que estaré encantada de preguntar —le dijo a Gen. Fue consciente de su postura e intentó mantener la espalda recta, como Roxane Coss. Intentó forzar los hombros hacia atrás, aunque el efecto se perdió bajo la camisa verde oliva que colgaba sobre ella como una lona.

Todos le dieron las gracias, en inglés y japonés primero, y luego en español. Gen estaba orgulloso de ella, podía verlo. De haberlo permitido las circunstancias, Gen le hubiera puesto una mano sobre el hombro y se lo habría dicho frente a sus amigos.

De ninguna de las maneras iban a permitir que Roxane Coss saliese al patio para hablar con César subido al árbol. Mantener a los rehenes dentro de la casa era una de las prioridades principales. Nadie lo sabía mejor que Carmen, que había incumplido tan importante norma aquella misma noche. Pero no le correspondía a ella rechazar la petición. Nadie le había pedido a Carmen una respuesta: le habían pedido únicamente que transmitiese al general la pregunta. La verdad es que hubiese preferido no hacerlo. ¿De qué servía pedir algo cuando estaba claro que lo iban a denegar? Carmen se dijo que podría preguntarle otra cosa al general; por ejemplo, si le apetecía una taza de café. Así, todos habrían visto que hablaba con él, sin oír lo que decía, y podría volver con la noticia de que la había rechazado. Pero no quería mentir a Roxane Coss y al señor Hosokawa, quienes apreciaban su opinión y la trataban como una amiga, y desde luego no podía mentirle a Gen. Tendría que preguntar, porque había dicho que lo haría. Hubiera sido mejor esperar una hora o dos. A los generales no les gustaba que les importunasen cada pocos minutos. Pero no podían esperar una o dos horas. Para entonces, César ya habría bajado del árbol. Carmen se había sentado en el árbol, y sabía que era tan agradable como incómodo. Era limitado el tiempo que nadie podía pasar enfurruñado en un árbol, y lo importante era que Roxane Coss quería tener la oportunidad de convencerle para que bajase. De nada hubiera servido explicar a sus queridos rehenes la forma de razonar del general, del mismo modo que hubiera sido inútil explicar los motivos de Roxane Coss al general, a quien con toda seguridad no le interesaban. No podía hacer más que preguntar. Carmen sonrió y se alejó del grupo, y regresó a la habitación en la que el general Benjamín se había sentado en un sillón cercano a la chimenea. Estaba leyendo la prensa. Ella no podía saber qué periódicos eran, pero vio que estaban escritos en español. Podía leer

un poco, pero no tanto todavía. Las cejas del general apuntaban al puente de su nariz, y bizqueaba un poco. La culebrilla del herpes recorría todo el costado de su cara y rodeaba el ojo como un goterón de lava, pero ya no parecía tan infectado. Levantó un dedo para tocarla, se estremeció y retomó la lectura. Carmen sabía que era mejor no distraerle.

—¿Señor? —musitó.

No hacía ni cinco minutos que habían hablado, pero él la miró ahora como si estuviese confuso. Tenía los ojos enrojecidos y llorosos, en especial el izquierdo, saturado de ampollas como cabezas de alfiler.

Carmen esperó a que hablase, pero él no dijo nada. Era cosa suya iniciar la conversación.

—Disculpe que le moleste de nuevo, general, pero Roxane Coss me ha pedido que le pregunte…

Se detuvo, convencida de que él iba a interrumpirla, a ordenarle que se fuese, pero no lo hizo. No hizo nada. Si se hubiera vuelto para continuar leyendo el diario, habría comprendido. Si le hubiese gritado, habría sabido reaccionar, pero el general Benjamín se limitó a mirarla. Carmen tomó aliento, enderezó los hombros y comenzó de nuevo.

—Roxane Coss desea salir a hablar con César. César, el que está en el árbol. Quiere decirle que lo hizo muy bien.

Volvió a esperar, pero no sucedió nada.

—Creo que el traductor tendría que salir también, para que César entienda lo que ella dice. Podríamos enviar unos guardias con ellos. Yo podría salir armada.

Se interrumpió y esperó con paciencia la negativa. Nunca había creído en ninguna otra posibilidad, pero él no dijo nada, y durante unos instantes cerró los ojos para no tener que mirarla más. Ella miró los periódicos que él tenía en la mano y sintió que un escalofrío le recorría el pecho. De repente, tuvo miedo de que el general hubiese recibido malas noticias, de que hubiese algo en el diario que pudiese dar al traste con su felicidad.

—General Benjamín —dijo, acercándose para que sólo él pudiese oírle—. Señor, ¿va todo bien?

Un mechón de pelo se le había escapado de detrás de la oreja y rozaba ahora su hombro. Olía a limones. Roxane le había lavado el pelo a Carmen con el champú de limones que Messner había hecho traer desde Italia.

El olor de limones. Él es un niño en su ciudad, lleva un cuarto de limón entre los dientes mientras corre a la escuela; el amarillo de la piel del limón asoma por entre sus labios, la acidez imposible, la absoluta claridad del sabor al que es adicto. Su hermano Luis está con él, corre a su lado, apenas un chiquillo. Es más joven que Benjamín, y por tanto responsabilidad suya. También él lleva un limón en la boca, y ambos se miran y empiezan a reír con tanta fuerza que tienen que llevarse una mano a la boca para cazar al vuelo la piel huera. El olor de los limones le devuelve a la realidad. Carmen quería otra cosa. Él estaba aún en el salón. ¿Por qué no había entendido hasta entonces que las cosas acabarían mal? Lo raro no era no darse cuenta, era no haberlo sabido desde el principio; lo raro era que no hubiese ordenado a sus tropas que volviesen a los conductos de ventilación tan pronto quedó claro que el presidente Masuda no estaba en la fiesta. Era casi imposible comprender aquel error. Era culpa de la esperanza. La esperanza era asesina.

—¿Quiere salir? —preguntó.

—Sí, señor.

—¿César sigue ahí fuera?

—Creo que sí, señor.

El general Benjamín asintió con la cabeza.

—Hace buen tiempo.

Miró largo rato por la ventana, para asegurarse de que lo que le decía era cierto.

—Sácalos a todos. Díselo a Héctor y Alfredo. Pon a algunos soldados junto al muro.

Miró a Carmen. Si hubiese sido un poco más listo le habría prestado más atención.

—Necesitamos un poco de aire fresco, ¿no te parece? Que les dé un poco el sol.

—¿Todos, señor? ¿Se refiere a la señorita Coss y al traductor?

—Me refiero a todos. —Abarcó con la mano la sala entera—. Sácalos a todos de aquí.

Y así sucedió que, el mismo día en que Carmen sacó a Gen de la casa, los demás rehenes obtuvieron permiso para salir. No quería ser ella la que se lo dijese a los generales, pero al ser una orden directa lo hizo. Se detuvo frente a la puerta del despacho,

anonadada por la noticia. Iban a salir. Los generales estaban viendo el fútbol. Estaban sentados al borde del sofá, con las manos engarfiadas sobre las rodillas, gritándole al televisor. Sobre la mesa había una partida de cartas a medio jugar, y por entre los cojines asomaban dos pistolas automáticas. Cuando fue capaz de obtener su atención, no les dijo que había pedido permiso para que alguien saliese al exterior, ni que Roxane Coss deseaba hablar con César a pie de árbol, les dijo sólo que el general Benjamín había tomado una decisión y que había recibido órdenes de comunicarles dicha decisión. Lo dijo tan sucintamente como supo.

—¿Salir? —exclamó el general Alfredo—. ¡Qué locura! ¿Cómo vamos a controlarlos fuera?

Gesticulaba con la mano a la que le faltaban dos dedos, algo que a Carmen le llenaba siempre de lástima.

—¿Qué hay que controlar? —dijo el general Héctor, estirando los brazos sobre la cabeza—. Como si fueran a ir a alguna parte.

Aquello fue una sorpresa. Héctor se oponía habitualmente a toda idea. Si se hubiera opuesto con fiereza, seguramente habría conseguido que el general Benjamín cambiase de opinión, pero el sol entraba por las ventanas, y todos notaban que se estaban apolillando. ¿Por qué no abrir las puertas? ¿Por qué no hoy, si todos los días eran iguales? Fueron juntos al salón, y los generales convocaron a sus tropas, y les ordenaron que tomasen las armas y las cargasen. Incluso después de varios meses tumbados en sus sofás, los chicos, y con ellos Carmen y Beatriz, podían moverse con rapidez. No sabían por qué cargaban las armas, y tampoco preguntaron. Obedecían órdenes, y al hacerlo brillaba en sus ojos cierta frialdad. El general Benjamín no pudo evitar pensar: «si ahora les pidiese que los matasen a todos, lo harían. Harían lo que yo les ordenase». Era una buena idea sacarlos a todos al patio. La tropa tendría algo que hacer. Los rehenes serían testigos de su autoridad y su benevolencia. Era hora de salir de la casa.

Roxane Coss podía apoyarse en el brazo del señor Hosokawa, pero a Gen no le quedó más remedio que contemplar, solo, como su amada atravesaba la sala a la carrera con los soldados, con el rifle apretado contra el pecho.

—No lo entiendo —susurró el señor Hosokawa. Notó que Roxane se estremecía, y estrechó su mano entre las suyas. Era como si se hubiese encendido un interruptor, y la gente a la que conocían fuese de repente gente a la que nunca antes hubiesen visto.

—¿Puede entender lo que dicen? —le susurró Roxane a Gen—. ¿Qué ha pasado?

Por supuesto que podía entender lo que estaban diciendo. Después de todo, estaban gritando. «Cargad las armas». «A formar». Pero no tenía sentido decírselo a Roxane. Los otros rehenes se habían unido a ellos. Se habían agrupado como ovejas en un prado durante la tormenta. Treinta y nueve hombres y una mujer, rodeados de una nube de nerviosismo.

El general Benjamín dio entonces un paso al frente y dijo:

—¡Traductor!

El señor Hosokawa tocó el brazo del intérprete cuando éste dio un paso al frente. Gen quería ser valiente. Aunque Carmen no estaba con ellos ahora, le hubiera gustado que viese su valentía.

—He decidido que todos salgan al patio —dijo el general Benjamín—. Comuníqueles a todos que vamos a salir.

Pero Gen no lo tradujo. Ya no era su profesión. En lugar de ello, preguntó:

—¿Con qué motivo?

Si iba a haber una ejecución, no quería ser él quien condujese a las ovejas contra el muro. No bastaba con traducir cuanto se decía, había que saber la verdad.

—¿Con qué motivo? —repitió el general Benjamín. Se puso frente a Gen, tan cerca que éste pudo ver la trama de líneas rojas, delgadas como hilos de costura, que entrecruzaban su cara—. Se me dijo que Roxane Coss quería salir.

—¿Y nos deja salir a todos?

—¿Se opone usted?

El general Benjamín estaba a punto de cambiar de opinión. Había tratado a aquella gente siempre con toda decencia, ¿y ahora le miraban como si fuese un asesino?

—¿Cree que quiero sacarlos fuera para fusilarlos a todos?

—Las armas… —Gen había cometido un error. Ahora podía verlo.

—Protección —dijo el general, con los dientes rechinándole.

Gen se alejó de él y se dirigió hacia la gente, hacia quienes consideraba «su» gente. Vio cómo sus caras se relajaban al oír su voz.

—Vamos a salir —dijo Gen en inglés, en japonés, en ruso, italiano, francés. «Vamos a salir», dijo en español y danés. Tres simples palabras, pero en cada idioma fue capaz de subrayar que no

iban a ejecutarles, que aquello no era un truco. El grupo rio, suspiró y se disgregó. El sacerdote se santiguó rápidamente en agradecimiento por la respuesta a sus plegarias. Ismael abrió la puerta y los rehenes salieron en fila hacia la luz.

Luz gloriosa.

El vicepresidente Iglesias, que nunca creyó que viviría para sentir de nuevo la hierba bajo sus pies, dejó el caminillo de piedra y se sumergió en el lujo de su propio patio. Lo había visto cada día desde la ventana del salón, pero ahora que estaba allí le parecía un mundo nuevo. ¿Había paseado alguna tarde por el césped? ¿Se había fijado alguna vez en los árboles, en los maravillosos arbustos floridos que crecían junto al muro? ¿Qué nombre tenían? Hundió la cara en un puñado de capullos encarnados y aspiró. Dios del Cielo, si salía vivo de allí prestaría mucha más atención a las plantas. Quizá pudiese trabajar como jardinero. Las hojas nuevas eran de un verde brillante, y sedosas al tacto. Las acarició entre el pulgar y el índice, procurando no magullarlas. Demasiadas veces había vuelto a casa cuando la noche ya había caído. Veía la vida de su jardín como una serie de sombras y siluetas. Si había algo semejante a una segunda oportunidad, tomaría su café de las mañanas en el jardín. Volvería a casa a comer con su mujer a mediodía, y comerían en el césped, sobre una manta. Las dos niñas estarían en el colegio, pero podría acunar a su hijo en las rodillas y enseñarle los nombres de los pájaros. ¿Cómo había conseguido vivir en un sitio tan hermoso? Cruzó la hierba en dirección al ala oeste de la casa, y la hierba era tan espesa que supo que sería difícil segarla. Le gustaba así. Quizá no tendría que segar el césped nunca más. Si un hombre tenía un muro de tres metros, podía hacer con su patio lo que quisiese. Haría el amor a su mujer de noche allí donde el muro creaba un recoveco de hierba y tres árboles se alzaban en semicírculo. Podrían ir cuando los niños se hubiesen acostado, cuando el servicio durmiese, ¿y quién iba a verles? La tierra sobre la que se tumbarían era tan mullida como su cama. Se imaginó el largo y oscuro cabello de su esposa, suelto y esparcido sobre la hierba. En el futuro sería un mejor padre, un mejor esposo. Se arrodilló y empezó a hurgar entre los lirios. Arrancó un hierbajo casi tan alto como las flores y de tallo grueso como un dedo, y luego otro, y otro. Las manos se le llenaron de tallos verdes, raíces y tierra. Había mucho por hacer.

Los soldados no empujaron a los rehenes ni intentaron dirigirles. Se limitaron a colocarse junto al muro a intervalos regulares. Se

recostaron contra el muro y disfrutaron del sol. Era bueno hacer algo diferente. Les gustó incluso volver a estar armados, ser de nuevo una hilera de soldados portadores de armas. Los rehenes alzaban los brazos y se desperezaban. Algunos se estiraron sobre la hierba, otros investigaron las flores. Gen no observaba las plantas, sino a los soldados, y cuando encontró a Carmen ella le dedicó una minúscula inclinación y señaló discretamente con el rifle el árbol de César. Todos parecían contentos por estar al aire libre. A Carmen le hubiera gustado decir «yo hice esto por ti; yo soy la que lo pidió», pero se mantuvo en silencio. Tuvo que apartar la mirada de Gen para no sonreír.

Gen encontró a Roxane junto al señor Hosokawa mientras paseaban cogidos de la mano, como si aquel fuese otro jardín y estuviesen solos. Parecían distintos aquella mañana, ya no eran una pareja improbable, y Gen se preguntó si también él parecería distinto. Pensó que quizá no debería molestarles, pero no sabía cuánto tiempo les permitirían permanecer en el exterior.

—He localizado al chico —dijo Gen.

—¿El chico? —preguntó el señor Hosokawa.

—El cantante.

—Ah, sí, el chico, por supuesto.

Gen volvió a decirlo en inglés, y juntos se acercaron a un árbol muy próximo al muro.

—¿Está ahí arriba? —dijo Roxane, pero apenas podía concentrarse, la brisa le distraía, y la exuberante vegetación. Notaba el sol reflejado en sus mejillas. Quería tocar el muro, quería pasar los dedos por la hierba. Nunca hasta entonces había pensado siquiera en la hierba.

—Éste es el árbol.

Roxane echó la cabeza hacia atrás, y efectivamente, vio las suelas de dos botas bamboleándose entre las ramas. Puedo entrever la camisa y parte de la barbilla.

—¿César?

Una cara apareció entre las hojas.

—Dígale que lo que ha cantado era precioso —le dijo a Gen—. Dígale que quiero ser su maestra.

—Se está burlando de mí —respondió César.

—¿Por qué crees que estamos todos fuera? —dijo Gen—. ¿Te parece eso una burla? Ella quería salir para hablar contigo, y los generales decidieron que todos podían acompañarla. ¿No te parece

eso importante?

Era verdad. César podía verlo desde donde estaba sentado. Los tres generales y todos los soldados excepto Gilberto y Jesús estaban fuera. Debían de haberse quedado custodiando la casa. Cada uno de los rehenes deambulaba por el patio como si estuviese ebrio o ciego: tocaban, olían, lo palpaban todo, y se sentaban de improviso. Se habían enamorado de aquel lugar. No lo hubieran abandonado incluso si hubiesen tirado abajo el muro. Si alguien les hubiese apoyado un arma en la espalda y les hubiese conminado a marcharse, habrían intentado volver.

—Pues habéis salido, ¿y qué? —dijo César.

—No piensa quedarse en el árbol, ¿verdad? —preguntó Roxane.

Incluso a César le parecía extraño que no se le hubiera ordenado bajar para cumplir con sus deberes. Habría bajado. Lo único que se le ocurría es que en la excitación de dejar salir a todo el mundo le habían olvidado. Todos le habían olvidado excepto Roxane Coss.

—¿Ella no piensa que soy un tonto?

—Quiere saber si piensa usted que es tonto —dijo Gen.

Ella suspiró ante esta nueva muestra de complacencia infantil.

—Quedarse en lo alto de un árbol me parece una tontería, pero no el modo en que ha cantado.

—Eres tonto por el árbol, pero no por cantar —le dijo Gen—. Baja a hablar con ella.

—No estoy seguro —dijo César. Pero sí estaba seguro. Podía incluso imaginarse cantando con ella: sus voces alzándose, sus manos entrelazadas.

—¿Qué vas a hacer, quedarte en el árbol? —dijo Gen. Le dolía el cuello de tanto mirar hacia arriba.

—¿Por qué cuando hablas suenas como Carmen? —dijo César. Se agachó y aferró una de las ramas inferiores. Llevaba mucho tiempo allí arriba. Tenía entumecida una pierna, y la otra estaba completamente dormida. Cuando sus pies tocaron el suelo no le sostuvieron, y cayó hecho un guiñapo a sus pies y se golpeó la cabeza contra el tronco que le había sostenido.

Roxane Coss cayó de rodillas y tomó la cabeza del muchacho entre sus manos. Podía notar el pulso en sus sienes.

—Dios santo, no pretendía que se tirase del árbol.

El señor Hosokawa apreció una sonrisa fugaz en el rostro de César. El chico no llegó a abrir los ojos, y la sonrisa apareció y fue borrada de inmediato.

—Dígale que está bien —le dijo el señor Hosokawa a Gen—. Y dígale al chico que se levante.

Gen ayudó a César a sentarse y lo recostó como a un pelele contra el árbol. A César no le importó abrir los ojos, aunque el dolor de cabeza le estaba matando. Roxane Coss estaba agachada a su lado, tan cerca que era como ver dentro de ella. ¡Esos ojos azules! Eran mucho más profundos, más complicados de lo que había imaginado desde lejos. Llevaba aún puesto el batín y el pijama, y a menos de doce centímetros de su nariz, el pijama formaba una uve allí donde sus pechos se encontraban. ¿Quién era el anciano japonés que la acompañaba siempre? Se parecía demasiado al presidente. En realidad, César sospechaba que sí era el presidente, pese a todas las mentiras que pudiese haber contado, y que había estado entre ellos desde el primer momento.

—Escúchame —dijo ella, y el traductor lo repitió en español. Cantó cinco notas. Quería que él escuchase y las repitiese, que siguiese las notas. Podía ver el interior de su boca, una cueva húmeda y rosada. Era una situación muy íntima.

Abrió la boca y soltó un graznido ronco, y se llevó los dedos a la cabeza.

—No pasa nada —dijo ella—, ya cantarás luego. ¿Habías cantado antes de venir aquí?

Por supuesto, había cantado como cualquier otra persona, sin pensar en ello, mientras hacía otras cosas. Sabía imitar a la gente que oían a veces, cuando la radio funcionaba, pero aquello entonces no se trataba tanto de cantar como de hacer reír a la gente.

—¿Quiere aprender? ¿Está dispuesto a esforzarse de verdad para descubrir si de verdad tiene voz?

—¿Practicar con ella? —le preguntó César a Gen—. ¿Los dos solos?

—Supongo que habrá más gente con vosotros.

César tocó la manga de Gen.

—Dígale que soy tímido. Dígale que trabajaría mucho mejor si pudiésemos estar solos.

—Cuando hayas aprendido inglés, podrás decírselo tú mismo —replicó Gen.

—¿Qué quiere? —preguntó el señor Hosokawa. Estaba frente a ellos, intentando apartar el sol de los ojos de Roxane.

—Imposibles —dijo Gen. Luego le dijo al chico en español:

—Sí o no. ¿Quieres que ella te enseñe a cantar?

—Claro que quiero —dijo César.

—Empezaremos esta tarde —dijo Roxane—. Empezaremos con unas escalas.

Tomó la mano de César y le dio unas palmaditas. Él palideció de nuevo y cerró los ojos.

—Dejémosle que descanse —dijo el señor Hosokawa—. El chico quiere dormir.

Lothar Falken apoyó las manos contra el muro y estiró los tendones de Aquiles, forzando primero un talón y luego el otro. Se tocó los pies con las manos y giró las caderas de lado a lado, y cuando sintió las piernas calientes y sueltas echó a correr descalzo por la hierba. Los soldados se sobresaltaron al principio, se parapetaron, empezaron a apuntar sus rifles, pero él siguió corriendo. Era un patio enorme, para lo que suelen ser los céspedes en una ciudad, pero aun así era pequeño como pista de atletismo, y pocos instantes después de que Lothar hubiese desaparecido de la vista estuvo de vuelta, la cabeza erguida, los brazos batiendo el aire junto a su pecho. Era un hombre fibroso de piernas largas y gráciles; a todos les pasó inadvertido mientras estuvo tirado en el sofá, pero a pleno sol, dando vueltas a la mansión, era fácil ver que el fabricante alemán de productos farmacéuticos había sido un atleta. Con cada vuelta sintió que recuperaba su cuerpo, la relación entre músculo y hueso, el oxígeno que entraba en su sangre. Levantaba los talones al correr, y cada zancada se hundía en la espesa hierba. Al cabo de un rato, Manuel Flores, de España, empezó a correr a su lado; al principio mantuvo su ritmo, y luego empezó a quedarse atrás. Simon Thibault echó a correr también y demostró estar casi a la altura de Falken. Victor Fyodorov le entregó su cigarrillo a su amigo Yegor y se les unió por un par de vueltas. Hacía un día tan espléndido que correr parecía lo adecuado. Se detuvo exhausto en el mismo lugar en el que había empezado, con el corazón golpeando sus costillas con furia.

Mientas los demás corrían, Rubén Iglesias arrancaba las malas hierbas de un parterre. Era un pequeño gesto frente a la magnitud del trabajo, pero por algún sitio había que empezar. Oscar Mendoza y el joven sacerdote se arrodillaron para ayudarle.

—Ismael —le dijo el vicepresidente a su amigo—. ¿Qué haces ahí, sosteniendo la pared? Nos hace falta ese rifle del que estás tan

orgulloso para orear el suelo.

—No te metas con el muchacho —dijo Oscar Mendoza—. Es el único que me cae bien.

—Sabe que no puedo ir —dijo Ismael, pasándose el rifle al otro hombro.

—Sí que puedes —le dijo Rubén—. Lo que pasa es que no quieres ensuciarte las manos. Quieres tenerlas limpias para tus partidas de ajedrez. No te gusta trabajar.

Rubén le sonrió al chico. Realmente le hubiera gustado que fuese a ayudarles. Le habría enseñado qué plantas eran malas hierbas. Empezó a pensar que Ismael podría ser su hijo, su otro hijo. Los dos eran más bien chiquitos y, además, la gente creía todo lo que se les decía. Habría espacio de sobras para otro chiquillo.

—Yo trabajo —dijo Ismael.

—Yo le he visto —intervino Óscar Mendoza, mientras se sacudía la tierra de las manos. Hace más que todos los otros. No es tan grande, de acuerdo, pero es fuerte como un buey, y listo. Hace falta ser listo para ganar al ajedrez.

El hombrón se acercó al muro, al muchacho.

—Ismael, yo podría darte trabajo, si quieres. Cuando todo esto acabe, podrías trabajar para mí.

Ismael estaba acostumbrado a que le tomasen el pelo. Sus hermanos se burlaban cruelmente de él. Los demás soldados le habían ridiculizado con frecuencia. Un día decidieron que era un cubo, y le ataron los pies y lo metieron en un pozo hasta hundirle la cabeza en el agua gélida. Le gustaba la forma de burlarse del presidente porque le hacía sentirse especial. Pero con Óscar Mendoza no estaba seguro. No había nada en su expresión que delatase la broma.

—¿Quieres un trabajo? —preguntó Óscar.

—No le hace falta un trabajo —dijo Rubén, poniendo un hato de hierbajos a un lado. Vio su oportunidad. Óscar le había dado pie—. Vivirá conmigo. Tendrá todo lo que necesite.

Óscar miró a su amigo, y ambos vieron que el otro hablaba en serio.

—Todo el mundo necesita un trabajo —dijo—. Vivirá contigo y trabajará para mí. ¿Te parece bien, Ismael?

Ismael apoyó el arma entre los pies y les miró. ¿Iba a vivir en aquella casa? ¿Podía quedarse? ¿Tendría un trabajo y ganaría dinero? Sabía que debería reírse y decirles que le dejasen en paz.

Debería reírse de sí mismo, decirles que ni loco querría vivir en aquella casa. Era la única forma de salir adelante cuando se burlaban de uno. Devolverles la burla. Pero no podía. Tenía demasiadas ganas de creer que le estaban diciendo la verdad.

—Sí.

Era lo único que consiguió decir.

Óscar Mendoza le tendió la mano sucia a Rubén Iglesias y se la estrechó.

—El acuerdo es por ti —dijo Rubén, y su voz delataba su alegría —. Hemos cerrado el pacto.

Iba a tener otro hijo. Adoptaría legalmente al chico. Se convertiría en Ismael Iglesias.

El sacerdote, que lo había observado todo, se sentó sobre los talones y apoyó las manos embarradas sobre los muslos. Sintió que algo frío e incómodo se movía por su corazón. No deberían estar hablando así con Ismael. Habían olvidado las circunstancias. Para que todo aquello funcionase, las cosas deberían seguir exactamente como eran en aquel momento, y nadie debía hablar del futuro como si hablando fuese a hacerse realidad.

—El padre Árguedas te enseñará el catecismo. ¿Verdad, padre? Podrás volver a casa después de las lecciones y comeremos juntos.

Rubén estaba ya perdido en su historia. Le hubiera gustado poder llamar a su esposa para comunicarle la noticia. Se lo diría a Messner, y Messner se lo contaría a ella. En cuanto conociese al chico se enamoraría de él.

—Claro que sí.

La voz del sacerdote sonó débil, pero nadie se dio cuenta.

10

El señor Hosokawa podía orientarse en la oscuridad. Algunas noches cerraba los ojos en lugar de esforzarse por ver algo. Conocía la rutina y las costumbres de los guardias, sabía por dónde pasaban y cuándo dormían. Sabía quién se echaba a dormir en el suelo, y cómo pasar precavidamente sobre ellos. Tanteaba cuidadosamente las esquinas de las paredes con los pies, evitaba los listones chirriantes, y era capaz de girar un pomo con el mismo sigilo con el que cae una hoja. Estaba tan avezado en deambular por la casa que pensó que, incluso si no tuviese a donde ir, se sentiría tentado de salir a estirar las piernas, de pasear por todas las habitaciones, simplemente porque podía. Se le ocurrió incluso que si quería podría escapar: no tendría más que bajar por el sendero hasta el portalón y sería libre. No quería irse.

Todo lo que sabía lo había aprendido de Carmen, que le enseñaba sin necesidad de traductor. Para enseñar a alguien a ser silencioso no hace falta hablar. Todo lo que el señor Hosokawa necesitaba aprender a toda prisa se lo enseñó Carmen en dos días. Aún llevaba encima su libreta, y cada mañana añadía diez nuevas palabras a su lista, pero empezaba a rebelarse contra la avalancha de memorización. En cambio, tenía talento para el silencio. Podía verlo en la aprobación de los ojos de Carmen, en el tacto suave de sus dedos sobre el dorso de su mano. Ella le había enseñado a desplazarse por la casa a la vista de todos, y, sin embargo, nadie los veía, porque le estaba enseñando a ser invisibles. Todo consistía en aprender humildad, en dejar de dar por supuesto que todos sabían quién eras o a dónde ibas. El señor Hosokawa no vio el genio de Carmen hasta que ella empezó a enseñarle, porque la genialidad de Carmen era no ser vista. Qué difícil podía llegar a ser para una chica joven y guapa en una casa llena de hombres inquietos, y, pese a ello, él comprobó que casi nadie le prestaba atención. Había conseguido hacerse pasar por chico y, lo que era más impresionante, había conseguido hacerse olvidar tan pronto se supo

que era una chica. Cuando Carmen quería pasar por una habitación sin que se la viese, apenas si movía el aire que la rodeaba. No se escabullía. No se apresuraba a esconderse tras el piano o el sillón. Caminaba por el centro de la sala, sin pedir nada, con la cabeza alta, sin hacer ruido. En realidad había estado dándole lecciones desde el primer día que coincidieron en la casa, pero sólo ahora era capaz de comprenderlo.

Ella le hubiera acompañado con gusto cada noche al piso superior. Se lo dijo a Gen. Pero era mejor que él supiese ir por su cuenta. Nada nos hace más torpes que el miedo, y ella podía enseñarle a no temer nada.

—Es una chica extraordinaria —dijo el señor Hosokawa.

—Eso parece —convino Gen.

El señor Hosokawa le sonrió, indulgente, e hizo como si no hubiese nada más que decir. Aquello también era nuevo. La vida privada. El señor Hosokawa tenía ahora una vida privada. Siempre había pensado de sí mismo que había sido una persona reservada, pero ahora podía ver que nada de su vida anterior había sido privado. No quería decir con aquello que antes no hubiese tenido secretos y ahora los tuviese. Lo que pasaba ahora es que había algo que les concernía exclusivamente a él y a otra persona, algo que era tan suyo que hubiera sido inútil intentar siquiera explicárselo a los demás. Se preguntó si todo el mundo tenía una vida privada. Se preguntó si su esposa la tenía. Era posible que hubiese pasado todos aquellos años solo, sin saber nunca que había todo un mundo del que nadie hablaba.

Durante todo el cautiverio había dormido por las noches, pero ahora sabía cuándo dormir y cuándo despertarse en la negra oscuridad sin ayuda del reloj. A menudo, cuando se despertaba, Gen no estaba con él. Entonces se levantaba y caminaba con tanta calma, con tanta serenidad, que si alguien le hubiese visto habría supuesto que iba a buscar un vaso de agua. Pasaba por encima de vecinos, de compatriotas, y se abría paso hasta llegar a las escaleras de detrás de la cocina. Una vez vio luz tras la puerta cerrada de un armario, y le pareció oír murmullos, pero no se detuvo a investigar qué podría ser aquello. No le importaba, y aquello era parte de ser invisible. Flotaba sobre los escalones. Nunca había estado tan cómodo dentro de su propia piel. Se le ocurrió que nunca había estado tan vivo, pese a parecerse cada vez más a un fantasma. No le hubiera importado tener que trepar aquellas escaleras para siempre,

ser el amante que va en busca de su amada. Entonces era feliz, y con cada nuevo escalón su felicidad aumentaba. Le hubiera gustado poder detener el tiempo. Si bien el señor Hosokawa estaba obnubilado por el amor, nunca acababa de alejar de su mente una verdad: que cada noche que pasaban juntos era un milagro, por un centenar de razones, y que entre estas se contaba que en algún momento aquellos días se acabarían, que antes o después todo acabaría para ellos. Intentaba no lanzarse a fantasear: se divorciaría; la seguiría de ciudad en ciudad, sentado en primera fila en todas las óperas del mundo. Lo habría hecho, feliz; habría renunciado a todo por ella. Pero comprendía que vivían un momento extraordinario, y que si recuperaban sus antiguas vidas, nada volvería a ser lo mismo.

Cuando abría la puerta del dormitorio, sus ojos acostumbraban a estar bañados en lágrimas, y se alegraba de que todo estuviese oscuro. No quería que ella pensase que algo había salido mal. Ella se acercaba a él y él apretaba su húmedo rostro contra la cascada de cabellos de aroma de limón. Estaba enamorado, y nunca había sentido tanta bondad hacia otra persona. Nunca había sido depositario de tanta bondad. Quizá la vida privada no fuera para siempre. Quizá todos la disfrutaban un corto espacio de tiempo, y pasaban el resto de sus días recordándola.

En el armario de la porcelana, Carmen y Gen tomaron una decisión: dos horas seguidas de estudio antes de hacer el amor. Carmen seguía tan decidida como antes a aprender a leer y escribir en español, y había que ver los progresos que había hecho. Era capaz de leer, vacilante, un párrafo entero sin pedir ayuda. Estaba empeñada en aprender inglés. Sabía conjugar diez verbos, y conocía al menos cien sustantivos y otros aspectos del idioma. Tenía esperanzas de aprender japonés para hablar con Gen en su propio idioma cuando todo aquello acabase y pudiesen pasar la noche juntos en la cama. Gen se mostraba igualmente firme en su voluntad de continuar con las lecciones de Carmen. No habría tenido sentido llegar tan lejos y abandonar después porque se hubieran enamorado. ¿No era eso precisamente el amor? ¿Querer lo mejor para el otro, ayudarle a avanzar como Gen y Carmen se ayudaban el uno al otro? No, estudiarían y practicarían durante dos horas, igual que habían hecho antes. Después sí, tenían tiempo y

podían hacer con él lo que quisieran. Carmen robó el reloj de la cocina. Siguieron trabajando.

Primero español. Carmen había encontrado una bolsa llena de libros de texto en el armario de la hija del vicepresidente, libros delgados con el dibujo de un cachorro en la cubierta y otro más grueso con palotes y líneas de puntos para practicar la caligrafía. La niña había usado sólo cinco páginas. Había escrito el alfabeto y los números. Había escrito su nombre, Imelda Iglesias, una y otra vez en letras redondas y bonitas. Carmen escribió su nombre debajo. Escribió las palabras que Gen le dictaba: «Pescado», «Calcetín», «Sopa». Lo único que deseaba era apretar sus labios contra su cuello. No detuvo la lección. Ella se encorvaba sobre el cuaderno, esforzándose por hacer que sus letras fuesen tan bonitas como las de la hija de ocho años del vicepresidente. Dos espesos mechones de cabello pendían sobre el cuaderno. Carmen no les prestó atención y se mordisqueó el labio inferior para concentrarse. Se preguntaba si sería posible morir por querer demasiado a alguien. En aquel estrecho armario de la vajilla no podía olería más que a ella, los limones y el olor polvoriento y descolorido de su uniforme, y el más complicado olor de la piel de Carmen. Treinta segundos para besar su cuello no era pedir mucho. No le hubiera importado que ella siguiese escribiendo. Podría besarla con tanta suavidad que su lápiz nunca se apartaría de la página.

Cuando alzó la vista, su cara estaba muy próxima a la de ella, y ella ya no recordaba qué palabra había dicho él, y si la repetía no sabría cómo escribirla, ni cómo hacer una letra de una línea recta. No necesitaba más que un beso, un beso que le aclarase las ideas y entonces podrían seguir con el trabajo. No conseguía tragar saliva, ni parpadear. Estaba segura de que con un beso podría estudiar toda la noche. No sería menos estudiosa por eso. De todas maneras no le importaban tanto las letras, sólo podía pensar en la hierba, en la hierba, los árboles y el oscuro firmamento de la noche, en el olor de los jazmines la primera vez que le quitó la camisa y cayó de rodillas para besarle el estómago y los pechos.

—Pastel —dijo Gen con voz incierta.

Quizá estuviese adiestrada de un modo que él no conocía, como los perros de la policía, y la palabra «pastel» era la que le hacía saltar, porque tan pronto la hubo dicho se abalanzó sobre él, mientras lápiz y cuaderno salían rodando por el suelo. Ella le devoró a grandes bocados, junto la lengua con la suya, y rodaron

hacia los armarios inferiores, donde se apilaban pulcramente los cuencos soperos unos dentro de otros.

Aquella noche no retomaron el trabajo. A la noche siguiente acordaron estudiar una noche antes de rendirse. Se aplicaron a ello con gran esmero. Pero lo cierto es que con aquel plan tardaron tres minutos menos que con el que habían establecido la noche anterior. No tenían remedio: estaban hambrientos, desesperados, y todo lo que hacían tenían que repetirlo.

Hicieron pruebas con periodos más cortos de tiempo, pero fracasaron en cada intento hasta que a Gen se le ocurrió este plan: harían el amor inmediatamente, en cuanto hubiesen cerrado la puerta del armario, y después estudiarían, y aquel plan resultó ser el más eficaz. A veces se adormilaban un poco, Carmen acurrucada contra el pecho de Gen, Gen cobijado bajo el brazo de Carmen. Eran como soldados caídos en combate, yaciendo allí donde fueron abatidos. Otras veces tenían que volver a hacer el amor, porque en cuanto acababan se les olvidaba, pero por lo general se las arreglaban para trabajar un rato. Antes siquiera de que apuntase el amanecer se daban un beso de buenas noches y Carmen volvía a dormir frente a la puerta de Roxane y Gen regresaba al suelo, junto al sofá del señor Hosokawa. A veces se detectaba un mínimo rumor al bajar éste por las escaleras. A veces Carmen cruzaba el pasillo.

¿Lo sabían los demás? Posiblemente, pero nunca habrían dicho nada. Sospechaban sólo de Roxane Coss y del señor Hosokawa, que no dudaban en hacer manitas o intercambiarse besos durante el día. Si alguien sospechaba algo de Gen y Carmen, era sólo que quizá habían ayudado a la primera pareja a reunirse. Roxane Coss y el señor Hosokawa, por más improbable que les pareciese a quienes les rodeaban eran miembros de la misma tribu, la tribu de los rehenes. Había tanta gente enamorada de ella que era lógico que ella se enamorase de alguno de ellos. Pero Gen y Carmen eran una cuestión distinta. Pese a que los generales confiaban en las traducciones y las habilidades como secretario de Gen, pese a que le consideraban extraordinario y muy agradable, nunca olvidaban quién era. Y aunque los rehenes sentían simpatía por Carmen, por aquel gesto suyo de mantener gacha la mirada, por su reticencia a apuntar a nadie con su arma, cuando los generales daban sus órdenes ella siempre estaba de su lado.

La vida había mejorado recientemente para los rehenes, y no sólo para los enamorados. Una vez se abrió la puerta principal, volvió a abrirse de forma regular. Cada día salían al sol. Lothar Falken animó a más hombres a echarse a correr. Cada día les dirigía en una serie de ejercicios, y luego daban vueltas en grupo en torno a la casa. Los soldados jugaban al fútbol con una pelota que habían encontrado en el sótano, y a veces se organizaba un verdadero partido de terroristas contra rehenes, aunque los terroristas eran tan jóvenes y atléticos que casi siempre ganaban.

Cuando entraba Messner a menudo los encontraba a todos en el patio. El sacerdote dejó las plantas y le saludó.

—¿Cómo está el mundo? —preguntó el padre Árguedas.

—Impaciente —dijo Messner. Su español seguía mejorando, pero aun así preguntó por Gen.

El padre Árguedas señaló hacia una figura tendida bajo un árbol.

—Duerme. Es terrible que le hagan trabajar tanto. Y a usted. También a usted le hacen trabajar duro. Perdone que se lo diga, pero parece cansado.

Era cierto que, últimamente, Messner había perdido la flema que a todos les había parecido tan reconfortante al principio. Había envejecido diez años en los cuatro meses y medio que llevaba allí, y si bien a todos parecía importarles cada vez menos, a él le importaba más y más.

—Tanto sol no es bueno para mí —comentó Messner—. Los suizos estamos pensados para vivir en la sombra.

—Hace calor —dijo el sacerdote—. Pero a las plantas les viene de perlas: lluvia, sol, sequía, no hay quien las detenga.

—No quiero interrumpir su trabajo.

Messner dio unas palmadas en el hombro del sacerdote, recordando que había intentado varias veces que saliese de la casa, y que el sacerdote se había negado siempre. Se preguntó si, al final, el padre Árguedas se arrepentiría de haberse quedado. Seguramente no. La lamentación no parecía formar parte de su naturaleza, aunque sí de la de Messner.

Paco y Renato se acercaron desde el césped lateral, que ahora llamaban «cancha», y llevaron a cabo un cacheo extraordinariamente desganado que consistió en un par de palmadas cerca de sus bolsillos. Luego corrieron a reintegrarse al partido, que había sido detenido a tal efecto.

—Gen —dijo Messner, y sacudió el cuerpo durmiente con la

punta del zapato—. Despierte, por amor de Dios.

Gen dormía el sueño de los narcotizados. Resoplaba con la boca abierta, y había estirado los brazos hacia ambos lados. De su garganta salía el ligero murmullo de un ronquido.

—Eh, intérprete.

Se agachó y tomó entre el pulgar y el índice uno de los párpados de Gen. Este se sacudió y abrió lentamente los ojos.

—Usted habla español —dijo, amodorrado—. Lo habla desde el principio. Déjeme en paz.

Rodó sobre un costado y se llevó las rodillas al pecho.

—No hablo español. No hablo nada. Levántese.

A Messner le pareció sentir una sacudida bajo tierra. Gen tenía que haberla notado, tumbado como estaba con la cara apoyada en la hierba. ¿Se imaginaba sólo que la tierra podía hundirse bajo ellos? ¿Qué sabían aquellos ingenieros? ¿Cómo podían estar seguros de que el suelo no se los tragaría a todos, a la diva de la ópera y al criminal común, de un solo bocado? Messner se arrodilló. Apoyó las manos sobre la hierba, y cuando decidió que simplemente experimentaba locura transitoria, volvió a zarandear a Gen.

—Escúcheme —le dijo en francés—. Tenemos que convencerles de que se rindan. Hoy mismo. Esto no puede seguir así. ¿Me oye?

Gen se recostó sobre la espalda, se desperezó como un gato y dobló los brazos detrás de la nuca.

—Y luego convenceremos a los árboles de que den plumas azules. ¿Es que no ha prestado atención, Messner? Nadie les va a convencer de nada. Y menos que nadie gente como nosotros.

Gente como nosotros. Messner se preguntó si Gen estaba dando a entender que no había hecho bien su trabajo. Había pasado cuatro meses y medio en la habitación de un hotel a medio mundo de Ginebra, y lo único que había querido eran unas vacaciones. Ambas partes eran intratables, y lo que la parte intramuros no entendía es que el gobierno siempre es intratable, tanto da en qué país, tanto dan las circunstancias. El gobierno no cedía nunca, y cuando decía que sí estaba mintiendo, siempre, podía uno estar seguro. Tal como Messner lo veía, su trabajo no consistía en forjar un compromiso, sino simplemente en salvarles de una tragedia. No tenía ya mucho tiempo para esta misión. Pese a las rítmicas zancadas de los corredores y los chicos jugando al fútbol, estaba seguro de notar que algo se movía bajo el suelo.

El símbolo de la Cruz Roja, al igual que el de Suiza, representaba

la neutralidad pacífica. Hacía tiempo que Messner había dejado de lucir su brazalete, pero no por ello creía menos en él. Los miembros de la Cruz Roja llevaban alimentos y medicinas, a veces entregaban documentos de arbitraje, pero no eran topos. No espiaban. Joachim Messner nunca les habría dicho a los terroristas lo que planeaba el ejército, del mismo modo que nunca le contaría al ejército lo que sucedía al otro lado del muro.

—Levántese —dijo de nuevo.

Gen se incorporó, adormilado, y tendió un brazo para que Messner le ayudase a ponerse en pie. ¿Estaban de picnic? ¿Tan pronto habían empezado a beber? Nadie parecía sufrir en absoluto. En realidad, todos tenían las mejillas sonrosadas y un aspecto saludable.

—Los generales estarán seguramente en la cancha —dijo Gen—. Puede que estén jugando.

—Tiene usted que ayudarme —pidió Messner.

Gen devolvió cierto orden a sus cabellos con los dedos y luego, por fin despierto, pasó un brazo por los hombros de su amigo.

—¿Cuándo he dejado de ayudarle?

Los generales no jugaban al fútbol, pero estaban sentados al borde de la cancha en tres sillas de hierro forjado traídas del patio. El general Alfredo gritaba instrucciones a los jugadores, el general Héctor observaba con gran concentración y el general Benjamín torcía la cabeza para mejor exponerla al sol. Los tres tenían los pies hundidos en la hierba.

Gilberto lanzó un magnífico disparo, y Gen esperó hasta que la jugada terminó para anunciar al visitante.

—General —dijo, dirigiéndose a quien quisiese mirarle—. Messner está aquí.

—Otro día —repuso el general Héctor. Aquella mañana se había roto la segunda varilla de sus gafas, y ahora debía sostenerlas como unos quevedos.

—Tengo que hablar con ustedes —dijo Messner. Si había una nueva urgencia en su voz, ninguno de ellos pudo oírla entre la barahúnda de gritos de los jugadores.

—Tiene permiso para hablar —respondió el general Héctor. El general Alfredo no había apartado los ojos del partido, y el general Benjamín ni siquiera había abierto los ojos.

—Tengo que hablar con ustedes dentro. Hay que discutir la negociación.

El general Alfredo se volvió hacia Messner.

—¿Están dispuestos a negociar?

—Quieren que ustedes negocien.

El general Héctor despidió con la mano a Messner, como si nunca hubiese estado tan aburrido en toda su vida.

—Está malgastando nuestro tiempo.

Devolvió su atención al juego y gritó:

—¡Francisco! ¡La pelota!

—Escúchenme con atención —prosiguió Messner en francés—. He hecho mucho por ustedes durante mucho tiempo. Les he traído la comida, les he traído cigarrillos. He transmitido sus mensajes. Ahora les pido que se sienten y hablen conmigo.

Incluso al sol, la cara de Messner había perdido el color. Gen le miró y luego transmitió su mensaje, intentando mantener el tono de voz de Messner. Los dos permanecieron allí, pero los generales no volvieron a mirarles. Ésta era por lo general la indicación para que Messner se fuera, pero se quedó allí, con los brazos cruzados sobre el pecho, y esperó.

—¡Basta ya! —susurró Gen en inglés, pero Messner no le miró. Esperaron más de media hora.

Al fin, el general Benjamín abrió los ojos.

—De acuerdo —dijo, con voz tan cansada como la de Messner—. Iremos a mi despacho.

César, tan atrevido cuando cantó *Tosca* frente a toda la casa, prefería practicar por las tardes, cuando los demás estaban fuera, sobre todo porque los ensayos significaban escalas, que a él le parecían humillantes. Y él y Roxane Coss no estaban nunca solos, la soledad como tal no existía. Allí estaba Kato para tocar el piano, y allí estaba el señor Hosokawa porque siempre estaba allí. Ismael, a quien tantas veces habían humillado en el fútbol, había dispuesto aquella tarde el tablero junto al piano y jugaba con el señor Hosokawa. Tanto él como César iban armados, porque eran por defecto los guardianes de la casa. Si César se quejaba de las demás personas que se quedaban a escuchar, y si había alguien que pudiese interpretar del español al inglés y del inglés al español (y había varias personas que podían), Roxane Coss le decía que el

canto era para que otras personas lo oyeran, y que más le valía acostumbrarse. Él quería aprender canciones, arias, óperas enteras, pero ella le hacía cantar sobre todo escalas y líneas sin sentido. Le hacía rugir, y fruncir los labios, y contener la respiración hasta que tenía que sentarse y hundir la cabeza entre las rodillas. Si ella le hubiera dejado cantar junto al piano, habría invitado a todo el mundo, pero como ella decía, aquello era algo que tenía que ganarse.

—¿Ahora hay un chico que canta? —preguntó Messner—. ¿Es ese César?

Se detuvo en el salón para escuchar, y Gen y el general se detuvieron con él. Las mangas de la chaqueta de César eran demasiado cortas, y sus muñecas colgaban como palos de escoba a los que se les hubiese pegado una mano.

El general Benjamín estaba muy orgulloso del chico.

—Lleva semanas cantando. Lo que pasa es que ha venido en mal momento. César se pasa el día cantando. La señorita Coss dice que tiene potencial para ser grande, como ella.

—Recuerda la respiración —insistió Roxane, e inspiró profundamente para mostrarle a César lo que quería decir.

César dudó en una nota, súbitamente nervioso al ver al general.

—Pregúntele qué tal va —le dijo Benjamín a Gen.

Roxane apoyó una mano sobre el hombro de Kato y él levantó los dedos del teclado, como si ella hubiese tocado un interruptor. César cantó tres notas más y se detuvo cuando comprobó que la música había acabado.

—Llevamos muy poco tiempo con esto, pero creo que tiene un potencial enorme.

—Pídale que cante su canción para Messner —dijo el general Benjamín—. A Messner hoy le hace falta una canción.

Roxane Coss accedió.

—Escuchen —dijo—. Hemos estado practicando.

Cantó algunas palabras en voz baja para que César supiese lo que tenía que cantar. No sabía leer ni escribir en español, y mucho menos comprendía el italiano, pero tenía una capacidad increíble para memorizar y repetir un sonido, y lo repetía con tanto sentimiento que quien le oía no podía sino pensar que entendía por completo lo que estaba diciendo. Una vez ella hubo instruido a César, Kato empezó a tocar la obertura «*Malinconia, ninfa gentile*» de *Sei ariette*, de Bellini. Gen reconoció la música. La había oído

flotando en las ventanas a media tarde. El chico cerró los ojos y miró al techo. «Melancolía, ninfa hermosa, a ti te entrego mi vida». Cuando olvidaba una línea, Roxane la cantaba con sorprendente voz de tenor: «He pedido a los dioses colinas y fuentes; al fin me han escuchado». Luego César la repetía. Era como ver levantarse por primera vez a un ternero sobre sus patas huesudas, a un tiempo torpe y hermoso. Con cada paso aprendía a caminar, con cada nota cantaba con mayor seguridad. Era un tema muy corto, que acabó casi al empezar. El general Benjamín aplaudió, y Messner silbó.

—No le alaben demasiado —aconsejó Roxane—. Se le subirá a la cabeza.

César, la cara congestionada por el orgullo o la falta de aliento, se inclinó ante ellos.

—Nadie lo diría al verle —comentó el general Benjamín mientras seguían pasillo abajo hacia el despacho. Era cierto. Sólo había algo más torcido que los dientes de César, y era la nariz de César.

—Da que pensar. Las maravillas que podríamos haber hecho con nuestras vidas si hubiésemos sospechado que sabíamos hacerlas.

—Yo sé que nunca podré cantar —dijo Messner.

—Yo también lo sé. —El general Benjamín encendió la luz de la sala y los tres hombres se sentaron.

—Quiero decirle que pronto ya no me permitirán venir —dijo Messner.

Gen se sobresaltó. ¿La vida sin Messner?

—Ha perdido su trabajo —dijo el general.

—El gobierno opina que ha invertido suficiente esfuerzo en las negociaciones.

—Yo no he visto ningún esfuerzo. No nos han hecho ninguna oferta razonable.

—Esto se lo digo porque me cae bien —añadió Messner—. No voy a fingir que somos amigos, pero quiero lo mejor para todos los que están aquí. Ríndanse. Ríndanse hoy. Salgan a donde todos puedan verles y ríndanse.

Messner sabía que aquello no era convincente, y no sabía cómo conseguir que lo fuese. En su confusión empezó a utilizar todos los idiomas que conocía: el alemán que había hablado de niño en casa, el francés que aprendió en la escuela, el inglés aprendido durante los cuatro años que pasó en Canadá de joven, y el español en el que mejoraba día a día. Gen hizo lo que pudo para seguir aquel

batiburrillo, pero con cada frase tenía que pararse a pensar. La incapacidad de Messner de atenerse a un país asustó más a Gen que lo que estaba diciendo. No había tiempo de concentrarse en lo que estaba diciendo.

—¿Qué hay de nuestras demandas? ¿Les ha hablado a ellos de manera parecido? ¿Les ha hablado como amigos?

—No van a ceder en absoluto —respondió Messner—. En ningún caso, por más que esperen. Tiene que creerme.

—Entonces mataremos a los rehenes.

—No los matarán —dijo Messner, frotándose los ojos con los dedos—. Ya dije la primera vez que nos encontramos que eran ustedes gente razonable. Aunque los matasen no cambiaría el resultado final. El gobierno estaría incluso menos deseoso de negociar.

Desde el fondo del pasillo les llegó la voz de Roxane cantando una frase y la de César repitiéndola. La repasaron una y otra vez, y la repetición era preciosa.

Benjamín escuchó un rato la música y luego, como si hubiese escuchado una nota que le desagradase, dio un puñetazo sobre la mesa que utilizaban para el ajedrez. No importaba, el juego seguía en otra habitación.

—¿Por qué es responsabilidad nuestra hacer concesiones? ¿Se supone que tenemos que rendirnos porque tradicionalmente siempre nos hemos rendido? Estoy intentando sacar de la cárcel a gente que conozco. No quiero unirme a ellos. No tengo intención de meter a mis soldados en esas covachas. Prefiero verlos muertos y enterrados.

«Puede que los veas muertos —pensó Messner—, pero no tendrás la oportunidad de verlos enterrados». Suspiró. En ningún sitio se estaba como en Suiza. El tiempo, efectivamente, se había detenido. Él llevaba allí desde siempre, e iba a quedarse allí para siempre.

—Me temo que esas son sus opciones —dijo.

—La reunión ha terminado.

El general Benjamín se levantó. Podía seguirse el transcurso de la historia en su piel, que en aquel momento ardía. El herpes destellaba con cada palabra que decía y cada palabra que escuchaba.

—No puede terminarse. Tenemos que seguir hablando hasta que lleguemos a un acuerdo, es imprescindible que así sea. Le ruego que

piense en ello.

—¿Qué cree que hago todo el día, Messner? —preguntó el general, y salió de la habitación.

Messner y Gen se quedaron solos en la habitación de invitados, en la que a los rehenes no se les permitía permanecer sin vigilancia.

Oyeron que en el pequeño relojito lacado francés daban las doce.

—No creo que pueda soportar esto durante más tiempo —dijo Messner, después de que pasasen varios minutos.

¿Soportar qué? Gen sabía que todo iba a mejor, y no sólo para él. La gente estaba más contenta. No había más que verles ahí afuera. Podía verles correr desde la ventana.

—Estamos en punto muerto —dijo Gen—. Quizá sea permanente. Si nos retienen aquí para siempre, nos las arreglaremos.

—¿Está loco? —dijo Messner—. Usted era el más cuerdo de los de aquí dentro, y ahora está tan loco como los demás. ¿Qué se cree, que conservarán el muro y fingirán que esto es un zoo? ¿Que seguirán trayendo comida y venderán entradas? «Pasen, pasen y vean al indefenso rehén y al malvado terrorista coexistiendo pacíficamente». Las cosas no son así. Alguien le va a poner fin a esto, y hay que decidir quién será el encargado de hacerlo.

—¿Cree que el ejército tiene un plan?

Messner se le quedó mirando.

—Que esté usted aquí dentro no significa que el mundo se haya detenido.

—¿Y los arrestarán?

—En el mejor de los casos.

—¿A los generales?

—A todos.

Pero en aquel «todos» no podía estar incluida Carmen. No podía incluir a Beatriz, ni a Ismael, ni a César. Cuando Gen repasó la lista no encontró ninguno al que estuviese dispuesto a renunciar, ni siquiera a los matones, ni siquiera a los estúpidos. Se casaría con Carmen. Conseguiría que el padre Árguedas los casase, y todo sería legal, de forma que cuando fuesen a buscarles pudiese decir que era su esposa. Pero así sólo salvaría a una, aunque fuera la más importante. No sabía qué hacer con los demás. ¿Cómo había llegado a querer salvarlos a todos? Era gente armada que le vigilaba. ¿Cómo había podido enamorarse de tanta gente?

—¿Qué hacemos? —dijo Gen.

—Intente convencerles de que se rindan —dijo Messner—. Pero sinceramente, ni siquiera sé si eso servirá de algo.

En toda su vida, Gen se había esforzado en aprender: las erres sonoras del italiano, las vocales apiñadas del danés. De niño, en Nagano, se sentaba en la cocina sobre su trono e imitaba el acento americano de su madre mientras ésta cortaba las verduras de la cena. Había ido al colegio en Boston, y hablaba francés además de inglés. El padre de su padre había trabajado en China en su juventud, y su padre hablaba chino y había aprendido ruso en la universidad. Durante su infancia, parecía que cada hora traía consigo un nuevo idioma, y nadie sabía adaptarse a ello mejor que Gen. Él y sus hermanas jugaban con palabras, en lugar de juguetes. Estudiaba y leía, apuntaba sustantivos en fichas, escuchaba cintas en el metro. No paraba nunca. Aun siendo un políglota natural, nunca se fio sólo del talento. Siguió aprendiendo. Gen había nacido para aprender.

Pero aquellos últimos meses le habían cambiado por completo, y Gen comprendió que aprender a olvidar lo que se sabe es igual de loable que recopilar nueva información. Se esforzó en olvidar con el mismo celo con el que antes aprendía. Había conseguido olvidar que Carmen era miembro de una organización terrorista que le mantenía secuestrado. No había sido tarea fácil. Cada día se obligaba a practicar hasta que era capaz de mirar a Carmen y ver en ella sólo a la mujer que amaba. Olvidó el futuro y el pasado. Olvidó su país, su trabajo, dejó de pensar en qué sería de él cuando todo aquello terminase. Olvidó que la forma en que vivían algún día tendría que acabar. Y Gen no era el único. Carmen también lo había olvidado. Ya no recordaba sus órdenes directas de no formar lazos emocionales con los rehenes. Siempre que le resultaba difícil deshacerse de sus certidumbres, los demás soldados le ayudaban a olvidarlas. Ismael olvidó porque quería ser el otro hijo de Rubén Iglesias y trabajar para Óscar Mendoza. Se veía ya compartiendo un dormitorio con Marco, el hijo de Rubén; iba a ser un atento hermano mayor para el pequeño. César olvidó, porque Roxane Coss le dijo que podría ir con ella a Milán y aprender allí a cantar. Qué fácil era imaginarse en escena junto a ella, con una lluvia de flores cayendo a sus pies. Los generales les ayudaron a olvidar cuando

hicieron la vista gorda con el afecto y la relajación que les rodeaba; también ellos estaban olvidando. Tenían que olvidar que habían sido ellos quienes habían reclutado a aquellos jóvenes prometiéndoles trabajo y oportunidades, y una causa por la que luchar. Tenían que olvidar que el presidente de la nación había decidido no acudir a la fiesta en la que habían planeado secuestrarle, y que habían cambiado de planes y habían decidido tomar a los demás presentes como rehenes. En especial, tenían que olvidar que no se les había ocurrido una forma de salir. Tenían que creer que alguna aparecería si esperaban lo suficiente. ¿Por qué iban a pensar en el futuro? Nadie más parecía recordarlo. El padre Árguedas se negaba a pensar en ello. Todos acudían a la misa de los domingos. Celebraba los sacramentos: comunión, confesión, incluso extremaunción. Había llevado orden a las almas de la casa, y aquello era lo más importante, así que ¿por qué iba a preocuparse por el futuro? El futuro era algo que ni siquiera se le pasaba por la cabeza a Roxane Coss. Había alcanzado tales cotas de olvido que ni siquiera pensaba ya en la esposa de su amante. No le preocupaba que fuese presidente de una compañía en Japón, ni que no hablasen el mismo idioma. Incluso quienes no tenían motivos para olvidar lo habían hecho. Vivían sus vidas pendientes sólo de la hora que se extendía ante ellos. Lothar Falken no pensaba más que en correr alrededor de la casa. Victor Fyodorov no pensaba en nada excepto en jugar a las cartas con sus amigos y comentar su amor por Roxane Coss. Tetsuya Kato pensaba en sus responsabilidades como pianista; había olvidado el resto. Era demasiado trabajo recordar las cosas que quizá no volviesen a tener, y por eso, uno tras otro, todos abrieron las manos y las dejaron escapar. Todos excepto Messner, cuyo trabajo era recordar. Y Simon Thibault, que incluso en sueños no pensaba más que en su esposa.

Así sucedió que, pese a que Gen comprendió que algo real y peligroso les acechaba, empezó a olvidarlo tan pronto Messner dejó la casa aquella tarde. Mató el rato pasando a máquina nuevas listas de demandas de los generales, y cuando se hizo tarde ayudó a servir la cena. Aquella noche durmió y se despertó a las dos para encontrarse con Carmen en el armario de la porcelana y se lo dijo, pero no con la urgencia que había sentido a media tarde. Había conseguido olvidar la sensación de urgencia.

—Lo que dijo Messner me dejó preocupado —dijo Gen. Carmen estaba sentada en su regazo, con las dos piernas a su izquierda y

ambos brazos colgados de su cuello. «Preocupado». ¿No debería haber dicho algo más fuerte que «preocupado»?

Y Carmen, que debería haber escuchado, que debería haberle hecho preguntas por su seguridad y la de los demás soldados, de sus amigos, se limitó a besarle, porque lo importante era olvidar. Era su tarea, su trabajo. El beso era como un lago, claro y profundo, y se adentraron en él, y olvidaron.

—Habrá que esperar —dijo Carmen.

¿Debían hacer algo, quizá intentar la huida? Tenía que ser posible, todos se habían relajado mucho. Casi nadie vigilaba ya. Gen se lo preguntó, con las manos bajo su camisa, y notó que, bajo sus dedos, flexionaba la espalda.

—Podemos pensar en escapar —propuso ella. Pero el ejército la capturaría y la torturaría, eso es lo que le habían contado los generales durante el adiestramiento, y la tortura le obligaría a decir algo. Ya no recordaba qué es lo que no podía decir, pero sí que decirlo supondría la muerte de todos. Sólo había dos sitios a los que ir en todo el mundo, dentro o fuera, y había que preguntarse dónde se sentían más seguros. Dentro de aquella casa, en aquel armario, Carmen se había sentido segura como nunca antes en su vida. Era evidente que santa Rosa de Lima habitaba la casa. Allí estaba protegida. Sus plegarias eran recompensadas con abundancia. Era bueno permanecer siempre al lado de los santos. Besó a Gen en el cuello. Todas las chicas soñaban con estar así de enamoradas.

—¿Hablaremos de ello entonces? —preguntó Gen, pero para entonces ya estaba sin camisa, extendida sobre el suelo como una manta para que ambos se tumbasen. Cerraron el ángulo que formaban sus cuerpos con el suelo.

—Hablemos de ello —contestó ella, dejando que los ojos se le cerrasen.

Roxane acababa de enamorarse, y se enamoró de nuevo. Las dos experiencias fueron completamente distintas y, sin embargo, por llegar como llegaron una después de la otra, no podía dejar de vincularlas en su mente. Katsumi Hosokawa entró en su dormitorio en mitad de la noche, y durante un tiempo larguísimo se limitó a estar de pie junto a la puerta del dormitorio, abrazándola. Era como si hubiese regresado de donde nadie regresa nunca, de un accidente de avión, de un barco hundido, y aquello era lo único que podía

imaginar: ella entre sus brazos. No había nada que pudiesen decirse el uno al otro, pero Roxane nunca había pensado que hablar el mismo idioma fuese la única manera de comunicarse con la gente. Además, ¿qué tenían que decirse, después de todo? Él sabía quién era ella. Ella se recostó contra él, le echó los brazos al cuello y apretó las manos contra su espalda. A veces asentía, y él la balanceaba de un lado a otro. Por la forma en que respiraba supuso que él lloraba, y también aquello podía entenderlo. Ella lloraba también, lloraba por el alivio que suponía estar junto a él en aquella habitación oscura, por el alivio que nacía de amar y ser amada. Habrían pasado toda la noche allí, él la habría dejado sin pedir nada más si ella no hubiera tomado una de sus manos entre las suyas y le hubiera conducido a la cama. Había muchas formas de hablar. Él la besó mientras se recostaba, corridas las cortinas, la habitación completamente a oscuras.

Por la mañana se despertó un instante, se desperezó, se dio la vuelta y siguió durmiendo. No sabía cuánto tiempo estuvo durmiendo, pero en algún momento oyó cantar, y por segunda vez le asaltó la idea de que no estaba sola. No se había enamorado de César, sino de su canto.

Funcionaba así: el señor Hosokawa iba a su dormitorio por las tardes, y cada mañana la esperaba César para practicar. Si había algo más que desear, había olvidado qué podía ser.

—Respira —le dijo—. Así.

Roxane hinchó los pulmones, aspiró más y más aire y lo retuvo. No importaba que él no entendiese las palabras que usaba. Se puso tras él y apoyó la palma de la mano sobre el diafragma. Lo que le decía estaba claro. Ella le obligó a soltar todo el aire y volvió a inspirar. Cantó una línea de Tosti, moviendo la mano de izquierda a derecha como un metrónomo, y él la repitió. No era un estudiante de conservatorio, ni creía que hubiese que tener cuidado para agradar. No tenía una mediocre vida de instrucción que superar. No tenía miedo. Era un muchacho, lleno de la bravuconería de los muchachos, y cuando recitó la línea sonó fuerte y apasionada. Cantaba cada línea, cada escala, como si el canto fuese a salvarle la vida. Empezaba a adaptarse a su propia voz, y era una voz que a ella le maravillaba. Aquella voz habría vivido hasta su muerte en la jungla de no haber estado ella allí para rescatarla.

Fue una época magnífica, si exceptuamos que Messner ya no permanecía mucho rato entre ellos. Estaba más delgado. La ropa le colgaba de los hombros como si estuviese en una percha. Lo único que hacía era traer las cosas, y siempre con prisas por volver a salir.

César tenía su lección por las mañanas, y no importaba lo mucho que les rogase que saliesen, todos se sentaban para escuchar. Mejoraba con tanta rapidez que incluso los demás muchachos sabían que estaban viendo algo más interesante que la televisión. Ya no se parecía en nada a Roxane. Estaba encontrando su propia voz. Cada mañana la desplegaba ante ellos como un exótico abanico; cuanto más escuchaba uno, más compleja resultaba. La gente reunida en el salón podía estar segura de que sería incluso mejor que el día anterior. Aún no había dado muestra alguna de haber encontrado los límites de lo que era capaz. Cantaba con pasión hipnótica, con un apasionado deseo. Parecía imposible que tamaña voz surgiese de un muchacho tan corriente. Los brazos colgaban inútiles a los costados.

Cuando César cantó la última nota estalló una barahúnda de aplausos, pateos y silbidos. "¡Ave, César!", saludaron todos, terroristas y rehenes. Era su chico. No había entre ellos hombre o mujer que no apreciase su grandeza.

Thibault se inclinó para susurrarle al oído al vicepresidente.

—Habría que preguntarse qué tal soporta todo esto la diva.

—Con mucha dignidad, seguro —susurro Rubén, y se llevó dos dedos a la boca y emitió un silbido largo y penetrante.

César saludó nervioso varias veces, y cuando acabó la gente empezó a aclamar a Roxane. "¡Que cante, que cante!", pedían. Ella negó varias veces con la cabeza, pero no querían aceptarlo. Sólo sirvió que para que gritasen más. Cuando por fin se puso en pie reía, porque ¿quién no siente la alegría de una música así? Levantó las manos para intentar acallarlos.

—¡Sólo una! —exclamó—. No puedo competir con algo así.

Se inclinó sobre Kato y le cuchicheó algo, y él asintió. ¿Qué le había susurrado? No hablaban el mismo idioma.

Kato había transcrito la música de *El barbero de Sevilla* para el piano, y sus dedos brincaban sobre el teclado como si se abrasase al tocar las teclas. Hubo un tiempo en que ella echaba de menos la orquesta, el dulce peso de varios violines frente a ella, pero ya

nunca pensaba en eso. Se introdujo en la música como si fuese un arroyo fresco en un día caluroso y atacó el *Una voce poco fa*. La música le sonaba ahora perfecta, y pensó que Rossini siempre había querido en realidad que sonase así. Pese a lo que algunos pudiesen musitar, sí podía competir, y ganar incluso. Su canto era dulce, y cuando trinaba las notas más altas se llevaba las manos a las caderas y las giraba con sonrisa hacia para su público. También era actriz. Tendría que enseñarle aquella parte a César. «Mil trucos caprichosos y sutiles tretas emplearé antes de que guíen mi voluntad». La ovacionaron. Cómo les gustaban aquellas notas imposiblemente altas, aquellas acrobacias que despachaba como si no fuesen nada. Los dejó aturdidos con su final, y luego elevó las manos y dijo: «Venga, todos fuera», y aunque no sabían lo que estaba diciendo siguieron sus órdenes y salieron al sol.

El señor Hosokawa rió y la besó en la mejilla. ¿Quién hubiese podido creer que podía existir una mujer semejante? Fue a la cocina a prepararle una taza de té, y César se sentó en la banqueta de piano, deseoso de que la lección se alargase ahora que todo el mundo se había ido.

Los demás fueron a jugar a fútbol o a sentarse en la hierba y contemplar el partido de fútbol. Rubén había solicitado y obtenido una pala y un pequeño rastrillo de mano de la choza del jardín, que estaba cerrada, y se puso a remover el suelo de los parterres, que ya había limpiado meticulosamente de hierbas y hierbajos. Ismael dejó el partido para ayudarle. Rubén le entregó un cucharón para que le ayudara a cavar.

—Mi padre era un genio con las plantas —comentó Rubén—. Lo único que tenía que hacer era pronunciar un par de palabras cariñosas junto al suelo y ya empezaban a brotar. Le hubiera gustado ser campesino, como su padre, pero la sequía les golpeó a todos.

Rubén se encogió de hombros, clavó la pala en la tierra y la removió.

—Ahora estaría orgulloso de nosotros —dijo Ismael.

Los chicos de guardia treparon por las enredaderas del fondo del patio, apoyaron los rifles contra el muro y se unieron al partido. Los corredores dejaron de correr para jugar. *Una voce poco fa* resonaba aún en sus cabezas, y aunque no podían tararearla perseguían la pelota al ritmo de la canción. Beatriz le había arrebatado la pelota a Simon Thibault y se la pasó a Jesús, que tenía vía libre para chutar

entre las dos sillas que hacían las veces de portería, y los generales le gritaron: «¡Venga! ¡Venga!». Los árboles, que en aquellos últimos meses habían echado infinidad de hojas nuevas, cortaban buena parte de la luz, pero aun así la luz estaba por todas partes. Era pronto, faltaban horas todavía para comer. Kato dejó el piano y fue a sentarse al sol, en la hierba, junto a Gen, y lo único que podía oírse eran las patadas al balón, y los nombres, Gilberto, Francisco, Paco, que iban gritándose mientras corrían.

Cuando Roxane Coss chilló fue porque vio irrumpir en la sala a un hombre al que no reconocía. No le asustó el uniforme ni el arma, ya estaba acostumbrada, pero la forma en que avanzó hacia ella fue aterradora. Caminaba como si ni siquiera un muro pudiese detenerle. Fuese lo que fuese lo que pensaba hacer, estaba decidido, y nada que ella pudiese decir o cantar serviría para nada. César se levantó de un salto de la banqueta y antes de que consiguiese acercarse siquiera a la puerta fue abatido. Cayó de frente, sin levantar las manos para protegerse ni llamar a nadie en busca de ayuda. Roxane se encogió tras el piano, y con su voz dio la alarma. Se acercó a gatas al muchacho del que estaba segura de que iba a ser el mayor cantante de su época y cubrió su cuerpo con el suyo, para que nada más pudiese sucederle. Notó que la sangre aún tibia empapaba su camisa y le mojaba la piel. Tomó su cabeza entre las manos y le besó en la mejilla.

Al oírse el disparo fue como si el hombre del rifle se desdoblase, primero en dos y luego en cuatro, ocho, dieciséis, treinta y dos, sesenta y cuatro. Con cada nuevo tiro fueron llegando más y más, y se dispersaron por la casa y saltaron por las ventanas, se abalanzaron desde las puertas sobre el jardín. Nadie sabía de dónde habían salido, sólo que estaban por todas partes. Sus botas parecieron hacer pedazos la casa y abrir todas las entradas. Cubrieron la cancha de juego mientras el balón se alejaba todavía del partido. Las armas dispararon una y otra vez, y resultaba imposible distinguir si quienes caían intentaban protegerse o habían sido heridos. Fue sólo un instante, y en ese instante todo lo que habían sabido del mundo fue olvidado y reaprendido. Los hombres gritaban algo, pero con la sangre pulsando en sus oídos, el mareo inducido por la adrenalina y la sordera producida por las detonaciones, ni siquiera Gen podía entenderles. Vio que el general Benjamín estudiaba el muro, calibrando quizá su altura, y de un disparo cayó Benjamín: la bala le alcanzó directamente en un lado

de la cabeza. De un solo tiro perdió su vida y la de su hermano Luis, a quien pronto sacarían de prisión y ejecutarían por conspirador. El general Alfredo había caído ya. Humberto, Ignacio, Guadalupe, muertos. Lothar Falken levantó entonces las manos, y el padre Árguedas levantó las manos, y Bernardo y Sergio y Beatriz levantaron las manos. «*¡Ortund Stelle bleiben!*», dijo Lothar, «¡quietos todos!», pero ¿dónde estaba el traductor? El alemán no le servía de nada. El general Héctor empezó a levantar las manos, pero le dispararon antes de que le llegasen al pecho.

Los desconocidos separaron al grupo como si conociesen íntimamente a cada miembro. No tenían dudas de a quién debían apartar y conducir hacia la parte trasera de la casa, desde donde les llegaba incansable el sonido de los disparos. No había tanta gente en la casa. Incluso si se hubiesen propuesto dispararles a todos un centenar de veces, no habrían tenido que disparar tantas veces. Dos hombres se llevaron a rastras a Renato, que chillaba como un animal, tomándolo cada uno de un brazo. El padre Árguedas se adelantó para ayudar al muchacho y de inmediato recibió un golpe. Pensó que le habían disparado, que una bala se le había incrustado en la nuca, pero al caer sobre la hierba supo que se había equivocado. Estaba muy vivo. Abrió los ojos y se encontró frente a frente con Ismael, que no llevaba ni dos minutos muerto. El vicepresidente lloraba sobre el cuello del muchacho, los ojos cerrados, la boca abierta de par en par. Sostenía la preciosa cabeza del chiquillo entre las manos. Ismael sostenía aún entre sus dedos el cucharón con el que había estado cavando.

Beatriz levantó las manos sobre la cabeza, y el sol se reflejó en la esfera del reloj de Gen y dibujó contra el muro un círculo perfecto de luz. A su alrededor yacía la gente a la que había conocido. Allí estaba el general Héctor, tendido de costado, las gafas perdidas, la camisa convertida en un guiñapo pringoso. Allí estaba Gilberto, a quien una vez había besado por puro aburrimiento. Estaba tendido de espaldas, con los brazos abiertos a los lados como si pretendiese volar. Y había alguien más, pero era espantoso. No podía reconocerle. En aquel momento sintió miedo de la gente que conocía. Tenía más en común con los desconocidos que disparaban, porque estaban todos vivos. Estiraría los brazos todo lo posible. Aquella era la diferencia. Haría todo cuanto le ordenasen y así la perdonarían. Cerró los ojos y buscó su pila de pecados, con la esperanza de deshacerse de unos cuantos más, aun sin ayuda del

cura, porque pensó que con menos pecados tendría una ligereza que aquellos hombres sabrían reconocer. Pero sus pecados habían desaparecido. Buscó y buscó tras la oscuridad de sus párpados, pero no quedaba ningún pecado, y quedó asombrada. Oyó que Oscar Mendoza la llamaba, "¡Beatriz! ¡Beatriz!", y abrió los ojos. Él se acercaba a ella con los brazos extendidos. Corría hacia ella como un amante, y sonreía. Entonces oyó otro disparo, pero éste la derribó. En su pechó explotó el dolor y abandonó este mundo terrible.

Gen vio caer a Beatriz y llamó a Carmen. ¿Dónde estaba Carmen? No sabía si estaba fuera. No podía verla por ninguna parte. Nadie era más listo que Carmen. Era la que tenía más posibilidades de escapar, a menos que hiciese algo estúpido. ¿Y si se le ocurría intentar salvarle a él?

—¡Es mi mujer! ¡Es mi mujer! —gritó entre la algarabía, porque aquel era el único plan que había ideado, aunque nunca le había pedido que se casara con él, ni le había pedido al sacerdote que les bendijese. Era su mujer en todos los sentidos, y aquello bastaría para salvarla.

Pero nada podía salvarla ya. Carmen estaba muerta, asesinada en los primeros momentos. Había estado en la cocina, devolviendo la vajilla al armario, cuando entró el señor Hosokawa para preparar el té. Se inclinó ante ella, lo que a ella le hacía sonreír siempre con timidez. No había llegado a tocar la tetera cuando oyeron a Roxane Coss. No una canción, sino un chillido, y luego un aullido largo y lobuno. Juntos se volvieron hacia la puerta, el señor Hosokawa y Carmen. Juntos corrieron por el pasillo, Carmen, más joven y ágil, al frente. Ya habían entrado en el comedor cuando oyeron el disparo que acabó con César. Entraron en el salón justo en el momento en el que un hombre armado se volvía hacia ellos, en el momento en que Roxane tomaba el cuerpo de su alumno entre los brazos. El tiempo, suspendido tanto tiempo, regresó con tanta fuerza que empezó a amontonarse, y todo sucedió al mismo tiempo. Roxane les vio al mismo tiempo que el hombre armado, Carmen vio a César, y el señor Hosokawa vio a Carmen y la apartó del espacio que se abría ante él, con un manotazo que le alcanzó la cintura como un golpe de viento. Quedó delante de ella en el instante en que ella se vio arrastrada a sus espaldas, en el instante en que el hombre armado la vio frente a sí, separada del señor Hosokawa, y disparó. A dos metros de distancia no había forma de fallar el tiro, excepto por la confusión, por los disparos, el frenesí de voces, por el

hombre que se puso frente a ella y que estaba en la lista de rehenes. Un solo disparo se encargó de ambos, en un emparejamiento en el que nadie había pensado hasta entonces: Carmen y el señor Hosokawa, la cabeza de ella a la izquierda de la de él, como si mirase por encima de su hombro.

Epílogo

Cuando concluyó la ceremonia, el cortejo nupcial salió a la luz vespertina del sol. Edith Thibault besó a la novia y el novio, y luego besó a su esposo para compensar. Había en ella una alegría de la que carecían los otros tres. Creía aún que era afortunada. Fue ella la que insistió en acudir junto con Simon a Lucca para ser los testigos de Gen y Roxane. Era lo menos que podían hacer, desearles lo mejor.

—Me ha parecido precioso —dijo en francés. Los cuatro hablaban francés.

Thibault sostenía el brazo de su esposa como si estuviese mareado. Habría sido bonito que alguien hubiese pensado en llevar al padre Árguedas hasta allí para oficiar la ceremonia, pero a nadie se le ocurrió, y ahora era ya tarde. El gobierno francés esperaba que Thibault retomase su cargo tras un periodo adecuado de descanso, pero cuando los Thibault partieron hacia su domicilio de París se llevaron consigo todas sus pertenencias. Simon y Edith no volverían a poner jamás los pies en aquel país dejado de la mano de Dios. «*Quel bled*», decían.

Estaban a principios de mayo, y la temporada turística no había arrancado aún en Lucca. Las viejas calles adoquinadas pronto estarían rebosantes de estudiantes universitarios blandiendo guías de viaje, pero de momento estaban vacías. Era como tener una ciudad privada, que era precisamente lo que la novia deseaba, una boda sencilla en la ciudad natal de Giacomo Puccini. Se levantó una brisa, y ella se sujetó el sombrero con una mano.

—Estoy contenta —dijo Roxane; miró a Gen y volvió a decirlo. Él la besó.

—Los restaurantes todavía no estarán abiertos —dijo Edith. Escudriñó la plaza protegiéndose los ojos con una mano. Era como una ciudad histórica, vacía, algo recién salido de una excavación arqueológica. No había parte alguna de París que se le pareciese—. Id a ver si hay un bar por ahí, ¿queréis? Deberíamos tener un vaso

de vino para brindar. Roxane y yo podemos esperar aquí. Estas calles no fueron hechas para los tacones.

Thibault sintió un pequeño arrebato de pánico, pero casi de inmediato lo controló. La plaza era demasiado grande, demasiado tranquila. Se había sentido mejor dentro de la iglesia.

—Una copa. Desde luego.

La besó una vez, cerca del ojo, y luego otra en los labios. Era un día de boda, después de todo, un día de boda en Italia.

—¿No te importa esperar? —le preguntó Gen a Roxane.

Ella le sonrió.

—A las casadas no les importa esperar.

Edith Thibault le tomó la mano y admiró el nuevo anillo.

—Les importa mucho, pero aun así quieren un vaso de vino.

Las dos mujeres se sentaron en el borde de la fuente, Roxane con el ramo de flores en el regazo, y observaron a los hombres, que desaparecieron por una de las muchas callejas estrechas e idénticas. Cuando se perdieron de vista, Edith pensó que había cometido un error. Ella y Roxane deberían haberse quitado los zapatos y haberlos acompañado.

Gen y Thibault cruzaron dos plazas sin que ninguno dijese nada, y en el silencio el taconeo de sus pies fue rebotando por las altas paredes.

—Así que viviréis en Milán —dijo Thibault.

—Es una ciudad hermosa.

—¿Y tu trabajo?

Porque el trabajo de Gen había sido el señor Hosokawa.

—Ahora me dedico sobre todo a traducir libros. Así tengo horarios más flexibles. Me gusta ir a los ensayos de Roxane.

—Por supuesto —dijo Thibault, distraído, y hundió las manos en los bolsillos mientras caminaban—. Echo de menos oírla cantar.

—Deberíais venir a visitarnos.

Un muchacho pasó junto a ellos en un reluciente ciclomotor rojo, y dos hombres con sendos perros salchicha salieron de una panadería y se acercaron a ellos. La ciudad no estaba desierta, después de todo.

—¿Echarás de menos Japón?

Gen negó con la cabeza.

—Para ella es mejor vivir aquí, y para mí también, estoy seguro. Todas las cantantes de ópera deberían vivir en Italia.

Señaló el edificio de la esquina.

—Hay un bar abierto.

Thibault se detuvo. Él hubiera pasado de largo. No prestaba atención.

—Bien, ya hemos hecho nuestro trabajo. Volvamos a por las mujeres.

Pero Gen no dio media vuelta. Se quedó mirando el bar largo rato, como si fuera un sitio en el que hubiese vivido años atrás.

Thibault le preguntó si pasaba algo. Él también se quedaba petrificado de vez en cuando.

—Quería preguntarte… —dijo Gen, pero pasó un minuto hasta que encontró las palabras—. Los periódicos nunca mencionan a Carmen ni a Beatriz. Todo lo que he leído habla de cincuenta y nueve hombres y una mujer. ¿Es así como se ha publicado en Francia?

Thibault dijo que nadie hacía mención de las chicas.

Gen asintió.

—Supongo que la historia es mejor así, con cincuenta y nueve y una.

Llevaba una rosa blanca en el ojal del traje. Edith la había traído en una caja de cartón, junto con el ramillete de rosas blancas de Roxane. Ella misma le había puesto la flor en la solapa.

—He llamado a los periódicos para pedirles que publiquen una rectificación, pero a nadie le interesa. Es como si nunca hubiesen existido.

—Nada de lo que se lee en los diarios es cierto —dijo Thibault. Estaba pensando en la primera vez que tuvo que preparar la cena, en todos aquellos pollos, y en las chicas e Ismael entrando con los cuchillos.

Gen seguía sin mirarle. Hablaba como si le contase la historia al bar.

—Llamé a Rubén, ¿sabes? Le llamé para decirle lo de la boda. Me dijo que él pensaba que debíamos esperar, que sería un error precipitarse. Fue muy amable, ya sabes cómo es Rubén. Pero no queríamos esperar. Yo quiero a Roxane.

—No —repuso Thibault—. Habéis hecho lo correcto. Casarme es lo mejor que me ha pasado nunca.

Aunque ahora pensaba en Carmen. ¿Por qué nunca había pensado antes en ello? Podía recordarles perfectamente, juntos, siempre al fondo de la sala, hablando en susurros, y recordó la forma en que el rostro de ella se iluminaba cuando miraba a Gen.

Thibault no quería volver a ver su cara.

—Cuando oigo cantar a Roxane, puedo pensar todavía que el mundo es bueno —dijo Gen—. Es un mundo en el que alguien ha escrito esa música, en el que ella puede cantarla con infinita compasión. Eso prueba algo, ¿no crees? No creo que pudiese soportar un día más sin oírla.

Thibault había cerrado los ojos y se los frotaba con índice y pulgar, pero seguía viendo a Carmen. El pelo atado en una trenza que cae por su esbelto cuello. Se ríe.

—Es una mujer hermosa —dijo.

Habían encontrado el bar. Necesitaba volver junto a Edith. Echó un brazo sobre los hombros de su amigo y le guio en dirección a la Piazza San Martino. Sintió que se quedaba sin aliento, y tuvo que concentrarse en los músculos de sus piernas para no echar a correr. Estaba seguro de que Gen y Roxane se habían casado enamorados, enamorados el uno del otro y de toda la gente que recordaban.

Cuando dieron la vuelta a la esquina la calle se abrió a la luminosa plaza, y allí estaban sus esposas, sentadas todavía al borde de la fuente. Estaban mirando hacia la catedral, pero Edith se volvió y cuando le vio ¡cuánta alegría en su rostro! Se levantaron y caminaron hacia los dos hombres, Edith con sus radiantes cabellos castaños al sol, Roxane tocada todavía con el sombrero. Cualquiera de las dos podría haber sido la novia. Thibault estuvo seguro de que nunca había habido dos mujeres tan hermosas, y las mujeres hermosas llegaron junto a ellos y les tendieron sus brazos.

Dig. mayo 2019

Notas

[1] Genciana japonesa que florece entre los meses de septiembre y noviembre. (N. del T.)